MODERNIZACIÓN *MADE IN USA* Y SU IMPACTO EN EL ÁMBITO IBEROAMERICANO

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (coord.)

PRESENTACIÓN
MODERNIZACIÓN Y «GLOBALISMO NACIONALISTA»

Desde las primeras décadas del siglo XX si algún país ha tendido a asociarse con conceptos como modernidad o modernización ha sido Estados Unidos. En aquel periodo se dieron cita en el país americano un conjunto de factores: un amplio mercado en expansión, la estrecha relación entre avances científico-tecnológicos y procesos de concentración en sectores estratégicos impulsados por las grandes empresas, un acelerado proceso de urbanización, la aplicación de métodos de ingeniería social (reflejados en la «invención del americano medio»), unidos a la abundante mano de obra facilitada por la emigración. La combinación de todos ellos propulsó la economía estadounidense y confluyó en la articulación de un nuevo contrato social fundado sobre el mercado y el consumo (1). Bien es cierto que el reparto de la prosperidad estuvo lejos de ser equilibrado, que existían notables distancias entre el mensaje de progreso que irradiaba el *big business* y las expectativas de buena parte de la población, que las condiciones de trabajo dejaban mucho que desear y que fueron frecuentes los conflictos laborales (2). Pero vista desde Europa la sociedad norteamericana resultaba dinámica y pujante, una tierra de oportunidades frente a las inercias socio-profesionales del viejo continente, un lugar donde existían menos obstáculos para la movilidad social (3).

En el país americano el aumento del poder de compra y la reducción paulatina del horario de trabajo entre las capas medias y los trabajadores comenzaron a ofrecer la posibilidad de disfrutar de un mayor espacio para el ocio. Las demandas generadas por la ocupación de ese tiempo libre favorecieron la irrupción de nuevas empresas concentradas en ofrecer alternativas de entretenimiento, que vinieron a conformar lo que se denominó cultura de masas. La asociación de ocio y consumo se reforzó con la propagación de la compra a plazos, además de las estrategias de ventas alentadas por el *marketing* y las agencias de publicidad: más necesidades, más productos, más baratos, para más gente (4).

(1) ZUNZ (1998).
(2) ZINN (2005).
(3) KAELBLE (1988): 33 y ss.
(4) GRAZIA (2006).

Análogamente, espectáculos como el cine, la música o los deportes se abrieron paso en el horizonte cotidiano de millones de personas y facilitaron la integración social de una población con orígenes muy diversos –caracterizada por la famosa analogía del *melting pot*.

La decisiva contribución de Estados Unidos a la victoria aliada durante la I Guerra Mundial amplificó la impresión de modelo exitoso, de país donde las innovaciones tecnológicas y organizativas se encontraban al servicio de las necesidades colectivas para favorecer el bienestar común. Tras aquella contienda, las firmas americanas incrementaron su implantación en Europa, por sus posibilidades como centro de consumo y como trampolín para llegar a otras partes del mundo. Ese proceso generó una oleada de emulación pero también resistencias (5). La llegada de productos estadounidenses fue acompañada de la promoción de un estilo de vida que traducía el sistema de valores de un «imperio irresistible», lo que a su vez suscitó recelos entre fuerzas de extracción social e ideológica diversas de las sociedades europeas. Las reacciones contrarias a esa influencia alertaban contra el peligro de la «americanización», asociada al materialismo y la plutocracia, el culto al dinero, el maquinismo y la tecnología deshumanizadora, la democracia gregaria o la nivelación cultural por lo bajo. En muchos casos, las prevenciones ante la hipotética amenaza de una modernización *made in USA* se conjugaban con el mantenimiento de pautas sociales tradicionales y conservadoras, que tenían sus raíces en prejuicios y estereotipos heredados del siglo anterior.

La crisis económica de los años treinta puso en tela de juicio el «sueño americano». Las imágenes del desempleo, la pobreza o los disturbios urbanos hicieron emerger las tensiones sociales subyacentes. Otros modelos concurrentes, como el comunismo o el fascismo, parecieron ofrecer soluciones más eficaces a los desafíos que se planteaban al declinante sistema liberal. Las actuaciones emprendidas en el marco del *New Deal* buscaron retomar la iniciativa y reactivar la economía mediante un mayor impulso del gobierno federal, adoptando incluso medidas de planificación estatal cuyos resultados se antojaban prometedores en otros países (aunque se renegara de la orientación política de sus regímenes). La experiencia de la Tennesse Valley Authority fue un caso paradigmático del protagonismo del Estado en la promoción del desarrollo a medio plazo, que representó un antecedente de ideas y proyectos retomados años más tarde por la teoría de la modernización (6).

La II Guerra Mundial y la movilización de recursos que provocó permitieron a Estados Unidos superar definitivamente la recesión y situarse como primera potencia planetaria. Su contribución militar, económica y humana decantó de nuevo la contienda del bando aliado. En la inmediata posguerra ningún otro país tenía tantas bazas a su favor para ejercer de arquitecto del emergente orden mun-

(5) ROSENBERG (1982), COSTIGLIOLA (1984).
(6) EKBLADH (2009): 111-113.

dial. Tanto la Organización de Naciones Unidas, como las estructuras económicas gestadas en la conferencia de Bretton Woods, tenían su referencia en el país americano que disponía, además, del predominio militar (incontestable tras la utilización del arma atómica) y económico (concentraba cerca del 50% del PIB mundial y ¾ partes de las reservas de oro del planeta). Sobre tales bases se pretendía asentar una suerte de *pax americana*, basada en la irradiación de su sistema socio-económico. Tal aspiración formaba parte de un «globalismo nacionalista» (7) de corte liberal que proyectaba la expectativa de progreso económico y bienestar social como forma de prevenir futuros conflictos.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de los años cuarenta las desavenencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética se transformaron en una disputa abierta que enfrentó a dos modelos con pretensiones de globalidad, capitalismo y comunismo. El temor al otro y a sus supuestas intenciones expansionistas generó un clima de creciente polarización, empleado por ambas superpotencias para movilizar y fidelizar a sus partidarios y delimitar sus respectivas áreas de influencia. En tal tesitura, se achacaba al adversario la responsabilidad del incremento de la tensión internacional: mientras la Unión Soviética se erigió en el adalid de la paz, Estados Unidos hizo lo propio blandiendo la bandera de la libertad (8). La Guerra Fría definió así un escenario donde ambos polos de referencia se sirvieron de las diversas manifestaciones culturales e informativas como cajas de resonancia ideológicas. A través de ellas se proyectó también una rivalidad entre dos formas de concebir la modernidad: del lado americano asentada sobre la primacía del individuo y sobre la estabilidad de una sociedad de clases medias; del lado soviético sobre la redistribución y la justicia social por medio del liderazgo del proletariado. En ambos casos se compartía la confianza en la tecnología y la ingeniería social como mecanismos de transformación, no solo de sus propias sociedades sino asimismo de otros países.

En aquel contexto de emergente Guerra Fría, la propensión hacia la hegemonía norteamericana en el plano internacional se justificó mediante la amalgama de la defensa del «interés nacional» –frente a la beligerancia atribuida a la URSS– y del mesianismo arraigado en la idea de la excepcionalidad estadounidense –que debía proyectarse hacia el exterior para conformar un entorno más seguro y próspero–. No en vano, una parte sustancial de los ciudadanos norteamericanos se sentían partícipes de un proyecto nacional basado en valores como la libertad, el igualitarismo, el individualismo y el *laissez-faire*; e identificaban a Estados Unidos como un modelo extrapolable al resto del mundo para forjar un futuro mejor. A partir de esa autoconcepción positiva se concibió la exportación de su modelo político-económico y sus valores cívicos como un elemento esencial de la política exterior.

---

(7) FOUSEK (2000): 7, 36.

(8) GREMION (1995), STONOR SAUNDERS (2001), BERGHAHN (2001), SCOTT-SMITH (2002).

Europa fue el epicentro inicial de la pugna bipolar por ganar lo que pronto se calificó como la «batalla por las conciencias». En la posguerra las prioridades del continente pasaban por resolver las penurias de orden económico y sentar las bases de la reconstrucción. El *European Recovery Program,* conocido popularmente como Plan Marshall, fue una de las medidas más trascendentales de aquel periodo, un programa económico destinado a evitar una crisis política que podía hacer tambalearse el *statu quo* a duras penas conseguido en el territorio europeo. La iniciativa contó con el respaldo de muchos *new dealers* norteamericanos que formaban parte de la administración de Harry S. Truman (1945-1953), y que la concebían además como una oportunidad para «reconstruir Europa a la imagen de Estados Unidos», para modernizarla según los esquemas de la potencia americana (9). La gestión de aquella ayuda se dejó en manos de los propios europeos, con asesoramiento y supervisión norteamericanas, lo que colaboró a su éxito en términos generales sin que dejaran de producirse algunos desencuentros con los benefactores del otro lado del Atlántico.

Ese programa se aplicó solo en Europa occidental, donde la onda expansiva del modelo americano fue bastante más allá de la organización económica. Poco después se plasmó en la gestación de nuevas estructuras político-militares. Tales procesos acrecentaron la influencia de Estados Unidos en la región, que se proyectó igualmente sobre dimensiones culturales y sociales. Las reacciones a ese ascendiente fueron de índole diversa. En una población que deseaba dejar atrás el pasado reciente, marcado por las tensiones políticas y la destrucción bélica, la perspectiva de una vida más confortable, con más tiempo para el esparcimiento y la expansión del consumo doméstico, vino a remplazar la anterior predisposición hacia la política como expresión de la acción colectiva (10). Pero simultáneamente la deriva hacia la «americanización» también generó reacciones más críticas en sectores donde existían motivaciones de índole económica, ideológica o cultural que llevaban a cuestionar las hipotéticas bondades de aquel modelo. Su eco se acrecentó al presentarse como manifestaciones de salvaguardia de la identidad nacional, lo que contribuyó a engrosar las filas del antiamericanismo. De ello dan buena muestra campañas como la defensa del vino francés frente a la «invasión» de la Coca-Cola, donde confluyeron los intereses de productores de bebidas con los de las fuerzas de izquierda francesas (11).

Así pues, la confrontación con la URSS no solo afectó a las condiciones materiales de las poblaciones asoladas por la guerra. Además de ayudar a los países de Europa occidental a superar sus problemas de abastecimiento y productividad había que convencer a sus ciudadanos de que su futuro pasaba por la

(9) JUDT (2008): 151.
(10) JUDT (2008): 353.
(11) JUDT (2008): 297-336, KUISEL (1993), CRAVERI e QUAGLIARIELLO (2004), STEPHAN (2006).

consolidación del bloque occidental y sus valores. En aquella coyuntura se crearon el *National Security Council* (NSC) y la *Central Intelligence Agency* (CIA), se desplegó un programa informativo y cultural de alcance mundial (mediante la *United States Information and Educational Exchange Act*), se preparó el terreno para las llamadas «acciones encubiertas» (con la financiación de la CIA a organizaciones públicas y privadas del mundo cultural), y se tejieron vínculos con fundaciones filantrópicas (sobre todo la Ford) receptivas hacia la necesidad de contener el expansionismo soviético.

Lo que dio en llamarse «guerra psicológica», reforzada tras el acceso a la presidencia de Dwight D. Eisenhower (1953-1961), se libró en el terreno de la opinión pública y supuso la consolidación de una maquinaria de la persuasión al servicio del gobierno de Estados Unidos (12). Forjada parcialmente en el transcurso del anterior conflicto bélico, el antagonismo con la URSS le dio otras derivaciones y amplió su campo de acción. Con ello se pusieron las bases de un dispositivo global destinado a dar la réplica a la propaganda comunista, al tiempo que se realizaba una labor de «Projecting America» (13). Se aspiraba a transmitir las ventajas del modo de vida americano, ganar aliados para su causa y obtener la confianza en su liderazgo. El campo comunista fue asimilado con el totalitarismo, la anulación del individuo y sus derechos, la tiranía, en suma «un nuevo fanatismo» que ambicionaba la conquista del mundo (14). En contraposición, la defensa de Occidente se asoció a la construcción de sociedades libres, prósperas económicamente y abiertas a las diferentes alternativas políticas.

Como complemento a esa actuación gubernamental, la imagen de Estados Unidos y su influjo internacional también contó con la repercusión que alcanzaron las industrias culturales y de entretenimiento del país, a través de revistas y magazines, películas y más tarde series televisivas, ritmos musicales (sobre todo el *jazz* y el *rock and roll*), géneros de creación literaria (con particular incidencia de la novela negra y la ciencia ficción), nuevas formas de expresión a través del arte contemporáneo y el comic, etc. Las imágenes y mensajes que proyectaban, aunque no siempre transmitieran una visión acorde con la desplegada por los circuitos oficiales, acercaron la sociedad norteamericana a muchos lugares del mundo, trasladaron hábitos de conducta diferentes sobre todo entre los colectivos más jóvenes, produciendo un efecto de emulación que multiplicó la resonancia del *American way of life*.

A finales de los años cincuenta Estados Unidos disponía de un conglomerado público-privado destinado a favorecer la emisión de su propaganda y los

(12) Como obras de referencia sobre esa materia *vid*. HIXSON (1998), SCOTT-SMITH & KRABBENDAM (2003), OSGOOD (2006), BELMONTE (2008), SCOTT-SMITH (2008), CULL (2008) y PARMAR (2012).

(13) HART (2013): 140-141.

(14) HUNT (1987): 158-159.

intercambios culturales con el exterior. La defensa de la libertad y la seguridad nacional en el contexto de la Guerra Fría habían sido los principales argumentos para convencer a la sociedad norteamericana de la necesidad de contar con un aparato gubernamental dedicado a la difusión de sus valores, su estilo de vida y su liderazgo internacional. También habían servido para reforzar el consenso exterior en torno a la supremacía estadounidense en el bloque occidental.

Sin embargo, mientras que la dialéctica anticomunista y el despliegue propagandístico y de relaciones públicas acometido en Europa occidental habían hecho retroceder las simpatías comunistas, en otras zonas del mundo sus competidores soviéticos avanzaban posiciones. Desde la segunda mitad de los años cincuenta el sistema internacional asistía a una mutación generada por la formación de nuevas naciones tras el proceso de descolonización, por lo que ambas superpotencias pusieron el foco en aquel vasto espacio que vino en llamarse el Tercer Mundo. En lo sucesivo, las complejas relaciones socio-económicas marcadas por las coordenadas Norte-Sur se verían paulatinamente mediatizadas por el conflicto Este-Oeste.

En Estados Unidos se asistía con preocupación a la expansión de la influencia comunista, en parte consecuencia de su propia incapacidad para conectar con las expectativas de aquellos pueblos. El triunfo de la revolución cubana en 1959 y su evolución hacia el bloque comunista había supuesto un duro golpe para el liderazgo norteamericano, que se veía cuestionado en su propio «patio trasero». Por otro lado, el lanzamiento del primer satélite artificial en 1957 –el Sputnik I– demostró que la Unión Soviética estaba en condiciones de rivalizar con el poderío científico-técnico de Estados Unidos, lo que incrementaba el atractivo de la opción comunista en países que trataban de dar un salto adelante en materia tecnológica para impulsar su potencial económico. Además, sobre la «patria socialista» no se proyectaba la sombra de un pasado colonialista, algo que resultaba más polémico en el caso norteamericano por sus intervenciones en América Latina o Filipinas.

Tras la bonanza de los años cincuenta y la confianza en sus capacidades que irradiaba el país americano, los años sesenta se abrían con más incertidumbres. Fue por entonces cuando cobraron fuerza los planteamientos sobre la modernización y otros fenómenos aledaños, como la promoción del desarrollo o el estímulo del crecimiento económico, en el marco de una confrontación global que pretendía definir el modelo más viable para afrontar ese salto adelante al que aspiraban los países del Tercer Mundo. Fue por entonces asimismo cuando las reflexiones sobre la modernidad «a la americana» iban a trasladarse de forma nítida a la agenda política, asentadas en el trabajo de un conjunto de investigadores que irían configurando un corpus doctrinal que llegó a erigirse en aquella época como el paradigma dominante en las ciencias sociales. Las teorizaciones formuladas desde la década anterior por núcleos del mundo académico en torno a la modernización (entre otros por Rostow, Lerner, Pye, Millikan, etc.) encontraron una excelente acogida en un entorno político preocupado por la deriva de

muchos países de reciente creación hacia el comunismo. Sus recomendaciones trataban de combinar la política de contención, que había presidido los esfuerzos anteriores de las administraciones Truman e Eisenhower, con una faceta más proactiva destinada a crear naciones más eficientes y justas que evitaran la tentación comunista. Análogamente, desde las perspectivas que abrían las ciencias sociales parecía viable ensamblar el sentido de misión que formaba parte del ideal norteamericano con la legitimación de la supremacía internacional del país, por la vía de una transformación modernizadora que fraguase un mundo a su medida. El predicamento de esas concepciones no solo congregó a los investigadores sociales, sino que caló en los sectores más comprometidos de la sociedad civil norteamericana, sintonizaba con los objetivos de diversas fundaciones filantrópicas y era adaptable a los intereses de la política de seguridad nacional (15).

La administración de John F. Kennedy (1961-1963) asumió aquellas ideas y declaró que los años sesenta serían la *Development Decade*, poniendo en marcha un conjunto de medidas que se trasladaron a la ayuda hacia el exterior por medio del asesoramiento técnico en la elaboración de planes de desarrollo, la creación de infraestructuras, la formación de capital humano, etc. Pensadores de referencia de la teoría de la modernización, como Walter W. Rostow, simultanearon su faceta académica con responsabilidades en la política exterior del país. En uno de los textos emblemáticos de aquella teoría sistematizó las fases del crecimiento económico a partir de la certidumbre de un curso unilineal de la historia que llevaba hacia el culmen de la sociedad liberal y capitalista occidental, según un esquema interpretativo basado en la productividad y el consumo (16). El concepto mismo de crecimiento, un pilar central de las argumentaciones de Rostow, era bastante indicativo de un consenso compartido durante la Guerra Fría sobre la necesidad de favorecer el desarrollo económico, si bien la divergencia se hacía patente al contraponer las fórmulas para conseguirlo: el libre mercado americano frente a la planificación soviética. Los fines y prioridades del crecimiento no eran obviamente los mismos para cada uno de los modelos en litigio, aunque participaran de aquel «romance del desarrollo económico» (17).

La teoría de la modernización se adecuaba al nuevo impulso con que Estados Unidos pretendía recuperar la pujanza internacional. No fue casual que buena parte de los analistas del NSC y de la política exterior la tomaran como «hoja de ruta». Ante las legítimas aspiraciones de mejora de las condiciones socio-económicas que constituían una preocupación esencial para todo un conjunto de naciones, se ofrecía el modelo capitalista de los países ricos como

(15) LATHAM (2000): 3-5, EKBLADH (2009): 6-7. Tal confluencia motivó que los centros dedicados a producir conocimiento experto aplicable al campo político recibieran una considerable financiación tanto pública como privada. SIMPSON (1998).

(16) ROSTOW (1960).

(17) ENGERMAN (2004).

brújula que debía guiar a las sociedades más atrasadas para conducirlas hacia su modernización (con la asimilación de su organización económica, sus avances industriales y tecnológicos, sus prácticas de gobernanza política y su estilo de vida). Los criterios científico-técnicos en que reposaban sus métodos y predicciones le aportaban credibilidad, apuntalada sobre un repertorio de variables para medir los índices de progreso social (PIB, alfabetización, industrialización, urbanización o expansión de los medios de comunicación). Además, los principales organismos internacionales (ONU, OECE, FMI, etc.) hicieron propios aquellos criterios e indicadores. Aunque supuestamente todo ello contribuía a disminuir la carga ideológica que había dominado los momentos más álgidos de la Guerra Fría, lo cierto es que, a la postre, era fruto de la construcción mesiánica en torno a la dicotomía nosotros-ellos, que servía además para justificar la aspiración norteamericana a la hegemonía global.

La distinción entre «sociedades tradicionales» y «sociedades modernas» trasladaba una percepción etnocéntrica, que veía en los «otros» países a pueblos más arcaicos, irracionales e ineficientes, menos adaptados para afrontar el desafío del crecimiento económico. Frente a esas sociedades, el «nosotros» actuaba como contrapunto de referencia, exitoso ejemplo de desarrollo y bienestar social, de donde debía proceder la ayuda y asesoramiento de orden financiero y técnico para que aquellos superasen su desfase y se encaminasen hacia la senda de la modernidad. Tras las formulaciones de esa teoría latía, en suma, la pretensión de sistematizar las claves del cambio social y modelarlas para generar procesos de *nation-building* y transformaciones políticas en los países del Tercer Mundo que convergieran hacia la horma norteamericana (18). Su modelo de modernización de cuño liberal se presentaba como una alternativa más eficaz que el pregonado por los soviéticos, a la par que justificaba una intervención «benevolente» en otros países (sobre todo del Tercer Mundo) y conectaba con las élites de aquellas naciones que buscaban un cambio socio-económico dirigido desde el poder. La ayuda exterior se asoció así con la «gran misión» de diseminar la simiente occidental (en su versión estadounidense), resaltando las ventajas de la «revolución de la modernización» frente a la alternativa comunista de la lucha de clases (o frente a fuerzas nacionalistas de evolución incierta como había mostrado el caso cubano) (19).

La experiencia nacional de Estados Unidos era concebida de nuevo como el arquetipo de evolución hacia la sociedad moderna que debían emular los países subdesarrollados, ya que su proyecto liberal de desarrollo era el método más eficaz para promover el crecimiento y el bienestar no solo propio sino del resto del mundo. La asunción de ese molde de progreso redundaría en la construcción de sociedades más estables y con menos tensiones ideológicas, más afines con

(18) LATHAM (2000), GILMAN (2003), SHAH (2011).

(19) *Vid*. al respecto las reflexiones pioneras de HUNT (1987): 160-161, y sobre todo los trabajos de EKBLADH (2009) y LATHAM (2010). Sobre la ayuda exterior *vid*. LANCASTER (2006).

el bloque occidental y, presumiblemente, más proclives a la adopción de sistemas democráticos, lo que serviría para contrarrestar el atractivo de la opción comunista en los países de Asia, América Latina y África (20). La captación y formación de los líderes de aquellos países susceptibles de pilotar ese proceso de modernización, concebidos como «agentes de cambio» en sus respectivas sociedades, representó asimismo un objetivo prioritario (21).

La evolución de la Guerra de Vietnam minó las expectativas puestas en las estrategias modernizadoras como herramienta de transformación mundial y socavó considerablemente la imagen de Estados Unidos durante el mandato del presidente Lyndon B. Johnson (1963-1969). La confianza de los dirigentes norteamericanos en que la racionalidad de sus proyectos tecnocráticos ganaría a la población vietnamita se encontró con la firme determinación y resistencia de un movimiento nacionalista reacio a plegarse a tales designios (22). La política exterior estadounidense quedó asociada a la postre a la dominación imperialista de otros pueblos y a la desmesura de los medios empleados para someterlos. La pretensión de recobrar el liderazgo internacional también fue cuestionada en América Latina y en otras partes del mundo donde las ansias de cambio socio-económico se canalizaban por vías distintas a las prefiguradas por los analistas norteamericanos. La faceta económico-tecnológica de la modernización no impidió que salieran a relucir los móviles políticos que se ocultaban tras ella. Las actuaciones desplegadas hacia los nuevos países, por la vía del asesoramiento en la organización del aparato del Estado, las inversiones para crear infraestructuras civiles y militares o la formación de cuadros, se dirigían en última instancia a consolidar los vínculos de dependencia con Estados Unidos u otros países occidentales. Además, la pretendida relación causal entre el proceso de modernización y la posterior instauración de la democracia se vio pronto cuestionada por la evidente tolerancia, cuando no respaldo inequívoco, que mostró el país norteamericano hacia regímenes autoritarios siempre que se atuvieran a sus objetivos estratégicos y se recubrieran del barniz desarrollista (23).

A lo largo de los años setenta la capacidad de convicción de la teoría de la modernización fue perdiendo fuelle, en correspondencia a su vez con las dudas que sacudían a una sociedad norteamericana que había dejado de contemplarse con la mirada autocomplaciente de años atrás, inmersa en las contradicciones destapadas por el conflicto vietnamita, la lucha por los derechos civiles y los altercados raciales que empezaran a agrietar el andamiaje sobre el que reposaba el idílico modelo liberal del «consenso» (24). La andanada de críticas que reci-

(20) WESTAD (2005).

(21) KRAMER (2009).

(22) NASHEL (2000).

(23) Además de las obras mencionadas, *vid*. ENGERMAN, GILMAN, HAEFELE & LATHAM (2003), SCHMITZ (2006), JOSEPH & SPENSER (2008), CULLATHER (2010).

(24) EKBLADH (2006).

bió aquella versión modernizadora desde posiciones marxistas, estructuralistas o de la teoría de la dependencia, erosionaron la aureola de rigor académico y fiabilidad predictiva que la habían rodeado en los años sesenta. No obstante, los principios e instrumentos analíticos en que se basaba no desaparecieron ni del horizonte científico ni de las expectativas de la política exterior norteamericana, como mostraron algunas de las justificaciones que esgrimió Estados Unidos en su dimensión exterior al concluir la Guerra Fría y, sobre todo, a la hora de afrontar fenómenos como el fundamentalismo islámico. Es más, ideas como el fomento del desarrollo o el crecimiento económico se convirtieron en «certezas colectivas» que permanecieron orientando las políticas de países y organismos internacionales (25).

El relato predominante de la Guerra Fría como una contienda básicamente político-militar para alcanzar la supremacía ha sido puesto en cuestión desde hace algo más de una década. El estudio de las formulaciones sobre la modernización y el desarrollo desde una perspectiva histórica, más allá del debate teórico que suscitaron en las ciencias sociales, ha sido una de las líneas que ha renovado la historiografía de la Guerra Fría. Los análisis a partir del contexto histórico en que germinaron o sobre su instrumentación para los fines internacionales de la potencia norteamericana han permitido reinterpretar algunos de los procesos claves de la pugna bipolar, una de cuyas principales dimensiones fue la competición por convencer a otras naciones de cuál era la vía más eficaz para acometer la transformación modernizadora: el liberalismo capitalista o el comunismo de Estado. El peso de los fundamentos ideológicos, junto a las expectativas económicas y sociales de un buen número de países que se movían en el entorno de las grandes potencias, jugaron un papel esencial en un fenómeno que tuvo proporciones globales, pues mediatizó desde la ayuda económica norteamericana hacia América Latina hasta la estrategia de contrainsurgencia en el sudeste asiático (26).

Las contribuciones de este dossier se sitúan en esa línea interpretativa que presta mayor atención a la influencia de los factores ideológicos y a la exportación de modelos de referencia, a su estrecha interacción con los proyectos globales norteamericanos, y a su impacto en las sociedades receptoras. En las páginas siguientes se aborda la configuración de la teoría de la modernización y una serie de estudios de caso relativos al ámbito iberoamericano: sobre la acción de la Fundación Ford en América Latina y sobre varias dimensiones de la modernización *made in USA* en la península ibérica –desde la génesis en España de «relatos» sobre la modernidad ligados al país americano y su incidencia en la opinión pública, hasta la repercusión de los presupuestos modernizadores

(25) RIST (1997), O'BRYAN (2009).

(26) CULLATHER (2004), *H-Diplo/ISSF, Roundtable Reviews*, vol. III, 4 (2011), IMMERWHAR (2012). Para situar la aportación de esa corriente interpretativa en la historiografía norteamericana de la Guerra Fría *vid*. LEON AGUINAGA (2015).

sobre política educativa y científica del desarrollismo franquista, o su reflejo en la política exterior norteamericana en relación con las dictaduras ibéricas.

Óscar Martín García ofrece una aquilatada y bien argumentada síntesis de los principales presupuestos teóricos que inspiraron la «utopía secular» subyacente a la teoría de la modernización y los factores de diversa índole que rodearon su propagación. Su texto analiza la vinculación de esos postulados con la autopercepción de la sociedad norteamericana; el éxito académico que alcanzaron y el generoso apoyo financiero que recibieron sus centros inspiradores tanto por parte gubernamental como de fundaciones filantrópicas bien conectadas con instancias oficiales; la articulación entre la teoría de la modernización y la política exterior de Estados Unidos hacia los países «en desarrollo», o las derivaciones que presentó y entre las que tuvo una singular relevancia la justificación de patrones de modernización autoritaria.

Benedetta Calandra indaga en la experiencia de hombres de negocios y fundaciones filantrópicas en su interpretación y aplicación de los postulados de esa modernidad americana, a través de la sucesión de iniciativas que comenzó con la implantación empresarial de Henry Ford en Brasil, en los años veinte, y que se prolongó más tarde en los proyectos emprendidos por la Fundación Ford en América Latina sobre todo en el transcurso de la década de los sesenta. Aquellas iniciativas llevaron impreso el sesgo de sus patrocinadores y, aunque difirieron notablemente en su contexto histórico y objetivos específicos, no dejaron de ser un vehículo de transmisión del *American way of life,* en sentido cultural, social y político, con todas las implicaciones que ello suponía sobre todo en el marco de la Guerra Fría.

Daniel Fernández de Miguel hace un recorrido por la recepción en España de la noción de Estados Unidos como paradigma de modernización. A comienzos del siglo XX las percepciones españolas tuvieron bastante en común, y a menudo se nutrieron, de las que llegaban de otros puntos del continente europeo, basculando entre las posturas antiamericanas que recelaban de su alienación economicista y uniformizadora y aquellas otras visiones que mostraban su atracción por las posibilidades que abría la expansión del consumo y la movilidad social. La irrupción del franquismo motivó un rechazo frontal de aquellas influencias, anatemizadas por una interpretación nacional-católica que abominaba de la modernidad, si bien la aproximación hispano-norteamericana desde la firma de los pactos de 1953 templó las efusiones antinorteamericanas anteriores, sustituyéndolas progresiva y parcialmente por un discurso que incorporó los vectores de la modernización y el «fin de las ideologías» como ingredientes de un proyecto tecnocrático de desarrollo económico sin cambio político.

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla examina cómo Estados Unidos reorientó la primigenia justificación anticomunista que le hizo acercase al franquismo por la fórmula de modernización y desarrollo, que adquirió una particular incidencia en los años sesenta al sintonizar con los grupos de tecnócratas que habían ocupado posiciones influyentes en la política española. La convergencia

de intereses resultante permitió a los primeros manifestar que su relación con el país iba más allá de la colaboración militar con la dictadura y, a los segundos, contar con poderosos aliados internacionales en su estrategia de dotar de una nueva legitimación al franquismo que transformase ciertos elementos del régimen para garantizar su continuidad. En aquel proceso, la reforma de la educación y de la política científica constituyeron un espacio estratégico donde la diplomacia pública norteamericana intentó conectarse con los «agentes de cambio» del país para tomar posiciones ante el posfranquismo.

Finalmente, Rosa Pardo Sanz aborda la política exterior de Estados Unidos hacia las dos dictaduras ibéricas en el marco de la Guerra Fría en el área del Mediterráneo, comparando el tipo de conexión establecido y los distintos ritmos por los que atravesaron las relaciones bilaterales hasta 1975. El alineamiento con la gran potencia occidental implicó consecuencias políticas, diplomáticas, económicas y socio-culturales, traducidas a su vez en oportunidades aprovechadas y perdidas en términos de desarrollo económico y modernización. El régimen de Salazar logró modernizar sus estructuras militares pero sus reticencias nacionalistas le impidieron trasladar esa dinámica al terreno económico y científico-cultural. El franquismo no consiguió que la alianza con la potencia americana resolviese sus problemas de seguridad, pero sacó más partido del impulso modernizador en el apoyo al desarrollo de su política económica y las medidas de formación de capital humano. A la postre, la vinculación con Estados Unidos, favoreció el afianzamiento a corto plazo de las dictaduras ibéricas, pero también actuó como un elemento de erosión de ambos sistemas políticos a medio plazo.

BIBLIOGRAFÍA

BELMONTE, LAURA (2008): *Selling the American Way. U.S. Propaganda and the Cold War*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

BERGHAHN, VOLKER R. (2001): *America and the Intellectual Cold Wars in Europe: Shepard Stone between Philanthropy, Academy, and Diplomacy*, Princeton, Princeton University Press.

COSTLIGLIOLA, FRANK (1984): *Awkward Dominion*: *American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1939*, London, Cornell University Press.

CRAVERI, PIERO e QUAGLIARIELLO, GAETANO (a cura di) (2004): *L'antiamericanismo in Italia e in Europa nel secondo dopoguerra*, Soveria Mannelli, Rubbettino.

CULL, NICHOLAS J. (2008): *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989*, Cambridge, Cambridge University Press.

CULLATHER, NICK (2000): «Development? It's History», *Diplomatic History*, 24, pp. 641-653.

——— (2010): *The Hungry World: America's Cold War Battle against Poverty in Asia,* Cambridge, Harvard University Press.

EKBLADH, DAVID (2006): «From Consensus to Crisis. The Postwar Career of Nation-Building in US Foreign Relations», en *Nation-Building: Beyond Afghanistan and Iraq*, Baltimore-Maryland, The Johns Hopkins University Press, pp. 19-41.

——— (2009): *The Great American Mission: Modernization and the Construction of an American World Order*, Princeton, Princeton University Press.

ENGERMAN, DAVID C. (2004): «The Romance of Economic Development and New Histories of the Cold War», *Diplomatic History*, 28, pp. 23-54.

ENGERMAN, DAVID; GILMAN, NILS; HAEFELE, MARK H., and LATHAM, MICHAEL E. (eds.) (2003): *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, Amherst, University of Massachusetts Press.

FOUSEK, JOHN (2000): *To Lead the Free World: American Nationalism and the Cultural Roots of the Cold War*, Chapell Hill, University of North Carolina Press.

GILMAN, NILS (2003): *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

GRAZIA, VICTORIA DE (2006): *El Imperio irresistible. Un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre la civilización europea*, Barcelona, Belacqva.

GREMION, PIERRE (1995): *Intelligence de l'anticommunisme: le Congrès pour la liberté de la culture à Paris (1950-1975)*: Paris, Fayard.

HART, JUSTIN (2012): *Empire of Ideas. The Origins of Public Diplomacy and the Transformation of U.S. Foreign Policy*, Oxford-New York, Oxford University Press.

HIXSON, WALTER L. (1998): *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, New York, St. Martin's Griffin.

HUNT, MICHAEL H. (1987): *Ideology and U.S. Foreign Policy*, New Haven, Yale University Press.

IMMERWHAR, DANIEL (2012): «Modernization and Development in U.S. Foreign Relations», *Passport*, 43, pp. 22-25.

JOSEPH, GILBERT and SPENSER, DANIELA (eds.) (2008): *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham, Duke University Press.

JUDT, TONY (2008): *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus.

KAELBLE, HARTMUT (1988): *Vers une Société Européenne. Une histoire sociale de l'Europe 1880-1980*, Paris, Belin.

KRAMER, PAUL A. (2009): «Is the World Our Campus? International Students and U.S. Global Power in the Long Twentieth Century», *Diplomatic History*, 33, pp. 775-806.

KUISSEL, RICHARD F. (1993): *Seducing the French. The Dilemma of Americanization*, Berkeley, University of California Press.

LANCASTER, CAROL (2006): *Foreign Aid: Diplomacy, Development, Domestic Politics*, Chicago, University of Chicago Press.

LATHAM, MICHAEL (2000): *Modernization as Ideology: American Social Science and «Nation Building» in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

——— (2010): *The Right Kind of Revolution: Modernization, Development, and U.S. Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Ithaca, Cornell University Press.

LEON AGUINAGA, PABLO (2015): «Ecos lejanos: la historiografía sobre 'Estados Unidos y el Mundo' durante la Guerra Fría y la historia de España», en *La apertura internacional de España. Entre el franquismo y la democracia, 1953-1986*, Madrid, Sílex –en prensa–.

NASHEL, JONATHAN (2000): «The Road to Vietnam. Modernization Theory in Fact and Fiction», en *Cold War Constructions. The Political Culture of United States Imperialism, 1945-1966*, Amherst, The University of Massachusetts Press, pp. 132-154.

O'BRYAN, SCOTT (2009): *The Growth Idea. Purpose and Prosperity in Postwar Japan*, Honolulu, University of Hawai'i Press.

OSGOOD, KENNETH A. (2006): *Total Cold War. Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Kansas, University Press of Kansas.

PARMAR, INDERJEET (2012): *Foundations of the American Century: The Ford, Carnegie and Rockefeller Foundations in the Rise of American Power*, New York, Columbia University Press.

RIST, GILBERT (1997): *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*, London & New York, Zed Books.

ROSENBERG, EMILY S. (1982): *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, New York, Hill & Wang.

ROSTOW, WALTER W. (1960): *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press.

SCHMITZ, DAVID F. (2006): *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1989*, Cambridge, Cambridge University Press.

SCOTT-SMITH, GILES (2002): *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and the Post-War American Hegemony*, London-New York, Routledge.

——— (2008): *Networks of Empire: The US State Department's Foreign Leader Program in the Netherlands, France, and Britain 1950-70*, Brussels, P.I.E. Peter Lang.

SCOTT-SMITH, GILES and KRABBENDAM, HANS (eds.) (2003): *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, London/Portland-OR, Frank Cass.

SHAH, HEMANT (2011): *Production of Modernization: Daniel Lerner, Mass Media, and the Passing of Traditional Society*, Philadelphia, Temple University Press.

SIMPSON, CHRISTOPHER (dir.) (1998): *Universities and Empire Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, New York, The New York Press.

STEPHAN, ALEXANDER (ed.) (2006): *The Americanisation of Europe: Culture, Diplomacy, and Anti-Americanism after 1945*, New York, Berghahn Books.

STONOR SAUNDERS, FRANCES (2001): *La CIA y la guerra fría cultural*, Barcelona, Ed. Debate.

WESTAD, ODD ARNE (2005): *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times,* Cambridge, Cambridge University Press.

ZINN, HOWARD (2005): *A People's History of the United States. 1492-Present*, New York, Harper Perennial Modern Classics (1.ª ed. 1980).

ZUNZ, OLIVIER (1998): *Why the American century?*, Chicago, University of Chicago Press.

UNA UTOPÍA SECULAR. LA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN Y LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE EN LA GUERRA FRÍA

ÓSCAR J. MARTÍN GARCÍA
Aarhus Institute of Advanced Studies
ogarcia@aias.au.dk

(Recepción: 05/11/2014; Revisión: 11/02/2015; Aceptación: 30/05/2015; Publicación: 26/11/2015)

1. Introducción.–2. Modernización y Guerra Fría.–3. Modernización y poder global.–4. La modernización autoritaria.–5. Apuntes finales. Crisis y resistencia de una teoría.–6. Bibliografía

RESUMEN

Este artículo analiza la influencia de la teoría de la modernización sobre la formulación y justificación de la política exterior norteamericana entre los años cincuenta y setenta. Tal paradigma constituyó el marco científico desde el cual la maquinaria exterior estadounidense interpretó el cambio social global acontecido durante esas décadas. Igualmente, constituyó el referente ideológico que impregnó la política norteamericana hacia los países subdesarrollados y las nuevas naciones independientes en el contexto de la Guerra Fría. A lo largo de los años cincuenta y sesenta esta teoría dominó las ciencias sociales estadounidenses, se abrió paso en las altas esferas del poder y jugó un papel muy importante en las relaciones internacionales. Por estas razones parece relevante estudiar el clima político e intelectual en el que las ideas de la modernización se expandieron como una utopía secular al servicio del poder global estadounidense.

Palabras clave: modernización; Estados Unidos; política exterior; países en vías de desarrollo; Guerra Fría.

A SECULAR UTOPIA. MODERNIZATION THEORY AND THE US FOREIGN POLICY DURING THE COLD WAR

ABSTRACT

This article analyses the influence of the theory of modernization on the formulation and justification of the US foreign policy between the 1950s and 1960s. Such a paradigm constituted the scientific frame from which the American foreign machinery understood the social global change. It also worked as an ideological instrument, which guided the US policy towards the underdeveloped countries and the new independent nations in the Cold War context. Throughout the 1950s and 1960s, this theory dominated American social scientific thought, found its way into the government's policy-making process and played an important political role in international relations. For these reasons it seems to be relevant to study the political and intellectual climate in which the modernization ideas expanded as an American secular utopia.

Key words: modernization; United States; foreign policy. developing countries; Cold War.

* * *

1. INTRODUCCIÓN

Las páginas siguientes pretenden estudiar el papel jugado por la teoría de la modernización en la elaboración y legitimación de la política exterior de los Estados Unidos hacia los países en vías de desarrollo y las nuevas naciones independientes entre los años cincuenta y setenta. A lo largo de estas décadas, los procesos de descolonización fueron acompañados de profundas transformaciones políticas, demográficas, urbanas y culturales, las cuales desataron grandes aspiraciones de progreso económico y social en diversas partes del globo. La envergadura de tales cambios afectó a más de dos tercios de la población mundial y, en consecuencia, sacudió la escena internacional de la Guerra Fría, añadiendo a la pugna entre Este y Oeste las difíciles relaciones entre el Norte y el Sur (1).

Los Estados Unidos y la Unión Soviética percibieron la descolonización como un fenómeno que expandía el marco de la competencia bipolar. En Washington y Moscú se creyó que dicho proceso crearía nuevos campos en los que se libraría una dura pugna por la dirección del cambio social global y de la propia definición de modernidad (2). Tal desafío llevó a las dos superpotencias

(1) CULLATHER, (2002): 527. Ver WESTAD (2005).
(2) LATHAM (2010): 258-259.

a desarrollar los instrumentos necesarios para, por un lado, asegurar un conocimiento riguroso de tan complejas transformaciones y, por otro, garantizar el control político de las mismas. La teoría de la modernización fue la herramienta científica e ideológica empleada por los Estados Unidos para entender y manejar la emergente «revolución de las expectativas» que estaba teniendo lugar en América Latina, Asia y África. Dicha teoría se basó en unas pocas asunciones que no tardaron en dominar las ciencias sociales norteamericanas y en impregnar la política exterior de la superpotencia:

1. La distinción y jerarquización entre sociedades modernas y tradicionales.
2. El carácter interdependiente del cambio económico, político y social.
3. La universalidad del desarrollo lineal hacia una modernidad común cuya máxima expresión era el sistema capitalista norteamericano.
4. La convicción de que el contacto con Occidente aceleraría el desarrollo de los países pobres.

La aplicación de estos principios al análisis de la realidad internacional de posguerra llevó a un buen número de académicos y oficiales a ver la modernización del Tercer Mundo como un proceso convulso y problemático que, de no ser acelerado y tutelado por los Estados Unidos, provocaría serios conflictos sociales que alimentarían la subversión comunista. Ante tal peligro, dichos teóricos consideraban que el gobierno norteamericano debía de facilitar la ayuda económica, el adiestramiento militar, la asistencia técnica y la formación del capital humano necesarias para que dichos países alcanzasen la meta del desarrollo de manera segura y ordenada, sin descarrilar en experimentos radicales a lo largo del camino (3).

Durante los decenios de 1950 y 1960 dichas ideas desempeñaron un rol crucial como instrumento de análisis científico y herramienta de prescripción política. En otras palabras, en esos años los preceptos de la teoría de la modernización compusieron el marco desde el cual la diplomacia estadounidense explicó, percibió y racionalizó la revolución política, cultural y demográfica que estaba aconteciendo en el hemisferio Sur. Sus principios constituyeron el referente ideológico que guió la política del Departamento de Estado ante el nuevo escenario internacional de mediados del siglo XX.

Aunque la teoría de la modernización forma parte de una larga, dispersa y compleja tradición de pensamiento que se remonta hasta la Ilustración, representa un fenómeno histórico específico: el paradigma creado por las ciencias sociales estadounidenses durante los momentos más álgidos de la Guerra Fría como respuesta al desafío impuesto por la descolonización, el cambio social

(3) MILLIKAN y ROSTOW (1957): 8-10.

global y el comunismo internacional (4). En este contexto de intensificación del conflicto bipolar, en el que el crecimiento económico y el avance social de los pueblos subdesarrollados se convirtió en uno de los ejes principales de la Guerra Fría, diversos intelectuales norteamericanos pusieron su saber al servicio de un determinado modelo de desarrollo anti-comunista. Asimismo, sus tesis sobre la capacidad estadounidense para modernizar las sociedades tradicionales a imagen y semejanza de América fueron financiadas por unos gobernantes ávidos del conocimiento académico aplicable a la compleja realidad internacional poscolonial (5).

El ascenso de la teoría de la modernización se produjo durante los años cincuenta. Esta década tuvo una cara positiva, caracterizada por la renovada vitalidad económica, la rectitud moral, el optimismo sobre el futuro y, sobre todo, cierto sentido de auto-congratulación por parte de las clases medias norteamericanas. Pero también exhibió un rostro negativo, marcado por la amenaza nuclear, el peligro comunista, la «caza de brujas», los conflictos raciales, etcétera. Según Nils Gilman, la teoría de la modernización fue una suerte de respuesta a estos dos flancos de una misma moneda. Por un lado, fue reflejo del optimismo sobre el modelo de modernidad norteamericano y, por otro, del miedo a que dicho modelo fuese destruido (6).

En este periodo, el pensamiento político norteamericano sobre los pueblos no occidentales estuvo intrínsecamente unido a la propia percepción de la identidad americana. En esa línea, la teoría de la modernización representó un metalenguaje que proveyó de sentido a las incertidumbres geopolíticas de la Guerra Fría. Por eso se convirtió en una especie de religión civil, que hizo que el desarrollo de los países atrasados fuese percibido como una verdadera misión nacional. Una tarea patriótica en la que colaboraron numerosos actores no oficiales, como fundaciones privadas, universidades, asociaciones estudiantiles, organizaciones voluntarias, etcétera. Cooperación Estado-sociedad civil que se enmarcó en la persistente resonancia cultural que la modernización global había proyectado en el imaginario norteamericano desde la época del *New Deal*, como ponía de relieve el éxito de varios *best-sellers* y de diversas producciones de Broadway y Hollywood, como *The Ugly American*, *The King and I, The Quiet American, Wild River*, o la citada *Sabrina* (7).

Como veremos a continuación, lejos de representar un mero constructo propagandístico destinado a legitimar las actuaciones del Departamento de Estado, la teoría de la modernización también conectó con una determinada

(4) Los trabajos como los Latham, Cullather, Gilman, Engerman, Ekbladh, Sha, Simpson, y otros que se citan a lo largo de este artículo, son buena muestra del creciente interés historiográfico por la teoría de la modernización como un objeto de estudio claramente identificable dentro de la abundante y variada bibliografía sobre el desarrollo.

(5) ENGERMAN (2007): 599-602.

(6) GILMAN (2003): 2-3

(7) NASHEL (2000): 133-134 y KLEIN (2003): 139-148.

concepción de la función histórica de la nación americana. Autores como Michael Latham consideran que el paradigma modernizador hacía referencia a una serie de viejas asunciones culturales que entroncaban con el espíritu del Destino Manifiesto. Aunque fundamentada sobre sólidos índices cuantitativos y grandes series estadísticas, la modernización de la «New Frontier» tuvo muchos puntos en común con el antiguo nacionalismo americano de carácter profético y universal. Al igual que la nueva doctrina modernizadora, este consideraba una obligación moral que los Estados Unidos, como benevolente líder mundial, mostrase a las naciones pobres el camino hacia el progreso por él simbolizado (8).

Sin embargo, la teoría de la modernización sufrió, desde comienzos de los años setenta, una profunda pérdida de prestigio intelectual. Los asesinatos de John F. Kennedy y Martin Luther King, la guerra de Vietnam, los problemas raciales, los violentos disturbios urbanos y el escándalo Watergate aumentaron la desconfianza en la sociedad americana como epítome de la modernidad. Mientras las críticas lanzadas contra el modelo de modernización *made in America* por parte de los emergentes movimientos ecologistas, feministas y de defensa de los derechos humanos profundizó su descrédito (9). Como resultado, las tesis modernizadoras perdieron buena parte de su credibilidad como paradigma dominante de las ciencias sociales. Si en los años cincuenta los académicos estadounidenses se sentían optimistas y confiados sobre la propagación internacional del arquetipo americano de desarrollo, una década después eran presa de un creciente pesimismo sobre la modernidad en su propio país y, por tanto, sobre la posibilidad de exportarla a las naciones más pobres de la Tierra.

No obstante, la interpretación liberal e internacionalista del desarrollo propia de la teoría de la modernización volvió a resucitar tras la victoria occidental en la Guerra Fría (10). Parece, por tanto, relevante estudiar los principios que articularon dicho paradigma, como recomponer el clima político e intelectual en el que tuvo lugar su expansión como una utopía secular al servicio del poder global estadounidense. Con un enfoque historiográfico, las páginas siguientes intentan estudiar la teoría de la modernización sin caer en sus propios clichés y marcos de análisis, examinando el compromiso norteamericano con el desarrollo internacional en toda su complejidad política y moral.

---

(8) LATHAM (2000): 211-213. Para este autor, el gran atractivo proyectado por la teoría de la modernización en la América de los años sesenta estuvo relacionado con su conexión con otras ideologías como las del Destino Manifiesto y el imperialismo. Sobre los resabios neocoloniales de la propuesta modernizadora ver COOPER (2010) y UNGER (2010).

(9) Según Bradley Simpson, la eclosión del discurso de los Derechos Humanos en los años setenta contribuyó a menoscabar los principios de la teoría de la modernización y a repensar el acercamiento occidental al mundo poscolonial en base a una nueva relación entre desarrollo económico, cambio social y estabilidad política. SIMPSON (2012): 1-5

(10) CULLATHER (2004): 212.

2. MODERNIZACIÓN Y GUERRA FRÍA

Los antecedentes directos de la Teoría de la Modernización se remontan al periodo de entreguerras. Muy especialmente a las reformas keynesianas del *New Deal*, cuyo buque insignia –la experiencia de la *Tennessee Valley Authority* (TVA)– sirvió de referencia para los científicos sociales estadounidenses durante la segunda posguerra mundial (11). Las ideas de estos también estuvieron inspiradas en el «Point Four Program» presentado por Harry Truman en 1949. Según Hemant Sha, el espíritu que subyacía a la ideología de la modernización ya estaba presente en la respuesta norteamericana a las crisis políticas de posguerra en Grecia y Turquía, donde la ayuda económica fue considerada como un instrumento vital para promover la estabilidad y poner freno al comunismo en los dos países (12).

No obstante, y a pesar de dichos precedentes en los años treinta y cuarenta, la teoría de la modernización fue un producto específico de los momentos más álgidos de la Guerra Fría (13). Su conformación y evolución en las décadas de 1950 y 1960 no pueden entenderse sin tener en cuenta el desafío que, en el marco de la descolonización, representó el modelo de desarrollo comunista como una alternativa real al capitalismo en diversas partes del mundo (14).

En enero de 1961 el líder soviético Nikita Khrushchev anunció la voluntad soviética de apoyar las guerras de liberación nacional en el Tercer Mundo. Desde finales de la década anterior la ayuda soviética en el campo económico, técnico y militar a países como Cuba, Indonesia, India, Egipto o Gana se había incrementado considerablemente. De esta forma, el Kremlin pretendía responder a las grandes aspiraciones de cambio y progreso de unos gobernantes poscoloniales cada vez más atraídos por la rápida industrialización soviética (15). Además, la retórica anti-colonialista de Moscú y su defensa de los derechos civiles de las poblaciones de color generaba simpatías entre las élites naciona-

---

(11) La TVA representaba un gigantesco proyecto hidroeléctrico, encarnación de un paradigma de desarrollo de profundas raíces en la tradición progresista americana. Tal modelo se basaba en la planificación estatal y en la redistribución social bajo instituciones democráticas. EKBLADH (2009): 194-195.

(12) SHAH (2011): 19-21.

(13) No obstante, Estados Unidos no fue el único actor occidental que en esta década puso en marcha diversos programas de ayuda al desarrollo con el fin de ganar la mente y los corazones de los habitantes del *Global South*. Ver los casos de Alemania, Francia, Holanda y Reino Unido en ENGERMAN y UNGER (2009).

(14) El más claro ejemplo de ello era la Cuba de 1959, donde el castrismo no solo encarnaba un problema de subversión guerrillera, sino una opción revolucionaria para encarar los problemas de la pobreza y la opresión en los países subdesarrollados. LATHAM (2000): 76-77.

(15) Este país había conseguido, en el transcurso de solo cuatro décadas, pasar de un estado agrario y estancado a erigirse en la segunda potencia industrial del mundo, convirtiéndose así en un ejemplo a seguir para las naciones pobres de Asia, África y América Latina. ENGERMAN (2004): 38-39.

listas del Tercer Mundo (16). Una suma de factores que parecía conceder cierta ventaja a la URSS en la carrera por el desarrollo de la humanidad.

Ante dicha situación, aparecieron dentro de la academia, de los medios de comunicación y del poder político estadounidense múltiples voces que consideraban necesaria la puesta en marcha de una ofensiva ideológica positiva, fuerte y cautivadora. Una enérgica e ilusionante narrativa que hiciese frente a la extendida creencia según la cual el comunismo ofrecía una ruta más rápida hacia la modernidad y un relato más convincente sobre el futuro. La respuesta de la administración Kennedy ante esta demanda fue la creación y reestructuración de un puñado de organizaciones (*Alliance for Progress*, *Food for Peace*, *Peace Corps*, etcétera) diseñadas para apoyar a las naciones necesitadas en su «despegue» hacia la modernidad. En noviembre de 1961 la administración demócrata confirió una mayor importancia a los programas de desarrollo, poniéndolos bajo su nueva herramienta en la promoción de la modernización global, la *US Agency for International Development* (USAID). Reflejo de estas iniciativas, y de la aprobación de la *Foreign Assistance Act*, entre 1960 y 1963 la ayuda económica estadounidense a los países pobres se incrementó en un tercio.

Aunque existían antecedentes previos (17), se puede decir que los conceptos de la modernización comenzaron a impregnar con fuerza el discurso del Departamento de Estado con la llegada de John F. Kennedy a la Casa Blanca. A partir de entonces, la teoría de la modernización se convirtió en una especie de nuevo mesianismo, que prometía exorcizar a los principales demonios del mundo de la posguerra: la pobreza, el comunismo y el colonialismo (18). Dicho cuerpo doctrinal fue la respuesta de la nueva administración demócrata ante los peligros derivados de la relación entre desarrollo, comunismo y revolución en un *Global South* donde la combinación de pobreza e inestabilidad política abonaba el terreno para el arraigo de doctrinas radicales.

La llegada de Kennedy al poder enfatizó el enfrentamiento entre dos nociones antagónicas de la modernidad. Ambos modelos convergían en uno de los consensos globales de la segunda posguerra mundial, como era la promoción del crecimiento económico (19). Pero divergían en los medios para alcanzarlo.

---

(16) SIMPSON (2008): 24-25

(17) Anteriormente, la puesta en órbita del Sputnik en 1956 y la revolución cubana llevaron a la administración de Dwight Eisenhower a modificar algunos de los elementos que previamente habían caracterizado su política hacia los países pobres, como era la preeminencia (bajo el lema «*trade not aid*») del comercio libre y de la inversión privada sobre la ayuda internacional al desarrollo. El resultado de dicho cambio fue la puesta en marcha de nuevas instituciones que recogían parte de los principios modernizadores, como la *Development Loan Fund* (1957) y la *International Development Association* (1958). HAGEN y RUTTAN (1987): 45-54.

(18) HAEFELE (2003): 81-82.

(19) En los años cincuenta y sesenta el concepto de crecimiento pasó de ser un medio para reconstruir las maltrechas economías de posguerra a convertirse en un objetivo en sí mismo, en una especie de fetiche o «certeza colectiva» que movilizó a sociedades y naciones enteras como si se tratase de una verdad absoluta y revelada. O'BRYAN (2009): 176 y RIST (1997): 22.

Por una parte, se encontraba el arquetipo socialista basado en la justicia social, la lucha de clases y el liderazgo del proletariado. Por otra, la modernidad concebida como el triunfo del individualismo, del libre mercado y de las clases medias. Este segundo paradigma se articuló conceptualmente en torno a las ideas de la teoría de la modernización propulsada por el economista norteamericano Walt W. Rostow y su emblemático libro *The Stages of Economic Growth*: *A Non-Communist Manifesto* (20). Según esta obra, todos los países, independientemente de sus especificidades históricas y culturales, estaban abocados a atravesar –en un proceso inevitable y universal- varias etapas hasta llegar a la cumbre de la modernización, identificada con el crecimiento económico auto-sostenido que únicamente se había conseguido en Estados Unidos y Europa occidental. En el pensamiento de Rostow las naciones eran representadas como sistemas orgánicos situados en un *continuum* hacia la modernidad, cuya cúspide solo había sido alcanzada por unos cuantos países avanzados. El resto aún se encontraba transitando en la escalera del desarrollo, cuyo peldaño más problemático era aquel en el que se iniciaba el «despegue» definitivo hacia el capitalismo industrial.

Para este teórico norteamericano, dicho «*take off*» llevaba consigo una rápida urbanización, el acelerado crecimiento de la población y otros importantes cambios sociales que podían erosionar las relaciones de autoridad, incrementar las expectativas populares, fomentar el desorden y generar una elevada inestabilidad política. Como decía en uno de sus artículos, los países que se encontraban en esta fase eran «altamente vulnerables a la subversión» (21). En unos términos muy parecidos se expresaba el Policy Planning Council de la administración Kennedy en mayo de 1962, según el cual, «debido a las turbulencias sociales y estructurales que generalmente acompañan los procesos de modernización, todas las naciones en vías de desarrollo son susceptibles de sufrir la subversión comunista y la insurgencia en diferentes grados» (22). Más aún al tratarse de unas sociedades percibidas por las élites norteamericanas como políticamente «inmaduras» y fácilmente manipulables por «los engaños del comunismo» (23).

---

(20) Las tesis de este autor tuvieron una gran influencia internacional en los años 60. Tanta que se llegó a decir entonces que ningún otro economista había generado un debate tan intenso desde los tiempos de Marx. HAEFELE (2003): 82-83.

(21) De hecho, este autor consideraba que el comunismo «se entiende mejor como una enfermedad de la transición a la modernidad». ROSTOW (1961): 234-247.

(22) Citado en SCHMITZ (2006): 35

(23) HERMAN (1995): 136-142. Este peligro era aún mayor en aquellos países en los que la débil acción redistributiva de los Estados generaba un desigual acceso a los beneficios del crecimiento económico, con el consecuente aumento del malestar social. Los analistas estadounidenses temían que allí donde el reparto inequitativo de los frutos del desarrollo podía frustrar las crecientes expectativas populares, se desencadenasen protestas aprovechadas por los comunistas. BILL y HARDGRAVE (1992): 126-127.

Ante tal peligro, un nutrido grupo de reconocidos científicos sociales creyeron que el gobierno norteamericano tenía la obligación moral de ayudar a acelerar y, en paralelo, tutelar el «despegue» hacia la modernidad que desde finales de los años cincuenta estaban protagonizando numerosos países del Sur. Así, al promover una «aceleracion ordenada» de dichos procesos, la superpotencia impediría que fuesen aprovechados por los comunistas. Desde esta óptica, los Estados Unidos debían de exportar un modelo de modernización basado en reformas graduales y tecnocráticas. Por una parte, tales reformas canalizarían las turbulentas transformaciones que enfrentaban dichas sociedades. Por otra, restarían apoyo popular a las fuerzas oportunistas que intentaban sembrar el caos. En fin, se hacía preciso solucionar los problemas del subdesarrollo mediante cambios ordenados que aliviasen la presión social al tiempo que evitasen estallidos revolucionarios (24).

Este punto de vista era compartido por Max Millikan y Walt Rostow en una conocida obra publicada en 1957, los Estados Unidos disponían de un «enorme potencial» para hacer realidad las crecientes expectativas populares de cambio y encauzar, sin caer en la anarquía, las energías sociales liberadas en los convulsos procesos de modernización (25). La extensión del virus revolucionario en el mundo de la segunda posguerra mundial hacía necesario, a juicio de estos y otros autores, que la superpotencia norteamericana promoviese su propia revolución desde arriba (*the Right Kind of Revolution* en palabras de W. Rostow). Una transformación basada en el mantenimiento del orden, en el cambio moderado y en la preeminencia social de las clases medias y de sus valores liberales (26). De no hacerlo así, estos científicos sociales creían que la credibilidad norteamericana se resentiría y sus aliados en el Tercer Mundo se sentirían defraudados.

La enorme influencia adquirida por la teoría de la modernización durante los años sesenta estuvo relacionada con su capacidad para articular, dentro de un mismo cuerpo doctrinal, las ideas que en las décadas centrales del siglo XX fueron hegemónicas en los campos de la política, la sociedad y la economía (27). En primer lugar, dicha teoría incluyó diversos conceptos procedentes del debate sobre el «fin de las ideologías» popularizado por intelectuales como Edward Shils, Raymond Aron y Daniel Bell. De acuerdo con estos autores, desde el final de la II Guerra Mundial se había producido una contracción en el espectro político del mundo occidental. A lo largo de la posguerra, las posiciones políticas en las naciones europeas y norteamericanas se habían situado –a diferencia de lo ocurrido en la agitada década de los treinta– en un marco ideo-

(24) GILMAN (2003a): 48-49.

(25) MILLIKAN y ROSTOW (1957): 8.

(26) HUNT (1987): 114-117.

(27) Durante estos años la historia comparativa, trasnacional y de las relaciones internacionales también puso la explicación del desarrollo en el centro de su misión disciplinar y aplicó los modelos modernizadores en sus análisis. Sobre la centralidad de la modernización en la historiografía de los años cincuenta y sesenta. Ver APPLEBY, HUNT y JACOB (1994): 77.

lógico mucho más estrecho, constreñido por el amplio consenso en torno al liberalismo político y a la socialdemocracia reformista (28).

Desde este enfoque, la prosperidad generada por la economía mixta de mercado había hecho converger a la izquierda y a la derecha moderadas en torno al centro democrático y social. El «capitalismo del bienestar», como respuesta occidental al igualitarismo social preconizado por el marxismo, estaba conduciendo a una rica y pacífica sociedad sin clases. Por fin los problemas políticos que habían acompañado a la revolución industrial en Occidente parecían resolverse sin necesidad de recurrir a la revolución. Por el contrario, las sociedades tradicionales continuaban enfrascadas en estériles pugnas ideológicas. Mientras que para estos especialistas la moderación y el equilibrio eran características comunes de las «saludables» y «modernas» democracias occidentales, los países atrasados sucumbían presa del fervor ideológico y de la irracionalidad política. A su parecer, la diferencia entre unos y otros tenía una base material, pues el ocaso de las ideologías radicales y de la lucha de clases había llegado al hemisferio occidental de la mano del crecimiento económico y de la expansión del Estado del bienestar (29). Lo que equivalía a decir que la modernización y la distribución de sus frutos conducirían a la democratización post-ideológica de los países en vías de desarrollo (30).

Los defensores del «fin de las ideologías» argumentaban que los conflictos sociales provocados por el desarrollo no representaban un problema político sino una cuestión de planificación técnica a dilucidar por parte de expertos. A su modo de ver, el alto nivel de desarrollo alcanzado por la potencia norteamericana era ejemplo de la superioridad de la tecnología sobre el gobierno voluble de las clases populares (31). De este modo, tales académicos ofrecieron cober-

---

(28) La concepción del «final de las ideologías» se forjó en el entorno del Congreso por la Libertad de la Cultura, una institución intelectual que, con el apoyo de la CIA, jugó un papel muy importante en la Guerra Fría cultural. En este contexto, dicha noción se convirtió en exponente del optimismo y de la fe en el progreso del «mundo libre». Al ensalzar la superioridad del liberalismo centrista, moderado y bienpensante, el «declive de las ideologías» se constituyó como el libreto para el cántico victorioso de la sociedad americana triunfante en la posguerra. SCOTT-SMITH (2002a): 138-141.

(29) Según el propio Bell, era en los países industriales avanzados, especialmente en Estados Unidos, Gran Bretaña y Escandinavia, donde el aumento del poder adquisitivo, de la redistribución de la riqueza y de la movilidad social, había obstaculizado el arraigo de ideologías extremistas. SCOTT-SMITH (2002b): 446-447.

(30) De esta interpretación se derivaba una elevada correlación entre el establecimiento de sistemas democráticos y la existencia de altos niveles de industrialización, urbanización, prosperidad y educación. Si bien la evidencia histórica no siempre ratifica esa fórmula que relaciona estrechamente desarrollo y democracia. No en vano el siglo XX está repleto de ejemplos de dictaduras desarrollistas e industrializadas, de clases medias apoyando a dictadores y de democracias que se hacen hueco en condiciones de pobreza. CULLATHER (2004): 212.

(31) CULLATHER (2000): 645; CITINO (2008): 580. Según diversos autores, detrás de la jerga pretendidamente neutral y técnica que rodeó la retórica de la modernización subyacía una agenda política y una forma de organizar el poder en la sociedad. KUTTNER (1991): 255.

tura intelectual a las posiciones teóricas que defendían la supremacía del conocimiento objetivo de las élites tecnocráticas sobre los instintos de los de abajo. Al rechazar, como hacía Bell, la «política de masas», por ser presa de la «pasión» y de los «odios», el credo modernizador también englobó postulados propios de la teoría de la «democracia de élites». Esta línea de pensamiento proponía para los países subdesarrollados un sistema político que, por un lado, se previniese del excesivo protagonismo de los movimientos «populistas», y por otro, estuviese controlado por expertos tecnócratas comprometidos con la promoción del crecimiento económico, de la estabilidad política y del orden social (32).

Finalmente, la teoría de la modernización también incorporó planteamientos procedentes de la conocida como «*consensus history*». Nos referimos a la corriente historiográfica (cultivada por autores como Louis Hartz, Clinton Rossiter o Daniel Borstin, entre otros) según la cual el éxito estadounidense estaba estrechamente relacionado con una evolución histórica caracterizada por el bajo conflicto social, el protagonismo de las clases medias moderadas y el consenso político en torno valores moderados (33). Desde esta óptica, la eficacia del sistema político norteamericano era producto de la preeminencia histórica de las reformas graduales sobre las rupturas revolucionarias. Los teóricos de la modernización tomaron estas ideas para señalar que, aunque excepcional, el pasado nacional norteamericano debía de ser encumbrado como fuente de inspiración para los países que se esforzaban por vencer al subdesarrollo.

En definitiva, la síntesis e interrelación de todas estas nociones procedentes de diversas corrientes intelectuales (escuela del «fin de las ideologías», «*consensus history*» y teoría elitista de la democracia) ofreció una atractiva interpretación del cambio histórico contemporáneo, al tiempo que dotó a la teoría de la modernización de una mayor legitimidad y credibilidad científica (34).

3. MODERNIZACIÓN Y PODER GLOBAL

De acuerdo con Nicholas Dearth, en las décadas de 1950 y 1960 la ideología de la modernización tuvo un peso importante en la política exterior del Departamento de Estado debido a su maleabilidad para justificar los múltiples y diversos objetivos de la acción exterior norteamericana. El imparable ascenso de dicha teoría tuvo mucho que ver con su flexibilidad para desarrollar varias tareas –como instrumento de legitimación intelectual, modelo analítico y herramienta retórica– altamente funcionales para la diplomacia estadounidense (35).

(32) GILMAN (2003a): 59-60.
(33) SCHLESINGER (1949): 230-234.
(34) GILMAN (2003b): 60-66.
(35) DEARTH (2014): 1-5

No obstante, la fulgurante emergencia de este paradigma también estuvo vinculada a la influencia política proyectada por algunos de sus teóricos más prominentes, los cuales ejercieron cargos de responsabilidad en el Departamento de Estado, en la CIA y en otras agencias gubernamentales. Por citar unos pocos casos, Walt W. Rostow fue Consejero de Seguridad Nacional y director del Policy Planning Council del Departamento de Estado. Max Millikan, director del Centre for International Studies (CENIS) del Massachusetts Institute of Technology (MIT), fue asesor de la CIA. El reconocido economista de Harvard, Lincoln Gordon, tuvo un papel importante en el principal programa de modernización puesto en funcionamiento por Estados Unidos en América Latina en los años sesenta (Alliance for Porgress) y fue embajador en Brasil. El politólogo del MIT, Lucian Pye, fue asesor de la Agency for International Development (USAID). Finalmente, el economista del Stanford Research Institute, Eugene Staley, dirigió diversos proyectos de desarrollo en Vietnam. Ejemplos que vienen a poner de relieve el interés de los responsables políticos norteamericanos por rodearse de asesores académicos a la hora de enfrentar el desafío de la modernización. De hecho, durante este periodo se selló una estrecha relación entre autoridades e intelectuales, desconocida en Estados Unidos desde finales del siglo XVIII.

Por lo que no extraña que en estas décadas centrales del siglo XX la producción de conocimiento por parte de las élites académicas estadounidenses estuviese fuertemente mediada por las preferencias políticas gubernamentales. Las ayudas del Estado y de entidades privadas –como las fundaciones Carnegie, Ford y Rockefeller– ayudaron a definir las materias de estudio preferente, así como aquellas concepciones de la realidad global que era preciso privilegiar como parte de la lucha ideológica contra el comunismo (36). Así, mientras que otras líneas de investigación alternativas eran relegadas a un segundo plano, la teoría de la modernización fue revestida de un fuerte prestigio científico e institucional por su adecuación a los intereses de la seguridad nacional (37). Aunque el Estado no determinó qué podían decir los científicos, influyó decisivamente en la selección de aquellas voces que se convertirían en autoridad académica y marcarían la investigación en el campo de las relaciones internacionales (38).

---

(36) Sobre la relación entre la Guerra Fría y la investigación en ciencias sociales en Estados Unidos pueden verse, SCHIFFRIN (1997), ROBIN (2001) y DIAMOND (1992).

(37) Según Christopher Simpson, la financiación de la investigación no determinó por sí misma sus resultados, pero tuvo mucho que ver con la elaboración de un determinado tipo de ideas, potenciando su capacidad competitiva respecto a otras alternativas explicativas. SIMPSON (1994): 6.

(38) SIMPSON (1994): 3-10, ISAAC (2007): 725-746, NEEDELL, (1999): 34-38. De acuerdo con Nils Gilman, los académicos que defendieron los preceptos de la modernización consiguieron un importante éxito profesional, recibiendo importantes honores académicos, mientras que aquellos que esbozaron voces disidentes al discurso hegemónico fueron marginados. GILMAN (2003b): 151-154.

El apoyo estatal que recibió la teoría de la modernización se explica por su plena coincidencia con los ideales del internacionalismo liberal americano (39). No en vano, los principales precursores de dicha teoría no percibieron ningún conflicto de intereses entre su labor intelectual y la generación de conocimientos destinados a apuntalar el poder global de la superpotencia. Estos científicos sociales se congregaron en torno a una red intelectual interdisciplinar (expandida por los campos de la sociología, la ciencia política, la economía, la psicología y la antropología) cuya base se había creado durante la II Guerra Mundial. Entonces, muchos de estos académicos habían contribuido con su investigación a la victoria bélica. Posteriormente, encontraron en el comunismo un nuevo enemigo contra el que dirigir su saber experto. En esta ocasión su misión fue la de construir la teoría de la modernización como instrumento de legitimación de la política exterior americana en la Guerra Fría (40).

Tales intelectuales se sentían moralmente obligados a librar una guerra ideológica en la que la investigación social representaba una herramienta esencial. Al ubicar sus trabajos en la intersección entre la teoría social y la política pública, estos especialistas concebían su labor intelectual como parte de un servicio patriótico (41). Una de las instituciones más importantes nacidas de esa fusión de intereses políticos y académicos fue el mencionado *Centre for International Studies* (CENIS) del MIT. La puesta en marcha de este organismo (a cargo del también citado economista Max Millikan) en 1952 formó parte de un proyecto secreto en el ámbito de la Guerra Fría cultural. El CENIS disfrutó de una fuerte financiación por parte de la CIA y de la Fundación Ford. Su principal objetivo fue el de desarrollar las técnicas necesarias para entender y regular el colapso de los viejos imperios y la integración de los nuevos territorios en la órbita americana. Esta institución académica reunió a un buen número de especialistas de diversos campos, encargados de reflexionar sobre el papel de Estados Unidos en la promoción del cambio político, económico y social a nivel mundial. Dicho de otro modo, la misión del CENIS fue la de fomentar desde las ciencias sociales un conocimiento comparable al desarrollado por los científicos naturales en el campo militar (42).

Durante este periodo también se produjo una notable expansión de los *Area Studies*, especialmente tras la aprobación en 1958 de la *National Defense Edu-*

---

(39) Como decía Dean Tipps, había «poco en la literatura sobre la modernización que seriamente incomodase a los dirigentes de las Casa Blanca, del Pentágono o del Departamento de Estado». TIPPS (1973): 210.

(40) SHAH (2011): 11-20

(41) Al fin y al cabo, estos autores desarrollaron sus investigaciones en un ambiente académico en el que la amenaza comunista parecía requerir de la movilización del potencial intelectual de la nación. Conforme aumentó la tensión política internacional, fueron más las voces dentro de la academia americana que abogaron por la recuperación de la pasada colaboración durante la II Guerra Mundial entre los científicos sociales y el Estado. ENGERMAN (2007): 599-602. Ver también ROBIN, 2001.

(42) GILMAN (2003b): 160-161.

cation Act. A principio de los cincuenta la Fundación Ford había comenzado a promover la investigación enfocada al aprendizaje de lenguas y culturas extranjeras. Esta organización filantrópica destinó entre 1953 y 1966 unos 270 millones de dólares para que 34 universidades estadounidenses estableciesen programas de estudios internacionales (43). El objetivo era el de generar un mayor conocimiento sobre las nuevas sociedades poscoloniales que fuese aplicable a la acción estadounidense en el exterior. Paralelamente, crecieron los programas de intercambio cultural y educativo. Una parte considerable de los mismos pretendía satisfacer el interés de las élites poscoloniales por el *know-how* americano necesario para modernizar las estructuras de sus nacientes naciones. Tales programas prestaron especial atención a los estudiantes universitarios procedentes del Tercer Mundo, considerados potenciales «agentes de cambio» llamados a desempeñar un papel importante en la transmisión del modelo de desarrollo americano a los países pobres (44).

La difusión del ideal americano de modernización contó con la inestimable colaboración de fundaciones, *think tanks*, compañías religiosas, asociaciones cívicas, ligas estudiantiles, etcétera. Estas organizaciones pusieron a disposición del gobierno un importante nivel de financiación, experiencia y asesoramiento en el campo del desarrollo (45). Además, las entidades no gubernamentales mantuvieron la presencia estadounidense cuando la acción oficial de Washington encontraba resistencias o generaba recelosos en los países receptores (46). Finalmente, también facilitaron un canal para movilizar a miles de «*ordinary americans*» comprometidos con los designios exteriores de su país (47). Así, la modernización se convirtió durante los años cincuenta y sesenta en una misión ineludible para amplios sectores de la sociedad estadounidense, que entendieron que la ayuda exterior proyectaba una imagen positiva y humanitaria de la nación americana (48).

---

(43) Desde la segunda mitad de los años cincuenta aparecieron en los campus americanos un buen número de centros especializados en el estudio de las nuevas regiones descolonizadas. Dichos espacios venían a complementar a los primeros organismos de este tipo creados a mediados de los cuarenta en el ámbito de la sovietología. ENGERMAN (2003): 84-86 y CUMMINGS (1999): 159-188. Ver también WALLERSTEIN (1997).

(44) KRAMER (2009): 776-781.

(45) Estas prácticas de colaboración mantuvieron un cierto equilibrio entre la hegemonía del Estado y la autonomía de los grupos de la sociedad civil. No siempre el gobierno impuso su control sobre las organizaciones independientes que trabajaban en los países en vías de desarrollo. De hecho, en ocasiones se produjeron resistencias y tensiones a la hora de negociar el mensaje y la imagen a transmitir por dichos colectivos. Sobre este debate planteado desde unas coordenadas más generales ver la introducción de LUCAS (2006).

(46) FREY (2003): 410.

(47) En esta línea, intelectuales como W. Rostow y M. Millikan pensaban que el compromiso con el progreso de las naciones desheredadas mantendría la vigorosidad de la sociedad civil americana, alejándola de la peligrosa autocomplacencia provocada por la prosperidad.

(48) Si bien, aunque minoritarias, también existieron posiciones intelectuales que pusieron en duda dicho altruismo, señalando que el propósito de tal ayuda no era otro que el de facilitar el

Merece la pena destacar el papel jugado a este respecto por las universidades. Estas tenían una tradición de trabajo en el extranjero previa a la Guerra Fría. Pero fue en las décadas centrales del siglo XX cuando su presencia en el ámbito del desarrollo internacional experimentó un notable crecimiento. Alentados por los principios de la teoría de la modernización, un buen número de centros educativos superiores cooperaron con los programas oficiales y enviaron sus propias misiones a las nuevas naciones poscoloniales. Por ejemplo, en 1957 estaban trabajando en Turquía diversas delegaciones de Georgetown, New York University y Nebraska University. Una de las instituciones educativas más activas en este campo fue Michigan State University, que envió grupos de asesoramiento técnico a países como Brasil, Colombia y Vietnam, entre otros (49). El resultado de esta estrecha colaboración entre las universidades, las organizaciones de la sociedad civil y el gobierno contribuyó a establecer en el interior de los Estados Unidos un amplio «consenso liberal» sobre el modelo de desarrollo que debía de exportarse a la periferia del sistema capitalista (50).

Un arquetipo de modernización que fue fomentado a nivel global por parte de la «*International Development Community*» que emergió a finales de los años cincuenta bajo el liderazgo estadounidense. Esta comunidad internacional consagrada a la promoción del crecimiento económico y del progreso social en el Tercer Mundo estuvo compuesta por varias organizaciones multilaterales, ONG's y agencias de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Su principal propósito fue la expansión de los principios de la modernización con el fin de contener el crecimiento del comunismo en Asia, África y América Latina (51). Así, organismos como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), hicieron de foro para la elaboración y difusión de discursos que ponían el acento en el desarrollo capitalista, la productividad, la racionalidad técnica, etcétera. Al mismo tiempo, una pléyade de expertos internacionales se desplazaban por todos los rincones del planeta construyendo una definición compartida –basada en la lógica de la modernización– sobre los problemas de los países subdesarrollados y sus soluciones (52).

En consecuencia, las ideas propagadas por dichas instituciones se convirtieron en una especie de mantra, en parte del habitual repertorio de declaraciones reproducidas en reuniones y congresos internacionales. A través de estas y otras

---

acceso a los recursos naturales y estratégicos de las nuevas naciones independientes. OSGOOD (2006): 216, ENGERMAN y UNGER (2009): 376.

(49) ERNST (1998): 7.

(50) Ver EKBLADH (2009).

(51) Por ejemplo, algunas agencias de la ONU ayudaron a difundir determinadas visiones del desarrollo en ámbitos en los que el comunismo internacional proyectaba cierta influencia, como podían ser las relaciones laborales y la educación. MAUL (2009), DORN y GHODSEE (2012).

(52) Ver STAPLES (2007), JOLLY (2004), STOKKE (2009), FREY y KUNKEL (2011).

actividades –como seminarios, encuentros de ministros y publicaciones– las elites tecnocráticas de los países en vías de desarrollo fueron socializadas en el lenguaje común de la modernización (53). A lo largo de los años sesenta, términos como los de «desarrollo», «reforma», «ayuda internacional», «asesoramiento técnico» y «expertos extranjeros», estuvieron presentes en el debate público de las naciones del Sur. Si bien, conviene recalcar que los gobernantes poscoloniales no fueron meros consumidores de los postulados occidentales (54). En ocasiones, las recomendaciones de la USAID, la UNESCO o el BM fueron reformuladas y modificadas hasta ajustarse a los objetivos de las élites locales (55).

4. LA MODERNIZACIÓN AUTORITARIA

En la década de 1950 la teoría de la modernización tuvo como referente doctrinal al internacionalismo liberal de entreguerras. Las raíces de dicha teoría entroncaban con los ideales del *New Deal*, que implícitamente aludían a una visión del desarrollo inclusivo y participativo, una concepción que abogaba por la colaboración constructiva que aumentase la auto-confianza de los pueblos pobres. Basándose sobre este precedente, la teoría de la modernización se presentó inicialmente como una solución altruista y democrática a los principales problemas que aquejaban al mundo de la posguerra (56).

Pero la ayuda económica y militar que los soviéticos estaban facilitando a los países en vías de desarrollo, las inquietudes provocadas por la revolución cubana, la ola de golpes militares en Asia y África, y el crecimiento del papel político de las fuerzas armadas en muchas partes del Tercer Mundo, hicieron que los principios humanitarios del internacionalismo liberal de preguerra se fuesen difuminando (57). A este respecto conviene recordar que, como apunta Frank Costigliola, las administraciones de J. F. Kennedy y de L. B. Johnson heredaron los axiomas ideológicos de la Guerra Fría. Ambos presidentes se adhirieron a los principios básicos de la política exterior estadounidense poste-

(53) Las élites desarrollistas que habitualmente se convirtieron en el interlocutor preferido de los Estados Unidos y de las organizaciones internacionales estuvieron compuestas por grupos urbanos, altamente cualificados, de mentalidad jerárquica, amantes del gobierno fuerte, bien conectados con el poder político y las redes económicas. HARRISON (1988): 29-31.

(54) La modernización no siempre fue un proceso unidireccional centro-periferia. Las grandes potencias también tuvieron que competir con otros modelos de desarrollo autóctonos, como ocurrió en Cuba, Argelia, China o Taiwán. SCHMIDT y PHARO (2003): 387-390, WESTAD (2000): 554-555, CITINO (2012): 89-90.

(55) Por ejemplo, los líderes autoritarios de los países en vías de desarrollo aplicaron selectivamente los conceptos modernizadores que más les convenían, dejando a un lado aquellos otros que entraban en colisión con su naturaleza política, como los relacionados con el establecimiento de instituciones representativas. LATHAM (2012): 16-18.

(56) EKBLADH (2009): 78.

(57) Ver BUSS (2009) y TAFFET (2007).

rior a la II Guerra Mundial, que presentaban a la Unión Soviética como una potencia agresiva, expansionista y totalitaria, ante la que solo cabía contraponer políticas de vigilancia y contención (58). Tales asunciones, para las que el comunismo era una ideología subversiva y monolítica al servicio de Moscú, guiaron la interpretación oficial de los mencionados acontecimientos acaecidos en el Tercer Mundo.

En consecuencia, la óptica bipolar hizo que los requerimientos geopolíticos derivados de la necesidad de combinar modernización y anticomunismo llevasen a los Estados Unidos a congraciarse con las fuerzas anti-liberales de América Latina, Oriente Medio, Europa del Sur y del sudeste asiático. Dicho de otro modo, las exigencias de la lucha contra el comunismo empujaron al Departamento de Estado a abandonar durante los años sesenta el espíritu pluralista y progresista con el que había abordado la cuestión de la modernización en las décadas previas.

La apuesta norteamericana por una noción autoritaria de la modernización se produjo de forma paralela a un aumento de la bibliografía científica que evaluaba positivamente el papel de los gobiernos militares como palanca del cambio económico (59). Según Henry Bienen, entre 1959 y 1965 aparecieron un buen número de trabajos que veían a las dictaduras militares como la opción más estable, anticomunista, eficiente, y modernizadora cuando los regímenes democráticos flaqueaban o se producían vacíos de poder (60). Hasta finales de los años cincuenta, las ciencias sociales norteamericanas habían visto en el ejército una fuerza retrógrada. Imbuidos en el optimismo general sobre las expectativas de desarrollo democrático en las nuevas naciones independientes, los teóricos americanos habían defendido la supremacía del gobierno civil sobre el estamento militar. Pero a finales de los cincuenta, prominentes académicos estadounidenses comenzaron a construir el aparato intelectual requerido para dar el giro hacia una concepción autoritaria de la modernización que justificase las alianzas de su gobierno con los *«friendly tyrants»* de América Latina, Asia, África y Europa del Sur (61).

Un paso importante en esta dirección se produjo con la publicación del informe del *Draper Committee* en 1959. Este veía en la colaboración con los gobiernos y juntas militares un acicate para la industrialización ordenada y tranquila de los países subdesarrollados. Idéntico argumento fue expresado en numerosas ocasiones por los presidentes Kennedy y Johnson, quienes estable-

(58) COSTIGLIOLA (2010): 112-113.

(59) Los promotores de la modernización en los departamentos universitarios creyeron defender una causa profundamente justa, altruista y benevolente. Pero el aumento de la tensión durante la Guerra Fría les condujo a una visión de la modernización que justificó la ayuda militar y política a sistemas autoritarios. La legitimación de regímenes antiliberales por parte de uno de los principales teóricos de la modernización puede verse en SHILS (1962).

(60) BIENEN (1971): 9-21

(61) SIMPSON (2008): 62. El concepto de *«friendly tyrant»* en GARFINKLE y PIPES (1991).

cieron una estrecha relación entre la ayuda económica al desarrollo y la asistencia militar y policial contra la insurgencia (62). En diversas partes del mundo poscolonial sus administraciones vincularon el desarrollo con la seguridad interna de los Estados supuestamente amenazados por la subversión comunista. Según Jeremy Kuzmarov, la asistencia estadounidense en estos campos proveyó a gobiernos dictatoriales de los medios policiales y paramilitares necesarios para asegurar la estabilidad durante las etapas más críticas de la modernización (63). Por tanto, si –por un lado– los Estados Unidos pretendían mejorar las condiciones de vida de las poblaciones del Tercer Mundo, por otro contribuyeron a legitimar la represión estatal sobre los grupos sociales que se oponían a las reformas modernizadoras (64).

En nombre de dichas reformas un buen número de dictaduras fueron presentadas por Washington como regímenes desideologizados, tecnocráticos y eficientes, garantes del *status quo* durante los convulsos procesos de modernización. Desde la óptica oficial estadounidense, las autoridades militares encarnaban la única fuerza capaz de imponer el consenso político y de eliminar los obstáculos (en forma de movimientos populares y guerrillas comunistas) para la transformación de las sociedades poscoloniales. Estas fueron ilustradas por algunos autores conectados con el Departamento de Estado (Wilbur Schramm, Daniel Lerner) como sociedades ancladas en la tradición, el paternalismo y el fatalismo (65). Subdesarrollo cultural que, a juicio de asesores y oficiales norteamericanos, también era palpable en la inmadurez y minoría de edad política de unos pueblos incapaces de auto-gobernarse a sí mismos. De este modo, al hacer hincapié en la carente sofisticación política y en la vulnerabilidad de los países del Sur, esta interpretación legitimaba el apoyo norteamericano a gobiernos firmes y capaces de evitar el crecimiento del comunismo (66).

La gran mayoría de los economistas y expertos estadounidenses veían en los sistemas representativos la mejor forma de gobierno de las naciones modernas. Pero en su opinión, el establecimiento de instituciones pluralistas en la naciones subdesarrolladas solo sería posible cuando se reuniesen una serie de condiciones y pre-requisitos socio-económicos en términos de productividad, urbanización, escolarización, renta per cápita, etcétera (67). Esta idea, aplicada a la política norteamericana hacia países como Brasil, Corea del Sur o España, permitía posponer *sine die* la promoción de la democracia al cumplimiento a largo plazo de unos vagos y difusos objetivos estructurales.

---

(62) FIELD (2012): 151-153.
(63) KUZMAROV (2009): 199-207
(64) LINDO-FUENTES (2012): 76-78.
(65) SHAH (2011): 13.
(66) SCHMITZ (2006): 10
(67) Uno de los prinicipales valedores de este tipo de explicaciones fue Seymour M. Lipset, quien en su conocido artículo «Some Social Requisites for Democracy» establecía una relación directa entre el desarrollo político y los niveles de industrialización y riqueza. Ver LIPSET (1959).

En resumidas cuentas, el optimismo liberal, precursor de la modernización que alumbraría en los países subdesarrollados una revolución basada en las ideas de Locke, fue sustituido a lo largo de los años sesenta por una visión del progreso más propia de Hobbes. Mutación que ha llevado a varios estudiosos del tema –como Arturo Escobar, James Ferguson o Ali Mirsepassi– a señalar que el principal propósito de los teóricos de la modernización no fue tanto la promoción democrática como la expansión capitalista. Desde este punto de vista, las recomendaciones de los especialistas norteamericanos y de las organizaciones internacionales habrían puesto más énfasis en el desarrollo económico que en el humano, concediendo mayor importancia a la estabilidad, a la despolitización de las masas y al mantenimiento del orden que a la defensa de las libertades públicas en las nuevas naciones independientes (68). El resultado sería, según estos autores, una extensión del control del Estado y del poder autoritario en detrimento de la participación política de las clases populares del Tercer Mundo (69).

5. APUNTES FINALES. CRISIS Y RESISTENCIA DE UNA TEORÍA

Los modernizadores norteamericanos optaron por una visión despolitizada de los problemas socio-económicos, manifestando una fe sin fisuras en la capacidad de la tecnología y del saber experto para reconfigurar sociedades enteras. Trataron de construir sus explicaciones a partir de técnicas estadísticas que, a su vez, se pudiesen aplicar con fiabilidad al contexto internacional de la Guerra Fría. Tales especialistas creían firmemente en la capacidad de las abstracciones numéricas para garantizar una descripción objetiva del cambio social global. Confiaban en el poder del análisis cuantitativo para identificar las fuerzas lineales de la historia. Pero a menudo sus proyectos se basaron en un conocimiento muy parcial de ciertas sociedades y en una serie de estereotipos heredados de sus propias culturas. Lo que no fue óbice para que estos expertos extrapolasen sus conclusiones, confiados en que habían identificado las fuerzas que en todos los casos guiaban la transición desde una sociedad tradicional y agraria a otra moderna y urbana (70).

Al definir una trayectoria universal hacia la modernidad al margen de la historia, estos teóricos encerraron una realidad compleja dentro de un esquema excesivamente rígido y simplificador. Según James Scott, los mandarines de la modernización se basaron en una visión esquemática de la naturaleza humana, que hacía converger de manera un tanto artificial los intereses de los expertos

(68) LATHAM (2005): 736.
(69) Ver ESCOBAR (1995), MIRSEPASSI (2000).
(70) IMMERWAHR, (2012): 22.

con las preferencias de poblaciones autóctonas (71). No obstante, la aplicación sobre el terreno de los proyectos de modernización no tuvo el sentido monolítico y unívoco previsto por los modelos elaborados en las universidades de Harvard, Yale o Chicago. Los pueblos atrasados a veces rechazaron unas iniciativas basadas más en las proyecciones estadísticas que en las necesidades expresadas por la sociedad civil local. De hecho, la puesta en marcha de programas concebidos desde arriba por «*enlightened technocrats*» que apenas tuvieron en cuenta la opinión de los colectivos afectados, cuyas reticencias fueron tratadas como meras dificultades técnicas (72), a menudo generó radicalización política y polarización social.

Según Michael Latham, el despliegue triunfalista de numerosos proyectos de modernización, que apenas tuvieron en consideración el contexto doméstico en el que se aplicaban, tuvo consecuencias negativas (73). Al contrario de lo que se esperaba en Washington, una parte de los programas norteamericanos activados a lo largo de los años sesenta dieron lugar, en palabras de Wallerstein, a «la desintegración del orden, al descontento larvado y a sentimientos radicales no canalizados» (74). Ciertamente, existió un largo trecho entre las nobles aspiraciones de prosperidad global y los problemas sociales, ecológicos, migratorios y de violencia política producidos en países bajo la égida modernizadora estadounidense (75).

Dichos problemas, unidos a varios acontecimientos internos –como los asesinatos de Kennedy, Luther King y Malcolm X, los desórdenes raciales, las revueltas estudiantiles, las revelaciones sobre la CIA, el escándalo Watergate, etcétera– restaron credibilidad a las promesas americanas de modernización (76). Además, el ascenso de nuevos discursos sobre los derechos humanos, el ecologismo, el pacifismo, el feminismo y la democracia aumentó el escepticismo sobre el progreso en el seno de la propia superpotencia y la posibilidad de exportar su modelo civilizatorio al resto del mundo (77). En su conjunto,

---

(71) SCOTT (1999): 347–349.

(72) Sin embargo, la historiografía apenas se ha interesado por las resistencias por abajo que ocasionaron las reformas modernizadoras. Existen pocos trabajos que se interesen por cómo la «revolución modernizadora» fue experimentada, vivida y percibida por millones de habitantes del Sur. En este punto, se hace necesaria una historia social del desarrollo que ayude a explicar el éxito o el fracaso de la modernización *made in America*. Algunas excepciones son POPP (2008) y MALINOWSKI (2007). También ver GILBERT y SPENSER (2008).

(73) En algunos de los casos estudiados por este historiador, la apuesta americana por el crecimiento económico y la estabilidad política obtuvo resultados contraproducentes que pusieron en entredicho el propio concepto de modernización. LATHAM (2012): 23-26.

(74) WALLERSTEIN (2002): 60-68.

(75) EKBLADH (2009): 285-286, COPELAND (2012): 975-976.

(76) TIPPS (1973): 210.

(77) Estas sensibilidades fueron impulsadas por una Nueva Izquierda para la que la teoría de la modernización era un componente de las sociedades jerarquizadas, de la política parlamentaria convencional, de las guerras imperialistas, de la alienación laboral, de las restricciones sexuales, etcétera. GILMAN (2003a): 69-70.

todos estos factores propiciaron un cambio sustancial en el ánimo estadounidense, en el que arraigó un profundo sentimiento de cinismo y pesimismo sobre el futuro. Como consecuencia, conforme fueron avanzando los años sesenta fue emergiendo una atmósfera que poco tenía que ver con el desbordado optimismo de la décadas anterior. Así, a comienzos de los setenta la confianza en la misión internacional de los Estados Unidos se había evaporado junto a los principios morales en los que sustentó la propia teoría de la modernización (78).

Nada pasó tanta factura a las tesis modernizadoras como la guerra de Vietnam. Esta fue identificada como la horrorosa criatura del internacionalismo liberal de posguerra. En la conciencia colectiva de amplios sectores de la sociedad americana, los trabajos de científicos sociales como W. Rostow y E. Shils quedaron vinculados a la legitimación intelectual de la intervención militar en Vietnam. Dicho conflicto supuso la «tormenta perfecta» que fracturó el *Cold War consensus* sobre el que se había construido el concepto de modernización *made in America* (79). Tal acuerdo sufrió un profundo descrédito en el ámbito intelectual de las décadas de 1970 y 1980. Fue duramente criticado desde todos los ángulos del espectro ideológico. Autores conservadores como Samuel Huntington y Robert Nisbet vieron en su fracaso el final del sueño del internacionalismo liberal. Desde la izquierda, los teóricos de la dependencia y del «sistema-mundo», con Immanuel Wallerstein a la cabeza, acusaron a esta teoría de ser un instrumento de control de los países de la periferia capitalista. Los intelectuales post-estructuralistas, como Arturo Escobar o James Ferguson, también declararon la guerra a una paradigma que, a su juicio, justificaba la imposición de regímenes violentos y autoritarios.

Sin embargo, los principios de la modernización han resistido hasta la actualidad. Aunque recibieron fuertes críticas, nunca desaparecieron completamente de la política exterior norteamericana. No en vano, las ideas de la modernización experimentaron una rápida rehabilitación académica tras la caída de la Unión Soviética (80). A partir de entonces, la victoria occidental en la Guerra Fría, la expansión mundial del mercado libre y la tercera ola de las democratizaciones hicieron que dichos axiomas volviesen a la primera plana de la política exterior norteamericana, donde se han mantenido hasta la actualidad (81). Una preeminencia que no extraña teniendo en cuenta que, en estas primeras décadas del nuevo milenio, las cuestiones fundamentales sobre el crecimiento y el progreso que hace medio siglo pusieron sobre la mesa los expertos, tecnócratas y teóricos de la modernización, continúan moldeando nuestro propio mundo post-globalización (82).

---

(78) GILMAN (2003b): 250-252.

(79) EKBLADH (2005): 35, LASCH (1991): 162.

(80) EKBLADH (2009): 260-270.

(81) Ver PRZEWORSKI y LIMONGI (1997).

(82) Al menos esta fue la sentencia del famoso ensayo de Francis Fukuyama «The End of History» publicado en *National Interest* en el verano de 1989.

6. BIBLIOGRAFÍA

APPLEBY, JOYCE; HUNT, LYNN y JACOB, MARGARET (1994): *Telling the Truth about History*, New York, Norton.

BIENEN, HENRY (1971), *The Military and Modernization*, Chicago, Atherton.

BUSS, TERRY (2009): *A Fragile Balance: Re-examining the History of Foreign Aid, Security, and Diplomacy*, Sterling, Kumarian Press.

CITINO, NATHAN (2008): «The Ottoman Legacy in Cold War Modernization», *International Journal of Middle East Studies*, 40, pp. 579-597.

——— (2012): «The 'crush' of ideologies: The United States, the Arab world, and Cold war modernisation», *Cold War History*, 12, pp. 89-110.

COOPER, FREDERICK (2010): «Writing the History of Development», *Journal of Modern European History*, 8, pp. 5-23.

COPELAND, NICHOLAS (2012): «Greening the Counterinsurgency: The Deceptive Effects of Guatemala's Rural Development Plan of 1970», *Development and Change*, 43, pp. 975-998.

COSTIGLIOLA, FRANK (2010): «US Foreign Policy from Kennedy to Johnson», en *The Cambridge History of the Cold War*. Volume II, Crisis and Détente, Cambridge University Press, pp. 112-133

CULLATHER, NICK (2000): «Development? It's History», *Diplomatic History*, 24, pp. 641-653.

——— (2002): «Damming Afghanistan: Modernization in a Buffer State», *The Journal of American History*, 89, pp. 512-537.

——— (2004): «Modernization Theory», en *Explaining the History of American Foreign Relations*, New York, Cambridge University Press, pp. 211-220.

CUMMINGS, BRUCE (1999): «Boundary Displacement: Area Studies and International Studies During and After the Cold War», en *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, New York, The New Press, pp. 159-188.

DANFORTH, NICHOLAS (2014): «Malleable Modernity: Rethinking the Role of Ideology in American Policy, Aid Programs, and Propaganda in Fifties' Turkey», *Diplomatic History*.

DIAMOND SIGMUND (1992): *Compromised Campus: The Collaboration of Universities with the Intelligence Community, 1945-1955*, New York, Oxford University Press.

DORN, CHARLES y GHODSEE, KRISTEN (2012): «The Cold War Politicization of Literacy: Communism, UNESCO, and the World Bank», *Diplomatic History*, 36, pp. 373-398.

EKBLADH, DAVID (2005): «From Consensus to Crisis. The Postwar Career of Nation-Building in US Foreign Relations», en *Nation-Building: Beyond Afghanistan and Iraq*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp.19-41

——— (2009): *The Great American Mission: Modernization and the Construction of an American World Order*, Princeton, Princeton University Press.

ENGERMAN, DAVID (2003):«Rethinking Cold War Universities: Some Recent Histories», *Journal of Cold War Studies*, 5, pp. 80-95.

——— (2004): «The Romance of Economic Development and New Histories of the Cold War», *Diplomatic History*, 28, pp. 23-55.

——— (2007): «American Knowledge and Global Power», *Diplomatic History*, 31, pp. 599-622.

ENGERMAN, DAVID y UNGER, CORRINA (2009), «Introduction: Towards a Global History of Modernization», *Diplomatic History*, 33/3, pp. 375-385.

ERNST, JOHN (1998): *Forging a Fateful Alliance: Michigan State University and the Vietnam War*, East Lansing, Michigan State University Press.

ESCOBAR, ARTURO (1995): *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press.

FIELD, THOMAS (2012): «Ideology as Strategy: Military-Led Modernization and the Origins of the Alliance for Progress in Bolivia», *Diplomatic History*, 36, pp. 147-183.

FREY, MARC y KUNKEL, SÖNKE (2011): «Writing the History of Development: A Review of the Recent Literature», *Contemporary European History*, 20, pp. 215-232.

FREY, MARC (2003): «Control, Legitimacy, and the Securing of Interests: European Development Policy in South-East Asia from the Late Colonial Period to the Early 1960s», *Contemporary European History*, 12, pp. 395-412.

GARFINKLE, ADAM y PIPES, DANIEL (1991), *Friendly Tyrants. An American Dilemma*, MacMillan Academic, Londres.

GILBERT, JOSEPH y SPENSER, DANIELA (2008): *In from the Cold. Latin America's New Encounter with the Cold War*, London, Duke University Press.

GILMAN, NILS (2003a): «Modernization Theory, The Highest Stage of American Intellectual History», en *Staging Growth. Modernization, Development and the Global Cold War*, Boston, University of Massachusetts Press, pp. 47-80

——— (2003b): *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, The Jonhs Hopkins University Press.

HAEFELE, MARK (2003): «Walt Rostow's Stages of Economic Growth: Ideas and Action», en *Staging Growth..., op. cit.* pp. 81-106

HAGEN, JAMES y RUTTAN, VERNON (1987): «Development Policy under Eisenhower and Kennedy», *Bulletin of the Economic Development Center*, 10, pp. 1-54.

HARRISON, DAVID (1988): *Sociology of Modernization and Development*, Florence, Routledge.

HERMAN, ELLEN (1995): *The Romance of American Psychology: Political Culture in the Age of Experts*, Berkeley, University of California Press.

HUNT, MICHAEL (1987): *Ideology and US Foreign Policy*, Princeton, Princeton University Press.

IMMERWAHR, DANIEL (2012): «Modernization and Development in US Foreign Relations», *Passport*, 43, pp. 22-25.

ISAAC, JOEL (2007): «The Human Sciences in Cold War America», *Historical Journal*, 50, pp. 725-746.

JOLLY, RICHARD (2004): *UN contributions to development thinking and practice*, Bloomington, Indiana University Press.

KLEIN, CHRISTINA (2003): «Musicals and Modernization: Rodgers and Hasmmerstein's The King and I», en *Staging Growth..., op. cit.* pp. 129-165

KRAMER, PAUL (2009): «Is the World Our Campus? International Students and US Global Power in the Long Twentieth Century», *Diplomatic History*, 33, pp. 775-805.

KUTTNER, ROBERT (1991): *The End of Laissez-Faire: National Purpose and the Global Economy after the Cold War*, New York, Alfred A. Knopf, 1991.

KUZMAROV, JEREMY (2009): «Modernizing Repression: Police Training, Political Violence and Nation Building in the American Century», *Diplomatic History*, 33, pp. 192-221

LANCASTER, CAROL (2006): *Foreign Aid: Diplomacy, Development, Domestic Politics*, Chicago, University of Chicago Press.

LASCH, CHRISTOPHER (1991): *The True and Only Heaven: Progress and Its Critics*, Nueva York, Norton.

LATHAM, MICHAEL (2000): *Modernization as Ideology: Social Science and «Nation-Building» in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

——— (2005): «High-Modernist Dreams and Nigthmares», *Diplomatic History*, 29, pp. 733-738.

——— (2010): «The Cold War in the Third World, 1963-1975», en *The Cambridge History of the Cold War*. Volumen II, Crisis and Détente, Cambridge University Press, pp. 258-281

——— (2012): *Right Kind of Revolution: Modernization and US Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Ithaca, Cornell University Press.

LINDO-FUENTES, HÉCTOR (2012): *Diálogos: Modernizing Minds in El Salvador: Education Reform and the Cold War, 1960-1980*, Alburquerque, University of New Mexico.

LIPSET, SEYMOUR (1959): «Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy», *The American Political Science Review*, 53, pp. 69-105

LUCAS, SCOTT (2006): «Negotiating Freedom», en *The US Government, Citizen Groups and the Cold War*, London, Routledge, pp. 1-16.

MALINOWSKI, STEPHAN (2007): «Modernization à la mode: West German and American Development Plans for the Third World», *Bulletin of the German Historical Institute*, 40, pp. 143-159.

MAUL, DANIEL (2009): «Help Them Move the ILO Way: The International Labor Organization and the Modernization Discourse in the Era of Decolonization and the Cold War», *Diplomatic History*, 33, pp. 387-404.

MILLIKAN, MAX y ROSTOW, WALT W. (1957): *A Proposal: Key to and Effective Foreign Policy*, New York, Harper.

MIRSEPASSI, ALI (2000): *Intellectual Discourse and the Politics of Modernization: Negotiating Politics in Iran*, Cambridge, Cambridge University Press.

NASHEL, JONATHAN (2000): «The Road to Vietnam. Modernization Theory in Fact and Fiction», en *Cold War Constructions. The Political Culture of United States Imperialism, 1945-1966*, Amherst, The University of Massachusetts Press, pp. 132-154.

NEEDELL, ALAN (1999): «Project Troy and the Cold War Annexation of the Social Sciences», en *Universities and Empire: Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, New York, The New Press, pp. 3-38.

O'BRYAN, SCOTT (2009): *The Growth Idea. Purpose and Prosperity in Postwar Japan,* Honolulu, University of Hawaii Press.

OSGOOD, KENNETH (2006): *Total Cold War. Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University of Arkansas Press.

POPP, ROLAND (2008): «An Application of Modernization Theory during the Cold War? The Case of Pahlavi Iran, «*International History Review*, 30, pp. 76-98.

PRZEWORSKI, ADAM y LIMONGI, FERNANDO (1997): «Modernization: Theories and Facts», *World Politics*, 49, pp. 155-183.

RIST, GILBERT (1997): *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*, London, Zed Books.

ROSTOW, WALT W. (1961): «Guerrilla Warfare in the Underdeveloped Areas», *Department of State Bulletin* pp. 232-247.

ROBIN RON (2001): *The Making of the Cold War Enemy: Culture and Politics in the Military-Industrial Complex*, Princeton, Princeton University Press.

SCHIFFRIN, ANDRÉ (1997): *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Post War Years*, New York, New Press.

SCHLESINGER, ARTHUR (1949): *The Vital Center: The Politics of Freedom*, Boston, Houghton Mifflin.

SCHMIDT, IRENE y PHARO, HELPE (2003): «Introduction», *Contemporary European History*, 12, pp. 387-394.

SCOTT, JAMES (1999): *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, Yale University Press.

SCOTT-SMITH, GILES (2002a): *The Politics of Apolitical culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and Post-War American Hegemony*, London, Routledge.

——— (2002b): «The Congress for Cultural Freedom, the End of Ideology and the 1955 Milan Conference: 'Defining the Parameters of Discourse'», *Journal of Contemporary History*, 37, pp. 437-455.

SHAH, HEMANT (2001): *Production of Modernization: Daniel Lerner, Mass Media, and the Passing of Traditional Society*, Philadelphia, Temple University Press.

SHILS, EDWARD (1960): «Political Development in the New States», *Comparative Studies in Society and History*, 2, pp. 265-292.

——— (1962): «The Military in the Political Development of New States», en *The Role of the Military in the Underdeveloped Countries*, Princeton, Princeton University Press.

SIMPSON, BRADLEY (2008): *Economists with Guns. Authoritarian Development and US-Indonesian Relations, 1960-1968*, Stanford, Stanford University Press.

——— (2012): «The Fracturing of Development Theory and the Rise of Human Rights in the 1970s», *Workshop on Development and Its Evangelists in the Cold War*, Columbia University, pp. 1-18

SIMPSON, CHRISTOPHER (1994): *Science of Coercion, Communication Research and Psychological Warfare, 1945-1960*, New York, Oxford University Press.

STAPLES, AMY (2007): *The Birth of Development. How the World Bank, Food and Agriculture Organization, and World Health Organization Changed the World, 1945-1965*, Kent, Kent State University Press.

SCHMITZ, DAVID (2006). *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1989*, New York, Cambridge University Press

STOKKE, OLAV (2009): *The UN and Development: From Aid to Cooperation*, Bloomington, Indiana University Press.

TAFFET, JEFFREY (2007): *Foreign Aid as Foreign Policy: The Alliance for Progress in Latin America*, New York, Routledge.

TIPPS, DEAN (1973): «Modernization Theory and the Comparative Study of Societies. A Critical Perspective», *Comparative Studies in Society and History*, 15, pp. 199-226.

UNGER, CORINNA (2010): «Histories of Development and Modernization: Findings, Reflections, Future Research», *H-Soz-u-Kult*, 9, pp. 1-41.

WALLERSTEIN, IMMANUEL (1997): «The unintended consequences of Cold War area studies», en *The Cold War and the University: Toward an Intellectual History of the Postwar Years*, New York, New Press, pp. 195-231

WESTAD, ODD ARNE (2000): «The New International History of the Cold War: Three (Possible) Paradigms», *Diplomatic History*, 24, pp. 551-565.

——— (2005): *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, New York, Cambridge University Press.

DE LA SELVA BRASILEÑA A LA CAPITAL DE LAS CIENCIAS SOCIALES: PROYECTOS MODERNIZADORES DE LA FUNDACIÓN FORD EN AMÉRICA LATINA, 1927-1965

BENEDETTA CALANDRA
Universidad de Bérgamo
benedetta.calandra@unibg.it

(Recepción: 02/11/2014; Revisión: 05/01/2015; Aceptación: 30/05/2015; Publicación: 26/11/2015)

1. Las raíces de la «exportación del *American Way of Life*»: Henry Ford en las Amazonas (1927-1945).–2. Los primeros años cincuenta: una «cuestión de prestigio».–3. Acercándose a la línea marcada en 1959.–4. Un delicado equilibrio entre institución cultural y sujeto político.–5. El «Oeste benévolo»: ciencias sociales y modernización.–6. Consideraciones finales.–7. Fuentes de archivo.–8. Bibliografía

RESUMEN

El artículo se propone reflexionar sobre el papel jugado por la Fundación Ford, un gigante de la filantropía estadounidense, en el subcontinente americano. El marco temporal se despliega a lo largo de cuatro décadas: desde el primer contacto establecido por Henry Ford en Brasil (1927), antes del propio nacimiento de la Fundación, hasta la apertura de las primeras sedes oficiales en América Latina ya a principios de los años sesenta. El análisis de la documentación de archivo permite destacar dos núcleos temáticos que merecen especial atención. Por un lado, el tipo de interés «modernizador» de la Fundación hacia el espacio latinoamericano, que no consistió en una simple transferencia del *know how* estadounidense orientada al «desarrollo», sino que llevó aparejado un objetivo más global de exportación del *American Way of Life*, en sentido cultural, social y político. Por otro, se pone el acento en el contexto general de la Guerra Fría, y en tal sentido las múltiples intersecciones que presentó ese interés modernizador con cuestiones estrictamente políticas, también de acuerdo a los distintos significados.

Palabras clave: América Latina; fundaciones particulares; modernización; políticas culturales de Estados Unidos.

FROM THE BRAZILIAN FOREST TO THE CAPITAL OF SOCIAL SCIENCES: MODERNISING PROJECTS OF FORD FOUNDATION IN LATIN AMERICA, 1927-1965

ABSTRACT

The aim of the article is to reflect upon the role played by the Ford Foundation, a giant of American philanthropy in Latin America. The time frame spreads itself over four decades: since the first contact established by Henry Ford in Brazil in 1927, before the very birth of the Foundation, until the opening of the first official branch in Latin America at the beginning of the 60s. The analysis of the archive sources allows us to focus on two main issues, which are worth special attention. On the one hand, the type of «modernizing» interest of the Foundation with respect to the American subcontinent, which did not consist of one simple transfer of American know-how orientated towards «development», but which had a more global objective of the exportation of the American way of life in a cultural, social and political sense. On the other hand, it highlights the broad context of the Cold War, in the sense of the multiple intersections that were showed by this modernizing interest with strictly political dynamics.

Key words: Latin America; private foundations; modernization; United States cultural politics

* * *

Este artículo se propone reflexionar sobre el papel jugado por la Fundación Ford (FF), un gigante de la filantropía estadounidense (1), en el subcontinente americano. El marco temporal se despliega a lo largo de cuatro décadas: desde el primer contacto establecido por Henry Ford en Brasil (1927), antes del propio nacimiento de la Fundación, hasta la apertura de las primeras sedes oficiales en América Latina (Buenos Aires y Bogotá, 1962; Santiago de Chile, 1963; Lima, 1965). El análisis de la documentación de archivo (2) permite destacar dos núcleos temáticos que merecen especial atención.

El primero es el tipo de interés «modernizador» de la Fundación hacia el espacio latinoamericano, que no consistió en una simple transferencia del *know how* estadounidense orientada al «desarrollo», sino que llevó asociado un objetivo más global de exportación del *American Way of Life,* en sentido

(1) PARMAR (2012); ARNOVE (1982); BERMAN (1983).

(2) Documentos editados e inéditos custodiados en el archivo central de la Fundación Ford (FFA), en Nueva York, Manhattan, y trasladados el año pasado al archivo de la Fundación Rockefeller (RAC), en Sleepy Hollow, New Jersey. Se agradece de especial manera a Lucas Buresch, Cristina Gómez y Ann Garvin por la ayuda brindada en la selección de esta segunda parte de documentación.

cultural, social y político. Junto a la Rockefeller y la Carnegie, la Ford es incluida entre las que Parmar llama las «*big* 3» («las tres grandes»). En sus palabras, son actores que «a pesar de su imagen de imparcialidad científica, neutralidad político-ideológica, y su independencia del Estado y del mercado» han sido «extremadamente influyentes en el crecimiento de la hegemonía global de Estados Unidos en el siglo pasado». En otros términos, las fundaciones «constituyeron la base intelectual y política que asistiría Estados Unidos en su liderazgo global» (3). Inserto en ese marco interpretativo, el presente ensayo considerará por lo tanto a la FF como sujeto protagonista, entre otros, de una acción de exportación del universo de valores esenciales del *American Way of Life*, que podría confluir en lo que algunos politólogos han definido como ejercicio de *soft power* (4). La FF es considerada pues como uno de los actores que atribuyeron «sustancia y justificación racional al imperio informal estadounidense» (5), en referencia a una estrategia global de propaganda cultural que fue consustancial a la construcción de esta identidad hegemónica a nivel planetario, como la historiografía ha demostrado ampliamente hace décadas (6).

Más aún, esta construcción hegemónica se refuerza y se resignifica durante el conflicto bipolar: una larga época de tensión internacional en que, como distintos autores han destacado, para ganar «corazones y mentes» del bloque occidental Estados Unidos no se limitó a actuar en un terreno estratégico-militar, sino que desarrolló una amplia ofensiva cultural (7) utilizando «embajadores informales del imperio» de distinta naturaleza: actores, religiosos, profesores universitarios, directores de revistas y, sin lugar a dudas, representantes o consultores de fundaciones filantrópicas.

En el marco de la llamada «guerra fría cultural», categoría elaborada esencialmente a partir de la ofensiva diplomático-cultural estadounidense en el ámbito europeo (8), sujetos como la Ford se orientaron también hacia las llamadas áreas periféricas, o «en vías de desarrollo». Entre estas, América Latina, un territorio sobre el cual la historiografía ha producido una nutrida «masa crítica» de estudios alrededor de la construcción hegemónica estadounidense en términos de intervenciones militares, *covert actions* de los servicios de inteligencia, préstamos financieros y presencia de conocidas empresas multinacionales

(3) PARMAR (2012): 2.

(4) Véase ante todo la producción de Nye: «[...] este es el concepto de *soft power*: conseguir los resultados queridos con la fuerza de la atracción, sin actuar sobre los incentivos materiales ofrecidos. El *soft power* implica cooptar, más que obligar». (NYE, 2004: 34).

(5) SALVATORE (2006: 12). Para otro clásico en el uso de la afortunada fórmula de «imperio informal» véase DE GRAZIA (2005).

(6) ARNDT (2005); ARNOVE (1982).

(7) MAY (1989); LIPSITZ (1982); APPY (2000); CULL, (2008). Sobre la acción específica de propaganda cultural, entre las novedades historiográficas más relevantes al respecto, destacan NIÑO y MONTERO (2012). Véase también el número monográfico de *Ayer* editado por NIÑO (2009).

(8) SCOTT SMITH (2003); STONOR SAUNDERS (2001).

como la *United Fruit Company*. Pero que todavía presenta un recorrido lleno de desafíos en el análisis de las políticas culturales y sus repercusiones (9).

Un segundo eje orientador de preguntas e inquietudes de este ensayo estará enfocado a indagar cómo, a partir de los años cincuenta del siglo pasado, los intereses modernizadores de la FF en el subcontinente americano, en calidad de actor transnacional de crucial importancia (10), se cruzan con cuestiones estrictamente políticas (11), también de acuerdo a los distintos significados adquiridos por la difusión de las ciencias sociales –sector de apoyo privilegiado– en el marco de la Teoría de la Modernización (12).

De acuerdo a documentos editados e inéditos, las políticas sistemáticas de intervención en América Latina se remontan a principios de los años cincuenta. Sin embargo, en este trabajo tomaremos en consideración un periodo más dilatado, ateniéndonos de esta manera a una forma de actuación que el mismo Henry Ford quiso experimentar en Brasil algunas décadas antes del nacimiento de la propia fundación. Este episodio no fue relevante en términos de una presunta continuidad entre la actitud del magnate financiero y las sucesivas políticas de la Fundación a partir de la segunda posguerra –continuidad que de hecho no se produjo–. Pero proporciona una útil herramienta en términos de análisis, que nos permite situar en una perspectiva de larga duración ese interés modernizador hacia el subcontinente, que según los momentos y los contextos adquirió una intensidad y conflictividad variables.

1. LAS RAÍCES DE LA «EXPORTACIÓN DEL *AMERICAN WAY OF LIFE*»: HENRY FORD EN LAS AMAZONAS (1927-1945)

Con el fin de mantener el control de la *Ford Motor Company* y beneficiarse, al mismo tiempo, de las desgravaciones de impuestos de sucesión, los allegados de Henry Ford establecieron en 1936 la homónima institución filantrópica. Separada definitivamente de su casa madre en 1950, la FF se convirtió en el plazo de pocos años en «emblema de las modernas fundaciones sin finalidad de lucro» (13). La Fundación propiamente dicha elaboró y financió proyectos tras la segunda posguerra mundial, tanto en su nación de origen como en los países del sur del mundo, de tal modo que su actuación se desplegó, según la periodización brindada por Parmar, en una etapa algo posterior a la fase pionera de las modernas fundaciones que tuvo lugar entre los años veinte y cincuenta del siglo XX (14). Carnegie y Rockefeller, ya a partir del periodo de entreguerras

(9) CALANDRA y FRANCO (2012).
(10) HUNTINGTION (1973); KEOHANE y NYE (1973).
(11) PREWITT (1999); ROELOFS (2003).
(12) GILMAN (2003); LATHAM (2000); BERGHAHN (2001).
(13) CURTI (1963): 1
(14) PARMAR (2012): 3.

destinaron explícitamente fondos a proyectos de desarrollo (15) y contribuyeron a la construcción de un internacionalismo liberal. En este mismo marco temporal tenemos que insertar la primera iniciativa de Henry Ford (1863-1947) (16) en América Latina, motivada por una lógica capitalista pura, que tuvo poco que ver con la acción filantrópica y constituyó más bien un intento modernizador y un llamativo experimento de exportación del *American Way of Life*. El magnate financiero adquirió cinco millones de hectáreas de tierra en la zona brasileña del río Tapajós con el objetivo de dotar de autonomía a su empresa en el abastecimiento del caucho a través de una producción propia. Esa búsqueda extrema y al mismo tiempo racional de provecho no resulta extraña en un hombre que, en palabras de De Grazia,

> […] había utilizado su genialidad poniendo a punto la cadena de montaje, construyendo el primer coche económico del mundo –el modelo «T»–, teorizando el salario mínimo diario de cinco dólares y promoviendo en el resto del mundo la necesidad del «fordismo»: el innovador sistema de producción concebido para permitir la realización de bienes en serie (17).

Sin embargo, tal como reconstruye minuciosamente el historiador Greg Grandin (18), lo que Ford intentó realizar en Brasil representó mucho más que un «simple» negocio. *Fordlandia* –un sistema integrado de plantación y complejo habitacional, planificado estrictamente según las normas y los criterios productivos pertenecientes a su lógica– representó el intento de recrear un universo entero de valores (blancos, burgueses, anglosajones, protestantes) en Brasil desde 1927 hasta 1945.

Grandin nos brinda al respecto una serie de ejemplos muy ilustrativos sobre cómo Ford no quiso solamente ejercer sus habilidades de gran industrial y lucrarse económicamente de la exportación del caucho, sino que además trató de reproducir, por entero, el sueño americano al sur del Río Grande. Ford intentó dictar nuevas reglas en el sistema de vida de los trabajadores locales, en línea con la tradicional modalidad de presencia estadounidense en América Latina desde finales del siglo XIX, que notoriamente no se limitó, como la británica, a intervenir en el sector económico o financiero, sino que quiso exportar sus conceptos y prácticas de la modernidad de manera paralela. Imposición de trabajo asalariado, carnet de identificación para acceder a las estructuras productivas, exámenes médicos preventivos, insistencia en ritmos de trabajo que nada tenían que ver con el clima y las costumbres de los habitantes de la selva brasileña, fueron solamente algunas de las estrategias aplicadas.

---

(15) Véase por ejemplo el ensayo acerca de la acción médica de la Fundación Rockefeller en Centroamérica durante los años 1914-1921 reconstruida por PALMER (1993).

(16) WIK (1972); JARDIM (1970).

(17) DE GRAZIA (2005): VIII.

(18) GRANDIN (2009).

Aún más notable es el intento de imponer, en la esfera privada, conceptos y prácticas que no existían a nivel local, y se ajustaban mal a ese contexto. Entre los ejemplos más llamativos podrían apuntarse el concepto (inexistente) de *tiempo libre*, que tuvo en principio que ser cubierto con bailes en orden geométrico, partidos de golf y hasta un régimen de «saludable» comida norteamericana servida y consumida en estructuras similares a los *coffee shops* (19). Además, se impusieron cánones estéticos-prácticos totalmente carentes de funcionalidad y sentido en ese contexto, como una serie de casas blancas y grises con techos puntiagudos, modelo Connecticut. Todos estos detalles podrían parecer banales y hasta irónicos, sin embargo esa falta total de sensibilidad hacia el sistema de vida de la selva brasileña y los criterios del desarrollo local –ya que el único eje orientador parecía ser exportar el propio sistema de vida y de trabajo– conllevó consecuencias problemáticas, y en algunos casos hasta graves.

Análogamente, en línea con una larga tradición de presencia de capital estadounidense en América Latina (20), y contrariamente a los británicos que en la mayoría de las unidades productivas habían dejado el tradicional sistema de pago en fichas, Ford quiso imponer salarios y cuestionar al mismo tiempo un sistema complejo de relaciones laborales. Para los recogedores del caucho la actividad no funcionaba, de ninguna manera, según estos criterios. Eran ajenos a la mentalidad de una sociedad de consumo que se quiso imponer. Por lo tanto fue imposible motivarlos para incorporar ritmos en el cultivo y la recolección mucho más intensos de los que se solían sostener antes, en nombre de un mayor poder adquisitivo o de un incremento sustancial de su capacidad de ahorro. La fuerza local trabajaba en función de las necesidades cotidianas, y nunca quiso ir más allá. Sin embargo, esta actitud fue vista como perezosa e improductiva, y tal incomprensión profunda se trasladó con el paso del tiempo a un aumento del nivel de conflictividad entre los administradores norteamericanos y la mano de obra local. La situación derivó en choques violentos seguidos de huelgas masivas, con destrucción de buena parte de la ciudad de *Fordlandia*, con una parte de las plantaciones quemadas por el fuego, y con la segregación de individuos considerados «peligrosos» aislados y alejados de su comunidad (21).

Sin duda, como bien observa Parmar, Ford al igual que Andrew Carnegie y John D. Rockefeller, representó, para su época, uno de los individuos

> […] más innovadores en la creación de un sistema de ingeniería aplicado a la organización y tecnología del poder: combinación, centralización y constitución de una red de empresas por toda América y en el mundo, que modernizaron América en un singular 'sistema', ajustado a sus necesidades de negocios, y que construye-

(19) GRANDIN (2009): 211.
(20) BULMER-THOMAS, DUNKERLEY (1999).
(21) GRANDIN (2009): 230.

ron en su patria un nuevo sistema administrativo, aunque mantuvieron siempre su mirada hacia afuera, para acrecentar su poder en el extranjero (22).

Pero su genio exportador del sueño americano y su verdadera obsesión de recrear un mundo eficiente y perfecto, según sus propias normas e independientemente del contexto en que se proyectaban, se transformó en una gigantesca trampa y sentó las bases para un clamoroso fracaso final.

Grandin apunta como hilo conductor de la actitud norteamericana aludida un constante pecado de *hybris*, arrogancia, ya que confiando demasiado en sus capacidades «ingenierísticas», se negó a consultar a botánicos y naturalistas brasileños conocedores del desarrollo del ecosistema local. Esta actitud condujo a su vez a una multitud de errores que fácilmente se hubiera podido evitar, como plantar semillas en la temporada equivocada, o hacerlo a escasa distancia unas de otras, lo que motivó que acabaran por pudrirse. El error de fondo, junto a la arrogante ignorancia del entorno a que se ha hecho referencia, fue considerar a los árboles como «máquinas» productivas, racionales y eficientes, que se podían disciplinar según criterios *fordistas*, cuando en realidad respondían a delicados y consolidados equilibrios dictados por el microclima de la selva, un universo en sí mismo (23). Varias veces, además, los administradores norteamericanos menospreciaron los síntomas y efectos de brotes de malaria en la población, con evidentes repercusiones sanitarias.

Se añade a todo esto el desconocimiento (o la subestimación) de datos de contexto macroeconómicos muy relevantes: la edad de oro del desarrollo del caucho en la zona de Amazonas ya estaba en declive a la llegada de Ford. Desde que el británico Henry Wickham, en 1876, había robado la semilla de esta planta y la había hecho crecer y reproducirse en Asia, el monopolio brasileño de la goma había terminado. Además, la selva asiática no tenía depredadores naturales para el caucho, al contrario de lo que ocurría en la zona del Tapajós, por eso la planta pudo sobrevivir en el Este mucho mejor, generando cosechas más abundantes. Cuando Ford y sus ingenieros intentaron establecer en el sector del caucho en Brasil una forma de economía de plantación ordenada y racional la experiencia se saldó con un desastre, acentuado porque el magnate ignoró constantemente las sugerencias de expertos locales que fácilmente hubieran podido evitar la difusión de insectos y otros peligros naturales. Si bien el factor humano no fue capaz de doblegar su arrogancia, sí lo logró finalmente la propia naturaleza.

El gigantesco experimento sociológico de *Fordlandia* –exportar un «mundo simple» y una mentalidad capitalista a las amazonas intentando domar a la selva– acabó en 1945, cuando ya eran evidentes y hasta insuperables sus límites. El anciano Henry Ford vio naufragar el doble sueño de controlar sus propias reservas de caucho, y a la vez recrear una ciudad ideal estilo norteamericano en

(22) PARMAR (2012): 32.
(23) GRANDIN (2009): 302 y 298.

aquellos territorios. Un proyecto que, por otro lado, aunque llevaba su propio nombre nunca fue a visitar personalmente.

2. LOS PRIMEROS AÑOS CINCUENTA: UNA «CUESTIÓN DE PRESTIGIO»

Como extensión indirecta desde los años treinta de una dotación originaria de 2,3 billones de dólares procedentes de los beneficios de la Ford Motor Company (24), la Fundación Ford empezó a operar como institución totalmente autónoma de su casa madre en 1950, centrando inicialmente su acción en un interés genérico en el mantenimiento de la paz, para luego extenderse a proyectos de asistencia para escuelas e institutos de Michigan, hasta ampliar su espectro de intervención en todo el territorio federal y, progresivamente, más allá del océano.

A partir de una atención global dirigida a la reconstrucción posbélica, Gemelli considera los años cincuenta como la «década de oro» en cuanto al interés concedido al Viejo Continente. Un ejemplo para todos es el caso italiano, con los recursos otorgados al *Centro de Especialización e Investigación Económicas y Agrarias para el Mezzogiorno*, de Manlio Rossi Doria, o la frecuente cooperación con el más avanzado mundo empresarial, como ocurrió con Adriano Olivetti (25). Otros autores, como Santisteban Fernández, reconstruyen a su vez la acción de propaganda cultural de la Ford en la España franquista a través de la Sociedad de Estudios y Publicaciones desde 1959, con el fin de «integrar al país en la comunidad atlántica para prevenir, aunque de forma indirecta, frentes de potencial inestabilidad política y social que pusieran en riesgo el mismo régimen» (26).

El lanzamiento del *Latin American and Caribbean Program*, según algunos documentos de síntesis (27), se remonta a 1959, año de gran importancia simbólica por la redefinición de las relaciones interamericanas que se produjo tras el triunfo castrista (28). El programa precisó no obstante de una larga temporada de preparación, pues a partir de comienzos de la década de los años cincuenta incluyó misiones breves y asesorías por parte de consultores expertos.

Uno de los primeros documentos hallados en que se menciona el subcontinente americano como zona de interés específico es un informe de circulación interna del equipo de la FF de marzo de 1952, es decir siete años después

(24) PARMAR (2012): 45.

(25) GEMELLI (1998 y 2000).

(26) SANTISTEBÁN FERNÁNDEZ (2009): 159.

(27) FFA, *The Ford Foundation Latin American and Caribbean Program. Discussion Paper For the Board of Trustees Meeting as a Committee of the Whole*, 28 de marzo de 1984, call number 008856, p.12.

(28) CALANDRA (2012).

del fracaso del plan de Henry Ford en Brasil y dos años después del nacimiento de la Fundación (29). En muchos sentidos estamos ya en otra época: no se trata de un plan relacionado con el mundo de los negocios, ni de los intereses de un empresario individual, a la par que se percibe claramente la línea de fuga marcada por el segundo conflicto mundial. Sin embargo, hay ciertos matices de una actitud profundamente paternalista que se hacen eco de la lejana experiencia brasileña. El documento expone los comentarios de dos consultores externos sobre las nuevas orientaciones de las Naciones Unidas. Empieza como una reflexión global acerca de los países «del sur del mundo», entre los cuales está incluida Latinoamérica, según lógicas estrechamente vinculadas a la Guerra Fría:

> [Eugene] Rostow puso un énfasis especial en los problemas de organización *al referirse al mundo libre*, que existen independientemente, *pero se han intensificado por el conflicto Este-Oeste*. Hace referencia especialmente a la necesidad de un sustituto del sistema colonial. *La mayoría de las ex-colonias no son capaces de un gobierno autónomo y responsable*. ¿Qué tipo de sistema sustitutivo puede ser diseñado? ¿Y sería eso posible bajo el auspicio de las Naciones Unidas? […] Rostow incluye la mayoría de los países latinoamericanos en el blanco de esta investigación (30).

Además, en plena concordancia con los dictámenes de la Teoría de la Modernización, se hacía eco del imperativo de la industrialización como vehículo obligado de desarrollo y civilización para los países *subdesarrollados* (31).

Al mes siguiente, otro informe ofrece una evaluación sobre el posible trabajo de la Ford en el conjunto de las Naciones Unidas (32), reafirmándose el marco de referencia dictado por los imperativos del conflicto bipolar: consolidar la esfera de influencia estadounidense en todo el continente americano. El consultor Robert Hutchins, una vez recibida la visita del asistente del secretario general de Naciones Unidas –Benjamin Cohen–, expresa nítidamente su preocupación ante el hecho de que:

> Estados Unidos *está perdiendo su prestigio en América Latina. La manera de volver a ganar este prestigio es que la Fundación apoye proyectos de educación técnica y agrícola, educación para adultos y en las universidades* en general. El miembro de Naciones Unidas Cohen tiene oficinas en Moscú, Praga, y en todas las otras capitales detrás del telón de acero. Han establecido contactos con todos los

(29) RAC, Ford Foundation Index cards 1950-74 Latin America 16, *Inter-Office Memorandum. John B. Howard to Milton Katz, Conversation in New Haven Relating to the United Nations*, March 19, 1952. Lo subrayado en *cursiva* es del autor.

(30) RAC, Ford Foundation Index cards 1950-74 Latin America 16, *Inter-Office Memorandum. John B. Howard to Milton Katz, op. cit.*, p. 2.

(31) Ibíd.

(32) RAC, Robert M. Hutchins, *Inter-Office Memorandum. Visit of Benjamin Cohen,* April 4, 1952. Ford Foundation Index cards 1950-74, Latin America 16.

educadores más preparados en estos países. La *Fundación Ford debería apoyar el trabajo de estas oficinas* (33).

Pocos meses después, en septiembre de 1952, se produce una valoración bastante pormenorizada sobre eventuales líneas de cooperación técnica, producto de un encuentro con expertos de las Naciones Unidas, la Organización de Estados Americanos y otras agencias especializadas. Se conciben dos tipos de intervenciones paralelas: una de breve duración, que incluye observaciones e informes de las realidades encontradas durante misiones puntuales, y otra más «estructural» y de larga duración (34). Dicho informe refleja a su vez criterios de cooperación que responden a mecanismos de carácter político-ideológico. Un grupo del renombrado *Massachussetts Institute of Technology* (MIT) de Harvard estaría directamente involucrado en estudiar y promover condiciones de «desarrollo económico y estabilidad política», una combinación evidentemente enmarcada en la lógica del enfrentamiento bipolar con los países del telón de acero. Otros candidatos identificados como «*think tanks*» potenciales son el Michigan State College, la Johns Hopkins University y también los establecimientos universitarios de Florida, North Carolina, California, Duke y Stanford. El sector que se vislumbraba como palanca inicial era el de políticas agrícolas, existiendo diversos indicios que confirman esa tendencia, por ejemplo para el caso chileno durante toda la década siguiente (35). El documento menciona finalmente la creación de un Comité para el Sur de la Asociación Nacional de Planificación, que estaría compuesto de «personalidades de prestigio», «posiblemente del Norte y del Sur de América» (36). En la práctica, el papel de la FF sería constituir un puente, un lazo permanente, entre este Comité Nacional «interamericano» y las Universidades y centros de investigación aludidos.

3. ACERCÁNDOSE A LA LÍNEA MARCADA EN 1959

En una tónica similar de pensamiento se encontraba también otro informe del año 1955, localizado en el archivo de la FF aunque no fuera producido por esta sino por la Comisión Nacional de Planificación. Aunque escrito por una institu-

(33) RAC, Robert M. Hutchins, *Inter-Office Memorandum. Visit of Benjamin Cohen*, *op. cit*. Subrayado en cursiva del autor.

(34) RAC, Lowry, Nelson, and Ralph Allee, *A General Plan For The Appraisal of Technical Assistance Experience In Latin America,* September 1952, Report 003135, p. 24.

(35) FFA, MYERS, WILL M., *Report on trip to Chile. Collaboration between the University of Minnesota and the University of Concepcion and the Development of a Agricultural Extension Program*. March 1964, Reports 000285, grant n. 06290324; 06400514; L64-318. FFA, COONY, JOHN J. *Observations, agricultural extension, Chile and Argentina*. March 8-22, 1968, call number 009511. FFA, MATALAMAKI, WILLIAM, *Consultantship report [on agricultural education in Chile]*. Dec. 7, 1965, Reports 007607, grant n. 06400514.

(36) RAC, LOWRY, NELSON, and RALPH ALLEE, *A General Plan For The Appraisal of Technical Assistance Experience, op. cit*., p. 26.

ción gubernamental, resultan evidentes muchos puntos de contacto sobre el papel de las universidades estadounidenses, concebido no como una «simple» cooperación entre campus universitarios interamericanos, sino como una forma de intercambio intenso asimismo con los distintos gobiernos (37). En nombre de una sistemática y prolongada actividad de formación, se apelaba también a la creación de una agencia semiautónoma en el interior del Departamento de Estado.

Conforme se aproximaba el final de la década, se fueron intensificando las modalidades de cooperación con distintos interlocutores latinoamericanos; se empezaron a distinguir las distintas realidades nacionales en lo que antes aparecía como un bloque homogéneo; a la vez que como resultado de un intercambio más real y fluido aparecieron algunas divergencias y se hicieron más visibles antiguos y recíprocos prejuicios entre el Norte y el Sur de América. En junio de 1958 se puso en marcha una encuesta global y detallada en distintos países de Latinoamérica entre especialistas de universidades latinoamericanas, agencias gubernamentales, fundaciones y otras organizaciones en Estados Unidos. En esa iniciativa ya emergen una serie de criterios claros y explícitos sobre cómo establecer líneas de cooperación, pues se afirma que «la selección es esencial» (38):

> Se podría optar por invertir en aquellos países que ya presentan mejores resultados en desarrollo económico y condiciones de vida. La Fundación, por lo tanto, añadiría impulso a una sociedad ya dinámica en sí (39).

Según estos criterios los países seleccionados entonces serían Brasil, México y posiblemente Argentina y Chile. México y Brasil, además, presentaban como criterio último y preferente una mezcla de desarrollo industrial y de estabilidad política. De Argentina se comenta que:

> […] a pesar de ser el estado más desarrollado de todos, según medidas *standards* (i.e. la escala Shannon), es un país todavía psicológicamente desorganizado después de una década de peronismo; y la estabilidad política no está todavía garantizada (40).

Otro criterio –aunque al ser «menos preciso» es más difícil de medir– sería el nivel de democratización. Se prefiere actuar en contextos de democracia, especialmente por lo que se refiere a proyectos educativos y universitarios. En este caso, Chile, Uruguay y Costa Rica encabezan la lista. La entidad de los movimientos sociales constituye, a su vez, un criterio preferencial. Bajo este punto de vista Argentina, Venezuela y Colombia ganarían «puntos» de credibilidad. En el área caribeña insular se privilegia a la isla de Puerto Rico, por dos razones esenciales. Por un lado, ha demostrado ser «uno de los ejemplos más

---

(37) RAC, NATIONAL PLANNING ASSOCIATION, *Technical Cooperation in Latin America. The Role of Universities in Technical Cooperation,* Reports 018596.

(38) RAC, JAMES W. FESLER *et al*, *A report to the Ford Foundation Concerning Program Possibilities in Latin America,* June 1958, report n. 000066, grant C-336, p. 2.

(39) Ibíd., p. 5.

(40) Ibíd., p.3.

espectaculares de rápida transformación de una población agrícola hacia instancias urbanas e industriales». Por otro, a pesar de ser indudablemente hispánica desde el punto de vista cultural, es casi parte integrante de Estados Unidos desde 1952 en calidad de Estado Libre Asociado, y favorece de esta manera el desarrollo de relaciones fluidas entre una y otra América:

> Llevar estudiantes, miembros de facultades universitarias, funcionarios gubernamentales y otros representantes desde América Latina a Puerto Rico para varios tipos de programas de formación podría muchas veces resultar mejor que llevarlos a Estados Unidos. Una mirada en primera persona de las cordiales relaciones políticas y económicas entre Puerto Rico y Estados Unidos, además, podría también servir para fortalecer las relaciones públicas de este país por toda Latinoamérica (41).

El abanico de posibilidades analizadas, por lo tanto, contemplaba la totalidad del subcontinente, incluyendo Centroamérica y la zona insular –espacios que empiezan a ser percibidos en su complejidad y rasgos específicos–:

> De cualquier forma la Fundación evalúa y elije, entre estos criterios. Sugerimos que dichas actividades comiencen en dos o tres países, preferiblemente en regiones diferentes de América central y meridional. *En medida significativa, «América latina» es una ficción. Los muros divisorios geográficos, políticos y culturales entre las distintas naciones son muy altos. No se puede asumir entonces que un experimento exitoso en un país se expandirá fácilmente o rápidamente en todo el continente. Esto motiva el intento de edificar distintos centros en varias regiones* (42).

En esta etapa, los consultores de la Fundación Ford dieron muestras –quizás por primera vez– de una actitud más perceptiva hacia las otras realidades, que moduló la manera de fomentar el diálogo con los sujetos receptores de determinadas políticas de cooperación. En la medida que percibieron conductas de resistencia por parte de los socios potenciales, trataron de distinguir su propia postura de la adoptada por el gobierno de los Estados Unidos:

> *La mediación de la ayuda de la Fundación a través de agencias organizadas y gestionadas por las mismas naciones latinoamericanas niega la acusación de «intervención estadounidense» en el interior de las distintas naciones. Los latinoamericanos sospechan profundamente de la penetración cultural, así como de la penetración económica, por parte de los Estados Unidos. Sería sensato hacer todo lo posible para mitigar esta sospecha referida a las actividades de la Fundación* (43).

Se lee un poco más adelante:

> «*Una razón ulterior para actuar con cautela es la susceptibilidad de los latinoamericanos a propósito de sus propias actividades y resultados. Piden pleno*

(41) Ibíd., p. 6.
(42) Ibíd., p. 5. Subrayado en cursiva del autor.
(43) Ibíd. Subrayado en cursiva del autor.

crédito por lo que están haciendo, y se ofenden si se sienten tratados como territorio virgen para experimentos y consejos del exterior. La Comisión Económica para América Latina, por ejemplo, ha adoptado los programas de desarrollo económico como su mandato especial, y demuestran ser extremadamente sensibles a cualquier tipo de observación hecha hacia su trabajo. Eso no implica que una ayuda o asistencia del exterior sea imposible, sino que resalta la necesidad de desplegarla de forma gradual y con discreción».

En síntesis, no sería desacertado afirmar que desde la total auto-referencialidad de Henry Ford en los años veinte se avanzó sensiblemente hacia la percepción de los distintos matices de la «alteridad latinoamericana». Se reconoce, a la vez, que dentro del concepto de las «naciones subdesarrolladas», los países latinoamericanos presentan sustanciales diferencias, en términos de «una cantidad impresionante de actividades en educación básica, programas de alfabetización, educación para la salud, mejorías agrícolas, desarrollo comunitario, perfeccionamiento de técnicas monetarias y financieras, y otras áreas». Interesante también era la disyuntiva que se planteaba entre «formación e investigación en América Latina» *vs* «formación e investigación en los Estados Unidos». Ambas se percibían como complementarias. El esquema que parecía más eficaz consistía en formar por temporadas breves (pocos años) a estudiantes latinoamericanos prometedores en los campus norteamericanos, para que luego volviesen a sus países más cualificados. En perspectiva, la Fundación colocaba el acento en la ayuda a las organizaciones internas de América Latina, y en reducir por tanto el uso de personal e instituciones estadounidenses.

La recomendación final de este documento tan significativo era que se diese un mayor respaldo al sector de los Estudios Latinoamericanos –inferior en tamaño, entidad y financiación a los Estudios sobre Rusia o Asia–. Hay que resaltar que esa sugerencia anticipó en unos meses lo que efectivamente se produjo a partir de 1959, año en que empezó a canalizarse un considerable flujo de fondos gubernamentales y particulares hacia este sector dentro del mundo académico, que se tradujo en su afianzamiento y en la profesionalización definitiva del mismo, antes bastante marginal (44). No es casual, naturalmente, que la consolidación de los Estudios Latinoamericanos tuviera lugar en torno a esa fecha, año de crucial importancia para las relaciones interamericanas que, tras la victoria de la Revolución cubana y el miedo a la posible expansión de la «amenaza roja» (ahora presente a pocas millas de la costa de Florida), se volvieron más tensas que nunca. Este ámbito de investigación, muy limitado previamente, comenzó a adquirir estatuto científico y autonomía con respecto a los estudios político-diplomáticos en los que antes quedaba subsumido, beneficiándose exponencialmente de una aportación sostenida de fondos y patrocinadores.

Así pues, se pretendía exorcizar el espectro marxista a través del conocimiento de esta área del mundo cada día más candente en términos políticos. El com-

(44) CALANDRA (2012): 138-141.

pleto y profundo estudio de Berger (45) –que ilustra claramente cómo el nacimiento, desarrollo y articulación de este sector en los Estados Unidos refleja con regularidad diacrónica los momentos sobresalientes de transformación de las relaciones interamericanas– confirma la importancia de esta línea de conducta.

Consecuentemente con el tipo de contexto en que fue elaborado, un informe de circulación interna del equipo Ford redactado en febrero de 1959 –tan solo a un mes del definitivo triunfo castrista en La Habana– reflexionaba nuevamente sobre posibles iniciativas de la Fundación, tras el encuentro en Washington entre septiembre y diciembre de 1958 de veintiuna repúblicas latinoamericanas, bajo la égida de la Organización de los Estados Americanos (46). Para facilitar los intercambios de *expertise*, se planeaba conceder 160 becas anuales, por un total de un millón de dólares, desde la Unión Panamericana. A ellos se agregarían otros 25 profesores visitantes a los Estados Unidos, contando para este programa piloto con un presupuesto inicial aproximado de 200.000 dólares (47).

El marco de referencia conceptual en que se insertaban tales iniciativas de intercambio académico entre las dos Américas aparecía reflejado con claridad en las conclusiones: un imperativo para el *desarrollo,* estrictamente relacionado con las ideas de *modernización* pertenecientes a aquella época, y moldeado sobre criterios eminentemente estadounidenses:

> Para esta finalidad, se hace necesario llevar adelante un programa que incluya los aspectos siguientes: 1. Asistencia técnica y financiera a las universidades latinoamericanas *para modernizar, ampliar y extender sus posibilidades para la investigación y la enseñanza en temas relacionados con el desarrollo económico*. Esta asistencia incluiría, entre otros aspectos, servicios de asistencia en la preparación de su currículum, donación de libros y equipos de laboratorios, junto a becas de viaje para profesores latinoamericanos (48).

4. UN DELICADO EQUILIBRIO ENTRE INSTITUCIÓN CULTURAL Y SUJETO POLÍTICO

Todo un conjunto de estudios han puesto de relieve que la Guerra Fría «representó un fenómeno político y, a la vez, cultural y psicológico. No solamente un evento, sino más bien un periodo histórico en el que un paradigma particular dominó las percepciones de la realidad internacional» (49). «Guerra no convencional», «retórica de la Guerra Fría», «propaganda» o «cultura de la Guerra

(45) BERGER (1995).

(46) RAC, KATZ, MILTON, *Memorandum. Clues for a possible Foundation program for Latin America drawn from recent meetings of representatives of the 21 American Republics,* February 3, 1959, report 010463, p. 5.

(47) Ibíd., p.5.

(48) Ibíd, p. 8. Subrayado en cursiva del autor.

(49) CARTOSIO (2000): 81.

Fría» (50), o hasta «guerra psicológica», han sido algunas de las categorías utilizadas en el debate internacional para referirse a la forma de reaccionar del gigante norteamericano frente a una amenaza concebida en términos de «un enemigo absoluto y demoníaco como el comunismo» (51) en sus potenciales áreas de influencia. Como afirma Quesada Vargas,

> […] la Guerra Fría fue sobre todo una guerra después de la guerra, un espacio de vigilancia constante del otro, y de sí mismo por desconfianza del otro. No se trataba ya de mantener una campaña durante una guerra, sino de moldear en el largo plazo los comportamientos políticos, económicos, sociales y culturales de los otros, para evitar que se convirtieran en el otro no deseado (52).

No ha de extrañar, por tanto –considerando que todas las intervenciones iniciales de la Ford en América Latina se desarrollaron en una fase álgida de la Guerra Fría–, que la Fundación experimentara en ese clima de tensión global momentos de fuerte ambivalencia, consustancial a su doble naturaleza cultural y política. Porque las fundaciones privadas, a pesar de haber mantenido en muchos aspectos un perfil autónomo y original con respecto a las lógicas gubernamentales, fueron al mismo tiempo protagonistas ineludibles del conflicto bipolar.

En tal sentido, es legítimo preguntarse si su *interés modernizador* hacia los países «subdesarrollados» –y preferentemente hacia una Latinoamérica supuestamente infiltrada por el marxismo– se superpuso con cuestiones estrictamente políticas, de acuerdo a las nuevas prioridades establecidas por las agencias gubernamentales en vista de las urgencias y estrategias marcadas por el choque ideológico entre Este y Oeste. Muy a menudo la posición de la Ford, expresada a través de distintos consultores especializados, se ha colocado en una zona de intersección conflictiva entre su identidad como sujeto político inevitable, que por lo tanto participa de todas las tensiones dictadas por la política exterior de su país, y su perfil de institución cultural, autónoma y volcada a la defensa de la libertad intelectual.

A grandes rasgos, cabe indicar que los estudios más recientes ponen el acento sobre el hecho de que buena parte de la historiografía, hasta ahora, ha adoptado la tendencia de subestimar el papel de índole política de las fundaciones filantrópicas en su conjunto. Así, Parmar presenta una serie de datos muy llamativos sobre la Ford para valorar su postura. Un primer dato bastante evidente son las permanentes y fluidas relaciones establecidas con los principales partidos que se alternaron en el gobierno, fueran liberales o conservadores (53).

---

(50) MEDHURST, IVIE y WANDER (1990); WHITFIELD (1991); HIXSON (1997); HIRSHBERG (1993).

(51) DEL PERO (1998): 954.

(52) QUESADA VARGAS (2012): 67.

(53) PARMAR (2012): 5.

Análogamente, si ponemos el foco sobre la composición de los *trustees* (miembros del consejo de administración o administradores fiduciarios) de la Fundación, nos damos cuenta que:

> Fue un microcosmos de la élite norteamericana de la Guerra Fría. En este grupo se incluían cuatro consejeros para la seguridad nacional y cuatro miembros del Consejo de Seguridad (con Mc George Bundy); tres presidentes del Banco Mundial (con John McLoy, a veces llamado «presidente del *establishment* americano»); dos eminentes editores de diarios (John Cowles y Mark Ethridge); los presidentes de Shell, General Electric, Standard Oil y Ford Motor Company (John Loudon, Charles E. Wilson, Frank W. Abrams y Robert Mc Namara, respectivamente); cinco rectores de Universidad; un secretario de Defensa (McNamara). […] La calidad y cantidad de vínculos entre los *trustees* de la Ford y el Estado americano fue impresionante. Ya hemos mencionado al secretario de Defensa Mc Namara (1960-68), y las conexiones con el Consejo Nacional de Seguridad. Además, hubo un subsecretario de Estado (William H. Donaldson, en la administración Nixon), otros doce miembros del Departamento de Estado y diecisiete del Departamento de Defensa (54).

También resulta significativo a este respecto que Kenneth R. Iverson, director del Programa Desarrollo Exterior de la Fundación, hiciese circular, en julio de 1956, un artículo del mencionado John Cowles, editor muy conocido y *trustee* de la Ford, que se difundió por distintas sedes en todo el mundo: New Dehli (India), Djakarta (Indonesia), Beirut (Líbano), Karachi (Pakistán), Rangoon (Burma) (55). El artículo llevaba un título suficientemente ilustrativo: *Must We Drift to the World Calamity? Our best Answer to the New Russian tactics is Bolder Program on Foreign Economic Aid NOW!* (¿Tenemos que ser arrastrados por la calamidad mundial? Nuestra mejor respuesta a las nuevas tácticas rusas es un programa más decidido de ayudas al extranjero ¡AHORA!). Ese enunciado iba seguido por otro cuyo título que tampoco dejaba margen de dudas sobre su interpretación: *We Must Expand Economic Aid to Keep Neutrals Out of the Red Orbit* (Debemos expandir la ayuda económica para mantener a los [países] neutrales fuera de la órbita roja) (56). Las alarmantes recomendaciones de Cowles, hechas propias por un responsable de la Fundación y dirigidas hacia aquellos países no alineados que debían ser incorporados lo antes posible en la órbita occidental y capitalista, sentarían las bases para un programa específico de becas destinado al Oriente Próximo y el Sureste asiático. Al-

---

(54) PARMAR (2012): 54.

(55) RAC, Ford Foundation Index cards 1950-74 Latin America 16-65, *Re: Article by Mr.Cowles,* Kenneth R. Iverson to Douglas Ensminger, 27 de julio de 1956; *Re: Article by Mr.Cowles,* Kenneth R. Iverson to Michael S. Harris, 27 de julio de 1956; *Re: Article by Mr. Cowles,* Kenneth R. Iverson to Rowland A. Egger, 27 de julio de 1956; *Re: Article by Mr.Cowles,* Kenneth R. Iverson to George F. Gant, 27 de julio de 1956; *Re: Article by Mr.Cowles,* Kenneth R. Iverson to John Scott Everton, 27 de julio de 1956.

(56) JOHN COWLES, «We Must Expand Economic Aid to Keep Neutrals Out of the Red Orbit», *Minneapolis Star*, 22 de junio de 1956.

gunos meses después, en 1957, sirvieron también de modelo para el diseño de un programa para América Latina (57).

El lanzamiento efectivo del Programa Latinoamericano, como se avanzó, se materializó dos años más tarde, en 1959, después de una significativa intensificación de misiones exploratorias, como muestran (entre otros ejemplos posibles) los casos de Argentina y Chile, visitados con cadencia casi mensual (58). La coincidencia cronológica entre la aplicación del Programa Latinoamericano (59) y el año del triunfo de la Revolución cubana –que marcó como señalábamos un momento crucial de ruptura en las relaciones interamericanas y en el crecimiento exponencial del rechazo a la propagación del espectro comunista– es demasiado evidente como para no llamar la atención. Ahora bien, como apunta Rodríguez Jiménez, aún permanece abierto un interrogante fundamental:

> Asimismo, es conveniente preguntarse si la relación entre universidades, multinacionales y fundaciones filantrópicas estadounidenses y la Casa Blanca en la tarea de fomentar una imagen positiva de Estados Unidos en el mundo fue impuesta por parte gubernamental, o bien se trató más bien de una suerte de «simbiosis» (60) forjada al socaire del temor común a la *amenaza comunista* (61).

Es una cuestión crucial, que se inserta, en términos aún más amplios, en el controvertido nexo entre las políticas gubernamentales y este tipo de instituciones culturales. Como reconstruye el minucioso estudio de Arnove –un clásico de principios de los años ochenta–, las fundaciones privadas son sujetos extremadamente importantes en la historia estadounidense, funcionando de hecho como «una de las mayores fuerzas institucionales del estado moderno» (62). Según su interpretación, las instituciones filantrópicas tienen, entre otros aspectos, la función de orientar las políticas públicas, con inevita-

---

(57) RAC, Ford Foundation Index cards 1950-74 Latin America 16-65, New York Inter-Office Memorandum, F.F. Hill to Jospeh Mc Daniel jr., *Cordell Hull Foundation application of August 8, 1957,* 21 de agosto de 1957.

(58) FFA, ALEXANDER, ROBERT, *Notes on Argentina*, February 1959, FFA, Reports 000120; Silvert, Kalman H., *Political structure of Argentina*, March 27, 1959, FFA, call number n. 00773; Manitzas, Nita R., *Discussions on Argentina held at various United States government agencies* (Included as an appendix are comments by Kalman H. Silvert), March 23, 1959, FFA, Reports 000130; Street, James H., *The Educational System and Applied Social Research in Argentina*, May 1959, FFA, Reports 000030; Wolf, Alfred, *Ford Foundation Mission to Argentina: summary of recommendations,* August-September 1959, FFA, Reports 002814; Wolf, Alfred C., Silvert, Kalman, *Ford Foundation mission to Argentina*, October 1959, FFA, Reports 000027; Alexander, Robert, *Notes on Chile*, 1959, FFA, call number 000062; Manitzas, Nita R., *Discussions on Chile held at various United States Government Agencies, March 16-20, 1959*, April 1959, FFA, Reports 001527.

(59) FFA-, *The Ford Foundation»s Latin American and Caribbean Program. Discussion Paper for the Board of Trustees Meeting as a Committee of the Whole*, *op. cit*., p. 12.

(60) BERGHAHN (1999): 394.

(61) RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2012): 100.

(62) FRIEDMANN (1972): 318.

bles y profundas consecuencias a nivel sociopolítico. Para este autor, dichas instituciones no se limitarían a ser sensibles a un clima global, sino que serían capaces, a veces, hasta de anticipar u orientar determinadas decisiones en el ámbito público:

> Tesis central es que las fundaciones como Carnegie, Rockefeller y Ford tienen una influencia corrosiva en las sociedades democráticas; representan un poder relativamente sin reglas y una concentración de poder y riqueza sin control que compra talentos, promueve causas, y en efecto establece una agenda que merece atención por parte de la sociedad. Sirven como agencias «refrigerantes» (63) posponiendo y previniendo cambios más radicales y estructurales. Ayudan a mantener un orden económico y político –que beneficia de los intereses de los filántropos de la clase dirigente–, un sistema que, como documentarán los capítulos siguientes, ha trabajado en contra de los intereses de las minorías, de la clase trabajadora, y de la gente del Tercer Mundo (64).

Desde una postura un poco más matizada y menos ideológica, la contribución de Parmar, a su vez, recalca su atención sobre los nexos personales entre profesionales del mundo de la filantropía y de la política institucional, «encarnados» en figuras de alto perfil. Uno entre ellos fue Mc George Bundy, presidente de la Fundación Ford después de la administración Kennedy, cuyas políticas estuvieron fuertemente orientadas hacia los llamados «terceros países»:

> Mc George Bundy fue el presidente de la Fundación Ford (1966-79) después de haber servido como consejero para la Seguridad Nacional durante los presidentes Kennedy y Johnson. Asistió a la escuela elitista Groton School, y se graduó en Yale, donde era un miembro de la exclusiva Sociedad Skull and Bones. En calidad de experto político de Harvard, Bundy fue llamado por Kennedy en 1961 y jugó un papel clave en las decisiones de política exterior más importantes de aquella época –la tentativa, fracasada, de derribar a la administración Castro y la puesta en marcha de la Guerra de Vietnam– (65).

Resta por documentar, sin embargo, la sugerente hipótesis de Arnove a propósito de la función de *cooling-out* («enfriar») que jugaron las Fundaciones, es decir, en qué medida contribuyeron a prevenir con cambios graduales la expansión o hasta la explosión de situaciones potencialmente conflictivas. De forma singular, tales consideraciones se aplicaron eficazmente al sector de investigación-acción más financiado por la Ford en el subcontinente americano: las ciencias sociales. En otras palabras, y por lo que se refiere al contexto latinoamericano de principios de los años sesenta, podríamos sintetizarlo en la fórmula «proponer cambios para evitar revoluciones».

---

(63) Entendido el término como factor «de contención».
(64) ARNOVE (1980): 1.
(65) PARMAR (2012): 55.

5. EL «OESTE BENÉVOLO»: CIENCIAS SOCIALES Y MODERNIZACIÓN

Tras el lanzamiento del Programa Latinoamericano, en el plazo de pocos años la Ford se convirtió en «el más conspicuo patrocinador financiero para las ciencias sociales en el subcontinente», con una inversión, entre 1959 y 1983, de 250 millones de dólares en la región (un 17% del total de los programas internacionales) (66).

Las razones por las cuales la Fundación decidió realizar una inversión de semejantes características en este campo específico de estudios, en especial en América Latina, se enmarcan como bien explica Seybold en una revolución de carácter epistemológico de naturaleza más amplia, que elevó tanto las ciencias sociales como las ciencias políticas a la categoría de disciplinas potencialmente resolutivas de profundos conflictos sociopolíticos. Según el citado autor, entre 1948 y 1961 se produjo una verdadera revolución en las ciencias políticas estadounidenses, que modificó profundamente los pilares de análisis tradicionales de este ámbito: las finalidades del Estado y la naturaleza del buen gobierno. Estas fueron remplazadas por un nuevo enfoque de tipo conductual y un conjunto diferente de cuestiones clave. La Ford asumió un papel específico en ese cambio radical tanto de la concepción como de funciones de dichas disciplinas, que conllevó la elaboración y desarrollo de nuevas herramientas de control social. Pero «la importante reestructuración de las ciencias sociales no fue simplemente producto de la benevolencia de la Ford. Más bien, se trató del resultado de su esfuerzo de extraer [informaciones] de aquellas en la pugna por fomentar la estabilidad social. En tal sentido, resultó estímulo esencial hacia una orientación de *resolución de problemas* en las ciencias de la conducta» (67).

Autores como Gaddis, a su vez, subrayan como, en el marco de la conflictividad planetaria dictada por la Guerra Fría, las ciencias sociales y la Teoría de la Modernización fueron dos ejes discursivos estrechamente entrelazados:

> Las teorías de la modernización se transformaron en ideología a principios de los años sesenta. Basadas en una consistente inyección de la ciencia social a la esfera política, estas ideas afirmaban brindar una base objetiva de diagnóstico y acción para aliviar las condiciones que hubieran podido causar revoluciones comunistas en el Tercer Mundo. Llegaron a ser, en aquella época, extraordinariamente influyentes (68).

Si analizamos la situación de la Fundación a principios de los años sesenta, observaremos una institución ya muy asentada en el contexto latinoameri-

(66) FFA, *The Ford Foundation»s Latin American and Caribbean Program. Discussion Paper for the Board of Trustees Meeting as a Committee of the Whole*, March 28, 1984, call number 008856, FFA, p. 12.

(67) SEYBOLD (1980).

(68) LATHAM (2000): ix.

cano, que ha establecido varias sedes oficiales (Buenos Aires y Bogotá, 1962; Santiago de Chile, 1963; Lima, 1965 (69)), y que ha elegido las ciencias sociales como campo de acción privilegiado. Un documento fechado en noviembre de 1965 representa probablemente la síntesis más completa del desarrollo de dichas actividades en este sector durante la época mencionada. Las prioridades ya se encontraban bien definidas, el método de trabajo también. Estamos en una etapa madura de las actividades en el subcontinente, en la que ya se podía intentar un balance (70). Se hace evidente la influencia del entorno macro-político y las repercusiones del nuevo rumbo dictado por la presidencia de John F. Kennedy (1960-1963) en las relaciones interamericanas, bajo el amparo del proyecto global de asistencia denominado Alianza para el Progreso. En términos de presupuesto dedicado a los *grants* (proyectos) para agricultura, economía, administración pública, sociología y derecho, en el quinquenio 1960-1965 se otorgaron en toda la región, casi 53 millones de dólares (52.880.000), y se preveía para el año 1966 otra inyección de 20 millones, testimoniando el crecimiento exponencial de los recursos asignados a esta región (71).

Consecuentemente con los criterios recogidos en el mencionado informe de junio de 1958, se aprecia que los dos países que recibieron más fondos fueron por ese orden: Argentina y Brasil. Otro indicador relevante son las becas. Solamente en Brasil, para los años 1960-1964, se concedieron 227 a jóvenes brasileños para especializarse en el extranjero, que representaban el 26% de un total de 882 becas, a las cuales contribuyeron también agencias gubernamentales brasileñas. La principal institución de contacto resultó ser la Fundación Vargas en Sao Paolo, canal privilegiado de acuerdos con la Michigan State University. En Argentina, siempre para el intervalo 1960-1964, los *grants* otorgados al Consejo Nacional de Investigaciones fueron 44, y representaban el 51% del total (85) de las reservadas a las ciencias sociales. Las instituciones de contacto fueron el Instituto di Tella, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Córdoba. El sector que registró una considerable expansión fue el de las ciencias económicas, de acuerdo con la orientación global que marcó la administración Kennedy y el nuevo rumbo dictado por su equipo: «Ahora las presiones ejercidas por la Alianza para el Progreso para planificar a nivel nacional, regional y federal hacen que sea necesario un número creciente de economistas y administradores (72).

---

(69) FFA, FUNDACIÓN FORD, *40 años en la región andina y Cono Sur*, Fundación Ford, Santiago de Chile, 2003: 17.

(70) RAC, CARLSON, REYNOLD E., *The Development of the Social Sciences in Latin America. Discussion Notes for Representatives Meeting, Latin America and Caribbean Program,* November 1965, report 000100.

(71) RAC, CARLSON, REYNOLD E., *The Development of the Social Sciences in Latin America*, *op. cit.*, p. 3.

(72) Ibíd, p. 11.

Junto a lo anterior, es interesante destacar asimismo que la Universidad Católica de Chile desarrolló programas de intercambio constante con la Universidad de Chicago, especialmente en el sector de administración de empresas y planificación económica. Tales acuerdos se remontan a 1956, en el marco de una misión más amplia de asesores estadounidenses, la *Klein-Sacks*, que se desplegó en Chile entre 1955 y 1958 (73). En estos procesos encontramos las raíces de los llamados «*Chicago Boys*», economistas monetaristas imbuidos de las doctrinas ultraliberales de Milton Friedman que a partir del vuelco autoritario de 1973 coadyuvarían a las políticas económicas del régimen de Pinochet.

Santiago de Chile representó el lugar de encuentro de «la comunidad científica más sofisticada y cosmopolita de toda América Latina en lo que se refiere a las ciencias sociales» (74). Durante la aplicación de la Alianza para el Progreso, la capital chilena fue elegida como sede –entre otras agencias internacionales de prestigio– de la *US Agency for International Development* (USAID), la Comisión Económica para America Latina (CEPAL), la Oficina Internacional del Trabajo (OIT) y la *Food and Agriculture Organization* (FAO). Imperativo común a todas estas agencias fue el diseño de políticas acordes con los dictámenes de la Teoría de la Modernización, concebida como potencial antídoto contra la expansión de la «amenaza roja» en todas las áreas potenciales de influencia occidentales, y en primer lugar en América Latina. Latham describe con acierto el tipo de tensión de aquella época y la «ansiedad prescriptiva» que, pese a todo, no conseguía evitar eventuales *focos* insurrecionales:

> En este contexto de acrecentada ansiedad, las teorías de la «modernización», se revelaron muy atractivas para los *policymakers* que anhelaban contener la expansión revolucionaria. Productos de la primera Guerra Fría, fueron pergeñadas sobre un conjunto de asuntos fundamentales relativos a la naturaleza del cambio global y la relación de Estados Unidos con ese proceso. En el momento en que la administración Kennedy llegó al poder, un amplio abanico de estudiosos de varias disciplinas en distintos centros académicos habían empezado a traducir sus ideas en prescripciones políticas. Armados con los instrumentos de las ciencias sociales y convencidos de su poder analítico y racional, pensadores influyentes como Rostow, Lucian Pye, Daniel Lerner, Gabriel Almond y James Coleman apostaron por una evaluación comparativa de las diferencias entre las que definían como «sociedades modernas» y «tradicionales», y obtuvieron un extraordinario incremento de fondos gubernamentales federales para definir las características necesarias para moverse desde una condición a la otra (75).

No es casual, desde luego, que Chile se convirtiera también en el escenario en el cual se experimentó el *Project Camelot*, elaborado en 1964 por el

(73) STABILI (1991): 71-73; CORREA (1985).
(74) FFA, FORD FOUNDATION STAFF, *Latin America*, 1967, report 001341, p. 3.
(75) LATHAM (2000): 3.

Departamento de Defensa estadounidense, y clausurado al poco tiempo tras la denuncia y el abandono del sociólogo noruego Galtung (76). Como apunta Marchesi:

> [...] El Proyecto Camelot ideado por el Departamento de Defensa norteamericano fue el ejemplo más emblemático acerca de las problemáticas relaciones entre ciencias sociales y poder político. Dicho proyecto tenía como objetivo la construcción de un modelo de análisis social para predecir los riesgos de que un país entrara en un proceso de insurgencia. Latinoamérica era parte importante de su campo empírico. El proyecto salió a la luz pública en Chile en 1965, cuando un investigador invitado lo denunció. Rápidamente, fue cancelado. Pero generó una ola de debates en Latinoamérica acerca del papel de Estados Unidos en las ciencias sociales de la región, y en los Estados Unidos acerca de la relación entre política y academia (77) .

La sospecha de las agencias internacionales aludidas hacia posibles «infiltraciones marxistas» en territorio latinoamericano parece además confirmada en la parte final del informe elaborado por la Ford en noviembre de 1965:

> *La sensibilidad política y cultural de cada programa sustancial en sociología y ciencias políticas ha sido, y sigue siendo, un obstáculo para el desarrollo profesional. Los sociólogos son personajes sospechosos, en el mejor de los casos, y la estirpe latinoamericana, con una tradicional predisposición al análisis intuitivo y cualitativo, muy a menudo en el interior de un marco de referencia marxista, es doblemente sospechoso*. Los politólogos se han escapado de este oprobio porque, simplemente, no existen [...]. Ante ese evidente tipo de sensibilidad, AID ha evitado cualquier forma de involucrarse, con excepción de ocasionales incursiones en campos neutrales como la sociología rural (78).

La solución propuesta, como resume Latham al referirse a la supuesta «misión» estadounidense como máximo representante del *Oeste benévolo*, pasaba entonces inevitablemente por una exportación al subcontinente americano de las principales herramientas de la modernización:

> Construir infraestructuras, procurar tecnología, asesoría, y hasta demonstrar virtudes de eficiencia, planificación de larga duración, políticas pluralistas y disciplina personal promovería «el progreso» en un mundo en peligro por las insurgencias comunistas. La Modernización, explicaba, aumentaría la capacidad de América para ganar la Guerra Fría –una guerra declarada con el fin de capturar «corazones y mentes» de las personas que anhelaban ser parte del desarrollo económico, de la democracia política, y de todos los logros que el Oeste benévolo había realizado desde hacía tiempo– (79).

---

(76) SOLOVEY (2001); HOROWITZ (1967); LOWE (1966); MADIAN y OPPENHEIM (1969).

(77) MARCHESI (2006): 3.

(78) RAC, CARLSON, REYNOLD E., *The Development of the Social Sciences in Latin America,* cit., p. 12. Subrayado en cursiva del autor.

(79) LATHAM (2000): 7.

6. CONSIDERACIONES FINALES

Desde la presencia inicial de los intereses de Henry Ford en Brasil (1927) hasta la elección de Santiago de Chile como capital de las ciencias sociales (1963), la percepción del subcontinente americano se fue haciendo más compleja y adquirió nuevos matices con el paso de los años, especialmente en la medida en que la Fundación Ford recurrió a consultores especializados y atentos a la múltiple y poliédrica realidad latinoamericana.

Si la documentación generada por la Fundación a mediados de los años sesenta refleja una sensibilidad indudablemente muy lejana de la arrogancia de Henry Ford, a veces permanece sin embargo como línea de continuidad imaginaria una actitud paternalista hacia los «vecinos latinos», que son percibidos y valorados a partir de sus propios parámetros de referencia. Desde esa perspectiva, se visualiza al subcontinente como una sociedad «arcaica», que todavía tenía como meta la plena incorporación al siglo XX y a la modernidad. Vehículo preferencial para el acceso a dicha modernidad serían pues las ayudas y recursos otorgados a esos países, cuyas realidades locales eran evaluadas como indicadores de una etapa inferior dentro de un recorrido ideal, lineal y progresivo de desarrollo. Así lo reflejaba el informe de noviembre de 1965:

> Las naciones latinoamericanas están ahora comprometidas hacia un difícil tránsito de sociedades cerradas a sociedades abiertas. En términos más precisos, los países se están moviendo desde una sociedad tradicional agraria, jerárquica, oligárquica, y paternalista, hacia una sociedad que es urbana, industrial, contractual y posiblemente democrática. El verdadero desafío, de todas formas, es encontrar maneras y medios a través de los cuales la Fundación pueda articular este proceso y quizás, en pequeña medida, acelerar esa transición (80).

Se atisban en tales consideraciones finales varios axiomas típicos de la Teoría de la Modernización, analizados en el estudio de Latham: 1) las sociedades «tradicionales» y las sociedades «modernas» están separadas por una dicotomía rígida; 2) los cambios económicos, políticos y sociales son integrados e interdependientes; 3) el desarrollo avanza hacia el estado moderno según un recorrido lineal e igual para todos, y 4) el progreso de las sociedades en vías de desarrollo puede ser notablemente acelerado a través del contacto con los países desarrollados (81).

Finalmente, es importante resaltar que toda esa propensión hacia el «cambio modernizador» se insertó en un trabajo de naturaleza eminentemente política, consustancial a instituciones culturales como la Ford, y profundamente arraigado en el clima político global de la Guerra Fría, que no ahorró ningún instrumento para ganar las «corazones y mentes» del bloque occidental en la batalla

---

(80) RAC, CARLSON, REYNOLD E., *The Development of the Social Sciences in Latin America,* cit., p. 12.

(81) LATHAM (2000): 4.

planetaria. Crucial a este respecto fue la fecha de 1959, año en que: a) Fidel Castro triunfó con la Revolución cubana –y a lo largo de pocos años se materializó la «amenaza roja»–; b) se empezaron a financiar de forma sistemática y organizada los Estudios Latinoamericanos en las universidades estadounidenses, y c) se lanzó oficialmente el Programa Latinoamericano de la Fundación Ford.

Si bien el camino hacia la modernidad aparecía concebido como algo casi inevitable, el clima de tensión global parecía sugerir que el papel de instituciones como la Fundación no consistía solamente en acompañar a las naciones «subdesarrolladas» a lo largo de este recorrido, sino también debían cooperar a regular la velocidad a que habrían de transitarlo:

> La transición hacia el siglo XX es probablemente inevitable, así que la cuestión estará sobre todo alrededor de la dirección y el ritmo del cambio. ¿Será este proceso bastante ordenado y evolutivo? ¿Y qué decir de las actitudes y los valores tradicionales, por ejemplo, del sistema educativo, del *establishment* militar y de la Iglesia? ¿Irán disminuyendo la velocidad de estos procesos o podrán adaptarse a acelerarlos, no constituyendo un freno? Un cierto sentido de urgencia invade la cuestión entera y el tiempo probablemente no juega a nuestro favor (82).

7. FUENTES DE ARCHIVO

FFA, Archivos de la Fundación Ford, NY

Informes publicados

Fundación Ford: 40 Años en la región Andina y Cono Sur. Fundación Ford, Santiago de Chile, 2003.

Informes inéditos

The Ford Foundations» Latin American and Caribbean Program, Discussion paper, For the Board of Trustees meeting as a Committee of the Whole, marzo 1984, call number 008856.

Busby, Scott, *Making Rights real: a History of the Ford Foundation's Human Rights Program in Latin America and the Caribbean,* December 1989, Report 11705.

Inter-Office Memoranda

Argentina, 1959.

Grant files

Chile, 1964, 1965 y 1968, grant n. 06290324; 06400514; L64-318.

RAC, Archivos de la Fundación Rockefeller, Sleepy Hollow, NY.

(82) Ibíd., p. 12. Subrayado en el documento original.

Ford Foundation Index cards 1950-74 Latin America 16, *Inter-Office Memoranda*, 1952.

Ford Foundation Index cards 1950-74 Latin America 16-65, *Inter-Office Memoranda*, 1957.

Ford Foundation Index cards 1950-74 Latin America 116-165, *Inter-Office Memoranda*, 1959.

Unit 80, Box 118543- 118549

Grant files

Grant C-336, June 1958, Reel CP 1004 (C260-379).

8. BIBLIOGRAFÍA

ARNDT, RICHARD T. (2005): *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century*, Washington D.C., Potomac Books.

APPY, CHRISTIAN G. (ed.) (2000): *Cold War Constructions. The Political Culture of United States Imperialism, 1945-1966*, Amherst, The University of Massachusetts Press.

ARNOVE, ROBERT F. (ed.) (1982): *Philanthropy and Cultural Imperialism*, Boston, MA, G.K. Hall.

BERGER, MARK T. (1995): *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press.

BERGHAHN, VOLKER R. (2001): *America and the Intellectual Cold Wars in Europe. Shepard Stone between Philanthropy, Academy, and Diplomacy*, Princeton, Princeton University Press.

BERMAN, EDWARD E. (1983): *The Influence of Ford, Carnegie, and Rockefeller Foundations on U.S. Foreign Policy*, Albany, N.Y., Suny Press.

BULMER-THOMAS, VICTOR y DUNKERLEY, JAMES (eds.) (1999): *The United States and Latin America: The New Agenda*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

CALANDRA, BENEDETTA y FRANCO, MARINA (2012): «Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas» en *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 9-32.

CALANDRA, BENEDETTA (2012): «Del "terremoto" cubano al golpe chileno: políticas culturales de la Fundación Ford en América Latina (1959-73)», en *La guerra fría cultural en América Latina…, op. cit.*, pp. 133-149.

CARTOSIO, BRUNO (2000): «Politica e cultura della guerra fredda: Mc Carthy, Murrow e la televisione», *Acoma. Rivista Internazionale di Studi Nordamericani*, 20, pp. 79-96.

CORREA, SOFÍA (1985): «Algunos antecedentes históricos del proyecto neoliberal en Chile», *Opciones*, 6, pp. 21-35.

CULL, NICHOLAS J. (2008): *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Cultural Diplomacy, 1945-1989*, New York, Cambridge University Press.

CURTI, M. (1963): *American Philanthropy Abroad: a History*, New Brunswick, NJ, Rutgers University Press.

DE GRAZIA, VICTORIA (2005): *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe*, Cambridge (MA), Belknap Press of Harvard University Press.

DEL PERO, MARIO (1998): «Gli Stati Uniti e la "guerra psicologica" in Italia (1948-56)», *Studi storici*, XXXIX, pp. 953-988.

FRIEDMANN, WOLFGANG (1972): *Law in a Changing Society*, Harmondsworth, Penguin Books.

GEMELLI, GIULIANA (1998): *The Ford Foundation and Europe, 1950s-1970s: Cross-Fertilization of Learning in Social Science and Management*, Brussels, European Interuniversity Press.

——— (2000): «Progettualità e organizzazioni tra Europa e Stati Uniti: le origini della Fondazione Adriano Olivetti (1962-1976)», *Società e storia*, 90, pp. 750-61.

GILMAN, NILS (2003): *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press.

GRANDIN, GREG (2009*): Fordlandia. The Rise and the Fall of Henry Ford»s Forgotten Jungle City*, London, Icon Books.

HIRSHBERG, MATTHEW S. (1993): *Perpetuating Patriotic Perceptions: The Cognitive Function of the Cold War*, Westport (CT), Praeger.

HIXSON, WALTER L. (1997): *Parting the Curtain: Propaganda, Culture, and the Cold War, 1945-1961*, New York, St. Martin's Griffin.

HOROWITZ, IRVING LOUIS (ed.) (1967): *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship Between Social Science and Practical Politics*, Cambridge MA, the M.I.T. Press.

HUNTINGTON, SAMUEL (1973). «Transnational Organizations in World Politics», *World Politics*, 25 (3), pp. 333-368.

JARDIM, ANNE (1970): *The First Henry Ford: A Study in Personality and Business Leadership*, Cambridge, MA, The MIT Press.

KEOHANE, ROBERT O. y NYE, JOSEPH (1973): *Transnational Relations and World Politics*, Cambridge, Harvard University Press.

LATHAM, MICHAEL (2000): *Modernization as Ideology. American Social Science and "Nation Building" in the Kennedy Era*, Chapel Hill and London, University of Carolina Press.

LIPSITZ, GEORGE (1982): *Class and Culture in Cold War America*, S. Hadley, Mass, J.F. Bergin Publ.

LOWE, GEORGE E. (1966): «The Camelot Affair», *Bulletin of the Atomic Scientists*, XII, 5, May, pp. 44-48.

MADIAN, A. L. y OPPENHEIM, A. N. (1969): «Knowledge for What? The Camelot Legacy: The Dangers of Sponsored Research in the Social Sciences», *British Journal of Sociology*, XX, 3, pp. 326-336.

MARCHESI, ALDO (2006): «Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a finales de los sesenta», en *Cultura y política en América Latina en los años sesenta*, *Estudios Interdisciplinarios América Latina y Caribe*» XVII, 1,

MAY, LARY (ed.) (1989): *Recasting America: Culture and Politics in the Age of the Cold War*, Chicago, University of Chicago Press.

MEDHURST, MARTIN J., IVIE, ROBERT L. and WANDER PHILIP (1990): *Cold War Rhetoric: Strategy, Metaphor and Ideology*, New York, Greenwood Press.

NIÑO, ANTONIO (ed.) (2009): «La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría», *Ayer*, 75.

NIÑO, ANTONIO y MONTERO, JOSÉ ANTONIO (eds.) (2012): *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva.

NYE, JOSEPH (2004): *Soft Power*, New York, Public Affairs.

PALMER, STEVEN (1993): «Central American Encounters With Rockefeller Public Health, 1914-21», en *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations*, Durham (NC)-London, Duke University Press, pp. 311-332.

PARMAR, INDERJEET (2012): *Foundations of the American Century. The Ford, Carnegie, and Rockefeller in the Rise of American Power*, New York, Columbia University Press.

PREWITT, KENNETH (1999): «The Importance of Foundations in an Open Society», en *The Future of Foundations in an Open Society*, New York, Ed. Bertelsmann Foundation, pp. 17-29.

QUESADA VARGAS, IXEL (2012): «Los orígenes de la presencia cultural de Estados Unidos en Centroamérica: fundamentos ideológicos y usos políticos del debate sobre los trópicos (1900-1940)», en *La guerra fría cultural en América Latina…, op. cit.*, pp. 67-79.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, FRANCISCO J. (2012): «Maquinaria imperfecta». La United States Information Agency y el Departamento de Estado en los inicios de la Guerra Fría, en *La guerra fría cultural en América Latina…, op. cit.*, pp. 97-117.

ROELOFS, JOAN (2003): *Foundations and Public Policy*, Albany, N.Y., Suny Press.

SALVATORE, RICARDO (2006): *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

SANTISTEBAN FERNÁNDEZ, FABIOLA (2009): «El desembarco de la Fundación Ford en España», *Ayer*, 75, pp. 159-191.

SCOTT SMITH, GILES y KRABBENDAM, HANS (2003): *The Cultural Cold War in Western Europe (1945-60). Studies in Intelligence*, London, Frank Cass.

SEYBOLD, PETER J. (1980): «The Ford Foundation and the Triumph of Behavioralism in American Political Science», en *Philanthropy and Cultural Imperialism*, Boston, MA, G.K. Hall, pp. 268-303.

SOLOVEY, MARK (2001): «Project Camelot and the 1960s Epistemological Revolution: Rethinking the Politics-Patronage-Social Science Nexus», *Social Studies of Science*, XXXI, 2, pp. 171-206.

STABILI, MARIA ROSARIA (1991): *Il Cile. Dalla repubblica liberale al dopo Pinochet*. Firenze, Giunti.

STONOR SAUNDERS, FRANCES (1999): *The Cultural Cold War. The CIA and the World of Arts and Letters*, The New Press, New York.

WHITFIELD, STEPHEN J. (1991): *The Culture of the Cold War*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

WIK, REYNOLD M. (1972). *Henry Ford and Grassroots America*, Ann Arbor, University of Michigan Press.

LOS RECELOS A LA MODERNIZACIÓN AL ESTILO NORTEAMERICANO EN ESPAÑA

DANIEL FERNÁNDEZ DE MIGUEL
Universidad Complutense de Madrid
danielfernandezdemiguel@yahoo.es

(Recepción: 03/11/2014; Revisión: 17/02/2015; Aceptación: 30/05/2015; Publicación: 26/11/2015)

1. Entre el regeneracionismo y el avance de la sociedad de mercado.–2. La modernización al estilo norteamericano llega a España.–3. La cruzada cultural y educativa contra la modernización cosmopolita en el primer franquismo.–4. La sociedad norteamericana como epítome de los males de la vida moderna.–5. El conservadurismo español se aviene con la modernización al estilo norteamericano.–6. Conclusiones.–7. Bibliografía

RESUMEN

Durante el primer tercio del siglo xx, los debates en torno a la modernización que se desarrollaron en España situaron a Europa como principal marco de referencia, pero también aparecieron partidarios y detractores de la modernización al estilo norteamericano, en fase claramente ascendente. Tras la victoria franquista en la Guerra Civil, en un momento coincidente con el ascenso de los Estados Unidos a la condición de superpotencia mundial, la modernización al estilo norteamericano despertó más recelos que nunca en sectores importantes de la sociedad española, en ocasiones con la clara connivencia de las autoridades franquistas. La progresiva mejora de las relaciones bilaterales, confirmada por la firma de los Pactos de Madrid en 1953, condujo a que en la segunda mitad de los años cincuenta nuevas élites reformistas dirigieran su mirada hacia el otro lado del Atlántico en busca de referencias económicas e ideológicas de modernización, rompiendo así con la tradición antiamericana dominante hasta entonces en el conservadurismo español.

Palabras clave: modernización, americanización; sociedad de consumo; Imperio del Mercado; intelectuales; tecnócratas; antiamericanismo.

THE MISTRUST OF THE AMERICAN MODEL OF MODERNIZATION IN SPAIN

ABSTRACT

Throughout the first third of the twentieth century, the ongoing debates on modernization in Spain took Europe as their main reference point, but there were also partisans and detractors of American-style modernization, which clearly was in the ascendant. Following the Francoist victory in the Civil War, which coincided with the United States' rise to the condition of world superpower, American-style modernization further troubled important sectors of Spanish society, at times with the clear connivance of Francoist officials. The gradual improvement of bilateral relations, confirmed by the signing of the Treaty of Madrid of 1953, lead new reformist elites in the second half of the Fifties to look toward the other side of the Atlantic in search of economic and ideological references to modernization, thus breaking with the anti-American tradition that up to that time was dominant in Spanish conservatism.

Key words: modernization; americanization; consumer society; Market Empire; intellectuals; technocrats; anti-Americanism.

* * *

1. ENTRE EL REGENERACIONISMO Y EL AVANCE DE LA SOCIEDAD DE MERCADO

La llamada crisis de fin de siglo, marcada por la derrota de 1898, vino acompañada en España por la consolidación de una *intelligentsia* moderna que a lo largo de las tres décadas siguientes desempeñaría un papel central en la vida pública. Entre una gran parte de los intelectuales de la época se convirtió casi en una obsesión encontrar el camino de lo que a principios de siglo se denominó «regeneración» y años más tarde se llamará «modernización» (1). Aunque Europa constituyó el principal marco de referencia desde donde encontrar inspiración para remediar el atraso de España, hubo también otros países que suscitaron interés por su capacidad modernizadora. Ese fue el caso, por ejemplo, de Japón, que había pasado en pocas décadas del estancamiento a la senda del éxito gracias a un enorme esfuerzo industrializador, al establecimiento de la enseñanza generalizada, la regeneración política y la creación de un nuevo ejército, lo que movió a líderes de opinión como Julián Besteiro o Francisco Giner de los Ríos a hacer un llamamiento a la «japonización» de

(1) Véase JULIÁ (2011).

España (2). Y también hubo quienes fijaron su mirada en el modelo de sociedad democrática, urbana y tecnológica que representaban los Estados Unidos. En el último tercio del siglo XIX los krausistas e institucionistas habían seguido con atención sus logros educativos y cívicos (3). Y desde principios del siglo XX una pléyade de profesionales diversos, ingenieros y técnicos principalmente, comenzó a viajar al país en busca de nuevas fórmulas para mejorar su rendimiento y eficacia (4).

A partir de 1907, la Junta para la Ampliación de Estudios (JAE), en su intento de formar una élite intelectual, competente científicamente y adaptada a un ambiente cosmopolita, que ejerciera de vanguardia para la modernización social, alentó la colaboración científica y educativa con instituciones y académicos norteamericanos. En los años siguientes surgieron diversas iniciativas que profundizaron en esa línea de colaboración hispano-estadounidense: la Residencia de Señoritas (1915), muy vinculada al International Institute, el Instituto de las Españas de Nueva York (1920), la Fundación del Amo (1929), etc. (5). A pesar de que las actividades de la JAE estuvieron principalmente dirigidas a Europa (6), con el claro predomino de Francia y Alemania, la importancia de esta red de contactos para profundizar en las relaciones académicas y científicas con los norteamericanos no fue desdeñable (7). Significativa de esta buena sintonía fue la visita que, en otoño de 1927, realizó un grupo de académicos españoles asesorados por la Fundación Rockefeller a universidades estadounidenses, en busca de modelos para la Ciudad Universitaria de Madrid. Sus impresiones no pudieron ser más favorables (8).

Así pues, sectores importantes, en términos cualitativos, de la sociedad española, percibieron a los Estados Unidos como un referente atractivo de esa ansiada modernidad que casi todos vinculaban con una Europa idealizada. Estos grupos, sin embargo, fueron minoritarios con respecto al discurso dominante que, como en el resto de Europa, se propagó especialmente en el periodo de entreguerras, y que identificaba a la sociedad norteamericana como una de las más destacadas representantes de la modernidad, pero de un tipo muy diferente a la encarnada por el viejo continente. En este caso, no se resaltaban sus logros científicos, educativos o tecnológicos, o lo avanzado de su cultura democrática y liberal. Lo que se subrayaba eran ciertos aspectos de su funcionamiento eco-

(2) ALMAZÁN y RODAO (2006). La mención a Giner de los Ríos en NIÑO (2001): 107.

(3) Véase, por ejemplo, DE LABRA (1877), DE AZCÁRATE (1892), GINER DE LOS RÍOS (1928) [1898-1901]. También CAPELLÁN DE MIGUEL (2011).

(4) Véase GARCÍA-MONTÓN (2002). Para profundizar en la fascinación generada por los avances tecnológicos y la modernidad norteamericana en España, véase FERRIS (2010).

(5) Véase SÁNCHEZ RON (2009).

(6) Y también del Institut d'Estudis Catalans, institución similar creada por las autoridades catalanas en el mismo año 1907.

(7) Véase DELGADO (2009): 142.

(8) CHÍAS NAVARRO (1986): 49-50.

nómico, social y cultural que, por su carácter pionero, futurista e innovador, llamaban mucho la atención a los observadores europeos, normalmente en un sentido negativo.

En esta visión sobre la modernización al estilo norteamericano los aspectos económicos predominaban sobre el resto. A este respecto, conviene recordar que lo que Cyril Black (9) y, en general, los historiadores económicos, han denominado como «modernización» es casi equivalente al concepto de «industrialización», es decir, hacen referencia a los resultados de un proceso que comenzó en Inglaterra a finales del siglo XVIII, consistente en la aplicación de procesos de producción mecanizados para fabricar bienes a gran escala. Y, al igual que la primera etapa de modernización industrialista llevaba el sello británico, el desarrollo capitalista de finales del siglo XIX y principios del XX, caracterizado por la aparición de nuevas organizaciones empresariales (*trusts*, *holdings*, cárteles), nuevas fuentes energéticas (electricidad, petróleo), nuevos métodos de organización del trabajo (fordismo, taylorismo) y nuevos sistemas de financiación, fue percibido como indisociablemente ligado al protagonismo estadounidense. Tanto es así que en la Europa de la primera mitad del siglo XX, la sociedad norteamericana se convirtió en el paradigma de este concepto de modernización. Estados Unidos era sinónimo de eficiencia y tecnología avanzada, de dinamismo industrial y culto al maquinismo, con sus productos «racionalizados» y estandarizados procedentes de las cadenas de montaje, lo que daba lugar al consumo de masas y la mercantilización de la sociedad (10). Se trataba de una fase más de lo que el historiador húngaro Karl Polanyi denominó como «la gran transformación»: el proceso hacia el establecimiento de sociedades de mercado, es decir, de sociedades en las que el mercado impregna la totalidad de la realidad social (11).

La americanización, fenómeno que conforme avanzaban las primeras décadas del siglo XX, más imparable parecía a ojos de los observadores europeos, consistía en la aplicación sobre Europa de estas innovaciones de índole productiva y económica, con sus correspondientes consecuencias sociales y culturales. Es lo que Victoria de Grazia designa como el avance del Imperio del Mercado estadounidense, es decir, de un capitalismo globalizador orientado al consumidor, que estaba barriendo los valores predominantes del puritanismo, con su énfasis en el ahorro y la austeridad, y que se iba imponiendo sobre la civilización comercial burguesa europea, gracias a su capacidad de adaptar en otros lugares las peculiaridades de su propia sociedad de consumo fundada en el mercado. Las tendencias y actores que contribuyeron a este avance en la primera mitad de siglo fueron muy variados: la propagación del rotarismo por Europa, que contribuyó a difundir entre los hombres de negocios europeos una cultura

(9) BLACK (1966).
(10) PELLS (1997): 11.
(11) POLANYI (1944).

empresarial basada en la ética del servicio; la forja de grandes marcas reconocidas por amplios públicos (Gillette, Ford, Coca-Cola, Kodak, etc.); la creación de nuevas técnicas publicitarias; el imparable éxito de la industria del entretenimiento estadounidense, con su cine a la cabeza… (12). La llegada de esta modernización al estilo norteamericano estuvo acompañada por la introducción de un nuevo lenguaje, el de la eficiencia, la productividad, la optimización, tan íntimamente ligado al fordismo.

Como consecuencia de la expansión del Imperio del Mercado sobre Europa, se asistió a la extensión de prácticas de consumo de origen norteamericano que contenían la promesa o la amenaza, según fuera el punto de vista del observador, de difuminar las distinciones sociales características de la sociedad burguesa europea. Los altos salarios percibidos por los empleados estadounidenses, fundamento de su gran capacidad adquisitiva, iban acompañados de una exaltación publicitaria del hedonismo y el confort, lo que chocaba con los prejuicios clasistas de los estratos más elevados de las sociedades europeas. La sociedad norteamericana era «una civilización de bañeras y frigoríficos» según la descripción del poeta francés Louis Aragon. Tanto los valores del individualismo burgués como los valores católicos, muy extendidos en los países del sur de Europa, se contrapusieron al materialismo y vulgaridad a los que parecía condenar la modernización estadounidense. El temor a la americanización, que ya desde principios de siglo se anunciaba por algunos como imparable (13), se convirtió rápidamente en una de las principales fuentes de antiamericanismo.

Para los críticos con el *American Way of Life* las ciudades de Nueva York, Chicago y Detroit, convertidas en la avanzadilla de la sociedad de masas, eran las que mejor representaban esta nueva forma de vida que, aun generalizando altas cotas de bienestar material, homogeneizaba a los individuos hacia abajo en términos de civilización, quedando reducidos a la condición de meros autómatas al servicio de la eficiencia económica. La percepción europea de estas grandes ciudades norteamericanas vino acompañada además por la aparición de nuevos prejuicios, como consecuencia de la llegada a los Estados Unidos en el tránsito entre los dos siglos de grandes oleadas migratorias, que condujeron a su sociedad hacia el multiculturalismo (14). Esta falta de uniformidad cultural suscitaba cierta sensación de desarraigo, en un momento, además, en que el darwinismo social gozaba todavía de bastante popularidad. Es sintomático lo que pensaba el escritor Ramón Pérez de Ayala cuando, durante una estancia en Florencia en 1911, conoció allí a unos ciudadanos estadounidenses:

---

(12) De Grazia (2005).

(13) Véase Stead (1902).

(14) Prejuicios no solo exclusivos de los europeos, en los mismos Estados Unidos se produjo una reacción identitaria, nativista, entre los sectores conservadores de la población WASP frente a la amenaza de la inmigración. Véase, por ejemplo, Higham (1955).

> Confieso que de Norteamérica poseía por aquel entonces muy someras noticias (…) Imaginaba yo los Estados Unidos como país de aluvión, amasado con desgajes, por no decir desperdicios, de muchas razas y muchos pueblos, y a sus naturales como gente andariega, sin el apego tradicional al terruño, al gran hogar patrio, y muy amigos de lozanear por la vieja Europa y de propiciársela en fuerza de aventar puñados de omnipotentes dólares (15).

La creciente influencia económica, política y cultural norteamericana sobre el viejo continente en el periodo de entreguerras fue percibida con angustia por muchos intelectuales europeos, que vivieron la pujanza del modelo estadounidense en términos de dramática inexorabilidad. Coincidiendo con una época en la que los intelectuales gozaron de un destacado protagonismo social, se desarrolló un antiamericanismo de carácter elitista, encuadrado dentro de los temores al avance de un modo de vida que parecía ineluctable, un «futuro» al que nadie podría escapar (16). Y en el que los intelectuales, huelga decirlo, quedarían previsiblemente relegados a una posición marginal. Se consideraba que la mercantilización creciente de la sociedad, ejemplificada por la mecanización y la aplicación de los métodos de producción fordista y taylorista a todos los ámbitos de la vida, conduciría a la estandarización de la humanidad. Aunque estas voces críticas surgieron desde todo el espectro ideológico, fueron los intelectuales conservadores los que más se destacaron en alertar sobre el futuro distópico que llegaría con el triunfo de la modernización al estilo norteamericano. En general, observaban el momento como el tránsito desde un viejo orden, idealizado, en el que el hombre era centro y dueño de su destino, hacia uno nuevo en el que sería un engranaje más del mercado, pieza pasiva del maquinismo y la tecnología.

No es casualidad que floreciera en estos años en gran parte de Europa, especialmente en Francia, la nación que todavía reivindicaba el cetro de la alta cultura, una fuerte corriente antiamericana, que se tradujo en la publicación de multitud de obras que alertaban sobre los defectos de la sociedad estadounidense (17). La modernización al estilo norteamericano, al igual que la revolución soviética, significaba el triunfo del hombre estandarizado, de un hombre nuevo

---

(15) RAMÓN PÉREZ DE AYALA, «El país del futuro», *El Imparcial*, Madrid, 30 de julio de 1913.

(16) La lista de intelectuales europeos que expresaron su desdén a los Estados Unidos en esta época es interminable: Martin Heidegger, Ernst Jünger, Gerhart Hauptmann, Moeller van den Bruck, D.H. Lawrence, Louis Aragon, Paul Morand, Charles Maurras, el conde Keyserling, José Ortega y Gasset, etc.

(17) J.-L. CHASTANET, *L'Oncle Shylock ou l'imperialisme américain à la conquête du monde* (1927); ANDRÉ SIEGFRIED, *Les États-Unis d'aujourd'hui* (1927); RÉGIS MICHAUD, *Ce qu'il faut connaître de l'ame Américaine* (1929); GEORGE DUHAMEL, *Scènes de la vie future* (1930), KADMI-COHEN, *L'abomination américaine* (1930); ROBERT ARON y ARNAUD DANDIEU, *Le Cancer Américain* (1931). En Alemania, por contra, los logros tecnológicos y económicos estadounidenses suscitaron gran interés, con más de cincuenta obras publicadas en los años veinte sobre el país, sin ese carácter tan hostil, en general, que tuvo la literatura francesa hacia la vida norteamericana. Véase NOLAN (1994).

que ponía su vida al servicio de la técnica. Sorprendentemente, los sectores culturales conservadores iban incluso más allá y había quienes tendían a considerar la americanización como un peligro aún mayor que el comunismo (18). Las consecuencias deshumanizadoras de este tipo de modernización saltaban a la vista, reduciendo la sociedad a la categoría de un hormiguero, una metáfora ampliamente divulgada en la época:

> En los Estados Unidos, ese país al otro lado del Atlántico que nos llama la atención por contener las promesas del futuro, lo que golpea al viajero occidental es el encaminamiento de los comportamientos humanos hacia lo que entendemos como comportamientos de insectos: misma eliminación del individuo, misma disminución y unificación progresiva de los tipos sociales, misma ordenación del grupo en castas especializadas, misma sumisión de todos a las exigencias oscuras de eso que Maeterlinck denomina el genio de la colmena o de la termitera (19).

Este tipo de críticas a la vida norteamericana alcanzaron tras la Primera Guerra Mundial un eco considerable. Constituían la respuesta a la atracción que, sobre un número creciente de europeos, ejercía la modernización al estilo norteamericano, con su sugerente cultura del consumo. En reacción a este éxito, determinados ambientes intelectuales, políticos y religiosos del viejo continente empezaron a defender su «estilo de vida» de modo cada vez más reaccionario y defensivo.

2. LA MODERNIZACIÓN AL ESTILO NORTEAMERICANO LLEGA A ESPAÑA

La sociedad española del primer tercio del siglo XX, en especial durante el periodo de entreguerras, fue receptiva a este tipo de modernización en sus principales ciudades. Proceso que no se puede entender sin el acusado crecimiento económico que, con algunas oscilaciones, se dio a lo largo de esta época, muy particularmente en los años comprendidos entre 1914 y 1930, que fueron además de un gran dinamismo en el sector constructor e inmobiliario (20). Fue un periodo de crecimiento de las ciudades, de avance de la industrialización en algunos puntos del país, que fueron acompañados de cambios significativos en los hábitos sociales, las costumbres y las relaciones sociales de una parte de la población (21). En ciudades como Barcelona o Madrid se dieron en el periodo de entreguerras los primeros pasos en la transición, llena de contradicciones, vaivenes y resistencias, de una cultura autóctona y popular a otra más cosmopolita. La influencia de la industria cultural de consumo norteamericana fue determinante en este proceso. La puesta en circulación de mercancías culturales

(18) GULDDAL (2011): 94.
(19) DUHAMEL (1930): 224. Traducción del autor.
(20) CARRERAS y TAFUNELL (2006): 455-499.
(21) AGUADO y RAMOS (2002): 95.

de procedencia estadounidense, aun sin lograr en España el amplio alcance social de su país de origen, sí propició la aparición de una cultura diferente, dotada a menudo de una cierta impronta mesocrática (22).

En los años veinte, aparte de consolidarse en la sociedad española el uso de ciertos productos representativos de la vida moderna, como el automóvil o la radio (23), se produjo también una revolución silenciosa en los hábitos de consumo y ocio de las clases medias y altas de los entornos urbanos, en una dirección más cosmopolita. Llegaron los bares y restaurantes modernos, como el *Maxim's* en 1919, el primer bar americano establecido en Madrid, en la calle de Alcalá. Florecieron los grandes almacenes y las tiendas de diseño. El cine, gran invento moderno y barato, comenzó a reemplazar al teatro como espectáculo preferido del público. Y los bailes importados del otro lado del Atlántico, como el fox-trot o el charlestón, tuvieron una excelente acogida en los ambientes más esnobs. La confluencia de estas nuevas formas de ocio y esparcimiento «a la americana» contribuyeron a la creación de un nuevo imaginario en amplias capas de urbanitas. Un nuevo mundo basado en el consumo y la publicidad se abría paso frente a los espectáculos habituales, como los toros, el teatro o el género chico, y las fiestas tradicionales castizas o religiosas (24), provocando la incomprensión y disconformidad de aquellos que se resistían a la extinción de una cultura basada en pautas más tradicionales y locales. Sintomático del resquemor que produjeron en estos círculos sociales e intelectuales las muestras cada vez más visibles del avance del Imperio de Mercado en la sociedad madrileña, son las palabras del pintor José Gutiérrez Solana sobre la Gran Vía en un artículo de 1923 publicado en su obra *Madrid callejero*:

> Grandes escaparates, con pianolas, gramófonos, música mecánica, alternando con fotografías y autógrafos de divos más o menos melenudos; fondas, pensiones, manicuras y círculos y cafés exhibicionistas y, sobre todo, los restaurantes, muy frecuentados por las tardes y en los que se baila con música de negro.
>
> Hay también bares americanos, en que es necesario encaramarse como un mono sentado en un alto taburete para llegar al mostrador; han tenido poca aceptación; pero no deja de verse en ellos siempre algún idiota vestido de *smoking* fumando una pipa (25).

Este proceso de modernización no fue bien recibido por los sectores más conservadores, comenzando por la Iglesia, que emprendió en estos años una campaña de «remoralización» de la sociedad (26). La preocupación suscitada por el empuje de una cultura ligada al movimiento obrero así como por el éxito de películas y modas estadounidenses y de otras partes de Europa, llevó a la

(22) BAKER y CASTRO (2008): 18.
(23) Artículos, por supuesto, de lujo, accesibles solo para una parte ínfima de la población.
(24) Véase NIÑO (2012): 195-196.
(25) Citado en BAKER (2009): 39.
(26) AGUADO y RAMOS (2002): 127.

creación de numerosas organizaciones para contrarrestar el avance de esta modernización de las costumbres (27). Entre ellas, la más destacada fue Acción Católica, en estrecha vinculación con la jerarquía eclesiástica. Uno de sus principales propósitos era lograr la recristianización de las costumbres y de la vida pública, en una sociedad amenazada por la apertura a influencias del extranjero.

En los años veinte, la conquista de las salas españolas, como las del resto de Europa, por parte de la cinematografía norteamericana, encrespó a los sectores culturales más inmovilistas del país. Los nuevos hábitos de consumo cultural chocaban con las rígidas barreras sociales de distinción existentes en sociedades como la española de entonces (28). Los principales damnificados por el éxito de las películas de Hollywood fueron el teatro y el género chico. El cine norteamericano aceleró en los años veinte la crisis de estos espectáculos más tradicionales, lo que llevó al final de la década, por ejemplo, al cierre de uno de los teatros más emblemáticos del Madrid de la Restauración, el Teatro Apolo, situado en la calle de Alcalá. Este declive de las artes escénicas fue vivido con inquietud por quienes se sentían fieles a pautas de vida más tradicionales y selectas. Su actitud solía ser la de un desdén altivo, con cierto punto de nostalgia romántica, frente a los seguidores de las nuevas tendencias de ocio: «Los que condenan a muerte al teatro, favoreciendo otros espectáculos, no sienten en su espíritu los destellos del pensamiento y las vibraciones de la poesía. Son seres de una vulgaridad lamentable» (29). En estas críticas también era corriente encontrar el sello de un anticapitalismo moralizante, influido por la doctrina social de la Iglesia. Por ejemplo, en julio de 1929, quien se convertiría años después en uno de los críticos cinematográficos más reconocidos en los medios conservadores, Carlos Fernández Cuenca, avisaba de la «tremenda amenaza» que suponía el cine como herramienta propagandística del capitalismo norteamericano en Europa. Gracias al cine, cada día, miles de pantallas reproducían la vida y costumbres yanquis por el viejo continente, presentando a la tierra del dólar como la «meca ideal de los tiempos modernos» y haciendo además con ello un provechoso negocio para sus «businessmen» (30).

La música y los bailes procedentes de los Estados Unidos, como el jazz y el fox-trot, sufrieron también las iras de los grupos más tradicionalistas de la sociedad, que los consideraban representativos de la degeneración moral y el nihilismo característicos de la modernidad norteamericana. Como señalaba el periodista Juan Spottorno y Topete en la revista *Blanco y Negro*, «el *fox-trot* es

(27) Por ejemplo, las Ligas contra la Pública Inmoralidad, la Legión Católica Española, las asociaciones católicas de padres de familia, etc.

(28) De Grazia (2005): 140.

(29) Fortunio, «El público de los teatros, cinemas y 'music-halls'», *La Época*, Madrid, 30 de julio de 1927, n.º 27.323: 1.

(30) Carlos Fernández Cuenca, «Cinematografía», *La Época*, Madrid, 29 de julio de 1929: 3.

el baile de los indiferentes, de los que se encogen de hombros ante la vida» (31). La cantante y bailarina estadounidense Joséphine Baker, afincada en París desde 1925, se convirtió en la diana perfecta de estos ataques por su carácter icónico. Así, cuando visitó Madrid en 1930, desde la revista *Crónica* se aprovechaba para contraponer su primitivismo e irreverencia con la armonía y sutileza de la bailarina rusa más famosa de la época, Anna Pavlova:

> De la calle Jovellanos –dieciochesca– a la Avenida del Metropolitano, entre los rascacielos neoyorquizantes de Cuatro Caminos. Ayer, Anna Pavlova, quintaesencia imperial de una cultura europea que tal vez periclita; la punta de sus pies, en la danza clásica, es como el ápice de una civilización blanca. Hoy, Josefina Baker, su antípoda, brote pujante y vencedor de un arte negro que se adueña –a cuatro pies– del mundo. ¡Venturoso azar de empresarios que en una misma semana someten la sensibilidad madrileña a la prueba de dos concepciones antagónicas del ritmo humano! Frente al sentido jerárquico de la cúpula, el sentido democrático de la llanura; contra la gravedad del arte puro, del arte por el arte, la corrosiva burla del arte por el capricho, instintivo, *epatante*… (…) Josefina Baker es… el humorismo, cifra del nuevo caos, *cocktail* que resiste al análisis de los confusos deseos actuales del mundo; ¿retorno a lo antiguo, vuelta a lo primitivo, al plátano paradisíaco y el kanguro, o ansia bolchevique de una supercivilización subversiva de todos los valores aceptados? (32).

Lo curioso es que, como la propia Joséphine Baker, gran parte de las importaciones en España de estos nuevos productos y tendencias, como el jazz o los bares americanos, no procedían directamente de los Estados Unidos, sino que eran muestras de un cosmopolitismo traído de Norteamérica a través de París (33).

Aunque los círculos conservadores de la sociedad fueron los que con más empeño expresaron su malestar ante el avance de la modernización al estilo norteamericano, no fueron los únicos que se sintieron incómodos (34). Para algunos líderes de opinión e intelectuales de talante menos conservador, la creciente popularidad del *American Way of Life* se vivió también con preocupación. Fue el caso, por ejemplo, del escritor y político socialista Luis Araquistáin, que a comienzos de los años veinte advertía sobre las negativas consecuencias que para la libertad individual entrañaba la civilización norteamericana, y recurría como tantos otros intelectuales de la época a la metáfora del hormiguero para representar el tipo de vida que se daba en los Estados Unidos (35). O del

---

(31) J. SPOTTORNO y TOPETE, «Al oído de una colegiala», *Blanco y Negro*, Madrid, 29 de febrero de 1920: 6.

(32) G.O., «Josefina Baker, la mulata friolenta que viene a beber un poco de sol de España», *Crónica*, Madrid, Año II, n.º 13, 9 de febrero de 1930: 4.

(33) BAKER (2009): 63.

(34) Véase NIÑO (2009).

(35) ARAQUISTAIN (1924): 41. Curiosamente, en los años cincuenta, Luis Araquistain se convirtió en una de las pocas voces pro-americanas del socialismo español.

republicano Marcelino Domingo, que acusaba a los yanquis de someter a Cuba y al resto de América Latina mediante su capitalismo despiadado, alertando de lo que le podría ocurrir también a España en un futuro próximo (36). Y cabe destacar, asimismo, el papel de Ortega y Gasset y su *Revista de Occidente*, que a finales de los años veinte publicó varios artículos de pensadores alemanes muy críticos con la modernización al estilo norteamericano, desde una perspectiva marcadamente eurocentrista (37). En sus propios escritos de esta época, el filósofo madrileño dejó constancia de sus reticencias al modelo estadounidense (38).

Tras la Guerra Civil, las críticas al *American Way of Life* encontraron un terreno aún más fértil para prosperar, en sintonía con la ideología de los vencedores de la contienda. En la España del primer franquismo, la identificación entre los Estados Unidos y la vida moderna se inscribía en una larga tradición antiamericana de los sectores más conservadores del país (39), lo que exacerbó la hostilidad hacia todo lo que representaba la modernización de origen estadounidense.

3. LA CRUZADA CULTURAL Y EDUCATIVA CONTRA LA MODERNIZACIÓN COSMOPOLITA EN EL PRIMER FRANQUISMO

Tras la victoria franquista en la Guerra Civil, el proceso de modernización que había experimentando España en los años de entreguerras quedó abruptamente interrumpido. La enorme contracción económica que sufrió el país como consecuencia de la guerra vino acompañada por las políticas autárquicas de las nuevas autoridades, tanto en el ámbito económico como en el cultural. Edward Baker es muy gráfico al describir lo que significó la dictadura franquista en uno de los símbolos de la modernidad en el periodo anterior a la guerra, la Gran Vía madrileña: «La Gran Vía de entreguerras poco menos que desapareció, y su reemplazo, pese a las similitudes de superficie, guardaba con ella la misma distancia que un Madrid abierto a las corrientes culturales del planeta entero con otro aterrorizado, provincianizado y cerrado sobre sí mismo» (40).

Una de las consecuencias del establecimiento del régimen franquista fue la puesta en marcha de una verdadera contrarreforma cultural y educativa frente a las corrientes aperturistas y cosmopolitas que habían caracterizado los años pre-

(36) DOMINGO (1923): 233-234.

(37) Artículos de Mortiz Geiger, Paul Fechter, Teodore Lucddecke, el conde Keyserling, etc.

(38) Las opiniones de Ortega sobre Estados Unidos pueden encontrarse en *La rebelión de las masas* (1930), sobre todo en su *Prólogo para franceses* (1937), así como en una serie de artículos de 1932 recogidos bajo el título *Sobre los Estados Unidos* y en un ciclo de conferencias pronunciadas en Buenos Aires en 1928.

(39) Véase FERNÁNDEZ DE MIGUEL (2011).

(40) BAKER (2009): 12.

cedentes. El patriotismo de carácter católico y conservador que, durante la Guerra Civil, se había convertido en una de las señas de identidad del bando nacional, continuó siendo promovido por las autoridades en los primeros años del franquismo. En un contexto de simpatía hacia los países del Eje y, tras la derrota de estos, de aislamiento internacional, este nacionalismo fue terreno abonado para la propagación de la xenofobia y, en particular, del antiamericanismo.

En el ámbito educativo, un terreno siempre muy sensible para los sectores conservadores y donde desde un primer momento se concedió a los católicos la dirección de la nueva política, hubo un rechazo absoluto de las «doctrinas pedagógicas del extranjero», porque eran, según decía el BOE, «hipócritas, extrañas, exóticas y despóticas» (41). Para las nuevas autoridades educativas, la función primordial de la educación no era la formación de un capital humano cualificado, sino el control ideológico y la transmisión de valores. En el preámbulo de la primera gran ley promulgada en el ámbito educativo, la Ley de la Reforma de la Enseñanza Media, se señalaba como uno de los principales objetivos a perseguir la «revalorización de lo español, la definitiva extirpación del pesimismo antihispánico y extranjerizante, hijo de la apostasía y de la odiosa y mendaz leyenda negra» y se encontraba en el «mimetismo extranjerizante» un síntoma bien patente de decadencia (42).

En esta tarea, los sectores eclesiásticos desempeñaron un papel fundamental. Gran parte del clero, inmerso en el clima de cruzada creado en el bando franquista durante la Guerra Civil, se encontraba en la posguerra muy radicalizado. Los católicos de la línea posibilista, procedentes del catolicismo social de principios de siglo, habían quedado relegados a posiciones marginales. En un ambiente social y cultural caracterizado por el nacionalcatolicismo (43), a pesar de los fútiles intentos por parte de algunos falangistas de conducir el Estado hacia una línea más puramente fascista (44), los eclesiásticos españoles afines al tradicionalismo pudieron exponer sin cortapisas sus diagnósticos y remedios sobre la situación de España, que eran diametralmente opuestos a los que habían propuesto las décadas precedentes los miembros más activos y reformistas de la *intelligentsia* española, partidarios de la modernización del país. En la interpretación nacional-católica España aparecía acosada por la modernidad, una modernidad de origen foráneo, que había apartado al país de sus raíces católi-

(41) SOPEÑA (1994): 17.

(42) *Boletín Oficial del Estado*, 23 de septiembre de 1938.

(43) Véase BOTTI (2008): 149-194; ÁLVAREZ JUNCO (2001): 433-464; ÁLVAREZ BOLADO (1976).

(44) Esfuerzos que ya habían quedado muy debilitados cuando Franco impuso por decreto la unión de falangistas y tradicionalistas en un solo partido, FET de las JONS, en abril de 1937. Aunque los fulgurantes éxitos de los alemanes en las primeras etapas de la Segunda Guerra Mundial reavivaron la posibilidad de establecer un régimen fascista en España, con la progresiva agonía de la Alemania nazi a partir de 1942 los sueños de crear un Estado realmente fascista mantenidos por algunos falangistas, con Serrano Suñer a la cabeza, quedarían definitivamente postergados.

cas, poniendo en peligro su propia supervivencia como nación. Por ejemplo, el obispo de Tenerife, Albino G. Menéndez-Reigada, autor de un *Catecismo patriótico español* muy utilizado en las escuelas, localizaba el origen de todos los males de España en «haberse olvidado de sí misma y querer vivir de prestado, copiando al extranjero» (45). Menéndez-Reigada presentaba un país sitiado en su lucha contra «los siete pecados capitales del mundo moderno»: el marxismo, el liberalismo, la democracia, el judaísmo, el capitalismo, la masonería y el separatismo, todos ellos agrupados bajo la forma de una conspiración internacional (46). El liberalismo era, en opinión del obispo, el mal mayor, «el padre» de todos los demás.

Teodoro Rodríguez, agustino del monasterio de El Escorial, publicista muy popular en la España de la posguerra, propagó también la idea de que la Guerra Civil y la decadencia nacional fueron producto del cosmopolitismo moderno, de la apertura del país a los influjos de fuera. Según su opinión, las «modas y costumbres indecentes» procedentes del extranjero habían corroído la vida española (47). Refiriéndose a los intercambios educativos con el extranjero auspiciados por la JAE en los años veinte y treinta, Teodoro Rodríguez encontraba en ellos una de las causas de la tragedia española:

> Confiadamente esperamos que no se repetirá la incomprensible locura de gastar España una millonada en enviar jóvenes a estudiar en el extranjero, con lo cual solo se conseguía, salvo en contadas excepciones, como era natural, *extranjerizarlos* y que volviesen a la patria menospreciándola y con hábitos, aficiones e ideas de borroso e insípido cosmopolitismo (48).

Otro religioso, en este caso el jesuita Feliciano Cereceda, profesor del Colegio de San José de Valladolid, publicó en 1940 un libro de texto para alumnos de bachillerato en el que se transmitía también una interpretación xenófoba y reaccionaria sobre el origen de los males del país. En opinión de Cereceda, el proceso de emancipación de las colonias americanas de España en el primer tercio del siglo XIX había respondido a «la consigna que desde hace cuatro siglos impera en la política universal: «Que España no sea grande» (49). Cereceda ofrecía, «frente a un mundo sumido en lo material, en el maquinismo, en el progreso ciego», la imagen de una España idílica, anticipo de esa «reserva espiritual de Occidente» que pocos años después tanto se emplearía por la propaganda franquista. Una España, en definitiva, que resistía con firmeza, junto a la única compañía de las naciones hispanoamericanas, al desmoronamiento del resto del mundo a causa de una destructiva modernidad (50).

---

(45) GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA (1939a): 34.
(46) GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA (1939b): 16.
(47) RODRÍGUEZ (1940): 11-12.
(48) Ibíd., 15.
(49) CERECEDA (1940): 255.
(50) Ibíd., 267-268.

Entre las naciones donde, a ojos de los franquistas, la modernidad y sus aciagos valores estaban más arraigados, sobresalían los Estados Unidos. Su condición de avanzadilla de la modernidad se agravaba además por su creciente poderío y capacidad de influencia en el exterior. Por ello, Iniesta Corredor, inspector de Primera Enseñanza, consejero nacional de Educación y asesor técnico de la Dirección General de Primera Enseñanza, ensalzaba en 1941, en una obra que daba consignas a los maestros sobre la educación en la España franquista, la reforma educativa llevada a cabo en la República Dominicana por el general Trujillo,

> […] porque vemos en ella el esfuerzo meritísimo de un pueblo que ansía llegar a la creación de un sistema propio, libre del pasado agnosticismo que aún persiste en ciertos sectores del mundo y –solamente esto da gran realce hispánico– libre también de la garra del dólar, que en estos instantes, con el falso pretexto de una seguridad americana, pretende sojuzgar los países hispanos (51).

Iniesta Corredor avisaba que los hispanoamericanos no eran los únicos sometidos a la amenaza yanqui, también los europeos estaban coaccionados por «la democracia imperialista y plutócrata yanqui».

Frente a los valores asociados a la modernidad al estilo norteamericano, en la España del primer franquismo se estiló una retórica quijotesca, que trató de presentar la singularidad del país como un ejercicio de voluntad por mantenerse al margen de esa modernidad corruptora e invasiva. Los valores hispanos, tal y como había expuesto Manuel García Morente en su *Idea de la Hispanidad* (1941), eran los de un mundo pre-moderno, contrarreformista, caballeresco, basado en los ideales del honor y el heroísmo ora del hidalgo español, ora del caballero cristiano:

> La imagen intuitiva que mejor simboliza la esencia de la hispanidad es la figura del caballero cristiano: caballerosidad y cristiandad en fusión perfecta e identificación radical, concretadas en una personalidad absolutamente individual y señera. Y ese caballero cristiano español ha sido paladín, grande contra la mezquindad, arrojado contra la timidez, altivo contra el servilismo, más palpitación que cálculo, con culto del honor, con idea de la muerte, religioso e impaciente de eternidad (52).

En los libros de lectura para niños se remarcaba la excepcionalidad de España, su lucha quijotesca contra la uniformidad y el hedonismo extendidos por el resto del mundo. Se transmitían ideas, en definitiva, que abundaban en la línea de un nacionalismo autosuficiente, ajeno al mundo moderno: «Queremos una España dueña de sus destinos, árbitro de sus propias empresas, que se baste a sí misma, es decir, que no esté esclavizada a los Estados capitalistas judaicos» (53). Como se decía en un libro de lectura para niños del que se hi-

(51) INIESTA CORREDOR (1941): 111.
(52) DEL ARCO y GARAY (1942): 272.
(53) *SÍMBOLOS DE ESPAÑA* (1939): 26.

cieron más de veinte ediciones, el quijotismo típicamente español era moralmente superior al prosaico afán de lucro que caracterizaba a otras naciones: «Don Quijote era como España: no quería dineros, quería honra. Y no le temía a nada ni a nadie por defender la justicia y la verdad» (54). Había muchos miembros del régimen franquista que creían de veras en este discurso y querían transmitirlo a las nuevas generaciones. Fue un periodo de explícita y militante antimodernidad. Y, por otro lado, ese espíritu quijotesco que despreciaba el progreso material y las comodidades de que gozaban sociedades como la norteamericana, se adaptaba perfectamente a la situación de pobreza y subdesarrollo del país. Se intentaba presentar el atraso material español, su pobreza, su incapacidad de modernizarse, como consecuencias de la especial idiosincrasia española. Menéndez-Reigada expresaba muy bien esta singularidad nacional, apelando a un patriotismo romántico:

> Se ha dicho muchas veces, que el español es sanguinario por temperamento y despreciador de la vida y de la muerte; indiferente al dolor, tanto propio como ajeno; y aventurero y buscador de empresas, en las que se pueda conquistar, más que dinero, gloria. Y hay en todo esto mucho de verdad. Encaja mal con nuestro carácter esa concepción rastrera de la vida, que pone su ideal en la comodidad y el *confort* (55).

Esa concepción tan prosaica y vulgar de la vida había alcanzado en la sociedad norteamericana el terreno más propicio para desarrollarse y expandirse hacia otras latitudes. Las noticias e imágenes que llegaban a la España del primer franquismo sobre la modernización al estilo norteamericano se percibían a través del filtro de un amplio conjunto de estereotipos heredados (56). Este conjunto de predisposiciones hacia Estados Unidos está muy relacionado con lo que Arno J. Mayer definió de manera esclarecedora como «persistencia del Antiguo Régimen» en Europa (57), es decir, la persistencia hasta bien entrado el siglo XX de esquemas mentales preindustriales, preburgueses y predemocráticos en una gran parte de las poblaciones europeas de la época, a quienes resultaba difícil de comprender y aceptar numerosos aspectos de la vida norteamericana, desde el rol de sus mujeres hasta el papel de la tecnología en su vida cotidiana.

4. LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA COMO EPÍTOME DE LOS MALES DE LA VIDA MODERNA

En el caso español, además, la percepción de la modernidad estadounidense estaba muy condicionada por la mirada hispanoamericana. En América Latina,

(54) SERRANO DE HARO (1943): 75.
(55) GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA (1939b): 17-18.
(56) RODRÍGUEZ JIMÉNEZ y FERNÁNDEZ DE MIGUEL (2011).
(57) MAYER (1981).

coincidiendo con la derrota española frente a Estados Unidos en la Guerra de 1898, se generó una corriente intelectual de amplio alcance muy crítica hacia el avance de la modernización al estilo norteamericano, que fue precursora de la que luego se extendería en Europa tras la Primera Guerra Mundial. Se temía que, gracias a su creciente fortaleza política, económica e internacional, el modelo de civilización estadounidense acabara por subsumir a los pueblos hispanoamericanos. Como ocurría desde mediados del siglo XIX, la débil «raza latina» se sentía en peligro frente al vigor de la «raza anglosajona», por utilizar el lenguaje de la época. Rubén Darío, que entre 1898 y 1906 se mostró muy activo en defensa de la hispanidad frente a los Estados Unidos, sintetizaba perfectamente el malestar que generaba en estos círculos la amenaza del *American Way of Life* mediante el empleo de una retórica que, como es habitual cuando se enfrentan sociedades tan desiguales en su grado de desarrollo económico, destacaba la pureza y elevada espiritualidad de una hispanidad idealizada frente a la barbarie tecnológica y materialista de la civilización anglosajona:

> Y los he visto a esos *yankees*, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitadores de casas de mastodontes. Colorados, pesados, groseros, van por sus calles empujándose y rozándose animalmente, a la caza del *dollar*. El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, comen, calculan, beben whisky y hacen millones. Cantan ¡*Home, sweet home*! y su hogar es una cuenta corriente, un *banjo*, un negro y una pipa. Enemigos de toda idealidad, son en su progreso apoplético, perpetuos espejos de aumento (58).

La publicación en 1900 de *Ariel*, del escritor uruguayo José Enrique Rodó, obra muy bien acogida en España, obedecía a la necesidad de contrarrestar el *soft power* emanado de la nación de Washington, que se traducía en la seducción creciente que generaban los éxitos de la sociedad estadounidense entre los jóvenes latinoamericanos. Se corría el riesgo de que la "nordomanía" que afectaba a estos jóvenes facilitara la aparición de una «América deslatinizada por propia voluntad, regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte» (59). *Ariel* marcó la pauta de la argumentación contra el utilitarismo, el materialismo y el «falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad», identificados con la modernización estadounidense. Numerosos intelectuales y activistas latinoamericanos seguirían su ejemplo en los años siguientes, como el venezolano Rufino Blanco-Fombona (60), el colombiano José María Vargas Vila (61) o el argentino Manuel Ugarte (62), cuya

(58) DARÍO (1898).
(59) RODÓ (1947) [1900]: 88.
(60) BLANCO-FOMBONA (1902).
(61) VARGAS VILA (1930). La primera publicación de la obra tuvo lugar en 1903, en la revista *Némesis* de Nueva York.
(62) UGARTE (1920).

influencia se dejó sentir principalmente en los países latinos de Europa, sobre todo en España.

En el primer franquismo, este tipo de discurso que aunaba antiamericanismo y rechazo a todo lo que significara modernización, estuvo muy extendido. Las condiciones para ello eran propicias. Nos encontramos con un país que estaba alcanzando tardíamente el tren de la modernidad, con un régimen político afín a los países del Eje y, tras la derrota de estos, aislado internacionalmente, con una intelectualidad proclive a Hispanoamérica, y donde ocupaban el poder sectores sociales muy militantes frente a cualquier atisbo de modernización, cuya identidad nacional estaba ligada precisamente a un catolicismo de carácter reaccionario. De ahí que durante los primeros años del franquismo, los grupos conservadores que monopolizaron el poder político y social del régimen, propagaran una opinión muy negativa de la modernización al estilo norteamericano. En medios falangistas, católicos y militares abundaron retratos caricaturescos de la vida estadounidense, que se nutrían tanto del acervo de imágenes antiamericanas que se habían ido creando en España desde el siglo XIX, como de los tópicos y exageraciones difundidos por Europa y América Latina en las primeras décadas del XX. La sociedad estadounidense se convirtió en el símbolo de todos los males de la vida moderna y, en consecuencia, hubo un intento por parte de estos grupos de mantener a los españoles a salvo de su perniciosa influencia. Tarea nada fácil, dada la fruición con que gran parte de la sociedad recibía las películas de Hollywood y otras manifestaciones paradigmáticas de la creciente influencia cultural estadounidense por el mundo, como el jazz.

Precisamente el cine, «lo que más influencia ejerce en la vida moderna» según sostenía Manuel Bendala en el diario *ABC* (63), constituía, a ojos de los franquistas, la vía de entrada en la península de modas y hábitos extraños, incompatibles con el tradicional modo de vida español. Esta contaminación se efectuaba especialmente, como denunciaban las publicaciones falangistas y católicas de la época, a través de los jóvenes y las mujeres, los dos grupos considerados más inermes frente a la capacidad de manipulación del cine de Hollywood. La popularidad de las películas norteamericanas en la España de la posguerra fue directamente proporcional a la virulencia que en su contra emplearon los medios falangistas y católicos más radicales, cuyos llamamientos a las autoridades para que llevaran a cabo una política más activa en contra de la hegemonía del cine estadounidense, chocaron siempre con el escaso margen de maniobra de estas (64). El jazz, aunque no constituía un entretenimiento tan masivo como el cine, contaba con un número creciente de seguidores en la España de los años cuarenta. Al igual que sucedía con el *séptimo arte*, se daba la

(63) MANUEL BENDALA, «La moda cinematográfica», *ABC*, Sevilla, 15 de diciembre de 1944: 15.

(64) Véase LEÓN AGUINAGA (2010).

coexistencia de un discurso radical en su contra, con la tolerancia de las autoridades, al menos limitada, a su práctica (65).

En estos años fue habitual que los miembros más militantes del régimen achacaran a la influencia estadounidense las novedades modernizadoras que se producían en el estilo de vida patrio. Por ejemplo, el periodista y propagandista franquista Joaquín Arrarás, se lamentaba de la falta de sosiego y silencio que se había apoderado de las ciudades y pueblos españoles, como consecuencia de la importación del frenético ritmo de vida característico de la sociedad estadounidense. Para dar mayor robustez a su postura antiamericana, Arrarás aludía al «aumento espantoso» de enfermos mentales en los Estados Unidos como producto de un estilo de vida sometido a «los ruidos, la prisa, la multiplicidad de emociones, la *radio* (…), el *cine* (…), los *cock-tails*, el motor…» (66). La identificación entre modernización y americanización convertía a los Estados Unidos en el chivo expiatorio de las angustias y tensiones generadas por el desarrollo capitalista en países más atrasados económicamente, como la España de entonces, haciendo parecer como exógenos el origen de estos problemas (67).

Mientras numerosos católicos, falangistas y militares se atribuían la representación de valores ancestrales, y pretendían verse a sí mismos como el último reducto de la civilización occidental, que ellos identificaban con el catolicismo contrarreformista, la sociedad norteamericana encarnaba lo contrario, el prosaísmo de la racionalidad funcional del cálculo y de la eficacia. Mientras España producía Don Quijotes y caballeros cristianos, austeros materialmente pero repletos de altos valores, el *American Way of Life* ofrecía el ambiente más propicio para que proliferaran hombres avariciosos y simples solo preocupados en ganar dinero, como su cine se encargaba de recordar:

> Por cada personaje empeñado en el estudio, por cada Pasteur o cada Edison –cuya vida se ha llevado recientemente al celuloide–, las películas norteamericanas nos presentan centenares y millares de hombres de presa, cuya única ilusión y razón de ser consiste en acumular millones en el mundo cruel de la alta especulación o en el de la baja urdimbre negociante (68).

Los viajeros españoles a Norteamérica durante los años cuarenta contribuyeron también por lo general a difundir la imagen de una modernización destructora, donde todo se permitía, dada la ausencia de límites en una nación joven y sin historia. Por ejemplo, el periodista Gaspar Tato (69) y el escritor Joaquín Calvo Sotelo coincidían tras visitar los Estados Unidos en lamentar la ausencia de Edad Media en la historia del país, un periodo muy idealizado por los con-

---

(65) IGLESIAS (2010): 127.

(66) JOAQUÍN ARRARÁS, «El miedo al silencio», *ABC*, Madrid, 11 de agosto de 1944: 6.

(67) KLAUTKE (2011): 1126.

(68) CARLOS FERNÁNDEZ CUENCA, «Las tres caras del cine yanqui», *Haz*, Madrid, 3.ª Época, n.º 48, 7 de octubre de 1941.

(69) TATO (1945): 359.

servadores españoles: «Estados Unidos adolecerá siempre de esa falta terrible, de ese salto de la pradera a la metrópoli, sin la abadía entre ambas» (70).

Para la mayor parte de observadores, la vida norteamericana no era otra que la vida neoyorquina. Una vida febril, donde las personas no andaban, corrían, bajo el ruido infernal de los automóviles y de los gritos interrumpidos y desesperados de los agentes de bolsa. La existencia del urbanita estadounidense, condenado a deglutir rápidamente un plato insípido de comida en un restaurante automático o en una cafetería, era lo más parecida a la de un autómata desprovisto de alma. Diego Hidalgo, ministro de la Guerra durante la represión de Asturias en octubre de 1934 y amigo personal de Franco desde entonces, aseguraba tras su estancia en Nueva York que ese ritmo de vida obligaba a los norteamericanos a recurrir al consumo de drogas, de pastillas, tanto para aguantar con energía su actividad fuera de casa, como para relajarse y dormir. Una imagen, en suma, distintiva de una literatura europea sobre el *American Way of Life* que creció en consonancia con los temores a la americanización. Frente a la seducción que suscitaba en muchos europeos el desarrollo vertiginoso del país anglosajón se resaltaba, en un tono dramatizado y caricaturesco, la pérdida de humanidad provocada por una modernidad fuera de control:

> Ahora díganme ustedes si vale la pena vivir en una ciudad sometido a tanta tortura, a tanta ansiedad y desasosiego, viviendo maquinalmente y teniendo que buscar en la provocación artificial, más o menos científica, una ayuda para todos los estados, movimientos y satisfacciones naturales: para vivir, para andar, para dormir. Y así, un día y otro día, con regularidad matemática, con precisión mecánica, con exactitud cronométrica (71).

La descripción que hacía Hidalgo del modo de vida de los estadounidenses adquiría tintes apocalípticos: «Esta vida no hay quien la resista. Los nervios están siempre en tensión; los hombres mueren jóvenes» (72).

Esta retórica sobre la modernización al estilo norteamericano fue habitual en el franquismo hasta comienzos de los años cincuenta, siempre presta a utilizarse en un contexto de ostracismo internacional al que se ajustaba perfectamente. Los propios líderes del régimen, aunque más comedidos por lo general, conscientes como eran de los perjuicios que el aislamiento ocasionaba para el régimen y el conjunto del país, no dudaron en variadas ocasiones en recurrir a este tipo de discurso, cuando la conveniencia política así lo reclamaba. Por ejemplo, el mismo día en que el Congreso de los Estados Unidos rechazaba incluir a España en el Plan Marshall, el 1 de abril de 1948, Radio Nacional de España emitía un artículo de Carrero Blanco, «España ante la actual crisis mundial», en el que arremetía contra la modernidad capitalista imperante en otras

(70) CALVO SOTELO (1946): 52.
(71) HIDALGO (1947): 88.
(72) Ibíd., 309.

latitudes (73). Como era habitual en estos años, los dirigentes franquistas camuflaban, para consumo interno, su exclusión de unas posibilidades de modernización a las que por el momento no se les permitía acceder, con una pretendida superioridad moral y espiritual.

Hay que tener en cuenta, por tanto, las dos funciones básicas desempeñadas por la reprobación a la modernización en el antiamericanismo de los primeros años del franquismo. Por un lado, este discurso se usaba para crear identidad, para definir un «nosotros» en torno a unos valores y principios singulares presentados como moralmente superiores. Por otro lado, servía para justificar un retraso y aislamiento que aparecía edulcorado y voluntario frente a la molicie y el nihilismo reinante en otras latitudes.

5. EL CONSERVADURISMO ESPAÑOL SE AVIENE CON LA MODERNIZACIÓN AL ESTILO NORTEAMERICANO

El inicio de la Guerra Fría marcó, en términos generales, el comienzo de un progresivo cambio en la percepción conservadora europea de los Estados Unidos. Poco a poco, los grupos situados en la derecha del espectro político fueron haciéndose cada vez más proclives hacia el país anglosajón, al contrario de lo que había ocurrido en el siglo XIX y la primera mitad del XX. El férreo compromiso de la Casa Blanca para contener el avance del comunismo en Europa fue determinante para propiciar este cambio de actitud. Las consecuencias aparejadas al ejercicio de su rol de superpotencia tras la Segunda Guerra Mundial, lo que Agustín de Foxá denominó en un exitoso artículo «el peso de la púrpura» (74), transformaron poco a poco la imagen internacional de los Estados Unidos. El país experimentó grandes cambios que, necesariamente, se tradujeron en la emisión de nuevas imágenes al exterior. Por ejemplo, una de las consecuencias más visibles de la metamorfosis causada por la Guerra Fría en la sociedad estadounidense fue en los años cincuenta la creciente influencia de los militares en la vida política, como advertía el sociólogo Wright Mills (75). Y el propio Dwight D. Eisenhower, en su famoso discurso de despedida al fin de su mandato presidencial, en enero de 1961, alertó al pueblo estadounidense sobre la peligrosa influencia de lo que él denominó por vez primera el «complejo militar-industrial» (76).

En definitiva, la nación que en el mundo contemporáneo había simbolizado los valores civiles y democráticos, adoptaba tras la Segunda Guerra Mundial

(73) Citado en DE LA COSA [CARRERO BLANCO] (1949): 43.
(74) AGUSTÍN DE FOXÁ, «El peso de la púrpura», *ABC*, Madrid, 4 de noviembre de 1950.
(75) WRIGHT MILLS (1956): 198.
(76) *Eisenhower's Farewell Address to the Nation*, 17 de enero de 1961. En: http://ncadams.posc.mu.edu/ike.htm

una fisonomía crecientemente conservadora en el interior (77) y agresiva en el exterior, a lo que contribuiría todavía más en los años sesenta el asesinato de John Fitzgerald Kennedy en noviembre de 1963 y los de Martin Luther King y Robert Kennedy en abril y junio de 1968, respectivamente (78). A partir de esta década, la implicación norteamericana en numerosos conflictos exteriores (79), muchas veces en defensa de intereses antidemocráticos, acabó por mancillar la imagen del país en buena parte de la opinión pública europea, particularmente en los sectores juveniles de la *nueva izquierda*, mientras que los conservadores se mostraban más comprensivos hacia los estadounidenses. En este sentido hay que tener en cuenta el esfuerzo realizado tras la Segunda Guerra Mundial por la diplomacia pública norteamericana en países como España, a la hora de presentar su sistema político y económico como compatible con el anticomunismo, el catolicismo, la defensa del orden y la familia (80).

Dentro de este contexto general, el caso español presenta algunas peculiaridades. Aunque la imagen política de los Estados Unidos mejoró en la España franquista en consonancia con el desarrollo de la Guerra Fría, sobre todo a partir del comienzo de las negociaciones bilaterales para el establecimiento de bases militares, la existencia de un régimen dictatorial cuya identidad tenía una clara impronta nacionalista y reaccionaria no hizo fácil la aparición de círculos dispuestos a defender públicamente las bondades del *American Way of Life*. Durante los años cincuenta, incluso después de la firma de los Pactos de Madrid en septiembre de 1953, el retroceso que experimentó el antiamericanismo, al menos públicamente, no estuvo acompañado por una nueva hegemonía de discursos favorables hacia la sociedad norteamericana (81), a pesar de los esfuerzos promovidos por Washington y varias instituciones privadas –con la Fundación Ford a la cabeza– para mejorar la imagen norteamericana en España, a través de diversos programas educativos, informativos y culturales (82). En realidad, la aparición de élites y líderes de opinión pro-americanos constituyó un proceso lento y no exento de dificultades (83).

En la evolución de la actitud conservadora española hacia los Estados Unidos, merece destacarse el papel de las élites tecnocráticas que desde finales

(77) Encarnada en fenómenos como la «caza de brujas» emprendida por el Comité de Actividades Antiamericanas o las dificultades para poner fin a la segregación racial en el sur del país.

(78) Los Kennedy habían tratado de recuperar la cara más idealista y amable de los Estados Unidos.

(79) Sin duda la participación de los Estados Unidos en la Guerra de Vietnam (1962-1975) supuso su mayor fracaso en términos de imagen.

(80) Véase, por ejemplo, NIÑO y MONTERO (2012).

(81) Aunque sí comenzaron a aparecer algunos apologistas de prestigio del país norteamericano. Entre otros, Rafael Calvo Serer, Julián Marías o Josep Pla.

(82) Véase el número monográfico «La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría» de la revista *Ayer*, n.º 75, 2009 (3).

(83) Véase DELGADO (2012).

de los años cincuenta ascendieron a puestos clave de la Administración franquista, introduciendo una nueva forma de hacer política más moderna que la que había predominado desde el fin de la Guerra Civil (84). La pertenencia a estas élites de opusdeístas como Alberto Ullastres, Laureano López Rodó y Mariano Navarro Rubio, pronto propagó la opinión en círculos políticos y periodísticos de que el Opus Dei dotaba de cohesión a este grupo reformista, una creencia probablemente exagerada. Lo que es indudable es que aparecía por vez primera dentro del espectro conservador español un grupo, con responsabilidades gubernamentales, que optaba abiertamente por la modernización económica del país mediante la conciliación del catolicismo con la apertura al exterior. La apuesta de esta *nueva derecha* por un proyecto de modernización conservadora, es decir, de una modernización concebida en términos funcionales, no en términos de valores (85), se tradujo en una mentalidad más abierta a la hora de buscar en el extranjero referentes para el desarrollo económico y social. Y, tras la Segunda Guerra Mundial, el país que marcaba la pauta de la modernización científica y económica en Occidente y, por tanto, constituía una referencia obligada para estas élites reformistas, eran los Estados Unidos. Tanto es así que, según Antonio Elorza, hubo una decidida apuesta por parte de intelectuales conservadores y élites tecnocráticas en adoptar el modelo norteamericano (86).

Aunque las políticas tecnócratas se inspiraron en un primer momento, fundamentalmente, en la ciencia económica anglosajona, optando abiertamente por la liberalización a través de un Plan de Estabilización ejecutado en coordinación con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), en una segunda fase, la de los planes de desarrollo, el referente principal lo constituyó la planificación indicativa francesa (87). Fue, por tanto, el pragmatismo lo que verdaderamente impulsó la acción de este grupo reformista. Pero en cualquier caso fue muy importante su apertura a nuevas ideas, conscientes de que la economía se había convertido en una ciencia imprescindible cuyo conocimiento técnico era condición necesaria para acercar a España al nivel de Europa Occidental. No es casualidad que miembros del Opus Dei como Ullastres o Calvo Serer contribuyeran a la introducción en España del pensamiento de economistas como Schumpeter o Hayek (88). Estaban dotados de una forma de entender las relaciones de la religión con lo económico que les apartaba de la rigidez de la teología política que había predominado en España desde la Guerra Civil. En 1961 el profesor de la Universidad de Illinois, Francis G. Wilson, especialista en conservadurismo, destacaba el acercamiento existente entre el Opus Dei y el protestantis-

(84) Véase FERNÁNDEZ DE MIGUEL (2009).
(85) GONZÁLEZ CUEVAS (2009): 135.
(86) ELORZA (2002-2003): 50.
(87) Véase ESTAPÉ (2001): 197 y DE LA TORRE y GARCÍA-ZÚÑIGA (2009).
(88) Véase ORELLA (2014): 47.

mo anglosajón en su manera de conceptualizar las relaciones entre la religión y la economía (89).

Los ministros tecnócratas vinculados al Opus Dei y sus aliados ideológicos vinieron a ejercer el papel de calvinistas autóctonos, desenterrando el «sentido reverencial del dinero» que años atrás había defendido Ramiro de Maeztu como clave explicativa del poderío anglosajón en el mundo moderno. Fueron ellos los responsables de superar las reticencias del catolicismo en sus siempre difíciles relaciones con la modernización capitalista, lo que les valió duras críticas por parte de otros sectores del régimen, como los falangistas (90) o católicos de la línea tradicionalista (91).

La nueva política económica puesta en marcha desde 1957 contribuyó a acelerar de forma vertiginosa un proceso de modernización económica que rápidamente transformó los valores sociales dominantes en España hacia una línea hedonista de consumo, más acorde con el resto del mundo occidental (92). En consonancia con este proceso, intelectuales destacados del conservadurismo español, como Rafael Calvo Serer (93) o Gonzalo Fernández de la Mora, dieron cobertura ideológica a los logros modernizadores del régimen. En el caso del primero, mediante la conciliación del desarrollo español con ciertos aspectos del liberalismo norteamericano (94), y en el caso del segundo, mediante la importación de la teoría de la modernización y el fin de las ideologías (95). Como señalaba Fernández de la Mora: «El desarrollo económico dignifica al hombre y, entre innumerables efectos secundarios, concentra la atención utilitaria de las masas en el trabajo productivo, despegándolas de la batalla política» (96). También participaron en este proceso ideológico de legitimación revistas como *Atlántida*, dirigida por Florentino Pérez-Embid, en la que Fernández de la Mora desempeñó un papel muy activo a la hora de identificar modernismo neoconservador con tecnocracia (97).

---

(89) WILSON (1961): 159.

(90) Conocido es el lema «Por el dinero hacia dios» creado por el entonces director del diario *Arriba*, Rodrigo Royo, para ridiculizar a los miembros del Opus.

(91) Entre los que destacó la revista *Punta Europa*. Su director, Vicente Marrero, consideraba que la tecnocracia divorciaba la política de la ética, ya que su meta era «la perfección de la misma técnica y no la perfección del hombre como tal».

(92) Véase TOWNSON (2009) y TORTELLA (1994): 255-429.

(93) Aunque Calvo Serer, a finales de los años sesenta, acabaría ingresando en las filas de la oposición al régimen franquista.

(94) A finales de los años cincuenta, Calvo Serer quedó deslumbrado por la sociedad norteamericana tras una estancia en el país. A continuación escribió obras muy laudatorias hacia el modelo estadounidense, como *La fuerza creadora de la libertad* (1959) y *Las nuevas democracias* (1964), ambas editadas por Rialp.

(95) En obras como *El crepúsculo de las ideologías* (1965) o la más tardía *El Estado de obras* (1976), editadas por Rialp y Doncel respectivamente.

(96) FERNÁNDEZ DE LA MORA (2013) [1965]: 187.

(97) GÓNZALEZ CUEVAS (2012): 127-136.

A mediados de los años sesenta, las condiciones sociales del país habían cambiado de tal manera, que las soflamas reaccionarias y quijotescas del primer franquismo parecían corresponder a una época muy lejana:

> Cuando uno se toma una cerveza en la terraza de un café de Madrid o cuando se baña en una playa mediterránea, le cuesta imaginar que este fue un país de curas fanáticos que mandaban matar para defender la Santa Madre Iglesia, de santones tétricos y de beatos de misa y olla (…) Hace no más de veinte años, España era aún un país romántico del siglo XIX (98).

La rápida transformación económica y social experimentada por España a lo largo de los sesenta vino acompañada por una creciente presencia norteamericana en la cultura popular y en las nuevas formas de consumo. Esta vez sí, el Imperio del Mercado avanzaba sin cortapisas en España, propagando la cultura del consumo estadounidense. Al final de la década, la americanización de aspectos notables de la sociedad española constituía una realidad (99). El impacto de la cultura del consumo norteamericana, especialmente entre los jóvenes, a través de la música popular como el *rock and roll*, las películas de Hollywood, la vestimenta con prendas como los pantalones vaqueros, y los cómics, con el género de los superhéroes impulsado por Marvel, fue un fenómeno generalizado en la Europa de finales de los cincuenta y los sesenta, al que España se incorporó algo más tardíamente: «La América real o imaginaria se estaba convirtiendo en el escenario natural de todos los géneros de entretenimiento» (100).

Este proceso de americanización, que adquirió un alcance e intensidad nunca antes equiparable en la sociedad española, no provocó, sin embargo, las mismas reacciones de antaño en los medios conservadores. Cierto es que, en la cultura conservadora, siguieron vigentes algunos recelos hacia la sociedad norteamericana, a la que se seguía vinculando con viejos tópicos, aunque ya más tolerados, como el materialismo y la ignorancia cultural, y se añadían nuevas lacras, como la delincuencia, las drogas o los divorcios. Las observaciones de Miguel Delibes tras visitar el país a mediados de los años sesenta son bastante paradigmáticas de esta visión (101). Pero solo en algunos grupos minoritarios de extrema derecha, con escasa capacidad de movilización, el rechazo de carácter antimoderno hacia los Estados Unidos siguió teniendo fuerza (102). Para explicar este fenómeno, conviene tener en cuenta la progresiva relegación de los círculos católicos que quedaron al margen de la evolución en un sentido más

---

(98) TRIGUERO (1965): 5. Juan Triguero era el pseudónimo de José María Moreno Galván, intelectual y crítico de arte.

(99) CORTADA (1978): 237.

(100) JUDT (2008): 517.

(101) DELIBES (1966). Miguel Delibes visitó el país invitado en el marco del Foreign Leader Program, uno de los programas impulsados por los Estados Unidos para mejorar su imagen respecto a líderes de distintos ámbitos de otras naciones.

(102) Fue el caso de Blas Piñar y *Fuerza Nueva*, el diario *El Alcázar* o revistas integristas como *¿Qué pasa?*

tolerante, conforme al Concilio Vaticano II (1962-1965), de la mayor parte de los católicos españoles. Estos sectores más conservadores identificaron el avance de la modernización al estilo norteamericano como una operación del capitalismo estadounidense y, al igual que décadas atrás cuando alertaban sobre el «peligro protestante», acusaron a grupos cristianos procedentes de los Estados Unidos (adventistas, mormones, testigos de Jehová, etc.), de formar parte de un proyecto político y económico de dominación llevado a cabo de forma subrepticia:

> Los «testigos de Jehová» son, sin duda, una organización creada para inculcar en el pueblo el espíritu de mansedumbre (entiéndase bien, solo el espíritu de mansedumbre), con el fin de allanar el camino opresor del capitalismo (la táctica de siempre) y, por otra parte, restar miembros a la Iglesia Católica (…) Nosotros solo quisiéramos que nos explicase [el pastor de los testigos de Jehová] qué piensan ellos sobre la opresión que el capitalismo, usando todas sus ya viejas tácticas, ejerce sobre tantos pueblos del mundo y qué doctrinas defienden en el campo de lo social y económico, y qué hacen ellos para combatir esta opresión, o, al menos, qué obras sociales tienen en marcha, ya que están tan «hermanados». Pero estamos seguros de que no nos lo explicará quien está a sueldo de ese capitalismo (103).

Este lenguaje anticapitalista y antiimperialista emulaba al que se transmitía en los ambientes de izquierda, desde donde se lideraba ahora la oposición a los Estados Unidos (104). Por el contrario, una buena parte de los conservadores españoles comenzaba a interesarse por la «América de una planta», por emplear la metáfora creada por los escritores soviéticos Ilf y Petrov cuando viajaron por el país a mediados de los años treinta (105). Es decir, una Norteamérica de casas bajas, de pueblos y ciudades de tamaño medio, familiar, religiosa y conservadora. Una Norteamérica, en suma, muy lejos de la encarnada por Nueva York y Chicago de la que tanto habían abominado en el pasado.

6. CONCLUSIONES

En España, como en el resto de Europa, predominó una visión de la modernización al estilo norteamericano muy ligada a su carácter económico, productivo y de consumo, con sus manifestaciones sociales más visibles en la aparición de nuevas formas de ocio y entretenimiento para masas que ponían en cuestión la hegemonía de usos y costumbres más tradicionales y clasistas. Únicamente sectores reducidos pero importantes cualitativamente del ámbito educativo y cultural se fijaron en otros aspectos de la modernización proceden-

(103) «Los testigos de Jehová», *¿Qué pasa?*, Madrid, n.º 73, 20 de mayo de 1965.
(104) Véase SEREGNI (2010).
(105) ILF y PETROV (2009) [1937].

te de los Estados Unidos, esto es, en sus grandes logros en términos de progreso científico y tecnológico.

Entre los creadores de opinión españoles del primer tercio del siglo XX, sobre todo los de carácter más conservador, prevalecía una mirada análoga a la que se tenía por parte de un sector significativo de la intelectualidad hispanoamericana y europea, principalmente francesa. Desde principios del siglo, intelectuales de diversos países latinoamericanos habían articulado una corriente muy contraria a la modernización estadounidense, a la que oponían una alternativa hispana, de carácter católico, espiritual, despreciativa del materialismo y utilitarismo anglosajones. Es una visión que heredó los conflictos decimonónicos que, desde un punto de vista racial, oponían el ascenso fulgurante de la raza anglosajona al estancamiento de la hispana. Frente a una modernidad aparentemente exitosa que ofrecía eficiencia económica, desarrollo tecnológico y consumismo, al precio de que los individuos quedaran anulados por las fuerzas ciegas del mercado y el maquinismo, numerosas voces desde Hispanoamérica y Europa presentaron como salvaguarda un estilo de vida asentado en un pasado precapitalista, donde reinaba el desinterés material, la espiritualidad, la tranquilidad, el refinamiento cultural… Un modelo idealizado, inexistente en la práctica, pero que servía como escape a la angustia producida por el avance de una sociedad de masas que, a ojos de los críticos con el *American Way of Life*, se exportaba desde las grandes ciudades norteamericanas al resto del mundo.

Mientras en los países más industrializados y avanzados tecnológicamente de Europa, como Alemania y el Reino Unido, los debates sobre los Estados Unidos en el periodo de entreguerras no se ciñeron únicamente a los aspectos sociales y culturales más peculiares del *Américan Way of Life*, sino que abarcaron también las claves de su eficiencia económica, desarrollo tecnológico y métodos de organización laboral y empresarial, en España y, en general, los países latinos, predominó con más fuerza la crítica moral y social. En realidad, estos grupos críticos con la modernización procedente de los Estados Unidos tendían a culpar a la americanización «por la pérdida de una Europa que no había existido nunca, un continente seguro en su identidad, su autoridad y sus valores, e inmune a los cantos de sirenas de la modernidad y la sociedad de masas» (106).

Durante el primer franquismo, coincidiendo con el protagonismo político y social de grupos muy conservadores, contrarios ya no solo a las innovaciones procedentes de los Estados Unidos sino a la modernidad en general, se produjo un intento de blindar la sociedad española a la influencia exterior. Su talante reaccionario, muy visible en el ámbito educativo y moral, era refractario a cualquier atisbo de importación procedente de la sociedad norteamericana, que se erigía en los años cuarenta como la más destacada representante de la vida moderna.

En este período todavía tenía vigencia, al menos en términos retóricos, la idea de que existía una vía alternativa de desarrollo, hispana, antitética a la mo-

(106) JUDT (2008): 518.

dernización al estilo norteamericano. El aislamiento internacional contribuyó a que estas actitudes encontraran frecuentemente el amparo oficial, dada su funcionalidad a la hora de presentar en positivo la imposibilidad de acceder a la amistad norteamericana y, en consecuencia, al apoyo a la modernización de que disfrutaban otros países europeos. Esta exclusión aparecía como una decisión voluntaria de los españoles de mantenerse al margen del corrompido mundo moderno, sin contaminarse de sus perniciosos efectos. La excepcionalidad española se glorificaba una vez más.

En poco tiempo este escenario experimentó grandes cambios. La agudización de la Guerra Fría ofreció a las autoridades franquistas oportunidades de acercamiento a los Estados Unidos que no fueron desaprovechadas. Al mismo tiempo, aunque en los principales círculos políticos, religiosos e intelectuales siguiera predominando una valoración negativa de la modernidad, cada vez se hacía más evidente la necesidad de integrarse en ella, si se quería garantizar la permanencia del régimen. Las élites tecnocráticas que, en la segunda mitad de los años cincuenta, ascendieron a puestos claves de la dirección del Estado, compartían esa idea. Su objetivo de situar a España en la senda de la modernización económica hizo que, por vez primera en el conservadurismo español, un grupo influyente del mismo, con responsabilidades gubernamentales, adoptara una actitud favorable al modelo estadounidense, siguiendo su ejemplo en áreas estratégicas de desarrollo.

Las políticas tecnocráticas contribuyeron a las importantes transformaciones que experimentó la sociedad española durante los años sesenta, y se tradujeron en una mayor americanización de su cultura popular y de consumo, al igual que ocurría en el resto de Europa Occidental. Pensadores como Gonzalo Fernández de la Mora o Rafael Calvo Serer, así como publicaciones como *Atlántida* legitimaron en el terreno de las ideas los logros modernizadores del régimen, importando a España la teoría de la modernización, el fin de las ideologías, la subsunción del ciudadano en consumidor, justificando la aparición de una cultura política más acorde a la existente en los Estados Unidos y Europa Occidental, donde las expectativas de mejora social y de bienestar económico ocuparon el lugar del radicalismo ideológico.

7. BIBLIOGRAFÍA

(1939): *Símbolos de España: Librito escolar de lectura*, Madrid, Editorial Magisterio Español.

AGUADO, ANA y RAMOS, M.ª DOLORES (2002): *La modernización de España (1917-1939). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Editorial Síntesis.

ALMAZÁN, DAVID y RODAO, FLORENTINO (2006): «Japonizar España: La imagen española de la modernización del Japón Meiji», en *Modernizar España 1898-1914*.

Congreso Internacional: Comunicaciones, formato CD, Madrid, Universidad Complutense.

ÁLVAREZ BOLADO, ALFONSO (1976): *El experimento del nacionalcatolicismo (1939-1975)*, Madrid, Edicusa.

ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ (2001): *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo* XIX, Madrid, Taurus.

ARAQUISTAIN, LUIS (1924): *El peligro yanqui*, Valencia, Editorial Sempere, 2.ª ed.

BAKER, EDWARD (2009): *Madrid cosmopolita. La Gran Vía, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons.

BAKER, EDWARD y CASTRO, DEMETRIO (2008): «Presentación. Espectáculos en la España contemporánea: de lo artesanal a la cultura de masas», en *Ayer*, 72, pp. 13-26.

BLACK, CYRIL E. (1966): *The Dynamics of Modernization; a study in comparative history*, New York, Harper & Row.

BLANCO-FOMBONA, RUFINO (1902): *La americanización del mundo*, Amsterdam, Imprimerie Electrique.

BOTTI, ALFONSO (2008): *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 2.ª ed.

CALVO SOTELO, JOAQUÍN (1946): *Nueva York en retales*, Madrid, Editorial Dossat.

CAPELLÁN DE MIGUEL, GONZALO (2011): «La república norteamericana como modelo político para el krausismo español», en *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 46, pp. 43-70.

CARRERAS, ALBERT y TAFUNELL, XAVIER (Coords.) (2006): *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX*, Bilbao, Fundación BBVA.

CERECEDA, FELICIANO (1940): *Historia del Imperio español y de la Hispanidad*, Madrid, Editorial Razón y Fe.

CHÍAS NAVARRO, PILAR (1986): *La Ciudad Universitaria de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense.

CORTADA, JAMES W. (1978): *Two Nations Over Time. Spain and the United States, 1776-1977*, Connecticut, Greenwood Press.

DARÍO, RUBÉN (1898): «El triunfo de Calibán», en *El Tiempo*, 20 de mayo de 1898.

DE AZCÁRATE, GUMERSINDO (1892): *Los Estados Unidos*, Madrid, Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».

DE GRAZIA, VICTORIA (2005): *Irresistible Empire. America's Advance through Twentieth-Century Europe*, Cambridge (Massachusetts), The Belknap Press of Harvard University Press.

DE LA COSA, JUAN [CARRERO BLANCO] (1949): *La gran baza soviética*, Valencia, Semana Gráfica.

DE LA TORRE, JOSEBA y GARCÍA-ZÚÑIGA, MARIO (2009): *Entre el mercado y el Estado: Los planes de desarrollo durante el franquismo*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra.

DE LABRA, RAFAEL MARÍA (1877): *El Derecho Internacional y los Estados Unidos de América*, Madrid, Administración de El Abolicionista.

DEL ARCO Y GARAY, RICARDO (1942): *Grandeza y destino de España*, Madrid, Editorial Escelicer.

DELGADO, LORENZO (2012): «Objetivo: atraer a las élites. Los líderes de la vida pública y la política exterior norteamericana en España», en *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 235-277.

——— (2009): «La Comisión Fulbright y la cooperación cultural con Estados Unidos», en *La modernización científica de España*, Madrid, Instituto de España, pp.139-174.

DELIBES, MIGUEL (1966): *USA y yo*, Barcelona, Ediciones Destino.

DOMINGO, MARCELINO (1923): *La isla encadenada: viajando por América*, Madrid, Rivadeneyra.

DUHAMEL, GEORGES (1930): *Scènes de la vie future*, París, Mercure de France.

ELORZA, ANTONIO (2002-2003): «Les sources de l'anti-américanisme espagnol», en *Les cahiers d'histoire sociale*, Hiver 2002-2003 (n.º 21), pp. 43-56.

ESTAPÉ, FABIÁN (2001): *Sin acuse de recibo*, Barcelona, Plaza y Janés.

FERNÁNDEZ DE LA MORA, GONZALO (2013) [1965]: *El crepúsculo de las ideologías*, Hildesheim, Georg Olms Verlag.

FERNÁNDEZ DE MIGUEL, DANIEL (2011): *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*, Madrid, Genueve Ediciones.

——— (2009): «La erosión del antiamericanismo conservador durante el franquismo», en *Ayer*, 75, pp. 193-221.

FERRIS, KATE (2010): «Technology, Novelty, and Modernity: Spanish perceptions of the United States in the Late Nineteenth Century», en *Hispanic Research Journal*, 11/1, pp. 37-47.

GARCÍA-MONTÓN, MARÍA ISABEL (2002): *Viaje a la modernidad: la visión de Estados Unidos en la España finisecular*, Madrid, Verbum.

GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO (1928) [1898-1901]: «Informes del Comisario de Educación de los Estados Unidos», en *Obras Completas*, Madrid, La Lectura.

GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO CARLOS (2012): «*Punta Europa* y *Atlántida*: Dos respuestas a la crisis de la teología política», en *Historia y Política*, 28, pp.109-138.

——— (2009): *Conservadurismo heterodoxo. Tres vías ante las derechas españolas: Maurice Barrès, José Ortega y Gasset y Gonzalo Fernández de la Mora*, Madrid, Biblioteca Nueva.

GONZÁLEZ MENÉNDEZ-REIGADA, ALBINO (1939a): *Catecismo patriótico español*, Salamanca, Establecimiento Tipográfico de Calatrava, 3.ª ed.

——— (1939b): *Los enemigos de España*, La Laguna-Tenerife, Imprenta Católica Pacheco.

GULDDAL, JESPER (2011): *Anti-Americanism in European Literature*, Palgrave Macmil-lan, New York.

HIDALGO, DIEGO (1947): *Nueva York. Impresiones de un español del siglo XIX que no sabe inglés*, Madrid, M. Aguilar.

HIGHAM, JOHN (1955): *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1860-1925*, New Jersey, Rutgers University Press.

IGLESIAS, IVÁN (2010): «(Re)Construyendo la identidad musical española: el jazz y el discurso cultural del franquismo durante la Segunda Guerra Mundial», en *Historia Actual Online*, 23 (Otoño), pp.119-135.

ILF y PETROV (2009) [1937]: *La América de una planta*, Barcelona, Acantilado.

INIESTA CORREDOR, ALFONSO (1941): *El orden nuevo en la educación de las juventudes*, Madrid, Editorial Magisterio Español.

JUDT, TONY (2008): *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus.

JULIÁ, SANTOS (2011): «Europeizar España: Ortega y Azaña encuentran a Costa», en *Joaquín Costa. El fabricante de ideas*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Dirección General de Cultura, pp.109-118.

KLAUTKE, EGBERT (2011): «Anti-Americanism in twentieth-century Europe», en *The Historical Journal*, 54, pp. 1125-1139.

LEÓN AGUINAGA, PABLO (2010): *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC.

MAYER, ARNO J. (1981): *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, New York, Pantheon Books.

NIÑO, ANTONIO (2012): *La americanización de España*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

——— (2009): «Miradas españolas al modelo americano en el periodo de entreguerras», en *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, pp. 405-420.

——— (2001) «La europeización a través de la política científica y cultural en el primer tercio del siglo XX», en *Arbor*, CLXX/669, pp. 95-126.

——— y MONTERO, JOSÉ ANTONIO (eds.) (2012): *Guerra Fría y propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva.

NOLAN, MARY (1994): *Visions of Modernity: American Business and the Modernization of Germany*, New York, Oxford University Press.

ORELLA, JOSÉ LUIS (2014): *La España del desarrollo: El almirante Carrero Blanco y sus hombres*, Madrid, Galland Books.

PELLS, RICHARD (1997): *Not Like Us. How Europeans have love, hated, and transformed American culture since World War II*, New York, Basic Books.

POLANYI, KARL (1944): *The Great Transformation*, New York, Farrar & Rinehart.

RODÓ, JOSÉ ENRIQUE (1947) [1900]: *Ariel*, Buenos Aires, Editora y Distribuidora del Plata.

RODRÍGUEZ, P. TEODORO (1940): *Nueva campaña de mentiras e insidias contra España*, Madrid, Impr. J. Bravo.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, FRANCISCO y FERNÁNDEZ DE MIGUEL, DANIEL (2011): «La larga durabilidad de los estereotipos. El peso de los prejuicios en la visión española de Estados Unidos», en *Cuadernos de ALDEEU*, 23, pp.33-57.

SÁNCHEZ RON, JOSÉ MANUEL (2009): «La internacionalización de la ciencia española: la Junta para la Ampliación de Estudios y la fundación Rockefeller», en *La modernización científica de España…, op. cit.,* pp. 107-138.

SEREGNI, ALESSANDRO (2010): «Antiamericanismo y democracia», en *Claves internacionales en la Transición española*, Madrid, Libros de la Catarata, pp.128-147.

SERRANO DE HARO, AGUSTÍN (1943): *Yo soy español*, Madrid, Editorial Escuela Española.

SOPEÑA MONSALVE, ANDRÉS (1994): *El florido pensil*, Barcelona, Crítica.

STEAD, W.T. (1902): *The Americanization of the World*, New York-London, Horace Markley.

TATO CUMMING, GASPAR (1945): *Nueva York. Un español entre rascacielos*, Madrid, Editorial Febo.

TORTELLA, GABRIEL (1994): *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza.

TOWNSON, NIGEL (2009): *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*, Madrid, Siglo XXI.

TRIGUERO, JUAN (1965): «La generación de Fraga y su destino», en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, 1, pp. 5-16.

UGARTE, MANUEL (1920): *El porvenir de la América Española*, Valencia, Prometeo.

VARGAS VILA, JOSÉ MARÍA (1930) [1903]: *Ante los bárbaros: el yanki, he ahí el enemigo*, Barcelona, Ramón Sopena.

WILSON, FRANCIS G. (1961): «The New Conservatives in Spain», en *Modern Age* (Spring), pp.149-160.

WRIGHT MILLS, CHARLES (1956): *The Power Elite*, New York, Oxford University Press.

MODERNIZADORES Y TECNÓCRATAS. ESTADOS UNIDOS ANTE LA POLÍTICA EDUCATIVA Y CIENTÍFICA DE LA ESPAÑA DEL DESARROLLO*

LORENZO DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA
Instituto de Historia, CCHS-CSIC e IECyT, Universidad de Salamanca
lorenzo.delgado@cchs.csic.es

(Recepción: 02/11/2014; Revisión: 15/01/2015; Aceptación: 30/05/2015; Publicación: 26/11/2015)

1. De la atracción inicial de las élites al «*After Franco, What?*».–2. Los tecnócratas españoles, agentes de la modernización.–3. Educación y ciencia: un espacio estratégico.–4. Intento postrero de mejorar una dudosa reputación.–5. A modo de conclusión.–6. Bibliografía

RESUMEN

Desde la instalación de sus bases militares en España, los dirigentes norteamericanos fueron conscientes del dilema que suponía colaborar con el régimen y, al tiempo, preparar el futuro posfranquista. En los años sesenta la convergencia de intereses con los cuadros tecnócratas españoles, en torno a la fórmula de modernización y desarrollo, permitió encontrar espacios de colaboración en el terreno de la política educativa y científica. Las autoridades españolas comprendieron la necesidad de acometer reformas en ambos ámbitos para respaldar el crecimiento económico, ante la evidencia de que era preciso contar con cuadros mejor formados que pilotasen el proceso de modernización. Estados Unidos vio en ello una oportunidad para influir en la evolución de la sociedad española y, por extensión, para atenuar una identificación no deseada con el franquismo y moldear a los «protagonistas del futuro». El respaldo a la Ley General de Educación de 1970 constituyó el episodio postrero de una trayectoria en que la diplomacia pública norteamericana hubo de desenvolverse en la cuerda floja, entre el entendimiento con la dictadura y el apoyo a la democracia.

(*) Este artículo se ha elaborado en el marco de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (Ministerio de Economía y Competitividad, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Instituto Franklin-UAH).

Palabras clave: Estados Unidos; España; relaciones internacionales; modernización; educación; ciencia; diplomacia pública; tecnócratas; dictadura; democracia.

MODERNIZERS AND TECHNOCRATS. THE U.S. AND SPAIN'S EDUCATIONAL AND SCIENTIFIC POLICY IN THE YEARS OF DEVELOPMENTISM

ABSTRACT

Since the late 1950s, when Americans completed their military bases in Spain, U.S. officials knew they were caught in the middle of an almost impossible dilemma: they had to maintain their collaboration with the Francoist regime, while fostering relations with some opposition groups that could have a voice in a post-Franco Spain. In the 1960s, American officials and local technocrats found common ground in the formula 'modernization and development'. The Spanish authorities understood the need for reforms in the fields of education and science, in order to sustain short and long-term economic growth. To implement them the country required more and better instructed technicians able to direct the country's modernization. The U.S. government, always looking for soft-power ways of influencing the evolution of Spanish society, saw the situation as an opportunity to achieve its goals while downplaying America's identification with Francoism in the eyes of the 'leaders of the future'. The support of U.S. officials to the reformist General Law of Education of 1970 became the last chapter in the fine line American Public Diplomacy had to walk between its association with the Spanish regime and its support for democratic changes.

Keywords: USA; Spain; international relations; modernization; education; science; public diplomacy; technocrats; dictatorship; democracy.

* * *

El acercamiento entre Estados Unidos y la España franquista se cimentó sobre lo que podría calificarse como «realismo estratégico». La doctrina de la contención, enunciada en 1947 por el presidente Harry S. Truman, partía de un principio reactivo: frenar la eventual expansión del comunismo. En tal contexto se forjó el vínculo *contra natura* con el franquismo. La fórmula empleada fue la implantación de bases militares norteamericanas en España a cambio de ayuda económica, material militar y asistencia técnica (esta última como complemento de las anteriores) (1). El acuerdo bilateral firmado en 1953 dejó al margen cualquier veleidad político-ideológica. Pero ni en España, ni en Estados Unidos, ni en la escena internacional, pasó desapercibido el respaldo implícito

(1) VIÑAS (2003).

que supuso ese pacto internacional, máxime cuando sus signatarios eran el país que ejercía el liderazgo del bloque occidental y una dictadura que poco tiempo atrás había afrontado una cuarentena exterior decretada por la Organización de Naciones Unidas (ONU).

El caso español respondía pues al patrón de los *tiranos amistosos* (2). El objetivo norteamericano consistía en integrar a España en el dispositivo militar erigido en Europa para servir de dique a una posible ofensiva comunista. La contraparte española buscaba financiación para su maltrecha economía y legitimación internacional. Como indicaba con agudeza un observador español: «Para los Estados Unidos el contacto con España es un mal necesario y que se ha materializado en un Acuerdo con un frío y calculador criterio comercial, sin ningún calor ni simpatía ni mucho menos entusiasmo» (3). Los dirigentes españoles fantaseaban con que la aportación norteamericana fuese el equivalente al Plan Marshall en otros países europeos, pero ni los tiempos ni los objetivos eran equivalentes. Los convenios con España se hacían en el marco de su contribución al sistema de seguridad norteamericano. La modernización del país no entraba en sus cálculos iniciales, tampoco un hipotético proceso democratizador.

1. DE LA ATRACCIÓN INICIAL DE LAS ÉLITES AL «AFTER FRANCO, WHAT?»

En el transcurso de los años cincuenta los canales informativos y culturales de Estados Unidos en España se ocuparon de preparar una acogida favorable entre la sociedad española y sus líderes a la presencia del *amigo americano*, si bien su escala de prioridades se decantó tempranamente hacia estos últimos. Se trataba fundamentalmente de propiciar una actitud condescendiente entre los sectores sociales que sustentaban la dictadura y que controlaban el país, cuya desconfianza inicial era mayor debido a su extendido antiamericanismo y que resultaban los más reacios a los efectos que pudiera acarrear el entendimiento con Estados Unidos (4). Hacia ellos se volcó buena parte de la labor del *U.S. Information Service* (USIS): la distribución de publicaciones como *Noticias de Actualidad*, el ofrecimiento de proyecciones de documentales y material radiofónico, las actividades de las Casas Americanas y los centros binacionales, junto a los programas de líderes y de formación militar, técnica y educativa. A partir de tales recursos, se otorgó un papel de primer orden al cultivo de las relaciones personales con dirigentes del aparato gubernamental, los principales medios de comunicación, los circuitos de creación y difusión cultural, los cen-

(2) PIPES y GARFINKLE (1991), GARFINKLE (1992), SCHMITZ (1999 y 2006).

(3) «José Avilés Bascuas –Coronel Agregado Aéreo en Washington– a Francisco Fernández-Longoria –General Jefe del Estado Mayor del Aire–», 16-XII-1955. Archivo Histórico del Ejército del Aire (AHEA), Caja *67/1.

(4) FERNÁNDEZ DE MIGUEL (2011).

tros de análisis económico, etc. Esos sectores se identificaron como *target groups* con los cuales se mantendrían contactos sistemáticos (5).

La campaña propagandística que se puso en marcha por entonces estuvo destinada a mostrar la vertiente positiva para España de la presencia norteamericana en el país, subrayar los terrenos de colaboración y despejar suspicacias. Las ventajas de la cooperación militar fueron un argumento preferente. El objetivo era mitigar los recelos existentes en el seno del ejército español hacia la potencia americana, mostrar su fortaleza y determinación en la lucha contra el comunismo, y situar la alianza militar en el marco de la participación española en la defensa occidental. El otro gran bloque del esfuerzo informativo estuvo dedicado a resaltar la contribución de Estados Unidos en el terreno económico-social. En tal sentido, se ensalzó la aportación de la ayuda americana en aspectos como la modernización de las grandes infraestructuras de transporte en España –puertos, carreteras y aeropuertos–; el desarrollo del sector energético español –especialmente en materia hidráulica y nuclear–; el aumento de la productividad del campo –ligado a la importación de abonos y maquinaria–; el impulso a sectores específicos a través de las «misiones de productividad» –como el acero, el calzado, el turismo o la industria textil–; los métodos de gestión y tecnología exportados a España, o los repartos de alimentos y productos de primera necesidad realizados por Cáritas gracias a los donativos de la *National Catholic Welfare Conference* (6).

También comenzaron a aplicarse a España una serie de programas de intercambio de personas y formación de capital humano de los cuales se habían beneficiado previamente otros países europeos: el *Foreign Leader Program* y el *Educational Exchange Program* en 1952; el *Technical Exchange Program* y el *Military Assistance Training Program* en 1954, y el *Fulbright Program* en 1958 (7). Tal formación fue asociada a los acuerdos bilaterales, sobre todo en su dimensión militar y técnica, y pretendía contrarrestar el «aislamiento español del desarrollo científico y técnico experimentado por la comunidad occidental», que había condicionado «su falta de viabilidad económica» (8). Simultáneamente, se perseguía lograr la anuencia de los grupos dirigentes del país, bien mediante invitaciones a personas con capacidad para actuar como «formadores de opinión», bien promoviendo el conocimiento de su sistema productivo entre técnicos y empresarios españoles, o bien familiarizando a los

(5) Una relación de tales interlocutores en «IIA: Public Affairs Officer Conference. USIS Spain», 3-VII-1953. National Archives & Records Administration (NARA), RG 59, Decimal Files (DF) 1950-54, Spain, 511.52/7-353.

(6) Sobre los instrumentos, móviles y argumentos de esa campaña, LEÓN AGUINAGA (2009a, 2010 y 2012); DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA (2009a); NIÑO RODRÍGUEZ (2012).

(7) BARRACHINA (2002), DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA (2009b y 2012), ÁLVARO MOYA (2011 y 2012): 67 y ss.

(8) «The Spanish Aid Program», 16-III-1955. NARA, RG 59, Lot Files, Office of Western European Affairs (LF-OWEA) 1942-58, Spain, Box 5.

militares españoles con el armamento y los sistemas operativos del bloque occidental (9).

Las bases comenzaron a ser operativas a finales de los años cincuenta. Mantener tal disponibilidad se convirtió en el factor esencial de la política de Estados Unidos en España. Para lograrlo, la democracia norteamericana debía entenderse con la dictadura franquista pero, al mismo tiempo, tenía que evitar ser asociada con esta si quería salvaguardar esas instalaciones en un futuro de signo político diferente. El dilema empezó a plantearse de forma explícita en los últimos años de la presidencia de Dwight D. Eisenhower (1953-1961). En aquellos momentos el antiamericanismo de los sectores dirigentes del régimen se había atenuado, si bien en contrapartida iba en ascenso entre los opositores al mismo, sobre todo entre los estudiantes y los trabajadores. No se trataba todavía de un problema acuciante, aunque la identificación que se hacía de Estados Unidos como «soporte del régimen de Franco» se vislumbraba como un serio inconveniente para el porvenir de la relación bilateral. ¿Podía minimizarse el impacto de una colaboración que resultaba indispensable en el plano estratégico? Los responsables norteamericanos sobre el terreno reconocían que tal pretensión era inviable (10). Entonces ¿cómo contrarrestar esa tendencia y trocarla por una lectura en positivo de la influencia de la potencia americana en España?

La respuesta a esa cuestión fue unida al debate en torno a la pregunta «*After Franco, What?*». Según los analistas norteamericanos, era preciso conjugar presente y futuro: «continuar disfrutando de la valiosa colaboración del régimen de Franco y al mismo tiempo preparar lo mejor posible la cooperación con el eventual régimen post-Franco». Resultaba evidente que Franco no abandonaría voluntariamente el poder, ni estaba dispuesto a emprender un proceso democratizador. También se descartó un respaldo activo a la oposición antifranquista, ante los riesgos que entrañaba de enfrentamiento con el régimen, la fragmentación que presentaba y su persistente incapacidad para generar un proyecto común. Lo que no impedía mantener contactos informales con algunos de esos grupos (con la excepción de los comunistas) (11). La imagen de país convulso y difícil de gobernar, con escaso pasado democrático y propicio a los estallidos sociales, reforzada en el exterior tras la guerra civil, movía asimismo a la cautela. La opción considerada más viable era preparar a la sociedad española para afrontar por sí misma el post-franquismo.

---

(9) «Table of Contents Ambassador's Briefing Book for Paris Meeting», V-1958; «Mutual Security Objectives Plan. Spain», 30-X-1959. NARA, RG 59, Lot Files, Bureau of European Affairs (LF-BEA), Spain 1956-66, Box 5, y LF-OWEA 1953-62, Spain, Box 4.

(10) Operations Coordinating Board. «Report on Spain (NSC 5710/1)», 6-XI-1959, y «Mutual Security Objectives Plan. Spain», 13-XI-1959 NARA, RG 59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 5, y LF-OWEA, 1953-62, Spain, Box 4.

(11) «The Spanish Opposition. Part I: General Observations», 26-II-1959. NARA, RG 59, DF 1955-1959, Spain, 752.00/2-2659.

El Departamento de Estado y la Embajada en Madrid se decantaron por las ventajas de una intervención indirecta y limitada, adaptada a los intereses de su política de seguridad. En ese sentido, había que seguir fomentando, «con métodos sutiles», una progresiva liberalización económica y política, integrando a España cada vez más en la «familia occidental» como se había hecho con el acceso a la ONU, el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF). Había que favorecer el entendimiento entre los grupos moderados del poder franquista y de la oposición, para restar predicamento a los sectores extremistas y tender puentes que allanasen la futura transición política. Los españoles debían hacer el resto, siempre con el horizonte de la «europeización de España», anclando al país firmemente en el bloque occidental y garantizando que el cambio político tuviera carácter evolutivo y no revolucionario (12).

Esas líneas de conducta persistieron prácticamente hasta el final del franquismo. Traducirlas a una acción en positivo, que atenuase el inevitable desgaste provocado por el entendimiento con la dictadura, fue una de las principales tareas encomendadas a la maquinaria de persuasión americana en España. Su cometido se orientaba a difundir una imagen positiva de la sociedad norteamericana entre el pueblo español, e impregnar a los grupos dirigentes del país, presentes o futuros, con su visión del mundo (13). Uno de los terrenos privilegiados de actuación consistió en «animar la intensificación de los contactos educativos, culturales, militares y técnicos entre americanos y españoles con el propósito de crear una actitud favorable dentro de España a la consecución de los objetivos de Estados Unidos» (14). Esa elección vino en parte motivada por la decisión de intervenir de forma indirecta y limitada, sin correr riesgos en terrenos más sensibles. También se vio favorecida por la sintonía que se encontró entre grupos de la cúpula del franquismo, embarcados en un proceso interno de transformación del régimen para asegurar su continuidad. Por último, por esa vía se trató de llegar a otros sectores sociales menos afectos a la dictadura que cobraron protagonismo a partir de entonces, singularmente en los medios universitarios y obreros donde crecía la agitación y politización contra el régimen, lo que se tradujo en un intento de acceder a los futuros líderes de esos colectivos (15).

---

(12) «Memorandum from Acting Secretary of State Dillon to President Eisenhower», 4-VI-1959; National Security Council (NSC) Report, «Statement of U.S. Policy toward Spain», 5-X-1960. Ambos en *Foreign Relations of United States*, *1958-60*, *Western Europe*, vol. VII, part 2: 726-729 y 785-790, respectivamente. Embajador en Madrid al Director del OWEA del Departamento de Estado, «The Future of US-Spanish Relations», 8-III-1961. NARA, RG 59, LF-OWEA 1953-62, Spain, Box 8. También TERMIS SOTO (2005): 176-180.

(13) Operations Coordinating Board, «Operations Plan for Spain», 6-XII-1960. NARA, RG 59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 5.

(14) «Statement of U.S. Policy toward Spain», 5-X-1960, doc. cit.

(15) MARTÍN GARCÍA (2011 y 2012/3).

2. LOS TECNÓCRATAS ESPAÑOLES, AGENTES DE LA MODERNIZACIÓN

Desde comienzos de los años sesenta, la nueva dinámica que se intentó imprimir a la política exterior norteamericana, concediendo más peso a los factores de cambio económico y social en sus relaciones con países emergentes o «en vías de desarrollo», también se trasladó a su actuación en España e hizo que quedase relegada la justificación de colaborar con el franquismo en clave anticomunista. Paralelamente, la sociedad española entró en una fase de transformaciones a diversos niveles, al tiempo que los denominados «tecnócratas» tomaron la iniciativa en el seno de la élite franquista. Esos cuadros apostaban por los principios de racionalidad administrativa, gestión eficiente e incremento de la productividad, impulsados por la progresiva americanización del modelo capitalista difundido en Europa occidental en la posguerra mundial. La ayuda económica norteamericana, su gestión y las repercusiones de aquel vínculo, abrieron una ventana de oportunidad que fue aprovechada por esos dirigentes para obtener el respaldo estadounidense en su objetivo de eliminar las obsoletas quimeras autárquicas.

El proceso que llevó al Plan de Estabilización (1959) puso de relieve una incipiente convergencia de intereses. La política económica española experimentó un giro copernicano, que se acompañó de la posterior aplicación de la planificación indicativa por medio de los Planes de Desarrollo. En aquel cambio radical, que condicionó el futuro del país, fue determinante la asistencia técnica y financiera del FMI y la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE). Para acceder a ambos España había contado con la incitación y el decisivo aval político de Estados Unidos. Los equipos de técnicos españoles favorables a la reorientación económica utilizaron las recomendaciones que les hacían «desde fuera» para vencer las resistencias que encontraban en otros sectores del círculo de poder franquista. El asesoramiento foráneo, junto al apremio de la situación económica nacional e internacional, fueron considerados como el mejor aliado y el elemento precipitante de las reformas emprendidas por el gobierno español (16).

El éxito de aquel giro económico contribuyó a consolidar el ascenso al poder político de los dirigentes que componían la vanguardia visible de los tecnócratas. Los miembros de ese grupo, de contornos difusos, aparecían retratados en la época como profesionales procedentes del mundo de la economía y el derecho, que no se emparentaban directamente con ninguna de las «familias» tradicionales del régimen (falangistas, católicos, monárquicos, carlistas, militares), y que participaban de forma accidental en política para reforzar con sus conocimientos técnicos la eficiencia del Estado y el desarrollo económico. Tras su fachada de relativa neutralidad y espíritu de servicio público, latía un talante

(16) La aportación más reciente y completa sobre ese proceso en CAVALIERI (2014): 106-151.

autoritario que les hacía sentirse cómodos en la dictadura franquista, aderezado con una cierta asepsia ideológica y con la suposición de que sin desarrollo económico no podía existir una democracia política estable. Además, en muchos casos se daba otra circunstancia que era «su pertenencia al Opus Dei o al menos las conexiones personales por amistad o negocios con miembros destacados de la Obra» (17).

Desarrollo y modernización fue la fórmula que acuñaron para dotar de una nueva legitimación al franquismo, dado que la guerra civil y los réditos de la victoria habían perdido vigencia como elemento de cohesión y control social, como habían demostrado la revuelta estudiantil de 1956 y los conflictos laborales en Cataluña, Asturias y el País Vasco. Dicha fórmula pretendía conciliar la pervivencia del régimen con las expectativas de mejora en las condiciones de vida que se iban extendiendo entre la sociedad española, «añadiendo a la legitimidad de origen en la victoria, la de ejercicio conforme a su eficacia funcional». Los tecnócratas aspiraban a convertirse en los agentes de un proyecto de cambio «desde arriba», desde el aparato del Estado, mediante la combinación de la reforma técnico-administrativa y el estímulo al crecimiento económico. Faltos de una red organizativa equivalente a la que disponían otras familias del régimen, su escalada a la cúspide política se produjo por la cooptación desde el núcleo del poder, gracias al patrocinio del almirante Luis Carrero Blanco –la mano derecha de Franco–, que coincidía con Laureano López Rodó –considerado jefe de filas de ese grupo– en la aspiración de garantizar la continuidad del régimen mediante una monarquía católica, basada en la autoridad, la eficacia y el progreso económico (18).

Al igual que ocurriera con la elaboración e implantación del Plan de Estabilización, ese proyecto de transformación «desde dentro y bajo control», encontró en Estados Unidos un poderoso compañero de viaje, al menos de forma coyuntural. Las formulaciones sobre la teoría de la modernización de pensadores norteamericanos –como Mannheim, Martin Lipset, Lerner o Rostow entre otros– formaban parte del andamiaje teórico de algunos de los líderes de aquel grupo. Además, su influencia en la cúpula del franquismo vino a coincidir con la década dorada de aquellos planteamientos y de su incidencia sobre los decisores políticos norteamericanos, hasta el punto de que durante las presidencias de John F. Kennedy (1961-1963) y Lyndon B. Johnson (1963-1969) algunos de sus principales teóricos se incorporaron a funciones directivas en la política exterior (19).

---

(17) MIGUEL (1975): 63-82 y 223-229.

(18) MOYA (1975): 123-142 y 218-230, CASANOVA (1992), GONZÁLEZ CUEVAS (2007): 23-48, y CAÑELLAS MAS (2011): 112-120 y 152-156. En los dos últimos trabajos pueden seguirse los antecedentes y trayectoria de las ideas tecnocráticas en España y su conexión con la emergencia de aquella nueva élite dirigente.

(19) IMMERWARH (2012): 22.

Los ideales del internacionalismo liberal que latían tras la invocación de las recetas modernizadoras se convirtieron, durante los años sesenta, en el elemento medular de la respuesta norteamericana a las aspiraciones de crecimiento económico de un vasto conjunto de países, entre los cuales se encontraba España. La idea de partida era que existía un camino uniforme hacia el progreso, asentado en una serie de factores motrices y que había cuajado a través de sucesivas etapas. Las «sociedades tradicionales» podían superar su desfase respecto a las «sociedades modernas» con la ayuda y asesoramiento adecuados, de orden financiero y técnico, sentándose las bases del despegue (*take-off*) y accediendo a una «madurez tecnológica» asimilable al modelo occidental del desarrollo. De esta forma los países «en vías de desarrollo» resultarían menos sensibles a la subversión comunista. A su vez, tal proceso podría generar condiciones propicias para la instauración de la democracia. La modernización se identificaba con la asunción del paradigma construido a partir de una visión idealizada de Estados Unidos, elevado a categoría de «hecho universal». El Estado del desarrollo representaba la versión exportable a los países atrasados del Estado del bienestar (20). Los responsables políticos norteamericanos asimilaron esa interpretación, que también dejaba abierta la puerta a la asistencia a regímenes autoritarios «modernizadores», capaces de garantizar la contención de las turbulencias que acompañaban a los fenómenos de cambio e impedir una eventual deriva revolucionaria (21).

El molde era perfectamente aplicable a la relación con el régimen franquista y permitía sortear, hasta cierto punto, las contradicciones de su respaldo a aquel *tirano amistoso* (22). Considerada una sociedad tradicional, España se encontraba en una inmejorable disposición para dar el salto a una sociedad moderna si los dirigentes tecnócratas actuaban como *mandarines del futuro* (23), mediante la adopción de una serie de reformas que reorientasen el rumbo del país. La estabilidad político-social asegurada por la dictadura podía propulsar el desarrollo económico, alentado por las recetas tecnócratas y su aparente carencia de sesgo ideológico. Una perspectiva que obviaba el tradicionalismo político que articulaba a ese grupo. El mensaje positivo cimentado sobre la modernización servía para limar las aristas menos presentables del entendimiento norteamericano con el franquismo, al vincularlo con la mejora del nivel de vida, la extensión de las clases medias, la apertura del país y su paulatina

(20) El texto canónico de tales presupuestos fue el de ROSTOW (1960), si bien otros teóricos profundizaron en ellos desde la economía, la ciencia política o la sociología. Más información en GILMAN (2003), LATHAM (2000 y 2010).

(21) ENGERMAN, GILMAN, HAEFELE & LATHAM, (2003); CULLATHER (2004): 212-220; SCHMITZ (2006): 11-18; EKBLADH (2009). Un debate actualizado en *H-Diplo/ISSF, Roundtable Reviews*, vol. III, 4 (2011). Para profundizar en el tema remitimos al artículo de Óscar J. Martín García en este dossier.

(22) La aplicación al caso español de esa denominación en ESCOBEDO ROMERO (2012): 280-283.

(23) El concepto en GILMAN (2003): 23.

homologación con los esquemas occidentales. En los umbrales de los años sesenta la propaganda americana presentaba bajo tal prisma la ayuda económica ligada a los acuerdos de 1953, que en realidad formó parte de las contrapartidas para instalar sus bases militares (24).

Los cuadros tecnócratas ya estuvieron en el punto de mira de la estrategia de ganar a las élites, plasmada en la cooperación con la escuela de negocios fundada por el Opus Dei en Barcelona –el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa–, que pretendía trasladar las concepciones americanas a los futuros gestores del capitalismo español (25). Análogamente, varios de sus miembros fueron candidatos del *Foreign Leader Program* (entre ellos López Rodó, José Luis Villar Palasí y Manuel Lora Tamayo) y de otros programas norteamericanos (26). López Rodó fue el arquitecto de la reforma tecnócrata de la administración del Estado, iniciada en 1957, y su protagonismo posterior en la confección de los planes de desarrollo le convirtió en un personaje central del mundo político y económico hasta el final de la dictadura. Lora Tamayo y Villar Palasí se sucedieron en la cartera de Educación.

La sintonía instrumental entre tecnócratas españoles y diplomacia pública norteamericana se intensificó a lo largo de los años sesenta. Estados Unidos les prestó su apoyo para «tratar de asegurarse de que permanezcan en sus cargos y mantengan su influencia en tanto que sus objetivos coincidan con los nuestros» (27). Así, en 1960 sumó su concurso al arranque del Centro de Formación y Perfeccionamiento de Funcionarios –después Escuela Nacional de Administración Pública–. La *International Cooperation Administration* (ICA) le otorgó una importante subvención destinada a sufragar viajes de estudios al extranjero, comprar material audiovisual y libros, y suministrar un especialista norteamericano que asesorase en su plan de estudios (28). Según la Embajada norteamericana, López Rodó, inspirador del proyecto, trabajó estrechamente con la *U.S. Operations Mission* y estaba favorablemente predispuesto a la utilización de métodos estadounidenses (29). No fue aquella la única fuente de

(24) «Ocho años de acuerdo 1953-1961», *Noticias de Actualidad* (1-XII-1961): 2-3. Esa lectura sesgada fue retomada en la obra de RUBOTTOM & MURPHY (1984).

(25) PUIG y ÁLVARO (2002 y 2004).

(26) DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA (2012): 261.

(27) «The Coincidence in Long-Term, Policy Planning Objectives of the US in Spain and of Certain Groups Working Within the GOS», 20-XI-1963. NARA, RG 59, Central Foreign Policy-Political and Defence (CFP-PD) 1963, Spain, Box 4046.

(28) «Educational Exchange: Candidates for FY-1958 PL 402 Leader Grants», 24-XII-1957. NARA, RG 59, DF 1955-59, Spain, 511.523/12-2457. «Funcionarios», *Noticias de Actualidad* (1-XII-1961): 22.

(29) En los años siguientes se produjo una creciente conexión entre López Rodó y Walter W. Rostow, uno de los adalides de la teoría de la modernización, que desempeñaba el cargo de consejero del Departamento de Estado y presidente del *Policy Planning Council*. «Spanish Economic Planning and US Support», 5-III-1962. NARA, RG 59, DF 1960-63, Spain, 852.00/3-502. «Visit to Madrid by Counselor of Department Walt W. Rostow», 21-X-1964. Lindon B.

inspiración externa de tal proyecto, ya que la experiencia francesa también sirvió de referencia al igual que en el terreno económico (30).

La necesidad de personal mejor formado se trasladó igualmente a la renovación del sistema educativo y científico. En el transcurso de aquella década se desplegaron diversas medidas para responder a una demanda en ascenso de capital humano capacitado para secundar el crecimiento económico. El *modus operandi* de las autoridades españolas del sector reprodujo la estrategia pergeñada en el giro económico previo: buscar el aval exterior de Estados Unidos y de los organismos internacionales –en especial la OECE luego Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y el Banco Mundial (BM)– para cimentar sus acciones y sortear las resistencias internas.

3. EDUCACIÓN Y CIENCIA: UN ESPACIO ESTRATÉGICO

España entró en una fase de cambios económicos y sociales acelerados –expansión industrial, éxodo rural, urbanización, ascenso de las clases medias, etc.–, que vino acompañada por un incremento progresivo de la renta per cápita. Ese proceso se tradujo en un aumento de la escolarización a todos los niveles y en una demanda creciente al respecto. La generación de conocimiento se convirtió además en un objetivo estratégico, al reconocerse que era una de las bases para el crecimiento económico. La difusión de un discurso dominante asentado sobre tales premisas vino favorecido por la confluencia de las teorías de la modernización y del capital humano (31). Científicos sociales, expertos y asesores internacionales vieron en la educación la llave para crear al «hombre moderno», con los valores y conocimientos necesarios para superar las actitudes tradicionales que lastraban el progreso de los países en vías de desarrollo. Las élites tecnocráticas españolas asumieron esas recetas, propaladas por una «*International Development Community*» que tenía en Estados Unidos a su principal inspirador (32).

España precisaba un mayor número de profesionales de los campos técnicos, de ahí que en diez años se promulgaran tres leyes (1957, 1964 y 1968) para modernizar y ampliar el acceso a estos estudios. Invertir en investigación, preparar técnicos y profesionales, mejorar escuelas, institutos y universidades, pasó a convertirse en un elemento crucial para la promoción del desarrollo económico y el progreso social. Por otro lado, el número de estudiantes que

---

Johnson Library (LBJL), Papers of LBJ President 1963-69, National Security File, Country File Europe and USSR, Box. 204. La influencia de Rostow sobre López Rodó en CAÑELLAS MAS (2011):194-195.

(30) SÁNCHEZ SÁNCHEZ (2006): 165-191; DE LA TORRE (2009): 61-88.

(31) BECKER (1964).

(32) FREY y KUNKEL (2011).

accedían a la universidad se incrementó notablemente, lo que condujo a una mayor diversificación social y a que sus aulas dejaran de ser reductos de los hijos de las clases altas. Tales cambios obligaron plantearse cómo reorganizar la universidad para que respondiera a los nuevos desafíos del país. Simultáneamente, el aumento de las protestas estudiantiles, que tenía características específicas en España pero también se asociaba con un ciclo transnacional de crisis educativa y enfrentamientos generacionales, empujaba en la dirección de modernizar el sistema con la perspectiva de amortiguar los conflictos (33).

La presencia española en la OECE y la UNESCO, junto a la conexión norteamericana, aportaron una influencia determinante para impulsar reformas educativas basadas en criterios tecnocráticos y modernizadores (34). Mientras se fraguaba el ingreso español en la OECE se preparó un primer informe sobre la situación del país en el ámbito de la investigación científica y técnica. Su diagnóstico era que existía un buen sustrato de partida en la investigación científica –básicamente en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) (35)– y en la enseñanza superior. También glosaba la difusión de información técnica en las empresas efectuada por la Comisión Nacional de Productividad Industrial (CNPI). Sin embargo, el dispositivo adolecía de una débil imbricación con la industria, que carecía de espíritu de investigación y a la que apenas llegaban los avances del mundo académico. El enlace entre investigación y objetivos económicos era una asignatura pendiente, fruto de la ausencia de «una política científica coherente» (36). Los representantes de Estados Unidos en España venían colaborando con la CNPI desde mediados de los años cincuenta, gracias al programa de ayuda técnica y las misiones de productividad. Con el asesoramiento de la ICA se favoreció la propagación de los métodos de administración y productividad que se impartían en las universidades americanas o se aplicaban en sus empresas. Su intervención fue asimismo relevante en la creación de la Escuela de Organización Industrial y en los programas de estudios de las escuelas de negocios que se fundaban por entonces (37).

También en aquellos momentos se intensificó la preocupación por mejorar la investigación en España, con el horizonte de emprender una mayor coordinación que optimizase los recursos. En 1958 se instauró la Comisión Asesora de

---

(33) SURI (2007), MARAVALL (1978), HERNÁNDEZ SANDOICA, RUIZ CARNICER y BALDÓ LACOMBA (2007).

(34) LORENZO (2003): 176.

(35) El Patronato Juan de la Cierva constituía el núcleo principal de la investigación técnica y desde mediados de los años cincuenta concebía a Estados Unidos como el socio estratégico más adecuado. LÓPEZ (2008): 101-102.

(36) «Coopération dans le domaine de la recherche scientifique et technique», 2-VII-1959. Historical Archives of the European Communities-Organisation for European Economic Cooperation (OEEC), 187, C (59) 165. Ese informe formaba parte de una iniciativa adoptada para el conjunto de países miembros, encaminada a examinar la correlación entre investigación científica, productividad, innovación técnica y crecimiento económico. SANTESMASES (2008): 300-302.

(37) ÁLVARO MOYA (2011): 17-22, PUIG (2002 y 2005), GARCÍA RUIZ (2003).

Investigación Científica y Técnica, a la que siguieron en 1961 las Asociaciones de Investigación con el objetivo de promover una «investigación cooperativa» público-privada. La tendencia se consolidó tras la llegada de Lora Tamayo al Ministerio de Educación en 1962, a la par que se daba especial relieve a la planificación educativa: «Hoy es un hecho evidente que el desarrollo económico es fruto, no solo de la inversión en máquinas y hombres, sino también de los recursos que se destinen a la investigación científica y técnica. Invertir en la ciencia, como invertir en enseñanza, íntimamente relacionada con ella, es invertir en crecimiento económico» (38). El fomento de la enseñanza y la investigación debían acompasarse con el ritmo de las necesidades económicas del país, premisa en la que insistían a su vez desde la OCDE (39).

La asociación positiva entre el desarrollo educativo-científico y el crecimiento económico estaba contenida en un conjunto de informes oficiales, buena parte de ellos elaborados en cooperación con organismos internacionales, que vieron la luz en los años venideros. Sus diagnósticos y recomendaciones dieron lugar a una serie de medidas caracterizadas por su inspiración tecnócrata, con la idea de aportar soluciones técnicas a los problemas educativos y científicos al margen de ideologías y posiciones políticas, aunque obviamente se formulaban e imponían desde un Estado autoritario.

En 1962 se organizó un foro conjunto con la UNESCO del que salió una valoración que insistía en la «alta rentabilidad de las inversiones en educación y su carácter de decisivas para el desarrollo económico y social», por lo que debía concedérseles la máxima prioridad. Otra idea básica era que disponer de mano de obra cualificada resultaba un requisito indispensable para la puesta en marcha de todo proceso productivo y para la atracción de capitales nacionales y extranjeros (40). Al año siguiente se hacía público otro informe, fruto del acuerdo suscrito con la OCDE a finales de 1961 para la incorporación del país al Proyecto Regional Mediterráneo (PRM), cuyo propósito era examinar las necesidades de personal cualificado e inversiones en formación que eran precisas para contribuir al desarrollo económico. Los resultados indicaban que la educación en España se encontraba en un periodo de transición como consecuencia de las reformas de su estructura tradicional, especialmente en la enseñanza técnica. También se ponía de relieve que el nivel de escolarización en enseñanzas medias en España era inferior al de otros países desarrollados (41).

Para mejorar la situación en el sistema educativo y científico existía un problema de fondo: la insuficiencia de recursos que, además, muchas veces no se

(38) LORA-TAMAYO (1968).

(39) BALDÓ (2010): 239-242 y 253-256. A finales de 1961 se reunió el primer Consejo Ministerial de la OCDE sobre esa materia.

(40) MEN-UNESCO (1962): 81 y 199, MIGUEL (1976): 15-19.

(41) El proyecto incluía también a Grecia, Italia, Portugal, Turquía y Yugoslavia. «Ayuda para el reclutamiento de asistencia para la enseñanza experimental en las escuelas técnicas superiores», 15-V-1961. OEEC, 1026, STP/GC (61) 22. MEN-OCDE (1963).

empleaban de manera eficiente. A ello se unía, como se señalaba desde la embajada estadounidense, la carencia de un marco normativo que contase con una base suficientemente amplia y la falta de instituciones que canalizaran una mayor participación social (42). Las reformas, por necesarias que fuesen, no dejaban de responder a los criterios de élites autoritarias, que no se hacían eco de las demandas de los sectores implicados. Esa divergencia se hizo más evidente en el terreno universitario, cuyos campus vivieron un estado de agitación permanente.

La cuestión no pasó inadvertida al gobierno de Estados Unidos, que trataba de despegarse de una imagen demasiado asociada con el régimen. La erosión del franquismo, aunque todavía fuera un fenómeno limitado, se ligaba a la preocupación por lo que denominaban el «problema de la sucesión». La incertidumbre sobre la evolución política del país empezó a ser un tema recurrente en los informes norteamericanos. Entenderse con los dirigentes españoles tenía un coste en términos de credibilidad democrática que no les pasaba desapercibido. Pero distanciarse de esa asociación no resultaba sencillo. ¿Cómo mostrar su preferencia por una forma de gobierno más representativa, homologable con el entorno de Europa occidental, sin contrariar a los dirigentes franquistas que les daban tantas facilidades militares?

Durante las presidencias demócratas de Kennedy y Johnson se volvió sobre el tema. El acercamiento a grupos e individuos de dentro y fuera del régimen, susceptibles de pilotar la futura transición política, fue un elemento esencial en los análisis. Los canales de formación de capital humano representaban un medio para «familiarizar a españoles escogidos con el estilo de vida americano y permitirles acceder a las corrientes de pensamiento y las influencias del exterior» (43). Las oportunidades abiertas por la ayuda de Estados Unidos las estaban aprovechando sobre todo las capas altas de la sociedad, sin que buena parte de los ciudadanos percibiesen sus ventajas más allá del vínculo militar hispano-norteamericano. Una vez mitigadas las fuertes reservas iniciales de los sectores más pro-franquistas, los intereses de la potencia americana impelían a abrir el espectro de sus potenciales interlocutores. Para lograrlo convenía favorecer una identificación positiva de Estados Unidos «con las esperanzas para el futuro» del país. Entretanto, su diplomacia pública escrutaba hasta qué punto esa sociedad en transformación sería capaz de absorber los cambios sin provocar tensiones y qué ritmo se podía imprimir a los mismos.

La labor del USIS se veía condicionada por el control gubernativo sobre los medios de comunicación y el sistema educativo, que producía «escepticismo y apatía». También por la necesidad de ganarse primero a cuadros dirigentes de diversos ministerios junto a otros *key Spaniards*, «cuyas opiniones cuentan y

(42) «A Survey of the Education System in Spain», 22-VI-1964. Archivo General de la Administración-Comisión Fulbright, 54/10538.

(43) «Comments on 'Authoritarian Regimes' Receiving U.S. Assistance (Military or Economic)», 2-V-1960. NARA, RG 59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 5.

que están en posición de hacer sentir su influencia». Ese grupo era todavía el sujeto principal de su acción, si bien se hacía ineludible llegar a los jóvenes líderes que en la universidad o en las organizaciones laborales podían contribuir «a la modernización y el desarrollo de España». Profesores y estudiantes universitarios se vislumbraban como un colectivo importante para la estrategia de persuasión norteamericana, que preveía concentrar sus esfuerzos en las facultades de derecho, ciencias políticas y económicas, y filosofía y letras. Sin embargo, no se contaba con recursos para emprender un programa de atracción destinado a la emergente clase media que accedía a la formación universitaria (44). En octubre de 1961 se ampliaron los fondos del Programa Fulbright para garantizar su funcionamiento en los años siguientes, aunque no al nivel solicitado por los responsables sobre el terreno (45).

Simultáneamente, se incluía en la planificación del USIS el objetivo de favorecer «la evolución de España hacia procesos más democráticos». En este país cobraba especial sentido uno de los conceptos clave de actuación de la *U.S. Information Agency* (USIA) a escala mundial: la «modernización». Para garantizar la colaboración bilateral y que España llegase a formar parte de una Europa integrada era preciso que esa sociedad, «tradicional y cerrada», se «abriese cada vez más a nuevas ideas, nuevos conceptos y nuevas técnicas». La transformación que vivía el país, unida a la existencia de una considerable suma en fondos de contrapartida, proporcionaban una coyuntura óptima para desarrollar «proyectos culturales a largo plazo» (46). En una línea argumental similar se situaban sendos informes redactados en la primera mitad de 1962, tras las visitas realizadas a España por representantes del *Bureau for Educational and Cultural Affairs* y la USIA. En ambos se recomendaba intensificar las relaciones educativas y culturales, ante la hipótesis de una «difícil y peligrosa transición en los años siguientes». Con ello se accedería a «personas del presente gobierno y a españoles que puedan formar parte del futuro gobierno», transmitiéndoles un mayor conocimiento sobre el país americano y ganando su confianza. Esa acción se concentraría en sectores sociales relevantes para los objetivos a largo plazo de Estados Unidos: «los técnicos y líderes políticos de futuras administraciones, las universidades –particularmente la generación más joven–, los sindicatos, los medios de comunicación y la estructura educativa» (47).

---

(44) «USIS Country Plan for Spain-FY 1961», 25-VI-1960; «USIS Country Assessment Report for Spain-1960», 16-II-1961. NARA, RG 306, Foreign Service Despatches (FSD) 1956-66, Box 4.

(45) La cifra prevista se situaba en unos 400.000 $ anuales. «Annual Report on Educatio-nal Exchange for FY 1961», 1-VIII-1961. University of Arkansas Libraries, Bureau of Educational and Cultural Affairs Historical Collection (CU), Group XVI, Box 320.

(46) «Country Assessment Report-USIS Spain1961», 15-II-1962; «USIS Country Plan for Spain-FY 1962», 7-III-1962. NARA, RG 306, FSD 1956-66, box 4.

(47) «Educational and Cultural Exchanges. A Tool of U.S. Policy. The Case of Spain», 15-V-1962. CU, Group XVII, Box 337. «Inspection Report USIS/Spain», 5-VI-1962. NARA, RG 306, USIA Inspection Reports and Related Records, 1954-62, Spain, Box 8.

A principios de 1963 los servicios del USIS reclamaban con urgencia una «reevaluación de nuestro papel en España para el futuro inmediato» (48). Poco después se confeccionó una guía de la política norteamericana en este país cuya vigencia se mantuvo durante el resto de la década (49). Más elaborado que el análisis formulado unos años antes, su diagnóstico y conclusiones apenas diferían. El principal objetivo era el mantenimiento de sus instalaciones militares, pero a medio o largo plazo solo sería factible si se preparaba a la sociedad española para afrontar el posfranquismo, mediante «una evolución no violenta hacia una forma de gobierno más representativa y de carácter democrático, que fuera amistosa hacia los Estados Unidos». El margen de maniobra en el plano político era limitado, a lo que se agregaba la inexistencia de interlocutores próximos a los postulados liberales norteamericanos, o la histórica recurrencia española a zanjar sus desavenencias internas por métodos violentos. A su juicio, la democracia constituía un «elemento extraño» en este país, de ahí la prevención a involucrarse en apoyo a grupos de la oposición, máxime cuando las fuerzas reaccionarias disponían de un arraigo que aconsejaba una evolución política gradual y moderada. La dictadura franquista mostraba escasos signos de apertura pero era políticamente estable, aunque se apreciasen síntomas de un creciente descontento socio-político. Como línea preferente debía apoyarse el crecimiento económico y la integración en el entorno europeo, que sentarían las bases (teóricas) para una ulterior evolución política. Tal opción añadía la ventaja de no poner en riesgo sus intereses en España.

Entre los instrumentos barajados para materializar esos postulados se reiteraba la prioridad de fortalecer los vínculos educativos y culturales. Mediante los circuitos de intercambio se identificaría y seleccionaría a personas de relieve para realizar una inmersión en «la vida, el pensamiento y las instituciones democráticas americanas», con el fin de asentar «la influencia norteamericana en España en un área importante y al tiempo no controvertida de la relación bilateral». Así se incrementaría la exposición a los valores occidentales de los líderes, o de quienes mostraban potencial para serlo, al tiempo que se iría configurando una red de contactos afines. Tendrían preferencia los núcleos más avanzados y reformistas de la Administración, junto a los dirigentes militares jóvenes, los grupos de la Iglesia (Opus Dei, HOAC, JOC) susceptibles de apoyar la creación de un partido democristiano, los líderes de medios universitarios y del mundo sindical, los círculos de empresarios, economistas y técnicos; etc. En todos esos sectores se difundirían actitudes socio-políticas que tuvieran como referencia a la Comunidad Atlántica, con la idea de moldear emisarios de la modernización «*made in USA*». Una valoración análoga planteaba otro informe sobre las actividades

(48) «USIS Country Plan for Spain», 4-I-1963. NARA, RG 306, FSD 1956-66, Box 4.

(49) «Spanish Guidelines Paper. Objectives», II-1963; «Guidelines for Policy and Operations», III-1963; «The Succession Problem in Spain», 17-VII-1963. NARA, RG59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 4, y Policy Planning Council, Planning and Coordination Staff, Subject Files, 1963-73, Box 16.

norteamericanas en el conjunto de Europa occidental, que también se decantaba por emprender una acción más decidida en España (50).

La incertidumbre sobre la evolución política del país y la dificultad de acudir a intervenciones más directas aconsejaban intensificar la diplomacia pública. Aquel mismo año concluía el programa de asistencia técnica, que había sido un instrumento muy útil para la formación de personal cualificado de sectores de la administración y de las empresas. A tenor de lo anterior, los representantes norteamericanos propusieron destinar unos 6 millones de dólares, procedentes de los fondos de contrapartida en pesetas, a una extensión muy sustancial del Programa Fulbright. El gobierno español desestimó la idea, alegando que implicaría detraer recursos asignados a obras de infraestructura esenciales, y convencido de que tal financiación debía proceder en exclusiva de la parte americana como una contraprestación por su dispositivo militar (51). Una postura que no favorecía otras iniciativas planteadas por entonces, como la constitución de la Comisión Delegada del Gobierno de Política Científica, el encargo a la OCDE para realizar un «estudio de las necesidades de la investigación científica y técnica en relación con el desarrollo económico», o la creación del Fondo Nacional para la Investigación Científica. Esta última contemplaba entre sus medidas la concesión de becas en el extranjero «para hacer largas estancias en Institutos de investigación aplicada» (52). La negativa española significó perder una excelente oportunidad en un terreno estratégico, ante las posibilidades formativas que ofrecía Estados Unidos.

A la postre, las previsiones del USIS hubieron de ajustarse a un escenario más limitado de lo esperado. La respuesta española tuvo un efecto disuasorio, en un contexto de restricciones de gastos en el exterior para paliar el déficit de la balanza de pagos norteamericana. Los planteamientos globales no se modificaron, pero su plasmación concreta se resintió. El USIS no disponía de medios suficientes para la envergadura de la labor persuasiva y de captación que aspiraba a realizar. Por otro lado, la situación política española impedía el diseño de una campaña directa, de ahí que su intervención se orientase a «mostrar a los dirigentes y líderes potenciales el ordenado progreso político, social y económico de Estados Unidos y de otras sociedades abiertas, como una indicación de lo que España también podría alcanzar» (53). La acción indirecta suponía la baza más flexible para promover cauces de interlocución:

---

(50) «Report on Western European Trip», 8-III-1963. CU, Group XVII, Box 337.

(51) Más detalles en DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA (2009b): 65-67.

(52) El acuerdo con la OCDE y el informe «La investigación científica en España» en Archivo General de la Universidad de Navarra-Fondo Manuel Lora Tamayo (AGUN-FMLT), cajas 3 y 4. Las conclusiones del estudio en OCDE, 1966. Las medidas tomadas para articular una política científica y sus carencias en SANZ MENÉNDEZ (1997), SANZ MENÉNDEZ y LÓPEZ GARCÍA (2001).

(53) «USIS Country Plan for Spain», 3-XII-1964; «Country Assessment Report», 29-I-1965. NARA, RG 306, FSD 1956-66, Box 4. Sobre las valoraciones y expectativas de la política norteamericana hacia España en esos momentos, PARDO SANZ (2004): 145 y ss.

> Los potenciales líderes españoles se muestran confusos, inexpertos y temerosos de los procedimientos democráticos. Buscan sistemas políticos, económicos y sociales que sean viables para edificar la España del futuro. En esta situación la influencia de Estados Unidos es de especial trascendencia, aunque a causa del sistema político predominante en España debe ejercerse preferentemente en los campos de la información y la cultura (54).

Una de las áreas que se reforzó fue la enseñanza del inglés y la propagación de los *American Studies* en las universidades españolas. Desde el año académico 1963-1964 se inició un *English Teaching Project*, en respuesta al establecimiento del inglés como lengua obligatoria en las escuelas técnicas y facultades de ciencias, así como al crecimiento que experimentaba como lengua optativa en la enseñanza secundaria. El conocimiento del inglés representaba la llave para acceder al *know-how* norteamericano y al conjunto de saberes técnicos y científicos que desplegaban organismos internacionales como la OCDE, en suma, una herramienta imprescindible para transitar hacia la modernización del país. Impulsada por los equipos tecnócratas, la enseñanza de dicho idioma ganó terreno en el sistema educativo. La diplomacia pública estadounidense respaldó esa tendencia, con el concurso de la Comisión Fulbright y la Fundación Ford (también del British Council), promoviendo la organización de cursos y seminarios para profesores de inglés o de *American Studies* que fortalecieran su capacitación y cohesión profesional (55).

Otro ámbito que gozó de singular atención fue la difusión del desarrollo científico-técnico de Estados Unidos y su primacía mundial en la utilización civil de la energía atómica o los avances en la carrera espacial. Se trataba de un terreno sensible de la rivalidad entre las superpotencias, con derivaciones de índole ideológica y propagandística (entre los modelos capitalista y comunista), a la par que económica (por la competencia para exportar su tecnología a los países «en vías de desarrollo»). En España la influencia americana se ejerció desde la década anterior, aunque sus repercusiones se hicieron sentir sobre todo en los años sesenta con el inicio de la construcción de centrales nucleares y la instalación de estaciones de seguimiento espacial para los programas Mercurio, Géminis y Apolo (56). El escaparate científico-técnico fue utilizado para afirmar el liderazgo norteamericano, actuar como elemento de atracción de sectores profesionales, y hacer llegar al conjunto de la opinión pública una imagen

---

(54) «Recommendations regarding the CU Program in Spain», 14-I-1965. NARA, RG 59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 1.

(55) Desde 1966 se contó además con un *Ford Foundation Program*, en colaboración con las Universidades de Georgetown y Madrid, para mejorar la formación de profesores de inglés en España. Más información en RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2010): 185 y ss. y 2011; MARTÍN GARCÍA y RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2013). Sobre la actuación de la Fundación Ford en España, SANTISTEBAN (2009).

(56) ROCA I ROSELL y SÁNCHEZ RON (1992), INTA (1997), CARO *et alt*. (1995), SÁNCHEZ RON y ROMERO DE PABLOS (2001).

de país que, pese a su supremacía, buscaba preservar la paz y favorecer el progreso humano (57).

Por medio de tales circuitos, de apariencia más neutral, se pretendía irradiar también los valores americanos e, implícitamente, las ideas de apertura a otras formas de organización socio-política. Sin embargo, en el transcurso de 1965 la USIA aplicó severas reducciones a sus operaciones en Europa occidental. Desde la embajada en España se advertía sobre la inconveniencia de trasladar los recortes a este país, pues socavarían las perspectivas de la política norteamericana. Se alegaba que ante la indefinición sobre el sistema que sucedería al franquismo, un programa de intercambio efectivo suponía «un activo excepcional», susceptible de «contribuir a mantener la estabilidad política en España y facilitar la transición a un nuevo gobierno» (58). Los intereses norteamericanos ya no solo concernían a las bases militares, sino que abarcaban un creciente volumen de exportaciones e inversiones junto a importantes instalaciones de investigación espacial. La táctica de dar «pasos discretos» en apoyo de quienes optaban por la senda reformista y modernizadora permitía, asimismo, diluir una posible «sobre-identificación» con grupos militares, gubernamentales y sociales que resultaba contraproducente para sus intereses a largo plazo. Sectores como la educación, la investigación, o las aspiraciones de la juventud que se veían afectadas por los dos anteriores, constituían un ámbito propicio de actuación (59).

Los recortes de personal y programas finalmente se aplicaron a España. En esas condiciones se hacía complejo perseverar en el «delicado balance» en que se movía el USIS, entre la necesidad de mantener buenas relaciones con el régimen y el intento de «introducir 'luz y aire' para influir en las personas y sectores clave de la población a medida que miramos hacia la España del futuro» (60). Aunque la dictadura franquista no presentaba visos de acometer reformas políticas, la progresiva liberalización y modernización económica y social impelían en esa dirección, al igual que la agitación estudiantil y obrera en ascenso (61).

---

(57) *Noticias de Actualidad* incorporó secciones fijas como «América inventa para el mundo», «Ciencia y Espacio» o «Ciencia e Industria», junto a semblanzas de los premios nobel americanos. Otro tanto ocurrió con los documentales cinematográficos. También se realizaron exposiciones destinadas al gran público, como la patrocinada por la NASA en 1962 sobre el proyecto Mercurio; o la titulada «Átomos en acción», organizada en 1964 por la *Atomic Energy Commission* y la Junta de Energía Nuclear.

(58) «Director OWEA to Assistant Director for Europe USIA», 16-II-1965; «Deputy Assistant Director USIA to Director OWEA», 17-III-1965; «Justification for the Present Educatio-nal and Cultural Exchange Program in Spain», 23-VII-1965. NARA, RG 59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 1.

(59) «Some General Observations on United States Policy toward Spain», 25-VI-1965. NARA, RG 59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 1.

(60) «USIS Country Plan for Spain for FY-1966», 7-VII-1965 y 30-IX-1965; «Annual Assessment Report for Spain», 27-XII-1965. NARA, RG 306, FSD 1956-66, Box 4.

(61) «General Background on Spain», 19-X-1965. NARA, RG 59, LF-BEA 1956-66, Spain, Box 1.

Entretanto, los informes que emitían los organismos internacionales sobre España reproducían los esquemas de la teoría de la modernización que también justificaban la política norteamericana. El cambio educativo se justificaba porque «el proceso de una sociedad industrial implica romper los esquemas estereotipados de una mentalidad excesivamente apegada a lo tradicional». La recomendación de establecer una planificación educativa que contemplase las expectativas de mano de obra cualificada se trasladó a los Planes de Desarrollo, incluyéndose apartados sobre la educación y formación de recursos humanos como parte de la política indicativa de modernización socio-económica. Si tal proceder expresaba muchas analogías con el conjunto de países de la OCDE, no ocurría lo mismo con otro de los objetivos marcados por esta organización: promover la democratización de la enseñanza y fomentar la igualdad en el acceso a la instrucción (62).

4. INTENTO POSTRERO DE MEJORAR UNA DUDOSA REPUTACIÓN

Conforme avanzaba la década se incrementó la movilización contra al régimen. Lo preocupante desde la óptica norteamericana era el creciente antiamericanismo apreciable en las manifestaciones estudiantiles, fruto de la asimilación de la supervivencia de la dictadura con el apoyo de Estados Unidos. La guerra de Vietnam, las intervenciones en América Latina o los disturbios raciales desatados en varios puntos de su territorio dejaban en entredicho las supuestas bondades del liderazgo norteamericano, suministrando argumentos a sus detractores que resaltaban la política belicista e imperialista de la potencia americana. El accidente de Palomares a principios de 1966 empeoró esa percepción, e hizo gravitar sobre la opinión pública española la amenaza nuclear (63). El escándalo de la financiación encubierta de la CIA a una serie de entidades culturales, políticas y sindicales, que estalló en 1967, deterioró aún más esa imagen, con la peculiaridad para el caso español de que se conjugaron las acusaciones de sufragar actividades de sindicatos estudiantiles clandestinos con la pérdida de credibilidad de Estados Unidos entre sectores antes simpatizantes de la oposición antifranquista moderada (64).

---

(62) MEC-OCDE (1966), MIGUEL (1976): 16-17 y 20-21, LORENZO (2003): 169 y ss. y 247.

(63) «Student Reaction to B52 Crash», 5-III-1966. NARA, RG 59, CFP-PD 1964-66, Spain, Box 2663. Los intentos norteamericanos de minimizar el impacto público del accidente contaron con la colaboración de las autoridades españolas. «Talking Paper n.º 28. «The Bomb in Spain»», 4-III-1966. LBJL, Personal Papers, Leonard Marks -Director of USIA- 1964-67, Box 23.

(64) El asunto causó cierto revuelo en la prensa, pero los dirigentes del régimen le restaron importancia tras las explicaciones norteamericanas. Centro Documental de la Memoria Histórica-Archivo de la Fundación Francisco Franco (CDMH-AFFF), docs. 23714 y 23716, MF/R-7410. La repercusión fue más importante entre los sectores del antifranquismo moderado que se movían en el entorno del Congreso por la Libertad de la Cultura y que solían actuar como interlocutores de los servicios diplomáticos norteamericanos, entre ellos un conjunto de destacados intelectuales

Los responsables norteamericanos sobre el terreno reconocían sus limitaciones para hacer frente a esa corriente que estaba produciendo una progresiva «desconexión» con la sociedad española, ante el dilema en que se movía su política respecto al franquismo (65). A la oleada global de protestas contra la política norteamericana, se añadía en el caso español el desgaste por su asociación con el régimen, por muy instrumental que esta fuera. Estados Unidos no lograba evitar ser considerado un «pilar fundamental» del régimen, lo que afloraba en consignas como «¡Fuera de las bases!» o «¡Yankees go home!» (66). La asimilación entre antifranquismo y antiamericanismo tenía más fuerza que nunca. El régimen mantenía su solidez, pero se mostraban convencidos de que la liberalización política acabaría llegando aunque fuera «más por defecto que por diseño». La apertura hacia el exterior, intensificada por fenómenos como el turismo y la emigración, había acercado a los españoles a la realidad de las democracias occidentales, sobre todo europeas, cuyo desarrollo económico y libertades políticas se tomaban como objeto de emulación. Los análisis coincidían en que la transición presumiblemente sería un proceso controlado y pilotado por personas del régimen, con los militares como árbitros. También el Opus Dei se vislumbraba como una fuerza clave de la eventual transición política, si bien su pujanza despertaba el antagonismo de otros grupos sustentadores del régimen (67).

En aquella coyuntura emergieron con mayor intensidad las contradicciones de la política de flexibilidad de Estados Unidos, que pretendía abrirse a los «protagonistas del futuro» pero sin despegarse del régimen y, sobre todo, destinando a esa delicada tarea unos recursos menguantes con el paso del tiempo. La carga económica de la Guerra de Vietnam motivó nuevas rebajas de otros gastos exteriores. Tanto el Programa Fulbright como el *International Visitor Program* –nueva denominación del programa de líderes– se vieron afectados. Sus efectos quedaron mitigados por la contribución de otros agentes (*American Field Service*, *Elias Ahuja Scholarship Program* o Fundación Ford), junto a la financiación que aportó el Ministerio de Educación y Ciencia desde 1968. Ese cauce de intercambios continuaba siendo valorado como el vehículo para que un número limitado pero significativo de futuros líderes fueran «expuestos a sistemas liberales de cambios progresivos y pacíficos», entre los que se incluían dirigentes de la dictadura con «mentes abiertas». También persistía el deseo de

---

–como Pedro Laín Entralgo, José Luis Aranguren, Enrique Tierno Galván, Julián Marías, etc.– GLONDYS (2012): 208-220 y 264-269.

(65) «U.S. Policy Assessment», 7-V-1966. LBJL, Papers of LBJ President 1963-69, National Security File, National Intelligence Estimates (NSF-NIE), Box. 5.

(66) Sobre la pérdida de credibilidad norteamericana en los medios estudiantiles españoles, sus causas y efectos, MARTÍN GARCÍA (2011 y 2012/3): 17-19.

(67) «The Outlook for Spain», 5-IV-1967; «U.S. Policy Assessment», 30-VI-1967 y 9-V-1968; «The Nature and Prospects of Opus Dei», 27-V-1969. NARA, RG 59, CFP-PD 1967-69, Spain, Box 2490 y 2493. Sobre los conflictos intra-régimen, HISPÁN IGLESIAS DE USSEL (2006).

ganar a «los jóvenes líderes de hoy y potenciales líderes de mañana», mostrándoles que el país americano proporcionaba un modelo de estabilidad y liderazgo cultural y tecnológico, y que su política exterior era compatible con las aspiraciones del pueblo español. Con idéntica finalidad empezaron a circular revistas dirigidas a los sectores universitarios, como *Facetas*, donde conservaban su vigencia las formulaciones sobre la modernización (68).

Tales iniciativas se vieron socavadas por el enquistamiento de la protesta universitaria, tras la cual no solo gravitaba la crítica a una estructura de enseñanza caduca e ineficiente, sino también el distanciamiento del franquismo de los jóvenes de las clases medias, un sector cada vez más movilizado y politizado, al tiempo que más crítico respecto a la acción norteamericana en España. Desde el propio régimen se reconocía que la Universidad actuaba en parte como un «sismógrafo del futuro», lo que no representaba un buen augurio ni para el franquismo ni para la política estadounidense en este país (69).

Simultáneamente, los informes de seguimiento de la USIA reconocían que sus servicios en España habían caído en una desorganización derivada de la disminución de personal y la obsolescencia de parte de los medios empleados (traducida en deficiente coordinación, acceso decreciente a los grandes diarios nacionales, bibliotecas anémicas y atrasadas, o escaso conocimiento sobre las audiencias de sus contenidos informativos emitidos por las cadenas de radio y televisión españolas). Los objetivos políticos contemplados en los planes anuales eran seguidos con cierta laxitud. Desde finales de esa década se intentó reconducir tal situación (70).

La prioridad continuó siendo la integración española en la «comunidad liberal occidental», para evitar el deslizamiento hacia escenarios de cambio violento y revolucionario. Igualmente se perseveró en entablar contactos con una amplia representación del espectro socio-político-económico español, en el poder o con potencial para alcanzarlo, pero sin vincularse estrechamente con ningún grupo concreto. Dentro de la acción indirecta que consideraban más ajustada a su margen de maniobra, se procuró «identificar a las fuerzas susceptibles de ocupar posiciones relevantes en la era post-Franco, y determinar sus relaciones con el resto de los actores en presencia» (71). De hecho, desde los

---

(68) «Annual Report for Spain for Fiscal Year 1967», 8-VI-1967; «Annual Report for Spain for Fiscal Year July 1, 1967-June 30,1968», 14-VIII-1968; «Country Program Proposal FY 1970-72», 24-V-1968. CU, Group XVI, Box 320 y Group IX, Box 38.

(69) «Significance of Change in Ministry of Education», 20-IV-1968; «Political Attitudes of Spanish Young People», 21-VI-1969. NARA, RG 59, CFP-PD 1967-69, Spain, Box 2491 y 2489. Memorándum de Villar Palasí a Franco: «La situación universitaria para octubre de 1968», 6-IX-1968. AGUN-Fondo Laureano López Rodó (FLLR), caja 5.

(70) «Post Inspection Report on USIS Spain», 25-IV/9-V-1968. NARA, RG 306, Inspection Report Reference Files, 1954-75, Box 17. «Area Program Memorandum, West Europe», 5-IX-1968. LBJL, Personal Papers, Leonard Marks -Director of USIA- 1964-67, Box 2.

(71) «U.S. Policy Assessment», 7-V-1966, doc. cit.

años finales de aquella década se elaboraron listas de «Líderes potenciales», que incluían a miembros de las Fuerzas Armadas; el gobierno; la iglesia; el mundo político, económico y cultural, y los medios estudiantiles y obreros (72). A la postre, consideraban que las relaciones bilaterales vendrían determinadas en el porvenir inmediato por «consideraciones prácticas». El problema radicaba en que quienes se oponían al régimen de Franco también se mostraban contrarios a la presencia militar norteamericana en España (73).

El desapego frente a Estados Unidos no solo se apreciaba en los sectores antifranquistas. Entre los partidarios del régimen no había pasado desapercibido el doble juego de los norteamericanos. Los dirigentes franquistas asumían una actitud cada vez más «calculadora y escéptica» respecto a lo que se esperaba conseguir a cambio de las facilidades militares y de otra naturaleza concedidas a la potencia americana. De ello dio cumplida muestra la renegociación de los pactos bilaterales iniciada en 1968. Para reforzar su posición recurrieron incluso a la desafección que mostraba la opinión pública interna frente al vínculo hispano-norteamericano. La postura negociadora española se mostró más firme que en ocasiones previas, respaldada por una campaña de prensa que desde opciones diversas (falangistas, católicos, oposición moderada del interior, socialistas…) reclamaba el final del desequilibrio bilateral y, si no era posible, el desmantelamiento de las bases norteamericanas. Esa campaña crítica, alentada desde medios oficiales pero que fue más allá de los mismos, hizo emerger la creciente impopularidad del «amigo americano», contemplado por entonces más como factor de riesgo y subordinación que como elemento de protección y modernización (74).

Durante el dilatado proceso negociador, que duró dos años, se sucedieron acontecimientos políticos relevantes en ambos países: la victoria en las elecciones presidenciales de Richard M. Nixon a comienzos de 1969, la proclamación ese mismo año del príncipe Juan Carlos como sucesor de Franco, junto al cambio

---

(72) «Submission of Potential Leaders Biographic Reporting List», 1-VIII-1967, and «Revision of Potential Leaders Biographic Reporting List», 28-III-1969. NARA, RG 59, CFP-PD 1967-69, Spain, Box 2489. En ellas figuraban entre dos y tres centenares de personas, e incluían a militares (Manuel Díez-Alegría, Guillermo Quintana Lacaci, Ángel Liberal Lucini, Julio Busquets Bragulat…), altos cargos de la Administración (Tomás Allende y García-Baxter, Enrique Fuentes Quintana, Luis Ángel Rojo, José Luis Sampedro…), la Iglesia católica (Antonio Añoveros, Vicente Enrique Tarancón, José Guerra Campos…), junto a otras personalidades de diversos sectores de la vida pública (José María Gil Robles, Gregorio Peces Barba, Raúl Morodo, Elías Díaz, Salustiano del Campo, Antonio Garrigues Walker, Luis María Ansón, Antonio Fontán, Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, Julián Ariza, Ramón Rubial…).

(73) «Country Program Proposals FY 1970-72», 24-V-1968. CU, Group IX, Box 240. «U.S. Policy Assessment», 9-V-1968, doc. cit.; «The Outlook for Spain», 6-XI-1968. NARA, RG 59, CFP-PD 1967-69, Spain, Box 2490.

(74) La campaña de prensa nacional e internacional puede seguirse en CDMH-AFFF, docs. 4267, 19359, 19373-19376, 19386, 19400, 19403, 20346 y 20349, MF/R-7276, 7372 y 7380. Sobre la renegociación de los pactos, VIÑAS (2003): 382-408, PARDO SANZ (2004): 169-183 y (2005): 14-28, POWELL (2011): 37-119.

de gobierno español con predominio de la línea calificada como tecnócrata-opusdeísta. La distancia entre las respectivas posiciones en el transcurso de la negociación indujo al equipo español a proponer un acuerdo más amplio, que abarcase también la cooperación en ámbitos no militares. Sobre esa base se trabajó desde la primavera de 1969, analizándose las perspectivas de colaboración en varios frentes que incluyeron cooperación espacial, energía atómica e intensificación del intercambio educativo. Diplomáticos españoles, miembros de la USIA, del BM y de las fundaciones Rockefeller y Ford mantuvieron contactos a su vez para sondear fórmulas de cooperación agrícola, educativa y científica.

También se trasladó información sobre la reforma educativa que preparaba el gobierno español y se tanteó la asistencia norteamericana a la misma, sobre todo en el terreno formativo. A criterio de su embajada en España, la reforma educativa suponía «una oportunidad que no debía dejarse pasar», pues tendría «un efecto liberalizador en la clase dirigente española del futuro». La actitud estadounidense fue receptiva. Al igual que sus homólogos españoles, aunque no por las mismas razones, consideraban que ofrecía «una ocasión excepcional para influir en las futuras generaciones de españoles y en la estructura global de la sociedad en una forma constructiva y acorde con nuestros intereses políticos a largo plazo». Además, la citada reforma, en su opinión, estaba «ampliamente basada en modelos norteamericanos» (75).

La inclusión de esa materia en las negociaciones bilaterales se acompasó con la publicación del *Libro Blanco de la educación* en 1969. Aquel texto contenía un análisis en profundidad de la cuestión y una propuesta para su reforma integral (76), culminando los estudios elaborados durante la década para ensamblar la planificación de la política educativa con el desarrollo económico. Se pretendía adoptar métodos pedagógicos modernos e innovadores, además de sincronizar la universidad y la investigación con las necesidades económicas y sociales del país. También se aspiraba, sin hacerlo explícito, a encauzar las protestas estudiantiles y, en definitiva, a «legitimar el orden social desde nuevas bases culturales» con una transformación de la sociedad desde arriba y, supuestamente, al margen de la política mediante el recurso a la asepsia tecnocrática (77). Para su implantación se requería una mejora en la capacitación del profesorado universitario y del personal investigador.

Las negociaciones con Estados Unidos representaban una magnífica oportunidad para incluir entre las contraprestaciones la formación de aquel capital

---

(75) «Establishment of Joint Scientific and Educational Committee» y «Spanish Request for U.S. Aid to Spanish University Reform Program», 24-III-1969; «Broader Aspects of Future Spanish-US Relations», 15-VII-1969; «U.S. Policy Assessment», 8-X-1969 y 21-XI-1970. NARA, RG 59, CFP-PD 1967-69, Spain, Box 1624 y 2493, y Subject Numeric File-Political and Defence (SNF-PD) 1970-73, Spain, Box 2599.

(76) MEC (1969).

(77) ROMERO (1971), PUELLES BENÍTEZ (1992), ORTEGA (1992), O'MALLEY (1995), VIÑAO (2004).

humano, empeño que impulsó Villar Palasí, ministro de Educación y Ciencia desde 1968. El volumen de asistencia solicitado por la parte española fue considerado excesivo por sus interlocutores norteamericanos, si bien se aceptó que constituyese «un posible *quid pro quo* de nuestra futura presencia militar en España» (78). Entre abril y mayo de 1970, funcionarios norteamericanos se entrevistaron con responsables educativos y diplomáticos, visitaron centros científicos y examinaron posibles medidas para entablar una colaboración efectiva, esbozándose un repertorio de recomendaciones para definir el alcance y contenidos de la cooperación no militar. Más que un verdadero programa de cooperación científica, para cuyo aprovechamiento el sistema de I+D español no estaba preparado, la asistencia debía concentrarse en ámbitos seleccionados (79).

Simultáneamente, se promovió el respaldo internacional a la reforma. El BM comprometió su financiación para construir y equipar los Institutos de Ciencias de la Educación (ICEs), en tanto que el Fondo Especial de Desarrollo de Naciones Unidas proporcionaría asesoramiento externo para el Centro Nacional de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación (CENIDE). Con el concurso de la UNESCO y la OCDE se establecieron comités de expertos internacionales en educación y política científica, que emitieron recomendaciones sobre los contenidos de la reforma. También se obtuvo la contribución de la Fundación Ford en la confección de planes de estudios de las Universidades Autónomas de Madrid y Barcelona. Finalmente, las orientaciones de la reforma educativa se incorporaron a las directrices del Programa Fulbright con dos líneas preferentes: desarrollo educativo y desarrollo tecnológico.

El Convenio de Amistad y Cooperación se firmó en agosto de 1970, prácticamente a la par que la aprobación de la Ley General de Educación y Financiamiento de la Reforma Educativa. Dicho acuerdo se presentó como una superación del carácter estrictamente militar de los pactos de 1953, maquillando así las concesiones realizadas una vez más a Estados Unidos. Al ejecutivo norteamericano también le interesaba resaltar esa versión más cooperativa y menos belicista de sus relaciones con España. El Convenio incluía programas de cooperación cultural y educativa, y de cooperación científica y técnica.

La financiación prevista para ambos programas fue bastante inferior a la demandada (80), pero representó una aportación cuantiosa, destinándose buena parte de los fondos a un programa de becas en Estados Unidos, que comprendió

(78) «The Educational and Cultural Exchange Program with Spain», 27-X-1969. CU, Group IX, Box 240.

(79) «Proposed Spanish-American Scientific and Technical Cooperation Agreement», 17-IV-1970; «U.S.-Spain Science Cooperation», 5-VI-1970; «A Preliminary Report on Spanish Science and Technology with a View toward Possible U.S.-Spain Cooperation», 21-VIII-1970. NARA, RG 59, SNF-PD 1970-73, Spain, Box 2936.

(80) Inicialmente se solicitaron 42 millones de dólares, que quedaron reducidos en la práctica a algo menos del 10% de esa cantidad (3.600.000 $).

la formación de profesores de inglés para Escuelas Normales y de Educación General Básica (EGB). El resto de los recursos se adjudicaron a diversos proyectos, entre los cuales se encontraban la formación de Administradores de Educación y Gerentes de Universidades, o el apoyo a la creación de un Servicio Nacional de Información Científica y Técnica. Además, el BM concedió un importante crédito para la construcción y puesta en funcionamiento de centros de EGB, Bachillerato Unificado Polivalente e ICEs, junto a la adquisición de equipo para el CENIDE. La Fundación Ford amplió su aportación mediante becas para educadores españoles y estancias de consultores extranjeros que asistirían al CENIDE y los ICEs en el desarrollo de la reforma educativa y la propagación de métodos de innovación pedagógica. De forma directa o indirecta, Estados Unidos se convirtió en el principal apoyo exterior de aquella reforma, suministrando financiación, formación, expertos y material para su aplicación (81).

El Comité de expertos internacionales que analizó la reforma puso de relieve su potencial para trocar «un sistema educativo tradicional, concebido originalmente para satisfacer las necesidades de una minoría privilegiada, en un sistema moderno y democrático que debía servir a la gran mayoría del país» (82). Aquellas medidas favorecieron la renovación de algunas estructuras educativas y la mejora de la competencia de un nutrido grupo de profesores e investigadores. También se generó un clima de confianza que facilitó la aproximación de destacados científicos españoles que trabajaban en Estados Unidos, a consecuencia del exilio o por voluntad propia, y que sumaron su concurso a la dinamización de la ciencia española –como Severo Ochoa, Nicolás Cabrera, Juan Oró, Francisco Grande Covián, etc.–. Sin embargo, su impacto positivo sobre el sistema educativo y científico español se vio eclipsado por una protesta estudiantil focalizada contra la reforma dentro de la espiral antifranquista que invadía los campus. La cooperación norteamericana e internacional llegó a interpretarse bajo la sospecha de ocultar intereses espurios, relacionados con la penetración del modelo ideológico de la potencia americana (83). A ello se agregaron cierta precipitación en su puesta en práctica y diversas resistencias internas, bien por discrepancias de otros grupos de poder franquistas, bien por las prebendas corporativas que ponía en cuestión. Sus efectos chocaron asimismo con fallas estructurales de la universidad y la política científica: deficiente

(81) «Agreement for Friendship and Cooperation», 28-IX-1970; «U.S.-Spanish Scientific and Technological Cooperation under the Agreement of Friendship and Cooperation», 16-XI-1970. NARA, RG 59, SNF-PD 1970-73, Spain, Box 2600. «Convenio de Amistad y Cooperación entre España y los EE.UU. de América. Proyectos españoles», 12-XII-1970; «Ministerio de Educación y Ciencia. Resumen de actividades y realizaciones en 1970», II-1971. AGUN-FLLR, cajas 5 y 74. «Educational Exchanges with Spain under the Bases Agreement Program», IV-1973. CU, CIES, Box 431. DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA (2009b): 76-88.

(82) «Comité de Cooperación Internacional para la reforma educativa en España. Informe final», 1970. CDMH-AFFF, doc. 974, MF/R-7230.

(83) VÁZQUEZ MONTALBÁN (1974): 359-365.

fiscalidad pública, insuficiente renovación docente, o inexistencia de mecanismos de evaluación de méritos y concesión de incentivos. En 1973 se inició una contrarreforma en este terreno, que junto a los factores anteriormente expuestos impidió que las potencialidades innovadoras de aquella ley se materializaran en mayor medida (84).

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

La coincidencia entre la renegociación de los acuerdos bilaterales y la elaboración de la reforma educativa proporcionó a Estados Unidos un intento postrero de mejorar la dudosa reputación forjada por su colaboración con el franquismo. También supuso el último capítulo de una convergencia de intereses con los tecnócratas españoles que, por la vía del asesoramiento internacional, incorporaron ideas y métodos para asentar sus proyectos e influencia. Dicha convergencia no era, en principio, extrapolable al ámbito político. Para Estados Unidos modernización y desarrollo debían ser el preámbulo de un cambio gradual y no revolucionario, de una transición política controlada. Para sus interlocutores españoles se trataba de un medio para garantizar la estabilidad política y el orden social, con el horizonte del relevo del régimen por una monarquía conservadora. Pero lo cierto es que, en la práctica, ambas posiciones tampoco estuvieron tan alejadas. La tibieza norteamericana frente al franquismo fue ilustrativa de dónde estaban las prioridades de su política exterior. Como en otros escenarios internacionales en aquella misma época, la compenetración con dictaduras autoritarias hizo evidentes las limitaciones democráticas de una conducta dirigida a cimentar sus intereses estratégicos, aunque para ello se recuperase la lógica de los *tiranos amistosos* (85).

Si Estados Unidos aceptó en 1970 incrementar la financiación para cooperación cultural y científica es porque tal actuación cuadraba con su política «de largo alcance y perfil bajo»: una inversión de futuro que pretendía demostrar la solidaridad americana con el progreso y bienestar de la sociedad española. La Embajada norteamericana en Madrid exponía sin tapujos que apoyar la reforma educativa suponía una magnífica ocasión para «influir en la futura estructura de la sociedad española» (86). No en vano, algunos de los principales protagonistas de aquella medida habían tenido una estrecha relación con aquel país:

> El grupo de expertos españoles encargados de la preparación de la ley estaba dirigido por un ex-becario del programa de líderes extranjeros y ministro de Educación, José Luis Villar Palasí. El principal arquitecto de la ley, el subsecretario de

(84) PARIS (1991): 451-454.

(85) Ver en ese sentido las contribuciones de Óscar Marín y Rosa Pardo a este dossier.

(86) «Annual Policy Assessment», 20-II-1971. NARA, RG 59, SNF-PD 1970-73, Spain, Box 2599.

Educación Ricardo Díez Hochleitner, es un antiguo estudiante de la Universidad de Columbia y experto en educación de las Naciones Unidas. Muchos otros de sus colaboradores más importantes estudiaron o visitaron Estados Unidos con el auspicio del gobierno norteamericano o de otras entidades privadas (87).

Las autoridades españolas valoraban la contribución norteamericana a la formación de universitarios, profesores, técnicos e investigadores, considerándola una contrapartida por su presencia militar. Para Estados Unidos proporcionaba un instrumento de acción a un precio moderado y que acrecentaba su capacidad de maniobra en varias direcciones. Por un lado, sorteaba arenas políticas movedizas, que podían afectar a la disponibilidad de las bases militares. Por otro, esa influencia indirecta calaba en sectores puntuales pero relevantes. Finalmente, permitía acceder a una amplia gama de interlocutores, que iban desde los grupos reformistas y modernizadores de la élite franquista –con los tecnócratas en un lugar destacado– hasta los futuros líderes que afloraban en la oposición a la dictadura (88).

En el ocaso del franquismo, Estados Unidos perseveró en su política de «evitar comprometerse, manteniendo la flexibilidad suficiente para proteger nuestros intereses» (89). Un ejercicio de funambulismo destinado a conservar las buenas relaciones con el régimen y estar preparados ante un previsible cambio político, más que a promoverlo. De ahí su apoyo al príncipe Juan Carlos –luego rey– como garante de una estabilidad que facilitara el tránsito político de una forma controlada (90). Bajo la batuta de Henry A. Kissinger persistió la fluidez de relaciones con las autoridades franquistas, ante la relevancia que conservó el factor militar en una coyuntura regional cada vez más compleja. La preocupación fundamental de la política norteamericana en las postrimerías de

(87) «Educational and Cultural Exchange: Annual Report for Spain for the Fiscal Year July 1, 1969-June 30 1970», 23-IX-1970. CU, Group XVI, Box 320. Díez Hochleitner se ocupó de la coordinación de la reforma como subsecretario del Ministerio de Educación y Ciencia. Previamente había ejercido el cargo de director del Departamento de Planificación y Financiación de la UNESCO, y había participado en buen número de los informes sobre España en esta materia.

(88) Entre los invitados por el gobierno de Estados Unidos en el marco del *International Visitor Program* desde los años sesenta hasta el final del franquismo figuraban: Agustín Cotorruelo Sendagorta, Cruz Martínez Esteruelas, Luis González Seara, Óscar Alzaga, Javier Tusell, Luis Sánchez Agesta, Elías Díaz, Gregorio Peces Barba, Joaquín Ruiz-Giménez, Julio Busquets Bragulat, Federico Mayor, José F. Tezanos, Juan Luis Cebrián, y un amplio elenco de personalidades del mundo de la política, la cultura, los medios de comunicación, etc. Esa nómina de invitaciones a protagonistas coetáneos o potenciales de los destinos del país se incrementaría en los años de la transición y consolidación democrática: Jordi Pujol, Miguel Boyer, Alfonso Guerra, Pedro Solbes, Rafael Escuredo, Miguel Roca, Joaquín Almunia, Leopoldo Calvo-Sotelo, José Ignacio Wert, Federico Jímenez Losantos, Federico Trillo-Figueroa, Cristobal Montoro, Artur Mas…

(89) «Annual U.S. Policy Assessment», 21-XI-1970. NARA, RG 59, SNF-PD 1970-73, Spain, Box 2599.

(90) «Memorandum for the President. The Juan Carlos Visit: Perspectives», 22-I-1971; «The Spanish Succession», 26-I-1971. NARA, RG 59, CFP-PD 1970-73, Spain, Box 2597 y 2598.

la dictadura y los orígenes del proceso de transición política consistió una vez más en garantizar la disponibilidad de las instalaciones militares en territorio español. Por ello, más que en la promoción de la democracia sus esfuerzos se concentraron en afrontar el impacto que pudiera tener el cambio de régimen y evitar que la inestabilidad política pusiera en peligro el uso de sus bases.

El pragmatismo que impregnaba la visión tanto de Nixon como de Kissinger les permitía entenderse sin problemas con regímenes autoritarios como el franquismo, siempre que mostrasen una actitud favorable hacia Estados Unidos y sus objetivos estratégicos. Además, los estereotipos étnico-culturales y los prejuicios que ambos compartían hacia los pueblos «latinos» les hacían considerar que los españoles no tenían una predisposición favorable hacia la democracia y necesitaban «un liderazgo fuerte» (91). Mientras tanto, la diplomacia pública trataba de mitigar los efectos políticos de la colaboración con la dictadura, aunque no dejaba de ser significativo que se restringieran los canales entablados con la oposición moderada. El riesgo de balancearse en esa cuerda floja se hizo patente poco después. El intento de marcar distancias en la identificación con el franquismo fue tibio, lo que no dejó de pesar en la actitud reticente de muchos españoles hacia el país americano en el posterior escenario democrático. El recurso a la diplomacia pública y a la estrategia de modernización resultó infructuoso a corto plazo.

En lo que concierne al protagonismo de los tecnócratas, se diluyó en el tardofranquismo junto con su designio de utopía reaccionaria, sustentada en «una sociedad despolitizada y desmovilizada, satisfecha con los logros económicos y el aumento del bienestar, presidida por un Estado tan eficiente como antiliberal» (92). Pese a la primacía política que obtuvieron a finales de los años sesenta, para entonces habían dejado de sintonizar con las expectativas de la sociedad española, un proceso acelerado tras la muerte de su principal valedor –Carrero Blanco– y la crisis económica desatada por el alza de los precios del petróleo. Desde los sectores más intransigentes del régimen llegó a acusárseles de haber cooperado a socavar su base de sustentación. Su objetivo no era tal, sino asegurar la reproducción de ese sistema más allá de la figura de Franco. Pero quizás sí que jugaron un papel involuntario al respecto:

> […] los tecnócratas cumplen una función política de importancia estratégica en la disolución de los regímenes totalitarios y autoritarios, a saber: «enfrían», por así decirlo, las ideologías oficiales de esos regímenes. […] Una vez desencadenado este proceso, no hay quien lo pare (93).

La desideologización y despolitización de la administración pública española, como efecto de la supuesta asepsia tecnocrática y las invocaciones al «fin de las ideologías», habían convertido el desarrollismo y la modernización en los

(91) POWELL, 2011: 38-51.
(92) SAZ, 2007: 152.
(93) JIMÉNEZ BLANCO, 1972: 157.

fundamentos legitimadores del franquismo (94). Sin embargo, llegó un momento en que el propio régimen significó un obstáculo en ese proceso, al igual que quienes lo habían puesto en marcha. A la postre, quizás la maquinaria de persuasión norteamericana no fuera tan desencaminada en algunas de sus apreciaciones, aunque no gozó ni de los medios, ni de la credibilidad necesarias para resultar verdaderamente convincente que, a fin de cuentas, era de lo que se trataba (95).

6. BIBLIOGRAFÍA

ÁLVARO MOYA, ADORACIÓN (2012): *La inversión directa estadounidense en España. Un estudio desde la perspectiva empresarial (c. 1900-1975)*, Madrid, Banco de España.

——— (2011): «Guerra Fría y formación de capital humano durante el franquismo. Un balance sobre el programa estadounidense de ayuda técnica (1953-1963)», *Historia del Presente*, 17, pp. 13-25.

BALDÓ, MARC (2010): «La investigación y la enseñanza técnica en el Ministerio de Lora-Tamayo (1962-1968)», en *Facultades y Grados. X Congreso Internacional de Historia de las universidades hispánicas*, Valencia, Universitat de Valencia, vol. I, pp. 239-257.

BARRACHINA, CARLOS (2002): *El regreso a los cuarteles: militares y cambio político en España*, Barcelona, Universidad de Barcelona.

BECKER, GARY (1964): *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*, New York, National Bureau of Economic Research.

CAÑELLAS MAS, ANTONIO (2011): *Laureano López Rodó. Biografía política de un Ministro de Franco (1920-2000)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

CARO, RAFAEL *et al*. (eds.) (1995): *Historia nuclear de España*, Madrid, Sociedad Nuclear Española.

CASANOVA, JOSÉ (1992): «Modernización y democratización: reflexiones sobre la transición española a la democracia», en *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 235-276.

CAVALIERI, ELENA (2014): *España y el FMI: la integración de la economía española en el sistema monetario internacional, 1943-1959*, Madrid, Banco de España.

CULLATHER, NICK (2004): «Modernization Theory», en *Explaining the History of American Foreign Relations*, Cambridge, CUP, pp. 212-220.

DE LA TORRE, JOSEBA (2009): «¿Planificando a la francesa? El impacto exterior en el desarrollismo», en *Entre el Mercado y el Estado. Los planes de desarrollo durante el franquismo*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, pp. 61-88.

(94) CASANOVA, 1992: 260-275.

(95) Sobre la continuidad de esa labor en los albores de la transición, DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA (2015).

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, LORENZO (2009a): «La maquinaria de la persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos hacia España», *Ayer*, 75, pp. 97-132.

——— (2009b): *Viento de poniente. El Programa Fulbright en España*, Madrid, Comisión Fulbright España-LID Editorial Empresarial-AECID.

——— (2012): «Objetivo: atraer a las élites. Los líderes de la vida pública y la política exterior norteamericana en España», en *Guerra Fría y Propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 235-276.

——— (2015): «Consistency and Credibility: Why You Cannot Collaborate with Dictatorships and Sell Democracy», en *U.S. Public Diplomacy and Democratization in Spain. Selling Democracy?*, New York, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 201-228.

EKBLADH, DAVID (2009), *The Great American Mission: Modernization and the Construction of an American World Order*, Princeton, Princeton University Press.

ENGERMAN, DAVID; GILMAN, NILS; HAEFELE, MARK H., and LATHAM, MICHAEL E. (eds.) (2003): *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, Amherst, University of Massachusetts Press.

ESCOBEDO, RAFAEL (2012): «El dilema del dictador amistoso. Estados Unidos y los regímenes no democráticos durante la Guerra Fría», en *El régimen de Franco. Unas perspectivas de análisis*, Pamplona, EUNSA, pp. 253-285.

FERNÁNDEZ DE MIGUEL, DANIEL (2011): *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*, Madrid, Genueve Ediciones.

FREY, MARC y KUNKEL, SÖNKE (2011): «Writing the History of Development: A Review of the Recent Literature», *Contemporary European History*, 20, pp. 215-232.

GARCÍA RUIZ, JOSÉ L. (2003): «Estados Unidos y la transformación general de las empresas españolas», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25, pp. 131-153.

GARFINKLE, ADAM (ed.) (1992): *The Devil and Uncle Sam. A User's Guide to the Friendly Tyrants Dilemma*, New Brunswick, Transaction Publishers.

GILMAN, NILS (2003): *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

GLONDYS, OLGA (2012): *La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)*, Madrid, CSIC.

GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO C. (2007): «La derecha tecnocrática», *Historia y Política*, 18, pp. 23-48.

HERNÁNDEZ SANDOICA, ELENA; RUIZ CARNICER, MIGUEL A. y BALDÓ LACOMBA, MARC (2007): *Estudiantes contra Franco 1939-1975): oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros.

HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, PABLO (2006): *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

IMMERWHAR, DANIEL (2012): «Modernization and Development in U.S. Foreign Relations», *Passport*, September, pp. 22-25.

INTA (1997): *INTA. 50 años de ciencia y técnica aeroespacial*, Madrid, Ministerio de Defensa/Doce Calles/INTA.

JIMÉNEZ BLANCO, JOSÉ (1972): «Desarrollo económico-Democracia política», en *España Perspectiva 1972*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, pp.151-178.

LATHAM MICHAEL, E. (2000): *Modernization as Ideology: American Social Science and «Nation Building» in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

——— (2010): *The Right Kind of Revolution: Modernization, Development, and U.S. Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Ithaca, Cornell University Press.

LEÓN AGUINAGA, PABLO (2009): «Los canales de la propaganda norteamericana», *Ayer*, 75, pp. 133-158.

——— (2010): *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC.

——— (2012): «*Faith in the USA*. El mensaje de la diplomacia pública americana en España, 1948-1960», en *Guerra Fría y Propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina,* Madrid, Biblioteca nueva pp. 197-234.

LÓPEZ, SANTIAGO (2008): «Las ciencias aplicadas y las técnicas: la Fundación Nacional de Investigaciones Científicas y Ensayos de Reformas y el Patronato Juan de la Cierva del CSIC (1931-1961)», en *Cien años de política científica en España*, Bilbao, Fundación BBVA, pp. 79-106.

LORA-TAMAYO, MANUEL (1968): *Un clima para la ciencia*, Madrid, Gredos.

LORENZO, JUAN ANTONIO (2003), *La enseñanza media en la España franquista (1936-1975)*, Madrid, Editorial Complutense.

MARAVALL, JOSÉ M. (1978): *Dictatorship and Political Dissent: Workers and Students in Franco's Spain*, London, Tavistock.

MARTÍN GARCÍA, OSCAR J. (2011), «'Walking on Eggs'. La diplomacia pública de los Estados Unidos y la protesta estudiantil en España, 1963-1969», *Historia del Presente,* 17, pp. 27-40.

——— (2012/3): «A *Complicated Mission*. The United States and Spanish Students during the Johnson Administration», *Cold War History*, 13, pp. 311-329.

MARTÍN GARCÍA, OSCAR J. y RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, FRANCISCO J. (2013): «¿Seducidos por el inglés? Diplomacia pública angloamericana y difusión de la lengua inglesa en España, 1959-1975», *Historia y Política*, 29, pp. 301-330.

MEC (1969): *La educación en España. Bases para una política educativa*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.

MEC-OCDE (1966), *Las necesidades de graduados en España en el periodo 1964-71 (Enseñanza media y superior)*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia-OCDE.

MEN-OCDE (1963): *Las necesidades de educación y el desarrollo económico-social de España*, Madrid, Ministerio de Educación Nacional-OCDE.

MEN-UNESCO (1962): *La educación y el desarrollo económico social. Planeamiento integral de la educación. Objetivos de España para 1970*, Madrid, Ministerio de Educación Nacional-UNESCO.

MIGUEL, AMANDO DE (1975): *Sociología del franquismo. Análisis ideológico de los Ministros del Régimen*, Barcelona, Euros.

——— (1976): *Reformar la universidad*, Barcelona, Euros.

MOYA, CARLOS (1975): *El poder económico en España*, Madrid, Tucar Ediciones.

NIÑO RODRÍGUEZ, ANTONIO (2012): «Los dilemas de la propaganda americana en la España franquista», en *Guerra Fría y Propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 155-196.

OCDE (1966): *La investigación científica y técnica y sus necesidades en relación con el desarrollo económico de España*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.

O'MALLEY, PAM (1995): «Turning point: the 1970 Education Act», in *Education Reform in Democratic Spain, International Developments in School Reform*, New York, Routledge, pp. 25-31.

ORTEGA, FÉLIX (1992): «Las ideologías de la reforma educativa de 1970», *Revista de Educación*, n.º extraordinario, pp. 31-46.

PARDO SANZ, ROSA (2004): «Las relaciones hispano-norteamericanas durante la presidencia de L. B. Johnson: 1964-1968», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 22, pp. 137-183.

——— (2005): «EE.UU. y el tardofranquismo: las relaciones bilaterales durante la presidencia Nixon, 1969-1974», *Historia del Presente*, 6, pp. 11-41.

PARIS, CARLOS (1991): «La pretensión de una universidad tecnocrática», en *La universidad española bajo el régimen de Franco*, Zaragoza, IFC, pp. 437-454.

PIPES, DANIEL y GARFINKLE, ADAM (eds.) (1991): *Friendly Tyrants. An American Dilemma*, New York, St. Martin's Press.

POWELL, CHARLES (2011): *El amigo americano. España y Estados Unidos de la dictadura a la democracia*, Madrid, Galaxia Gutenberg.

PUELLES BENÍTEZ, MANUEL (1992): «Tecnocracia y política en la reforma educativa de 1970», *Revista de Educación*, n.º extraordinario, pp. 13-29.

PUIG, NURIA (2002): «The Americanisation of a European Latecomer: Transferring US Management Models to Spain, 1950s-1970s», en *Americanisation in 20th Century Europe: Business, Culture, Politics*, Lille, Université Charles de Gaulle Lille 3 vol. 2, pp. 259-275.

——— (2005): «La ayuda económica de Estados Unidos y la *americanización* de los empresarios españoles», en *España y Estados Unidos en el siglo XX,* Madrid, CSIC pp. 181-205.

——— y ÁLVARO, ADORACIÓN (2002): «Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles: un estudio preliminar», *Historia del Presente*, 1, pp. 8-29.

——— (2004): «La Guerra Fría y los empresarios españoles. La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España, 1950-1975», *Revista de Historia Económica*, 22/2, pp. 387-424.

ROCA I ROSELL, ANTONI y SÁNCHEZ RON, JOSÉ MANUEL (1992): *Aeronáutica y ciencia*, Madrid, Algaida/INTA, 2 vols.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, FRANCISCO J. (2010): *Antídoto contra el antiamericanismo: American Studies en España, 1945-1969*, Valencia, PUV.

——— (2011): «¿'Misioneros de la Americanidad'? Promoción y difusión de los American Studies en España, 1969-1975», *Historia del Presente*, 17, pp. 55-69.

ROMERO, JOSÉ L. (1971): «Del Libro Blanco a la Ley General de Educación», en *España Perspectiva 1971*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, pp. 209-241.

ROSTOW, WALTER W. (1960): *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press.

RUBOTTOM, R. RICHARD y MURPHY, J. CARTER (1984): *Spain and the United States. Since World War II*, New York, Praeger.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, ESTHER M. (2006): *Rumbo al sur. Francia y la España del desarrollo, 1958-1969*, Madrid, CSIC.

SÁNCHEZ RON, JOSÉ MANUEL y ROMERO DE PABLOS, ANA (2001): *Energía nuclear en España: de la JEN al CIEMAT*, Madrid, Ministerio de Ciencia y Tecnología.

SANTISTEBAN, FABIOLA (2009), «El desembarco de la Fundación Ford en España, *Ayer*, 75, pp. 159-191.

SANTESMASES, MARÍA JESÚS (2008): «Orígenes internacionales de la política científica», en *Cien años de política científica en España*, Bilbao, Fundación BBVA, pp. 293-326.

SANZ MENÉNDEZ, LUIS (1997): *Estado, ciencia y tecnología en España: 1939-1997*, Madrid, Alianza.

SANZ MENÉNDEZ, LUIS y LÓPEZ GARCÍA, SANTIAGO (2001): *Política tecnológica* versus *política científica durante el franquismo*, Documento de Trabajo 97-01, Madrid, Instituto de Estudios Sociales Avanzados-CSIC.

SAZ, ISMAEL (2007): «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», *Ayer*, 68, pp. 137-163.

SCHMITZ, DAVID F. (1999): *Thank God They're On Our Side. The United States and Right-Wing Dictatorships, 1921-1965*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

——— (2006): *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1989*, Cambridge, Cambridge University Press.

SURI, JEREMI (2008): *The Global Revolutions of 1968*, Madison, University of Wisconsin.

TERMIS SOTO, FERNANDO (2005): *Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos desde 1945 hasta 1963*, Madrid, Biblioteca Nueva.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, MANUEL (1974): *La penetración americana en España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.

VIÑAO, ANTONIO (2004): *Escuela para todos. Educación y modernidad en la España del siglo XX*, Madrid, Marcial Pons.

VIÑAS, ÁNGEL (2003): *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica.

LAS DICTADURAS IBÉRICAS Y EL ALIADO AMERICANO EN CLAVE DE MODERNIZACIÓN, 1945-1975*

ROSA MARÍA PARDO SANZ
Universidad Nacional de Educación a Distancia
mpardo@geo.uned.es

(Recepción: 03/11/2014; Revisión: 08/01/2015; Aceptación: 30/05/2015; Publicación: 26/11/2015)

1. Dos dictaduras incómodas en los inicios de la Guerra Fría.–2. Un «mar norteamericano»: los fecundos años cincuenta.–3. Un amigo americano poco agradecido.–4. La recomposición de las relaciones en el ocaso de las dictaduras.–5. A modo de conclusión.–6. Bibliografía

RESUMEN

Partiendo de las últimas aportaciones de la historiografía sobre Guerra Fría, el artículo se propone comparar cómo afecta este conflicto a las dos dictaduras ibéricas a través de la nueva relación que se establece con Estados Unidos (EE.UU.) desde 1945, calibrar en lo posible si las relaciones bilaterales con estos países repercutieron en el conflicto global y valorar la influencia de la conexión norteamericana en la modernización socio-económica que se produjo en ellos hasta 1975. Ese último proceso no puede presentarse como mera americanización, sino más bien como occidentalización dada la simultánea influencia de países y procesos europeos.

Palabras clave: España; Portugal; Franco; Salazar; dictadura; modernización; diplomacia; Guerra Fría; Mediterráneo.

(*) Este artículo se ha elaborado en el marco de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (Ministerio de Economía y Competitividad, HAR2010-21694); «La Modernización del Sistema Educativo y Científico Español y su dimensión Internacional, 1953-1986» (Ministerio de Economía y Competitividad, HAR2010-21694, HAR2014-58685-R) y «El factor internacional y la transformación de las Fuerzas Armadas (1953-1982): diplomacia de defensa y transferencia de tecnología» (Centro Universitario de la Defensa Zaragoza).

THE IBERIAN DICTATORSHIPS AND THE AMERICAN ALLY IN TERMS OF MODERNIZATION, 1945-1975

ABSTRACT

Taking into account the most recent publications in historiography on Cold War, the article aim at comparing how this conflict affected the dictatorships of Franco and Salazar with the analysis of the relationship established since 1945 with the USA. The other objectives are to measure if the bilateral relationships US-Spain and US-Portugal had any repercussion on the global development of the Cold War and to estimate the influence of that connection with the USA on the socio-economic modernization which happened in both countries till 1975. This last process can't be considered as just *Americanization*, but *Westernization*, considering the simultaneous influence of different European processes and countries.

Key words: Spain; Portugal; Franco; Salazar; dictatorship; modernization; diplomacy; Cold War; Mediterranean

* * *

Las últimas tendencias historiográficas sobre la Guerra Fría (GF) están abriendo interesantes perspectivas de estudio. Su punto de partida fueron las aportaciones de la llamada escuela post-revisionista, que desde los años ochenta incidió en la complejidad del proceso de definición de los intereses y las *grandes estrategias* nacionales de las dos superpotencias y terminó explicando la Guerra Fría como el choque entre las necesidades estratégicas de EE.UU. y la URSS, fruto convicciones ideológicas, preocupaciones de seguridad y percepciones erróneas de las intenciones del contrario, así como de las oportunidades abiertas en el nuevo escenario internacional. Estos autores (J.L.Gaddis, V.M. Zubok o M.P. Leffler) ampliaron escenarios, cronología y focos de atención y abrieron el camino a la renovación historiográfica más reciente. El hundimiento de la URSS, la apertura de sus archivos en los años noventa (hoy de no tan fácil acceso), la labor de organizaciones no gubernamentales como *The National Security Archive* y el ritmo de la globalización hicieron el resto. El resultado es que las publicaciones de la última década abordan la GF más como historia internacional, historia global o historia transnacional que como mera historia de la política exterior de las superpotencias o de sus ansias imperialistas (1).

Practican una mayor interdisciplinariedad al poner énfasis sobre todo en el papel de las ideas, la cultura y la historia social, en nuevos actores no estatales o

(1) Las tres últimas puestas al día editadas por las Universidades de Oxford, Cambridge y la London School of Economics dan testimonio de estas nuevas orientaciones historiográficas: LEFFLER-WESTAD (2010); IMMERMAN-GOEDDE (2013); KALINOVSKY-DAIGLE (2014).

no circunscritos a las élites políticas: mujeres, niños, jóvenes (experiencias generacionales), clases populares, comunidades transnacionales (intelectuales, activistas), nacionalismos, etc. Otro rasgo es la importancia otorgada a las dinámicas locales de la GF: el conflicto URSS-EE.UU. deja de ser el paradigma exclusivo y Europa Occidental su escenario por excelencia, para profundizar en otros marcos geográficos (Asia-Pacífico, Europa del Este, Tercer Mundo, América Latina, África) o políticos (bloque comunista, mundo árabe, neutrales), atendiendo a cómo la GF modifica los procesos socio-políticos internos, pero también cómo los procesos nacionales y transnacionales actúan, a su vez, sobre la dinámica general de la GF. Es decir, las sinergias entre desarrollos locales, nacionales e internacionales: cómo los líderes regionales o nacionales tomaron posiciones en el conflicto global, cómo trataron de evitarlo o explotarlo y cómo las vicisitudes de algunos países incidieron a veces en la arena internacional. Algunos estudios han reevaluado, por ejemplo, la gravedad de las tensiones en el seno del bloque comunista o el relevante papel de la RFA en el occidental. Otros han destacado la influencia decisiva de la GF en el proceso de descolonización y en el despertar socio-político contestatario del Tercer Mundo: cómo la rivalidad bipolar supuso no solo violencia e intervencionismo sobre los asuntos internos de los nuevos Estados descolonizados, sino que se tradujo en propaganda, estrategias enfrentadas de desarrollo y modernización, más apoyo económico y militar. Y otros han puesto énfasis en cómo líderes y procesos del Tercer Mundo condicionaron la agenda internacional y las políticas domésticas del primer y el segundo mundo (2).

Se están estudiando las dinámicas globales provocadas o aceleradas por el conflicto y su impacto a largo plazo: la GF como agente de la globalización. Cómo los esfuerzos de ambos bloques en su competencia terminaron convergiendo e influyendo en fenómenos como la extensión de las políticas de control de la natalidad, los avances tecnológicos (comunicaciones, aviación civil, televisión, energía nuclear, información), los movimientos ecologistas surgidos al amparo del pacifismo antinuclear, la cultura juvenil contestataria internacional o redes científicas, humanitarias y terroristas transnacionales. En esta misma línea y merced al impulso de los ricos estudios sobre relaciones internacionales y cultura (ideas, valores, estructuras de significados, ideología, incluso religión), se están investigando las transferencias culturales internacionales, tema en el que se insertan los debates sobre «americanización» y «modernización» (3). A estas alturas parece superado el paradigma del imperialismo cultural estadounidense y, siguiendo al sociólogo Shamuel N. Eisenstadt y sus *modernidades múltiples,* se asume que cada bloque trató de expandir su propio programa de modernización: la URSS, el comunista, EE.UU., su opuesto, con el binomio democracia liberal y capitalismo. Ambos justificados sobre la base de la racio-

(2) PIEPER-LANZA (2012); SURI (2005); WESTAD (2005); GLEIJESES (2013); MACMAHON (2012).

(3) MONTERO (2009).

nalidad científica y la democracia y estimados como modelos universales, válidos y beneficiosos para todos los pueblos, lo que hace de la Guerra Fría una formidable batalla por «alma de la humanidad» –como la definió Melvin Leffler–, en particular una lucha sobre el significado de la modernidad (4).

Con este marco general de partida, el artículo pone su foco de interés en el Mediterráneo, una de esas áreas geográficas periféricas descuidadas en los estudios generales sobre la GF y en las revistas de referencia (*Cold War History* y *Journal of Cold War Studies*) (5), a pesar de ser un escenario determinante en el incremento de la tensión entre los bloques en diversos momentos de la GF. El artículo se propone comparar cómo afecta este conflicto a las dos dictaduras ibéricas a través de la nueva relación que se establece con EE.UU. desde 1945, calibrar en lo posible si las relaciones bilaterales con estos países repercutieron en el conflicto global y valorar la influencia de la conexión con EE.UU. en la modernización socio-económica que se produjo en ellos hasta 1975 (6). Ese último proceso no puede presentarse como mera *americanización,* sino más bien como *occidentalización* (7), dado el progresivo flujo de intercambios con la Europa Occidental, la adopción del modelo francés de planificación indicativa o la creciente aspiración (más desde Madrid que desde Lisboa) a una convergencia con los sistemas socio-económicos y finalmente también políticos de esa región. La influencia directa de la RFA, sobre todo de Francia y de Gran Bretaña (en el caso portugués), junto al acicate de no perder oportunidades o no verse perjudicado por el proceso de integración de la CEE resultaron tan decisivos como la vinculación con EE.UU., aunque esta última fuera más significativa en los cincuenta y no dejara de ser relevante hasta 1975, sobre todo en España. Además la «europeización» de España formó parte desde el principio del proyecto a medio-largo plazo de la propia administración norteamericana (8). Algunos estudiosos del factor internacional en las transiciones democráticas sostienen que, a la hora de explicar la consolidación de los nuevos sistemas políticos democráticos, la intensidad de lazos económicos, políticos, diplomáticos, sociales y de los flujos (capital, bienes, servicios, gente, información) con el Occidente democrático resulta un elemento más deci-

(4) Sobre este debate y su influencia en la política exterior norteamericana remitimos al artículo de Óscar Martín en este monográfico.

(5) Algunas excepciones son Di Nolfo (2012) y Pedaliu (2014).

(6) Seguimos la secuencia descrita por Ronald Inglehart y Christian Welzer (2005 y 2009): modernización como el conjunto de cambios sociales ligados a la industrialización que terminan penetrando todos los aspectos de la vida (especialización laboral, urbanización, mayor educación y esperanza de vida, expansión de las clases medias) y, generalmente –aunque no siempre– desencadenan transformaciones socio-culturales que ayudan a crear una sociedad civil más plural, con aspiraciones de libertad.

(7) Nehnig (2004). Las limitaciones de su interpretación, subrayadas por Berghahn (2010): 108-111, no restan al concepto valor explicativo para los casos español y portugués.

(8) Remitimos a las alusiones que recoge el artículo de Lorenzo Delgado en este mismo dossier.

sivo para su éxito que el grado de desarrollo económico. En los casos ibéricos la densidad de este tipo de relaciones con los dos focos geográficos de esa comunidad transatlántica de «valores liberales» a la altura de 1974-1975 confirmaría esta hipótesis (9).

1. DOS DICTADURAS INCÓMODAS EN LOS INICIOS DE LA GUERRA FRÍA

Hasta entrado 1946 en la relación URSS-EE.UU. primó la aspiración a un mínimo entendimiento para salvaguardar la paz y afrontar la reconstrucción, aunque, como vencedores entre los vencedores, sus gobiernos buscaron influir en el futuro orden internacional y salvaguardar sus propios intereses nacionales de seguridad. Curiosamente ni Truman ni Stalin se sentían seguros: en EE.UU. temían volver a caer en depresión económica (la paz y organismos internacionales que la garantizasen eran básicas para el libre-comercio) y los soviéticos querían asegurar que nada volviese a amenazar su régimen o su territorio. Pronto sus intereses chocaron en el Mediterráneo. Los objetivos estadounidenses eran inicialmente limitados porque la región se consideraba zona de influencia británica: buscaban estabilidad para su reconstrucción. La máxima inquietud se centraba en Francia e Italia, donde los partidos comunistas podían tener oportunidades si la situación no mejoraba. En la zona oriental había que evitar que la URSS controlase un corredor energético y de materias primas estratégico para la reconstrucción europea. Pero Stalin no consideraba justo que Gran Bretaña siguiera siendo la potencia regional dominante y reclamó el control de los estrechos del mar Negro y alguna base naval sólida en el Mediterráneo. Su presión simultánea en Irán, Turquía –sobre todo– y Grecia, dejó patente la impotencia británica. Se temió un avance comunista que terminara afectando a la cuenca occidental (primera versión de la *teoría del dominó*), lo que sumado a los procesos en Europa centro-oriental, determinó el despliegue de la VI Flota, la Doctrina Truman (marzo de 1947) con la inclusión de Grecia y Turquía bajo la protección militar norteamericana y el Plan Marshall. En meses EE.UU. se había convertido en la gran potencia mediterránea desplazando a Gran Bretaña. Las consecuencias fueron una mayor permisibilidad hacia las dictaduras ibéricas y el represivo régimen griego, vencedor pronto en la Guerra Civil (1946-1949), además de presión y propaganda para evitar la participación comunista en los gobiernos de Francia e Italia (10). Solo en el litoral sur Washington optó por no interferir y asumir, pese a su anticolonialismo, que la presencia imperial franco-británica salvaguardaba la seguridad del Maghreb y el Máshreq (11).

(9) LEVITSKY-WAY (2009).

(10) MISTRY (2014): 95 y ss.; BROGI (2011): 87-120.

(11) CALANDRI (1997): 41-114; ATHANASSOPOULOU (1999): 35-127; SEYDI (2006); JOHNSON (2006); HASANLI (2011): 65 y ss.

En contraste con la preocupación por el flanco oriental, para Washington las dictaduras ibéricas solo resultaban incómodas en tanto que constituían una baza política para Stalin. Legitimaban los manejos soviéticos en Europa centro-oriental y contradecían el discurso aliado de defensa de la democracia, pero no inquietaban. El único interés estratégico era garantizar el uso de bases en las Azores, esenciales para el control aéreo y marítimo del Atlántico en cualquier conflicto: eran escala fundamental para el transporte de tropas y el abastecimiento de aviones hacia Europa, como un inmenso transatlántico que permitía la proyección de fuerza militar en el sur del continente hasta Oriente Medio, además de controlar una amplia área atlántica. Por otra parte, como EE.UU. no quiso asumir de inmediato el papel de potencia hegemónica en Europa Occidental, dejó que Gran Bretaña lo siguiera ejerciendo con un pragmatismo y realismo que benefició a las dictaduras ibéricas, sobre todo a Portugal, del que era mayor socio comercial e inversor, amén de tener importantes intereses estratégicos en el África portuguesa (12).

La imagen internacional del régimen de Salazar era mucho más positiva que la del franquismo. El *Estado Novo* portugués se percibía como una dictadura civil que, aunque se había fascistizado, no se había deslizado hacia el totalitarismo (13). Sus intereses eran sobre todo atlánticos, porque allí se defendía su imperio colonial, eje económico del país, y sobre todo de su identidad como nación. Desde 1936 el dictador había actuado con pragmatismo y, sin romper su lazo tradicional con Gran Bretaña, se mantuvo neutral para salvaguardar su situación por si vencía el Eje. Cuando la suerte aliada cambió, le resultó fácil acreditar los servicios prestados: la neutralización de Franco y, sobre todo, la cesión de bases militares en las Azores, primero a Gran Bretaña (1943) y luego a EE.UU. (1944). Portugal, salió de la guerra con una posición internacional reforzada, una situación financiera saneada y sus colonias intactas. Era contemplada como una dictadura benévola, como se puso de manifiesto en Potsdam, donde Portugal quedó como candidato neutral llamado a ser admitido en la ONU gracias a los sólidos apoyos de EE.UU. y Gran Bretaña y a la indiferencia inicial de Stalin. Finalmente, en agosto de 1946, durante la escalada de tensión por el Mediterráneo, fue vetado por la URSS, pero no quedó en mala situación merced al respaldo anglosajón y francés (14).

Salazar, un nacionalista con una visión eurocéntrica del mundo, desconfiaba enormemente de EE.UU. por representar la democracia, el anticolonialismo, el

---

(12) OLIVEIRA (2007): 25-35; MARQUINA (1986): 129-131. La discusión sobre si el desplazamiento de la influencia británica por la norteamericana se produjo por «invitación» (Geir Lundestad) o por la debilidad británica en HIERRO (2012): 10.

(13) Así se mantuvo hasta los años sesenta por la personalidad del dictador y la comparación con el franquismo: JIMÉNEZ (2013).

(14) U.S.Department of State: *Foreign relations of the United States: diplomatic papers. 1945. Europe.* U.S. Government Printign Office, 1968, Vol. IV, pp.125-126, 135, 147-148; TELLO-TORRE (2003): 122-136, TORRE (2010): 57-63; TORRE (2006) 183-234; RODRIGUES (2003); FERREIRA (2011); JIMÉNEZ (2003); OLIVEIRA (2007) 35-75; CASTELO (1998); CUETO (2013).

materialismo y la pluralidad religiosa. Despreciaba su supuesta pobreza cultural –la élite portuguesa era anglófila–, temía su penetración económica y política en Europa y África y recelaba de los proyectos de cooperación internacional que patrocinaba Washington, incluida la ONU. Solo confiaba en la vieja alianza luso-británica (desde el s. XIV), la amistad de la colonialista Francia y la alianza ideológica con el franquismo, esperando la recuperación de un polo euro-africano que permitiera cierta autonomía respecto de las superpotencias. Sin embargo, no tuvo más remedio que aceptar un nuevo acuerdo con EE.UU. (mayo 1946) que otorgaba derecho de tránsito en Azores hasta 1948, aunque su nacionalismo y recelo antiyanki le hizo rechazar una garantía de defensa y cualquier compensación material. A cambio Portugal fue invitado a participar en junio de 1947 en el Plan Marshall. A partir de ese momento, asumió la hegemonía de EE.UU. y aceptó renovar el uso militar de Azores por otros tres años, ampliado a cinco en 1948. En unos meses, Portugal se integraba en la OECE (Organización Europea para la Cooperación Económica), lo que supuso su escéptica pero real inserción en la Europa Occidental, excepción hecha del Consejo de Europa. El círculo se completó en 1949 cuando firmó el Tratado del Atlántico Norte, a pesar de las reticencias de Salazar por la larga duración del compromiso firmado (20 años), su filosofía supranacional y por no cubrir sus territorios africanos. La presión de Washington, Londres, París y una parte de sus Fuerzas Armadas, más la necesidad de fondos Marshall a fines de 1948, explican su cesión: rompía la neutralidad tradicional de Portugal y alteraba por completo su política de defensa, antes basada en la unidad estratégica peninsular, la necesaria colaboración con España y un numeroso Ejército de Tierra, ahora con una lógica aeronaval y multilateral, volcada en la defensa del Atlántico y controlada por EEUU. Pero lograba ser considerado un aliado más de la comunidad europea y occidental, cerraba su temor a un aislamiento similar al del franquismo, mejoraba la seguridad de su territorio peninsular y su posición diplomática: dentro de la OTAN podía negociar mejor con EE.UU., obtener más ayuda económico-militar y reequilibrar su relación con Gran Bretaña y con España, como mediador e informador entre esta y los aliados (15). Para equilibrar esta deriva occidental y resguardar su identidad atlántico-africana se valió de la amistad con España (1948 renovación del Pacto Ibérico), Brasil y Francia e Italia (16).

Se abría para el país un periodo de estabilidad política y de crecimiento económico (4,2 % de media anual del PIB entre 1951-1957 (17)), pese a no haber abandonado el proyecto económico salazarista, centrado en el desarrollo agrícola y semi-autárquico, con un mercado muy protegido basado en la complementariedad económica entre metrópoli y colonias. Ayudó la participación en el Plan Marshall y la OECE, estudiada por Fernanda Rollo. Salazar, que en principio

(15) RODRIGUES (2005); TELO (1993): 398 y ss.; TEIXEIRA (1993,1995); JIMÉNEZ (1995): 160 y ss.

(16) Una visión más amplia en PARDO (2013).

(17) LAINS (2006): 182.

participó para no quedar descolgado del proyecto, rechazó la ayuda económica en 1947-1948 por sus recelos nacionalistas. Sin embargo, la falta de divisas para comprar en el área del dólar y los consiguientes problemas de abastecimiento le obligaron a aceptar fondos. Entre 1949-1951 recibió unos 54 millones de dólares, la mayor parte en préstamos (solo 5,5 en donación): apenas el 0,8% del programa total, pero suficiente para ayudar a estabilizar la situación financiera y reducir el déficit de balanza de pagos. El gobierno se vio obligado a hacer previsiones económicas a cinco años y, por tanto, a dar pasos hacia una mayor racionalización económica del Estado, lo que explica que en 1953 pudiera lanzarse el *I Plano de Fomento* (inicio de la planificación estatal indicativa desarrollada hasta 1974) y se beneficiara de los estudios técnicos norteamericanos sobre los distintos sectores económicos. Así, el Plan Marshall supuso un jalón en la internacionalización de la economía portuguesa y en el tímido arranque de su industrialización (marcado aún por la filosofía de sustitución de importaciones) al facilitar el abastecimiento de insumos para nuevas industrias, impulsar infraestructuras eléctricas y de comunicación y promover la movilización de capitales internos. Además supuso un respaldo para los sectores e intereses defensores de un proyecto de desarrollo alternativo al agrarismo oficial. Así mismo, en los primeros años cincuenta EE.UU. se convirtió, temporalmente, en el primer socio comercial importador de Portugal, aunque Gran Bretaña siguiera siendo primer comprador (18).

La posición del franquismo fue mucho más incómoda. Las condenas internacionales llegaron antes que la GF. Los cálculos de Franco y Carrero de un inminente enfrentamiento occidental contra el comunismo y la consiguiente revalorización estratégica de España se terminaron cumpliendo, pero no tan pronto como el almirante previó tras el alivio que supuso Potsdam (19). Truman buscó un equilibrio entre, por un lado, el temor a un nuevo foco de inestabilidad en el Mediterráneo de caer Franco y, por otro lado, los apremios de la opinión democrática (él y su equipo también eran antifranquistas) y el chantaje de Stalin. El resultado fue una política titubeante, de dura reprobación pública al franquismo y de presión limitada a favor de su «liberalización», pero sin sanciones económicas: EE.UU. y Gran Bretaña contuvieron las iniciativas soviéticas y francesas.

La situación cambió en 1947 con la nueva política de contención. En 1948 EE.UU., sin contar con Gran Bretaña, optó por la progresiva integración del franquismo en el bloque occidental para obtener su apoyo en caso de guerra: levantar la condena internacional, normalizar relaciones y otorgar asistencia económica para promover la estabilidad interna. Lo ideal hubiera sido una España liberalizada que se podría haber unido al resto de la Europa occidental for-

(18) ROLLO (2007): 203 y ss. ROLLO (2003) 115 y ss.; BRITO (2000): 112-113; LEITAO (2007): 47 y ss.

(19) «Notas sobre la situación política, 29-8-1945» en Archivo de la Universidad de Navarra (AUN). Fondo López Rodó 005/421/5 (4/7); MORADIELLOS (1999): 54-60; GUIRAO (2009).

mando un bloque compacto de democracias más o menos estables, con economías saneadas, inmunes al comunismo, pero, como Franco no dio pasos en este sentido, las reticencias de los aliados europeos seguían y de momento no corría prisa la obtención de bases, la nueva posición norteamericana tardó unos años en trasladarse a la realidad. En el trayecto, España quedó excluida de la OECE y del Plan Marshall, la OTAN (1949) y los créditos oficiales norteamericanos (20). La cúpula del Régimen amordazó sus prejuicios antinorteamericanos (21), pero las relaciones no se engrasaron pese al maquillaje ideológico-institucional, las políticas de sustitución hispanoamericana y árabe en clave anticomunista, la protección al exilio de la Europa centro-oriental, la oferta temprana a Washington de una alianza militar y la movilización del *Spanish lobby*. El resultado fue casi un lustro de retraso en la puesta en marcha de los procesos iniciados en Portugal, donde también habían comenzado a funcionar programas de cooperación educativa con profesores y con estudiantes, becados por el *American Field Service*, que cooperó con las Juventudes del Salazarismo (Mocidade Portuguesa). En España la ayuda humanitaria y una recortada política cultural y de propaganda tuvieron escasa repercusión en esta etapa. El medio de influencia indirecta más destacado fue probablemente el cine comercial, curiosamente menospreciado por los medios oficiales norteamericanos (22).

El contraste entre los casos ibéricos y el de Grecia, estimado junto a Turquía como *front line states* vitales para debilitar el flanco sudoccidental de la URSS (23), no puede ser mayor. Allí la llegada de la masiva ayuda norteamericana, además de evitar una debacle económica y humanitaria y paliar la destrucción bélica, determinó la victoria en la guerra civil del bloque ultraconservador fraguado por las antiguas élites civiles y militares. Su modernizado ejército mitigó también el grave problema de seguridad que suponían los proyectos irredentistas de sus vecinos comunistas. Pero la contrapartida fue la determinante influencia norteamericana en el proceso de toma de decisiones políticas y económicas griegas. Las autoridades norteamericanas en el país se convirtieron en árbitros de las luchas internas entre partidos, monarquía y Fuerzas Armadas (con bastante autonomía respecto del gobierno en esos años) en pos de una seguridad interna y sobre todo una estabilidad política que no se logró hasta 1952 (24).

2. UN «MAR NORTEAMERICANO»: LOS FECUNDOS AÑOS CINCUENTA

La guerra de Corea (1950-1953) percibida como posible desencadenante de una guerra general, hizo que EE.UU. buscase extender su red de alianzas y ba-

(20) La revisión más actualizada de este proceso en HUALDE (2011).
(21) FERNÁNDEZ (2013): 135 y ss.
(22) LEÓN (2009 y 2010), DELGADO (2009a), NIÑO (2012).
(23) KAYAOĞLU (2009) 325; LEFFLER (1985).
(24) MILLER (2009): 25-40.

ses militares alrededor de la URSS. Fue la definitiva militarización de la estrategia de contención. En Europa, el Plan Marshall, cancelado en 1951, fue sustituido por ayuda militar. Francia dejó de obstaculizar el rearme alemán (la RFA ingresó en la OTAN), se instalaron bombas atómicas en los barcos de la VI Flota mediterránea, se reforzaron las instalaciones disponibles en Gran Bretaña, Marruecos y Azores con otras en ese mismo radio de alcance en España, además de incorporar a Grecia y Turquía a la OTAN en 1952 y conseguir bases en ambos países. En 1953 quedó constituida una comunidad de seguridad anticomunista desde Portugal a Turquía. Con Portugal, EE.UU. firmó un acuerdo de Mutuo Auxilio para la Defensa (1951): se garantizaba seguridad para el territorio peninsular y permiso para que la ayuda militar pudiera ser usada en el colonial por cláusula secreta. A cambio se obtenía autorización para utilizar las Azores cinco años más, renovada en 1957 hasta diciembre de 1962. Con este sólido engarce, la primera mitad de la década de los cincuenta constituyó para Salazar un periodo tranquilo que culminó en 1955 con el ingreso en la ONU. Fueron años de fecunda colaboración en materia militar con EE.UU., convertido en el aliado preferente y sustituto temporal de Gran Bretaña como proveedor de tecnología, formación y equipamiento militar y primer socio comercial (25).

Esta diplomacia y ayuda militar (26) tuvo un impacto formidable sobre las Fuerzas Armadas portuguesas destacado por la historiografía. Forzó un proceso de modernización profesional y técnica, imprescindible para cumplir las tareas OTAN. Hubo que transformar la composición de las Fuerzas Armadas, recortar el ejército de tierra y actualizar la marina y la fuerza aérea, mejorar su coordinación (Ley de Bases de 1956 e instauración del Estado Mayor General y del Consejo Superior Militar) y crear una nueva División aeronaval, moderna, siguiendo el modelo norteamericano, que se convirtió en el patrón a imitar y en un foco de innovación. Las Fuerzas Armadas se replegaron al ámbito profesional y no intervinieron durante algunos años (fines de la década de 1940 y 1958) en la vida política: de alguna forma la OTAN contribuyó a reducir el poder político y la autonomía de los militares como institución. A un tiempo, las innovaciones militares desencadenaron transformaciones más profundas. Cambiaron la mentalidad y los valores de toda una generación de oficiales formados en EE.UU. y en la OTAN que, ya en los cincuenta, rompió con la mentalidad corporativa, rural, jerárquica y tradicional del Estado Novo e interiorizó nuevos valores de eficacia y competencia profesional. Además su contacto con sociedades más modernas y libres les hizo ver la conveniencia de liberalizar la estructura política portuguesa. Un claro ejemplo es la figura del general opositor Huberto Delgado, quien tras pasar cinco años como agregado militar en Wash-

(25) RODRIGUES (2005): 159 y ss.; TELO (1996): 398 y ss.; (1995): 947-973; FERREIRA (2011): 57 y ss.; TEIXEIRA (1995): 803-818 y (1993): 64-69; JIMÉNEZ (1995): 169 y ss. MARQUINA (1986): 229-246.

(26) Como en el caso del Plan Marshall, la ayuda del *Military Assistence Program* (1949) no se aprovechó más por los escrúpulos nacionalistas de Salazar: MARCOS (2011): 123 y 140.

ington, decidió presentar su candidatura a las elecciones presidenciales, frente al oficialista Américo Thomas, provocando una primera crisis política en 1958; el también general Julio Botehlo Moniz, protagonista del intento de golpe de Estado de 1961, o Francisco da Costa Gomes, que participó en esta sublevación y luego en la Junta de Salvación Nacional de la Revolución de los Claveles (27). Esta generación OTAN de jóvenes oficiales pronorteamericanos progresó rápidamente en el escalafón militar gracias a su preparación técnica. Por último, la nueva tecnología, las técnicas y formas organizativas y de gestión que comportaba el manejo de los nuevos equipos militares, se transmitieron desde la industria de defensa al sector productivo portugués (metal-mecánica, informática, electrónica). Se creó la Escuela Superior de Electromecánica y desde las Fuerzas Armadas se trasladó a la sociedad portuguesa la necesidad de una mayor formación técnica del país, que se plasmó a mediados de los cincuenta en reformas del sistema educativo en Secundaria y Formación profesional. Sin olvidar que, en el proceso, se logró imprimir eficacia a las Fuerzas Armadas portuguesas, como quedó demostrado desde 1961 en las guerras coloniales que el *Estado Novo* logró sostener hasta 1974 (28).

La relación con EE.UU. siguió teniendo efectos indirectos en lo económico. Portugal, como miembro de la OECE, pudo acceder sin problemas a la Unión Europea de Pagos (1950), al Acuerdo Monetario Europeo (1958) y, finalmente, a la EFTA (1959). El trabajo en estas instituciones de diplomáticos, economistas y funcionarios portugueses ayudó a formar una élite técnica conocedora de las reglas y mecanismos financiero-comerciales multilaterales, contabilidad, manejo de estadísticas y conocimiento de la realidad macro-micro económica de su país, con ideas más claras acerca de la necesaria modernización e industrialización frente al viejo modelo proteccionista y agrarista del salazarismo. Además, Portugal se benefició hasta 1957 del programa de Asistencia Técnica y Productividad y sus equivalentes de la OECE y la Agencia Europea de Productividad, dos agentes de *americanización* y *europeización* simultáneas en forma de programas de formación y asesoría técnica. Si no se aprovechó mejor, fue por la escasa colaboración de las autoridades portuguesas, la falta de empresariado preparado y las limitaciones socio-económicas y científico-tecnológicas de partida. Aun así la plataforma saberes y tecnologías que supuso el programa AT&P tuvo un impacto duradero en el sector primario (que absorbió el 80% de los proyectos), pero también en el hidroeléctrico, ferroviario, comercial, siderúrgico y de fertilizantes (29). Tampoco hay que olvidar los efectos del contrato firmado en 1957 para construir un reactor nuclear con tecnología norteamericana. Todo ello mientras se desarrollaba el *I Plano do Fomento* (1953-1957),

(27) La reacción del salazarismo fue reforzar el aparato policial civil y apartar a los militares del control del orden público: PALACIOS CEREZALES (2011): 358.

(28) TELO (1996): 225 y ss.

(29) ROLLO (2007); ÁLVARO (2012): 50 y ss. BOEL (2003): 233, agrupa a Portugal con Luxemburgo, Irlanda, Suiza e Islandia como los países que menos se beneficiaron de la EPA.

cuyas inversiones se centraron sobre todo en infraestructuras (68%), muy por delante de la atención a la agricultura (17%) y la industria (11%) (30). Aún no se rompía con el ideal del «espacio económico portugués» basado en los recursos de las colonias (de hecho 6 de los 50 proyectos del Plan Marshall fueron para minería e infraestructuras en Angola y Mozambique); pero perdía peso la prioridad agrícola.

El giro definitivo se produjo con la decisión de Salazar de participar en la EFTA (1959-1960), organización bajo la esfera de influencia británica que no exigía condiciones políticas: una zona de libre comercio y libertad de relaciones aduaneras con terceros países y colonias, que forzaba a un desarme arancelario, pero controlado, y podía paliar los daños del proceso de integración europeo sobre el sector exportador portugués. Fue una victoria parcial del *lobby* europeísta frente al colonialista dentro de la administración. Con el *II Plano de Fomento* (1959-1964) los nuevos tecnócratas, formados en la onda de los cambios descritos, optaron por equilibrar, transformar y modernizar el modelo productivo, con la industria básica como sector prioritario en inversión, y por la definitiva inserción internacional de la economía portuguesa con el desmantelamiento progresivo del aparato burocrático autárquico. Las adhesiones al sistema de Bretton Woods desde 1960 (Banco Mundial y FMI) y al GATT (1962) fueron otros jalones. Sin embargo, el proyecto del «espacio colonial portugués» no se arrumbó hasta los setenta (31). En consecuencia, igual que para España, los cincuenta fueron también años de transición, aunque en Portugal se dieron antes cifras altas de crecimiento anual del PIB (una media de más del 6% para el sector industrial hasta finales de los cincuenta) y de caída del sector agrario en la actividad productiva, probablemente por los distintos niveles de partida (32).

En paralelo, desde 1952 había comenzado una reorientación del comercio portugués hacia los países de la CEE, de donde procedían además el grueso de las remesas de la emigración y el turismo, tan importantes para el país. En el ámbito comercial, con la recuperación europea, en 1955 EE.UU. había retrocedido dos puestos como socio proveedor de Portugal, por detrás de Gran Bretaña y la RFA (con en torno al 14% de cuota de mercado) y en 1960 Francia (8%) le disputaba ya ese tercer puesto (33). Tampoco la diplomacia pública norteamericana tuvo gran influencia. A finales de los cincuenta sus programas eran muy modestos en Portugal (los de menor presupuesto en Europa junto con los de Suiza) y EE.UU. no podía competir con países como Gran Bretaña o Francia. Solo se financiaron cincuenta becas *Leader*, para personalidades del mundo

(30) NEVES (1994): 1017.

(31) TELO (2000b): 290-293; JIMÉNEZ (2004): 131-153; LEIITÃO (2007): 147 y ss.

(32) NEVES (1994): 1010.

(33) ROSAS (1998): 425; JIMÉNEZ (2004): 167; *Statistical Abstract of the United States.* Vol. 101, p. 875 (http://www.census.gov/compendia/statab).

cultural e intelectual. El programa Fullbright no empezó a funcionar hasta 1961 (34).

El proceso español es más conocido. La Guerra de Corea eliminó las últimas resistencias ideológicas del Ejecutivo norteamericano. En 1950 EE.UU. apoyó el fin de la condena en la ONU y dio luz verde a los primeros créditos públicos: 62 millones de dólares, cantidad que superaba la recibida por Portugal a través del Plan Marshall y era similar a la que España obtuvo a través de los créditos comerciales *swing* otorgados por los países europeos en convenios bilaterales entre 1950-1953 (35). EE.UU. buscó la mínima relación política que, sin dañar la cohesión con el resto de los aliados occidentales, permitiera disponer del territorio español para fines militares. Eso fueron los Pactos de 1953, unos acuerdos con la menor categoría (*executive agreements*) por los que se ofrecía la ayuda militar y económica mínima para garantizar el uso y la eficacia de bases militares. Franco rompía por segunda vez con la tradicional neutralidad española: el país quedaba integrado en el sistema defensivo occidental, aunque con precariedad (fuera del club OTAN) y a cambio de una humillante cesión de soberanía. Los acuerdos no aportaban garantía de mutua defensa, como en el caso portugués. EE.UU. conseguía bases aéreas (Torrejón, Morón, Zaragoza, activas desde 1958), aeronavales (Rota, desde 1960) e instalaciones diversas para sus Fuerzas Armadas y para la OTAN indirectamente; pero, frente a las garantías exigidas por Salazar, Franco concedía casi total libertad para la activación de las bases o cambios en la composición de fuerzas y jurisdicción militar propia para los militares norteamericanos, amén de todo tipo de privilegios fiscales (36). En este sentido los acuerdos españoles eran similares a los firmados por Grecia (1953) y Turquía (1954), no al cauteloso modelo portugués (37). El espaldarazo político que supusieron allanó la incorporación a Naciones Unidas y la normalización de relaciones con Europa occidental, aunque en este ámbito el giro definitivo no se produjo hasta 1958 (Ifni). En lo militar, más allá de su valor disuasorio (frente a Marruecos, por ejemplo), los acuerdos no conllevaban la asistencia suficiente como para poner al día las Fuerzas Armadas españolas que, a diferencia de las portuguesas, nunca llegaron a estar preparadas para afrontar una guerra en solitario. Sí ayudaron a su modernización: formación de mandos en métodos y conceptos estratégicos occidentales y manejo de material militar más avanzado con las estancias de militares en EE.UU. (3.840 solo hasta 1958). Pero, a pesar de que la ayuda militar recibida en España fue muy superior a la portuguesa (casi diez veces mayor), con impacto sobre todo en las armas aérea y naval, no parece que tuviera tanta repercusión socio-política, probablemente por el papel fundamental de las Fuerzas Armadas

(34) Agradecemos a Pablo León los datos sobre diplomacia pública norteamericana en Portugal extraídos de la documentación norteamericana.

(35) GUIRAO (1998): 179.

(36) VIÑAS (2003); MARQUINA (1986): 352-353, 418-444 y 485; TERMIS (2005).

(37) USLU (2003) 70-73; HATZIVASSILIOU (2006): 31-33.

en la política portuguesa, más desdibujado en el caso español (38). El tema está por estudiar: se sabe que solo la construcción de las bases militares supuso una revolución en el ámbito de la ingeniería civil y el sector de la construcción con la introducción de nuevas técnicas y maquinaria, profesionalización de mano de obra, cambio en la relación entre bancos y empresas constructoras, etc. (39).

Las contrapartidas de ayuda económica se calcularon solo en función del programa militar. Su objetivo fue ayudar a evitar un colapso económico que pusiera en riesgo la estabilidad y el uso de las bases. Las cifras totales entre 1953 a 1963 se han fijado entre los 1.690 millones de dólares (R. Rubottom y C. Murphy), 1.500 (Ángel Viñas) y 1.300 (Óscar González). Las fuentes norteamericanas están más cerca de Viñas, si se excluye la ayuda militar (40). La cantidad total fue el 17% de lo recibido por Gran Bretaña desde 1949; el 25% que Francia, la mitad que Italia, un 40% menos que Grecia y Turquía, pero casi un tercio más que Portugal. En la construcción de las bases y las infraestructuras vinculadas a ellas se gastó el 33%. La ayuda más significativa en lo económico llegó entre finales de los cincuenta y 1963, cuando se cortó al considerar que era innecesaria. Aunque representó menos del 1% del PIB entre 1953 a 1963, tuvo un impacto positivo innegable. Facilitó importaciones básicas, cuya escasez por falta de divisas era una de las causas del estancamiento económico, lo que alivió el déficit comercial y la inflación. La tecnología adquirida incrementó la productividad de algunos sectores económicos. Mejoraron las infraestructuras de transporte y energía; además el acuerdo de cooperación civil en materia atómica (1955) permitió la construcción de centrales nucleares. Al reforzar la credibilidad política del régimen, tuvo el efecto indirecto de mejorar las expectativas empresariales y estimular la inversión privada interna e internacional, amén de facilitar un trato más benévolo por parte de las organizaciones económicas multilaterales (OECE, el FMI y el BM). La presión norteamericana en favor de una racionalización y liberalización económica, que fue tímida pero constante, ayudó a la reconducción de la política económica y constituyó un estímulo y una baza para los sectores reformistas en la negociación interna del Plan de Estabilización de 1959, como sucedió en los casos de Portugal y, con apremios más directos, en Grecia y Turquía (41). Por último, los acuerdos fue-

(38) En el caso griego el efecto OTAN sobre las Fuerzas Armadas fue similar al de Portugal (profesionalización y más control desde el Ejecutivo), pero se mantuvo un núcleo de oficiales ultranacionalistas, convencidos de ser los guardianes y salvadores de la patria (IDEA) que serían los protagonistas del golpe de Estado de 1967. HATZIVASSILIOU (2006): 20 y cap. 2.

(39) Ángel Alonso lo está estudiando para la base de Torrejón y Nicolás Sesma para la de Zaragoza.

(40) *U.S. Overseas Loans and Grants. Obligations and Loan Authorizations, July 1, 1945-Septembre 30, 2005.* Washington. U.S. Agency for International Development (USAID) y «Créditos y Ayudas Externas otorgadas por el gobierno de EE.UU., 1945-1979» en *Statistical Abstract of the United States.* Vol.101, p. 868.

(41) La presión norteamericana en pos de una mayor racionalización de la gestión económica y menor proteccionismo para atraer inversión exterior fue mucho más directa en Turquía y

ron trascendentes para anudar aún más las relaciones económicas bilaterales: turismo, comercio, inversiones e instalación de firmas norteamericanas. EE.UU. se convirtió durante dos décadas en el primer inversor y proveedor de la economía española; una situación que, en el caso de Portugal, solo se dio durante los años de vigencia del Plan Marshall (42).

Estas relaciones económicas facilitaron, a su vez, la formación de capital humano en el manejo de nuevas técnicas o fórmulas empresariales y de trabajo del capitalismo occidental más moderno. También se derivaron efectos positivos de la cooperación educativa y científico-técnica: la formación y especialización de miles de funcionarios y empresarios, investigadores, ingenieros y técnicos en los más variados campos con los distintos programas de intercambio (*Foreign Leader* desde 1952, *Educational Exchange Program* desde 1954 y *Technical Exchange Program* 1954-1963). En 1958 se firmaba el programa *Fullbright,* cuyas becas convirtieron a EE.UU. en el primer destino de profesores y estudiantes españoles en el extranjero poniendo fin a la vieja preferencia por Europa (43). Además se mantuvieron los programas de propaganda y política cultural para ganarse a las élites franquistas y neutralizar resistencias y prejuicios que perjudicaran el programa de bases, amén de dar a conocer el modelo de vida americano, como estímulo para atenuar el rancio nacionalismo franquista (44). Casi todo lo que tiene que ver con consumo y cultura popular está por estudiar (45).

En resumen, la conexión hispano-norteamericana tuvo, como en Portugal y Grecia, un efecto modernizador indudable en el ámbito económico y, por ende, en el socio-cultural, aunque en España su impacto fue más relevante desde finales de los cincuenta. Se canalizó en apoyo del cambio marcado por el Plan de Estabilización de 1959 y dando prioridad desde el principio a la industria, frente a lo sucedido en Portugal. En política interior Washington mantuvo su línea de estricta no intervención, al contrario de lo ocurrido en Grecia. Bien es cierto que en este último país a partir de 1952, tras presionar y conseguir un cambio de ley electoral que facilitara gobiernos mayoritarios, se inauguró un periodo de estabilidad política (gobiernos Papagos, 1952-1956 y Caramanlís, 1956-1963) que se tradujo en una menor dependencia del arbitraje político de EEUU, solicitado hasta entonces por las propias fuerzas socio-políticas griegas (46). En

---

sobre todo en Grecia ya desde 1948. Los efectos positivos fueron similares y las reformas resultaron básicas para el espectacular despegue económico griego (crecimiento 6% anual entre 1955-1963): ÓZCAN (2003); IATRIDES (1993): 19.

(42) AFONSO-AGUIAR (2004): 37; FONSECA (2010): 194.

(43) ÁLVARO (2011); DELGADO (2005, 2009b, 2012); PUIG (2005); PUIG-ÁLVARO (2002 y 2004).

(44) LEÓN (2009 y 2012).

(45) IGLESIAS (2011).

(46) MILLER (2009): 66-83. La historiografía revisionista habla de una relación clientelar y dependiente desde 1947. Jon Kofas (1989), por ejemplo, acusa a EE.UU. de no buscar un desarrollo equilibrado de Grecia, no propiciar reformas necesarias, beneficiar solo a la oligarquía

cambio, desde el punto de vista de la política exterior, los tres Estados, como Turquía, mantuvieron su alineamiento incondicional con EE.UU.

3. UN AMIGO AMERICANO POCO AGRADECIDO

Desde finales de los años cincuenta, se produjo una disminución relativa de la importancia estratégica de las bases ibéricas con los nuevos aviones de transporte, misiles intercontinentales y submarinos atómicos. Sin embargo, la inestabilidad política en África, Magreb y Oriente Medio terminaron revalorizando sus servicios. La crisis de Suez acabó con influencia colonial de Francia y Gran Bretaña en el Mediterráneo Oriental, pero también con el intento de EE.UU. de captar al nacionalismo árabe contra el comunismo. La reacción fue la *Doctrina Eisenhower*: incrementar la capacidad de intervención militar en la zona para llenar cualquier vacío de poder que permitiera a Moscú sacar provecho, lo que se tradujo en el despliegue de misiles nucleares en Italia y Turquía en 1959. Después se ensayó una política más realista y constructiva con Nasser, sin embargo EE.UU. no logró poner en marcha una política regional eficaz en el Medio Oriente. En paralelo, sus aliados de la cuenca norte mediterránea se mostraron mucho menos dóciles. El caso más conocido es el de la Francia de De Gaulle, que sirvió de ejemplo, pero también se enturbiaron las relaciones de EE.UU. con Portugal (por la descolonización), España (renegociaciones de 1963 y 1968), Grecia y Turquía (crisis de Chipre, 1963-1964), países donde ascendió el antiamericanismo. Sus gobiernos ensayaron una política exterior más flexible, más acorde con sus intereses nacionales, que en el ámbito ibérico Salazar aprovechó mejor que Franco. Esta situación se tradujo en un debilitamiento del flanco sur de la OTAN, justo cuando la URSS trataba de captar regímenes amigos en la cuenca sur con ayuda militar y económica (Egipto, pero también Argelia y Siria, Turquía y Marruecos) e incrementaba la potencia de su flota mediterránea.

El tema colonial llegó a dañar tanto las relaciones luso-norteamericanas que casi impidió la renovación de los acuerdos sobre Azores. A los primeros resquemores por la inhibición de EE.UU. en el asunto de Damão (enclave ocupado por India) y Macao (colonia perjudicada por el embargo económico norteamericano a China) en 1954, siguió la crisis de Suez, que ratificó la desconfianza hacia

económica, permitir el patronazgo tradicional y la corrupción y forzar la emigración masiva. La historiografía académica más reciente está matizando las luces y sombras de la relación y es muy crítica con el uso populista de esta argumentación por la clase política. Iatrides (1993) estima que el objetivo de EE.UU. nunca fue hacerse cargo del desarrollo económico griego, aunque reproche que se optara por una estabilidad política insana, con el poder en manos de un segmento político ultraconservador, sin apoyo popular, que mantuvo a la izquierda prohibida y estigmatizada. El propio Miller (2009: 111-135) muestra que entre 1963-1967, a pesar de abrirse otro periodo de inestabilidad política, la actitud norteamericana fue de no intervención en política interior ni en el espinoso tema chipriota.

EE.UU. de Salazar (47). Ya en 1957 se mostró partidario de la máxima dureza en la renegociación de los acuerdos bilaterales, frente a sus militares, opuestos casi en bloque a cortar la línea de cooperación atlantista. Conforme la situación en el imperio portugués se tensó, Salazar fue relegando sus obligaciones con la OTAN a fin de preparar a sus Fuerzas Armadas para una inminente guerra colonial. Entretanto su resistencia a admitir la posesión de territorios no autónomos en la ONU se demostró insostenible. En 1961, la marea de las independencias africanas, el desarrollo de los movimientos nacionalistas en Angola, Guinea y Mozambique, las resoluciones de condena al colonialismo en Naciones Unidas, la anexión definitiva de Goa, Damau y Diu por parte de la Unión India y, finalmente, el inicio de las guerras de descolonización colocaron a Salazar en una posición muy difícil. A ello se sumó la llegada a la presidencia de J.F. Kennedy, dispuesto a forzar cambios en la política colonialista portuguesa. Los agravios provocados por la nueva administración se acumularon: una actitud hostil en el incidente del *Santa María*, apoyo al golpe de general Julio Botelho Moniz (partidario de flexibilizar la política colonial pare evitar la guerra), respaldo norteamericano a las resoluciones de condena por las matanzas en Angola, ayuda a los líderes nacionalistas del África portuguesa, falta de firmeza para frenar la acción unilateral de la India y embargo de armas norteamericanas (y británicas) para impedir su uso en conflictos coloniales. El sector *africano* del Departamento de Estado, partidario de presionar a Salazar para que aceptase la autodeterminación de las colonias, había ganado la partida al *europeo,* más preocupado por retener el uso de las Azores. El régimen portugués alentó manifestaciones antinorteamericanas, congeló los compromisos con la OTAN y amenazó con no renovar los acuerdos sobre Azores que caducaban en diciembre de 1962. Exigió contrapartidas políticas y la reanudación de la venta de armas. Salazar se mostró inflexible hasta el último momento. Solo aceptó una solución provisional: el uso de las instalaciones en las Azores en tiempo de paz «a título de facto mientras durasen las negociaciones». Es decir, la parte portuguesa se reservaba el derecho de acabar en cualquier momento con la concesión. Este inestable escenario para el Pentágono se mantuvo, como una espada de Damocles, hasta 1971 (48).

Salazar, durísimo negociador –a diferencia de Franco y su círculo–, convencido de que su misión histórica era preservar el Imperio, conservó intacta su desconfianza hacia Washington hasta 1968, a pesar de que la tensión se fue mitigando. Ante la precaria disponibilidad de las Azores, el *European desk* y el Pentágono acabaron imponiéndose; también contó la presión de la colonia luso-norteamericana, la campaña de relaciones públicas contratada por Lisboa y la superioridad militar portuguesa en las guerras coloniales. Pronto se abrió una fase de «neutralidad colaboradora» hacia Portugal. El hecho de que África en-

(47) OLIVEIRA (2011): 77 y ss.; MARTINS (1999).
(48) SILVA (1995); CUETO (2013); MAGALHÃES (1996); RODRIGUES (2002).

trara de lleno en el conflicto de la Guerra Fría a lo largo de la década fue decisivo: crisis en Congo, primeros contactos y ayuda a los movimientos de liberación de las colonias por parte de la URSS en su apuesta por el Tercer Mundo, intrusión de Cuba y China, más gigantescas inversiones occidentales en un área de ingentes recursos naturales y minerales. Washington optó sin mucho éxito (Plan Anderson, 1965) por una política persuasiva con Lisboa, en parte canalizada a través de España, y por un discreto apoyo político-diplomático. Este cambio se hizo más evidente desde la llegada de Lyndon B. Johnson (1963-1968) a la Presidencia, la escalada de la guerra Vietnam y la definitiva globalización de la GF. Por fin cuando la crisis árabe-israelí de 1967 puso de relieve la importancia estratégica de la ruta de El Cabo, Washington cortó definitivamente su apoyo a los movimientos nacionalistas africanos, las relaciones bilaterales se distendieron y Portugal terminó por recuperar parte de sus compromisos con la OTAN: una victoria moral para Salazar (49).

Durante los años sesenta la «amistad» luso-americana permaneció congelada y el papel de EE.UU. como agente externo de occidentalización en Portugal se diluyó. Sin embargo Salazar logró reorientar sus relaciones exteriores. En primer lugar sacó partido de la desazón francesa ante la hegemonía norteamericana. De Gaulle perseguía independizar Francia de los dos bloques, de ahí el abandono de la estructura militar de la OTAN y el programa nuclear propio. En su política de *grandeur,* no dudó en ejercer de patrocinador del Portugal salazarista, al que agradecía el apoyo en la cuestión de Argelia. La creciente relación comercial y migratoria convertía a Portugal en un prometedor mercado de inversiones y exportaciones. Ayudar a Salazar en su esfuerzo africano contribuía también a obstaculizar la presencia anglosajona en África, dejaba en evidencia la falta de solidaridad de EE.UU. con sus aliados europeos y podía facilitar el acceso a materias primas estratégicas (uranio de Mozambique) y acelerar el programa nuclear francés con la estación de rastreo de misiles nucleares experimentales cedida por Portugal en Azores. A cambio Francia vendió helicópteros, aviones, vehículos de transporte, motores, participó en la renovación de la marina de guerra portuguesa, cortó sus apoyos a oposición antisalazarista, otorgó apoyo diplomático a Portugal en la ONU y la OTAN e intermediación con los líderes africanos francófonos (50).

Salazar también anudó una fecunda relación con la Alemania occidental. La RFA buscaba una política exterior propia y reforzar su sistema de defensa. Desde que la OTAN adoptase como doctrina oficial la *respuesta masiva* para defensa de Europa (1956), la RFA buscó organizar una retaguardia segura lejos del frente, de ahí su intento de obtener bases militares en la península ibérica. Por razones políticas fue impracticable en España, pero sí se materializó en Portugal. Desde 1959-1960 comenzó la cooperación económica y militar. La

(49) TISCAR (2013); SCHNEIDMAN (2004).
(50) MARCOS (2007).

RFA obtuvo la cesión de la base aérea de Beja (1963) y el uso de puertos portugueses en caso de guerra. No hubo apoyo público a la política colonial por la necesidad alemana de mantener buenas relaciones con los nuevos países africanos (votos para el problema de la división alemana en la ONU), pero sí tecnología para la industria de defensa portuguesa, armamento, vehículos y créditos para ayuda al desarrollo (127 millones DM entre 1961 y 1968) más millonarias inversiones para la metrópoli y las colonias (minería e infraestructuras en Angola y Mozambique). Era también una forma de compartir con EE.UU. las cargas de la GF (*burden sharing*) en Europa Occidental, cuando los compromisos mundiales y los problemas presupuestarios de Washington obligaron a recortar su ayuda a Europa: esta misma tarea se aprecia claramente en las relaciones germanas con Grecia (51) y habría que valorarla más en el caso español. El apoyo alemán a Portugal podía evitar su salida de la OTAN en caso de que Salazar se sintiera abandonado por sus aliados, con la consiguiente pérdida de Lajes, y contribuir a la estabilidad política en uno de los bastiones anticomunistas ibéricos. A cambio, la RFA se convirtió en el primer proveedor exterior de Portugal (también de Grecia) hasta finales de los setenta y segundo socio comercial, detrás de Gran Bretaña (mejor cliente de exportaciones) y por delante de EE.UU. (52). Esta relación cooperativa continuó tras la llegada al gobierno de los socialdemócratas alemanes (sirvió de contrapeso a la *Ostpolitik*), aunque tuviera menor perfil por razones de opinión pública, y se combinó con apoyos a las fuerzas anti-salazaristas, en especial a los socialistas (53). Las otras «políticas de sustitución» portuguesas fueron las relaciones con las repúblicas segregacionistas de Rhodesia del Sur y Sudáfrica, aparte del continuado respaldo de Brasil y España (54).

En resumen, aunque finalmente se impuso la distensión entre Lisboa y Washington, la relación de los cincuenta no se recuperó hasta el relevo de Salazar y EE.UU. dejó de ser el gran proveedor de material militar. De ahí el mayor esfuerzo de la propaganda y diplomacia cultural norteamericanas para contrarrestar los daños de imagen sufridos: más presupuesto, más becas del programa *Leader,* de intercambio educativo y Fullbright, *American Studies* en las universidades de Lisboa y Coimbra, etc. Los logros fueron, sin embargo, limitados, como se recoge en la documentación norteamericana. En la década de los sesenta fueron los países europeos, sobre todo Gran Bretaña y Alemania (primeros socios comerciales portugueses), los que siguieron alimentando las transformaciones iniciadas en la década anterior con inversiones en la metrópo-

(51) FONSECA (2007). En el caso de Grecia, EE.UU. se concentró en la ayuda militar y la RFA entró en juego en el ámbito económico ya desde 1953-1954: cuando la ayuda norteamericana se recortó fue sustituida por la alemana para evitar recortes en el programa de rearme griego PELT (2006): 139 y ss. El resto de objetivos fueron similares, como en el caso español: DÍAZ (2000).

(52) NEVES (1994): 1029; FONSECA (2007); SANTOS (2009).

(53) LOPES (2011).

(54) JIMÉNEZ (1996).

li y las colonias (EE.UU. se mantuvo, no obstante, como segundo inversor tras la RFA), con transferencias tecnológicas (industria naval y aeronáutica, sobre todo, cesión de patentes y licencias para fabricación de armas) y con ayuda financiera (RFA) (55). Además de estos agentes de *occidentalización,* los procesos que más influyeron en el desarrollo de Portugal fueron las obligaciones de apertura comercial y estabilización económica ligadas a su ingreso en la EFTA (1959), en el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (1960) y a su adhesión al GATT (1962), que contribuyeron al crecimiento de las exportaciones al mercado europeo: mayores hacia el conjunto de la CEE que hacia los países de la EFTA incluso antes del Acuerdo de 1972 con la CEE, con un 48,6% y un 13,8% respectivamente en 1973. La liberalización económica (*Código de Investimento Estrangeiro* de 1965) y una rápida diversificación industrial (*Plano Intercalar* 1965-1967) permitieron mantener un ritmo de crecimiento económico espectacular, aunque no sin desajustes sociales: una elevadísima tasa de emigración (un 2% entre 1966-1973). El otro lastre fueron las guerras coloniales, que entre 1961-1974 absorbieron ingentes recursos públicos (40% del presupuesto estatal y 4,7 del PIB cada año) y humanos, agudizando el efecto negativo de la emigración masiva (56).

Por lo que se refiere a España, esta etapa aparece marcada por los dos intentos (1963 y 1968/1970) de renegociar las condiciones de los acuerdos de 1953 y por la aspiración de ingresar en la OTAN. Desde finales de los cincuenta en los medios oficiales empezó a cundir un progresivo desencanto con la relación. La cesión de soberanía quedó en evidencia cuando las bases fueron activadas sin previo aviso en la crisis del Líbano (1958) y Cuba (1962). España no disfrutaba de las ventajas políticas y militares de los aliados OTAN, amén del agravio que suponían los privilegios del personal estadounidense. Los avances nucleares soviéticos, más la inseguridad por la situación del Magreb hicieron patente la falta de compensación por los riesgos aceptados, que el accidente de Palomares (1966) ratificó, y cundió la sensación de agravio por el tipo y la cantidad de ayuda recibida. Además, en los años previos a la segunda renovación se impuso la idea de que la aportación española había cobrado más valor por la actitud de Francia en la OTAN (1965). Se estimó como ingratitud la falta de apoyo en el tema de Gibraltar, la posición neutral en el tema marroquí y la escasa ayuda para la integración en la OTAN y la CEE. Desde 1966-1967 se puede hablar, pues, de clara desilusión. Hasta 1969 el equipo del Ministerio de Exteriores dirigido por Fernando M.ª Castiella intentó vender más cara la posición estratégica española, negociar fuerte y exhibir una política de estilo *gaullista*. Se buscaba una menor dependencia de EE.UU. y una aproximación a Europa, mientras se eliminaban los riesgos de un nuevo aislamiento aceptando la descolonización.

(55) Las cifras del total de comercio portugués en 1970 son: Gran Bretaña el 16,4%, RFA el 12,06%, EE.UU. el 7,75% y Francia el 6,07%, en ROSAS (1998): 428.

(56) TELO-TORRE (2003): 184.

Además, una política más despegada de EE.UU. ayudaba a mejorar las relaciones con el Tercer Mundo y con el grueso de los teóricamente no alineados, cuyos votos eran preciosos en Naciones Unidas para las causas de Guinea, Sáhara y Gibraltar (57).

El objetivo de Exteriores desde 1963 fue reequilibrar el compromiso de las dos partes: conseguir la integración en la OTAN, un verdadero tratado de mutua defensa con el visto bueno del Legislativo, algún tipo de garantía de seguridad o un sustancial incremento de ayudas económico-militares que permitiera a las Fuerzas Armadas españolas afrontar en solitario las amenazas previstas (Marruecos o Argelia). Pero nada de ello se logró durante el franquismo, porque la posición negociadora española siempre fue débil. Por una parte, las bases españolas no tenían (excepto Rota) la relevancia estratégica de las Azores. Por otra parte, la dinámica política de la dictadura minó la unidad de acción exterior del Estado. En EE.UU. sabían de las divergencias entre los distintos actores españoles: el MAE quería recuperar soberanía, los ministerios militares más armamento y cooperación militar y el dúo Franco-Carrero Blanco mantener a toda costa el nexo político-militar con EE.UU. salvaguardando las apariencias de prestigio y dignidad nacional. Estas divergencias dejaron mucho margen de maniobra a la parte norteamericana, que siempre fue consciente de que Franco no tenía alternativas: ni el amago de menor alineamiento del último Castiella (1968-1969), ni una mayor vinculación con Francia lo eran. El proceso de desencanto español coincidió con las dificultades presupuestarias norteamericanas agudizadas por Vietnam. Esta guerra provocó, además, que el Senado tratara de limitar cualquier nuevo compromiso internacional del Ejecutivo, lo que afectó negativamente las renegociaciones. A pesar de todo, en 1963 se arrancó una teórica reciprocidad en los compromisos defensivos y la consulta obligatoria de los cambios importantes en las bases, más ayuda militar (100 millones de dólares y otro tanto en créditos). Hasta 1968 se logró un mayor control sobre las actividades norteamericanas en territorio español, siempre por iniciativa del MAE, que puso coto a la dejadez generosa de los militares españoles en los años anteriores, similar a la de sus conmilitones griegos y turcos. Se establecieron condiciones al uso de submarinos nucleares en Rota, se restringió el uso indirecto que hacían fuerzas militares de otros miembros OTAN de las bases y se prohibieron desde 1966 los sobrevuelos con material nuclear por territorio español (58).

---

(57) PARDO (2007).

(58) El paralelismo con el caso de Turquía es asombroso: descontento con los privilegios norteamericanos desde 1953, la retirada de los *Júpiter* en 1964 y la actitud neutral de EE.UU. en el caso de Chipre; en respuesta, prohibición de vuelos de reconocimiento en la URSS desde bases turcas desde 1965 y del uso de las bases en las crisis árabe-israelíes, restricciones al paso de buques nucleares de EE.UU. por los Estrechos y firmeza en la renegociación de los acuerdos (1969): USLU (2003).

En política exterior la apuesta por diversificar las relaciones internacionales españolas fue similar a la que efectuaron tanto Portugal como Grecia y Turquía. Se priorizaron las relaciones con la Francia de De Gaulle y la RFA (con Londres la colaboración fue imposible desde 1966 por el contencioso de Gibraltar) y hubo una clara reorientación estratégica hacia la Europa de la CEE desde 1962 (que también se produjo en Grecia un poco antes), desde la certeza de que el futuro político y económico nacional estaba allá (incluso Portugal solicitó sin éxito la asociación ese año). Se flexibilizaron y desideologizaron las políticas regionales –iberoamericana (Castro) y árabe (Nasser)–, se inició una apertura hacia los países comunistas y se atendió a los nuevos Estados independientes. Hatzivassilou, refiriéndose al caso griego, ha calificado este estilo diplomático como «funcional», porque dejaba a un lado las rigideces ideológicas anticomunistas y se centraba en las realidades económicas y geográficas (59).

Con respecto al tema de las «transferencias», los procesos abiertos en los años cincuenta siguieron en los sesenta: al Programa de Asistencia Técnica cerrado en 1963, le siguieron las actividades de la Fundación Ford junto con el programa Fullbright o la colaboración en el programa espacial. Desde los servicios de propaganda de la embajada se promovió el arranque de los *American Studies,* más el fomento del estudio del inglés (60). Con todo ello se buscó compensar el creciente antiamericanismo de los sectores críticos con la dictadura y contribuir a la modernización a medio plazo del aparato del Estado (administración, educación, etc.), de la economía y sobre todo de sociedad española, lo que ayudaría a reconducir su política por cauces no revolucionarios a la muerte de Franco, siempre con el horizonte final de la plena integración en la Europa Occidental; un programa que encajaba a la perfección con la filosofía tecnocrática de los últimos gobiernos franquistas, a los que indirectamente reforzaba (61). En lo económico, tan importantes como los cauces oficiales o semioficiales, fueron las casi 350 empresas estadounidenses presentes en España, sobre todo teniendo en cuenta que en esos años, a diferencia de lo sucedido en Portugal, EEUU siguió siendo el primer socio comercial e inversor (62). Sin embargo, como sucedió en el país vecino, tanto las remesas de emigrantes, como la mayor parte de contratos de asistencia técnica, el turismo y el resto de los capitales de inversión procedía crecientemente de Europa (sobre todo

(59) El patrón de griegos y turcos es similar: cortejo al Tercer Mundo buscando votos para el asunto de Chipre, aproximación a los países árabes y al bloque soviético y Yugoslavia. Grecia refuerza su relación con la RFA, pero también entra en un juego con la baza francesa similar al empleado por Castiella para equilibrar la influencia norteamericana: HATZIVASSILOU (2011): 62 y ss.

(60) RODRÍGUEZ (2010), MARTÍN-RODRÍGUEZ (2013), MARTÍN (2011)

(61) Remitimos a los artículos de Lorenzo Delgado en este mismo dossier.

(62) Entre 1960-1975 la inversión norteamericana estaba entre el 40-50% del total (parte de las inversiones suizas eran de multinacionales norteamericanas) y representó el 1% del PIB. En 1975 las cifras acumuladas de inversión USA eran: España, 1.763 millones de dólares, Portugal 205, Grecia 410, Italia 2.679: ALVARO (2012): 56, 70,89; SÁNCHEZ (2006): 249-277.

de Suiza, la RFA 11% y Gran Bretaña 10%). También fue la apuesta por la CEE, más que las recomendaciones norteamericanas, el acicate de la prudente liberalización comercial adoptada hasta 1975. Por otros cauces discurría la influencia de la potente cultura popular norteamericana (cine, música, cultura juvenil contestataria, etc.), con mayor difusión en esta década merced al desarrollo de los medios de comunicación, en particular la televisión.

4. LA RECOMPOSICIÓN DE LAS RELACIONES EN EL OCASO DE LAS DICTADURAS

Al cierre de la década de los sesenta, se acentuó la conflictividad en el Mediterráneo: creciente presencia naval de la URSS, que podía aprovechar la radicalización de Siria, Irak, Libia (Gadafi no renovó en 1970 el acuerdo sobre la base de Wheelus) y Argelia (apoyo de movimientos revolucionarios de todo tipo); inestabilidad política en Italia; aguda tensión greco-turca desde el golpe de los Coroneles en 1967; inestabilidad en Marruecos (atentados contra Hassan II); crisis árabe-israelí en 1973 y finalmente tres transiciones políticas casi simultáneas, con un proceso revolucionario abierto en Portugal y sus colonias, más el riesgo añadido de conflictos entre aliados por Chipre y por Sáhara Occidental. La estrategia de la distensión entre las superpotencias, que funcionó en el escenario central europeo y en el tema armamentístico, no se aplicó al Tercer Mundo y tampoco al escenario mediterráneo. Aquí EE.UU. no se mostró dispuesto a permitir la más mínima redistribución de poder. Debía salvaguardar el acceso europeo al petróleo a precio razonable, la permanencia del Estado de Israel (aliado regional desde 1967) y evitar la inestabilidad de sus aliados de la cuenca norte y de los países árabes «moderados». Con ese panorama, Washington optó por asegurar sus instalaciones militares en España, Portugal, Grecia y Turquía con sendos acuerdos firmados entre 1970 y 1971, sin tener en cuenta la impopularidad de sus regímenes políticos. El relevo de Lyndon B. Johnson por el tándem Nixon-Kissinger en 1969 hizo más fácil esta política complaciente hacia las dictaduras mediterráneas: apoyaron a los nuevos gobiernos tecnocráticos de España y Portugal desde 1968-1969, a la Junta griega (que volvió a recibir ayuda militar) y luego a la turca desde 1971 (63).

En Portugal, Marcelo Caetano, relevó a Salazar en 1968 con un prometedor programa reformista y, en cierta medida, liberalizador. En una coyuntura económica positiva y con cifras de crecimiento espectaculares (7,2%), durante el periodo del III Plan de Fomento (1968-1973) prosiguió el acercamiento a la

(63) Frente a la estrategia de modernización «a medio plazo» planteada para las dictaduras burocráticas ibéricas, se aceptó la dictadura de los Coroneles por sus credenciales atlantistas y, tal vez, porque en un principio se estimó que un régimen militar podía acabar con la inestabilidad y abrir (como en Indonesia o Corea del Sur) una vía hacia la modernización política: SCHMITZ (2006): 36 y ss., BRAZINSKY (2007). Sin embargo, la relación con los militares golpistas fue una pesadilla para Washington hasta 1974: MARAGKOU (2009), MILLER (2011): 136 y ss.

CEE (Acuerdo comercial de 1972) en el marco del hundimiento de la EFTA y de la descomposición del Espacio Económico Portugués colonial, sin la mística política que tenía para la sociedad española (64). Por otra parte, a pesar del recrudecimiento de la ofensiva anticolonialista en la ONU desde fines de 1971, pudo contar con la benevolencia de los gobiernos conservadores de EE.UU., Francia y Gran Bretaña, incluso del socialdemócrata alemán, aunque disminuyese su cooperación militar. Los tres últimos solo se distanciaron de la dictadura en 1973 (65), cuando la parálisis del aperturismo, la creciente legitimidad internacional del nacionalismo africano y la situación militar en las colonias hicieron muy complicada la situación portuguesa.

Por lo que se refiere a EE.UU., Caetano aprovechó que Portugal se hubiera convertido, según Kissinger, en *«a NATO ally defending the West in its African flank»*. La permanencia de Portugal (y de los regímenes segregacionistas sudafricanos) en África se consideraba una baza ante la intervención comunista y los crecientes intereses económicos occidentales en el continente. Al aflojar Washington el embargo militar, Lisboa facilitó la participación de empresas americanas en los proyectos hidráulicos mozambiqueños, retomó la OTAN como marco básico de política de defensa portuguesa y ofreció negociaciones para tratar de solventar la cuestión de las Azores. En diciembre de 1971 se acordaba extender el uso de las instalaciones militares hasta febrero de 1974. Por primera vez no se solicitaban contraprestaciones políticas ni ayuda militar, sino contrapartidas financieras, elemento que siguió siendo la base de la relación bilateral hasta 1989. A cambio, Portugal (como España) apoyó la postura norteamericana en el ingreso de la China comunista en la ONU y dio permiso para el uso de las Azores en la Guerra del Yom Kippur, una misión no OTAN a la que el resto de aliados europeos (incluida España) se había negado a contribuir. La contrapartida fue la orden de Kissinger en diciembre de 1973 de proveer a Portugal con modernos misiles tierra-aire para sus guerras africanas, violando el viejo bloqueo oficial y el control del Legislativo. Pero también arrastró la decisión árabe de no suministrar petróleo a Portugal, lo que terminó de ahogar la economía del país, ya exhausta por el conflicto colonial: un elemento definitivo en la crisis final del *Estado Novo* (66).

En resumen, EE.UU. terminó convertido en uno de los pocos defensores de la dictadura en 1973, sin darse cuenta de que el Régimen estaba a punto de colapsar. La embajada recibió órdenes de restringir sus contactos con la oposición y los sectores militares descontentos, de tal manera que en abril de 1974 se encontró con que no tenía ni buena información ni interlocutores entre las fuerzas políticas y militares de la *Revolución de los Claveles*. Las cifras invertidas

(64) TELO (2007): TEXEIRA (2004); SÁNCHEZ-CERVELLÓ (1995); ANDERSEN-LEITAO (2001).

(65) OLIVEIRA (2002) 355-407; LOPES (2011); 81; MUÑOZ (2005); OLIVEIRA-MACQUEEN (2010).

(66) MAGALHÃES (1988); ANTUNES (1992 y 2000); SCHNEIDMAN (2004): 105-172.

en diplomacia cultural, propaganda y programas de captación de líderes seguían siendo muy reducidas, de ahí la escasa eficacia de sus campañas, tanto para limitar el antiamericanismo de la izquierda portuguesa, como para acabar con los reflejos nacionalistas (el discurso del lusoafricanismo) de la dictadura. No obstante, desde abril de 1974 los gobiernos provisionales, pese al discurso neutralista y antiyanki de los partidos y movimientos que los integraban, no se plantearon abandonar la OTAN: el peso de los militares en el proceso, más la inicial actitud norteamericana de *wait and see* (pese a los recelos iniciales de Kissinger) y luego de presión prudente, muy influida por la actitud del resto de socios europeos, puede explicarlo. La solución alternativa de promover una escisión de Azores y Madeira no fue necesaria. La flexibilidad del nuevo embajador Frank Carlucci, la colaboración con los gobiernos europeos y el realismo del propio Kissinger permitieron recomponer las relaciones bilaterales y contribuir a una salida moderada de la crisis portuguesa (67). En la etapa de consolidación democrática (1976-1986) Portugal retomó su camino occidental y atlantista, ya sin lastres coloniales. La ayuda económica norteamericana, junto con la europea (sobre todo alemana), en forma de créditos (más el acuerdo con el FMI en 1977), volvió a ser fundamental para la recuperación portuguesa en los primeros y más complicados momentos de esta fase, en la que también se multiplicaron los esfuerzos de la diplomacia pública norteamericana en el país (68).

La situación española presenta paralelismos con la portuguesa: dictadura declinante, acercamiento a la CEE, problema colonial y necesidad de mantener el nexo con el *amigo americano,* indispensable al carecer España de cobertura OTAN o garantía de seguridad bilateral. En el acuerdo de 1970 se logró hacer desaparecer la cláusula secreta que permitía activar las bases con una mera comunicación y estas pasaron a ser exclusivamente españolas. Se prohibió el almacenaje de armas químicas y biológicas y se levantaron las objeciones al acuerdo preferencial con la CEE. Pero no se aprovechó la única coyuntura en que los norteamericanos estuvieron dispuestos a abandonar instalaciones (69) y las contrapartidas económicas fueron muy exiguas. Aunque consiguió poner las relaciones bajo la autoridad del MAE, tampoco pudo evitar que los EE.UU. utilizaran las bases en favor de Israel en 1973, contra los intereses de la política árabe española. Washington apoyó a la dictadura hasta el final (aunque jugase un papel ambiguo en Sáhara), sin exigencias de ningún tipo y sin apenas contactos con la oposición, a cambio de un último acuerdo en 1975, con Franco agonizando y la amenaza de una guerra con Marruecos: se mantenían todas las instalaciones otros 5 años a cambio de 75 millones de dólares de ayuda militar.

---

(67) SA (2004); GOMES-SA (2008); LEMUS (2011): 19 y ss.

(68) TELO (2007); PINTO (2002); «Interview with Frank C. Carlucci III» and «Interview with Richard H. Melton» in Foreign Affairs Oral History Collection of the Association for Diplomatic Studies and Training http://memory.loc.gov/ammem/collections/diplomacy/

(69) National Archives & Records Administration (NARA), RG 59, NPMP NSCI, Policy papers NSDM H-286, pp. 57 y 64.

No entró en vigor, invalidado por otro más equilibrado firmado en enero de 1976, con Juan Carlos I ya flamante jefe del Estado. Escarmentados en Portugal, los norteamericanos apostaron desde el principio por la causa moderada del nuevo monarca español, aunque como allí, pagaron en términos de antiamericanismo su larga amistad con la dictadura (70).

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

El Mediterráneo pasó de ser zona clave de fricción entre la URSS y EE.UU. desde 1946, a *lago americano* en los cincuenta, para volver a convertirse en duro escenario de confrontación desde 1967. Por una mezcla de oportunidad política y presión de la superpotencia, tanto Franco como Salazar se plegaron a la cesión de bases militares a cambio de paliar sus problemas de seguridad, integración internacional o debilidad económica. Ambos gobiernos, como los de Grecia y Turquía, fueron aliados incondicionales hasta la década de los sesenta. La relación cambió entonces cuando, en paralelo con los problemas que la URSS experimentó dentro de su bloque, los cuatro Estados mediterráneas, sin romper su alineamiento occidental, optaron por políticas exteriores más autónomas y ajustadas a sus intereses nacionales, en la línea francesa, e intentaron reajustar su relación con EE.UU. Moscú consideró el área excluida de la distensión a finales de la década y Washington optó por asegurarse el uso de las bases militares ibéricas y greco-turcas pasando por alto hasta el final el hecho de negociar con regímenes dictatoriales en crisis terminal o tan desacreditados como el griego. Por eso la *Revolución de los Claveles* y luego la transición griega, agravada por el conflicto greco-turco, cogieron a contrapié a la administración norteamericana. Solo la flexibilidad aplicada al caso portugués, la aceptación de que el centro-izquierda no era incompatible con los intereses norteamericanos y la coordinación conseguida con los aliados europeos permitió que Portugal, y luego España y Grecia no se deslizasen hacia el no alineamiento o la neutralidad. La europeización de la política exterior e incluso de defensa de estos países fue contemplada como el instrumento más adecuado para defender a medio plazo los intereses norteamericanos en la región (71). El Mediterráneo quedó desde entonces bajo la órbita norteamericana y dejó de ser un flanco de la GF.

El balance de la relación con EE.UU. es contradictorio: a corto plazo supuso un respaldo para las dictaduras ibéricas, pero a medio plazo tuvo efectos modernizadores indudables en el ámbito socio-económico y aceleró la incorpo-

(70) MARQUINA (1986): 840-7; VIÑAS (2003): 400-8; PARDO (2005); POWELL (2011): 88 y ss.; LEMUS (2011): 107 y ss.

(71) «U.S. and Allied Security Policy in Southern Europe, Decembre 15, 1975» en *Foreign Relations of the United States, 1973-1976. Vol. XXX, Greece, Cyprus, Turkey,1973-1976.* Document 56: Paper Prepared in Response to National Security Study Memorandum 222.

ración de ambos países al modelo occidental. Impulsó una mayor estabilidad y apertura de sus economías, más racionalidad y eficacia en sus administraciones, palió problemas de seguridad y defensa, tuvo un efecto disuasivo en posibles conflictos interaliados (Marruecos-España, como Grecia-Turquía), ablandó el rancio nacionalismo de sus regímenes y, sobre todo, contribuyó a desencadenar procesos que, a medio plazo y no sin costes humanos (emigración, desarraigo, represión, etc.), fomentaron el cambio social que finalmente puso en jaque a las dictaduras. En ese sentido, el programa político de «modernización» de las administraciones norteamericanas aplicado a dos dictaduras «desarrollistas» y «burocráticas» en su última etapa, resultó efectivo, aunque su objetivo final de una evolución pacífica y sin inestabilidad hacia una fórmula democrática estuvo a punto de saltar por los aires en Portugal.

Respecto a los beneficios de la relación, probablemente Salazar consiguió sacar más partido en el ámbito de la defensa, pero en cambio aprovechó menos las posibilidades abiertas en el ámbito económico y científico-cultural por sus recelos nacionalistas. El franquismo no resolvió su problema de seguridad, pero recibió la ayuda muy a tiempo para impulsar el cambio económico y rentabilizar más el resto de transferencias. Sin embargo, en los dos casos el polo norteamericano no fue el único agente del proceso descrito, que no se entiende sin el polo europeo.

6. BIBLIOGRAFÍA

AFONSO, ÓSCAR y AGUIAR, ÁLVARO (2004): «Comércio Externo e Crescimento da Economía Portuguesa no Século XX». Working Paper n.º 146 Facultad Economía Universidad do Porto.

ÁLVARO MOYA, ADORACIÓN (2012): *La inversión directa estadounidense en España. Un estudio desde la perspectiva empresarial (c. 1900-1975)*, Madrid, Banco de España.

——— (2011): «Guerra Fría y formación de capital humano durante el franquismo. Un balance sobre el programa estadounidense de ayuda técnica (1953-1963)», *Historia del Presente*, 17, pp. 13-25.

ANDERSEN-LEITÃO, NICOLAU (2001): «Portugal's European Integration Policy, 1947-72», *Journal of European Integration History*, vol. 7, n. 1, pp. 25-35.

ANTUNES, JOSÉ FREIRE (1992): *Os Americanos e Portugal (1969-1974). Nixon e Caetano: Promessas e Abandono*. Lisboa, Difusão Cultural.

——— (2000): *Portugal na guerra do petróleo. Os Açores e as vitórias de Israel 1973,* Lisboa, Edeline.

ATHANASSOPOULOU, EKAVI (1999): *Turkey, Anglo-American Security Interests, 1945-1952,* London, Frank Cass.

BERGHAHN, VOLKER R. (2010): «The debate on "Americanization" among economic and cultural historians», *Cold War History* 10/1 febr. 107-130.

BOEL, BENT (2003): *The European Agency of Productivity and Transatlantic Relations 1953-1961*, Copenhague, Museum Tusculanum Press-Unv. Copenhagen.

BRAZINSKY, GREGG (2007): *Nation Building in South Korea: Koreans, Americans and the Making of a Democracy*. Chapel Hill, NC.

BRITO, JOSÉ MARIA BRANDÃO DE (2000): «A economía: do Salazarismo à Comunidade Europeia» en COSTA PINTO *Portugal Contemporâneo*. Madrid, Sequitur, 99-107.

BROGI, ALESSANDRO (2011): *Confronting America: The Cold War between the United States and the Communists in France and Italy*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.

CALANDRI, ELENA (1997): *Il Mediterraneo y la difesa dell'Occidente, 1947-1956. Eredità imperiali e logiche di guerra fredda*. Florencia, Il Maestrale,

——— CAVIGLIA, D. y VARSORI, A. (Eds.) (2014): *Détente in Cold War Europe: Politics and Diplomacy in the Mediterranean and Middle East*. London, I.B. Tauris.

CASTELO, C. (1998): *O Modo Português de estar no Mundo: O Luso-Tropicalismo e a ideologia colonial portuguesa (1933-1961)*. Lisboa, Afrontamento.

COSTA MARCOS, DANIEL DA SILVA (2011): *Uma Aliança Circunstancial: Portugal e os Estados Unios nos Anos 1950*. Tesis doctoral ISCTE IUL Instituto Universitário de Lisboa 2011.

CUETO, ADOLFO (2013): «La nación pluricontinental: la entelequia colonial del Estado Novo 1930-1974» en *Espacio, Tiempo y Forma,* S.V, t. 25, pp. 111-130.

DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, LORENZO (2001): « Le régime de Franco, le plan Marshall et les puissances occidentales », Relations Internationales, 106, pp. 213-230.

——— (2005): «Cooperación cultural y científica en clave política: Crear un clima favorable para las bases USA en España», en *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, pp. 207-243.

——— (2009a): «La maquinaria de la persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos hacia España», *Ayer*, 75, pp. 97-132.

——— (2009b): *Viento de poniente. El Programa Fulbright en España*, Madrid, Comisión Fulbright España-LID Editorial Empresarial-AECID, 2009b.

FERNÁNDEZ DE MIGUEL, DANIEL (2013): *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español. Madrid*, Genueve.

FERREIRA, J. M (2011): *Os Açores na Politica Internacional*. Lisboa, Tinta-da-China, 2011.

FONSECA, ANA MÓNICA (2007): *A Força das Armas: o Apoio da República Federal da Alemanha ao Estado Novo (1958-1968)*. Lisboa. Instituto Diplomático-MNE.

GLEIJESES, PIERO (2013): *Visions of Freedom: Havana, Washington, Pretoria and the Struggle for Southern Africa, 1976-1991*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.

GOMES, BERNARDINO y SÁ, TIAGO M. (2008): *Carlucci vs Kissinger. Os EUA e a Revolução Portuguesa*. Lisboa, Dom Quixote.

GUIRAO, FERNANDO (1998): *Spain and the Reconstruction of Western Europe 1945-57*. Oxford, MacMillan.

——— (2009): «Naranjas y piritas: los embajadores de Franco en la inmediata segunda postguerra mundial», capítulo 44 de Enrique Fuentes Quintana (dir.) y Francisco Comín Comín (coord.), E*conomía y economistas españoles en la Guerra Civil*, Barcelona [Galaxia Gutemberg / Círculo de Lectores], Vol. 2, pp. 555-603.

HASANLI, JAMIL (2011): *Stalin and the Turkish crisis of the Cold War, 1945-1953*. Lantham, Lexington Books.

HATZIVASSILIOU, EVANTHIS (2006): *Greece and the Cold War: Front Line State, 1952-1967*. Londres, Routledge.

HIERRO LECEA, PABLO DEL (2011): *Beyond bilateralism: Spanish-Italian Relations and the influence of the Mayor Powers, 1943-1957*. (Tesis doctoral s.p.), Florencia, European Univ. Institute.

HUALDE, XAVIER (2011): *El «cerco aliado». Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia frente a la dictadura franquista (1945-1953)*. Tesis doctoral (s.p.). Universidad País Vasco.

IATRIDES, JOHN O. (1993): «Greece in the Cold War» en *Journal of the Hellenic Diaspora,* 19 n.º 2, pp. 11-30.

IGLESIAS, IVÁN (2011): «Vehículo de la mejor amistad: el jazz como programa estadounidense en la España de los cincuenta», *Historia del presente,* 17.

IMMERMAN, RICHARD H. y GOEDDE, PETRA (eds.) (2013): *The Oxford Handbook of the Cold War*. Oxford University Press.

INGLEHART, RONALD y WELZEL, CHRISTIAN (2005): *Modernization, Cultural Change, and Democracy. The human Development Sequence*. Cambridge, Cambridge Univ. Press.

——— (2009): «Development and Democracy: What We Know about Modernization Today», *Foreign Affars, y* marzo-abril, 33-41.

JIMÉNEZ REDONDO, JUAN CARLOS (1995): *Franco e Salazar, as relaçoes luso-espanholas durante a Guerra Fría*. Lisboa, Assírio & Alvim.

——— (1996): *El ocaso de la amistad entre las dictaduras ibéricas, 1955-1968*. Madrid, UNED.

——— (2003): «Salazarismo y política exterior» en *Studia Storica. H.ª Contemporánea,* 21, pp. 155-182.

——— (2004): «Portugal ante el proceso de integración europea», *Revista Universitaria Española*, 4, pp. 131-153.

——— (2013): «Salazar y salazarismo vistos desde el exterior» en *Espacio, tiempo y forma,* Serie V, n.º 25, pp. 187-214.

JOHNSON, EDWARD (2006): «Early Indications of Freeze: Greece, Spain and the United Nations, 1946-1947» en *Cold War History,* 6, n.º 1, pp. 43-61

KAYAO-LU, BARIN (2009): «Cold War in the Aegean: Strategic imperatives, Democratic Rethoric: The United States and Turkey, 1945-1952», en *Cold War History* 9/3, pp. 321-345.

KALINOVSKY, ARTEMY y DAIGLE, CRAIG (eds.) (2014): *The Routledge Handbook of the Cold War*. Londres, Routledge.

KOFAS, ION (1989): *Intervention and Underdevelopment. Greece During the Cold War*. University Park, Pennsylvania State University Press

LAINS, PEDRO (2006): *Los progresos del atraso: una nueva historia económica de Portugal. 1842-1992*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

LEFFLER, MELVYN P. y WESTAD, ODD ARNE (2010): *The Cambridge History of the Cold War*. Cambridge, Cambridge University Press, Vol. I, II, III.

LEFFLER, MELVYN P. (1985): «Strategy, Diplomacy and the Cold War: The United States, Turkey and NATO, 1945-1952», *The Journal of American History*, 71/4, pp. 807-825.

LEMUS, ENCARNACIÓN (2011): *Estados Unidos y la Transición Española. Entre la Revolución de los Claveles y la Marcha Verde*. Madrid, Silex.

LEVITSKY, STEVEN y WAY, LUCAN A. (2009): «International Linkage and Democratizacion» en DIAMOND, LARRY y PLATTNER, MARC F., *Democracy. A Reader*. Baltimore, John Hopkins University.

LEÓN AGUINAGA, PABLO (2009): «Los canales de la propaganda norteamericana», *Ayer*, 75, pp. 133-158.

——— (2010): *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC.

——— (2012): *«Faith in the USA*. El mensaje de la diplomacia pública americana en España, 1948-1960*»*, en NIÑO-MONTERO (eds.): *Guerra Fría y Propaganda…,* pp. 197-234.

LOPES, RUI PONTE VIEIRA (2011): *Between Cold War and Colonial Wars: The making of West German Policy towards the Portuguese dictatorship, 1968-1974*. Ph.D. Dpt. of International History, London School of Economics.

LUNDESTAD, GIER (2005): *The United States and Western Europe since 1945*. Oxford, Oxford University Press.

MACMAHON, ROBERT J. (2013): *The Cold War in the Third World*. Oxford, Oxford University Press

MARCOS, DANIEL DA SILVA COSTA (2007): *Salazar e De Gaulle: a França e a Questão Colonial Portuguesa (1958-1968)*, Lisboa, MNE-ID.

——— (2011): *Uma Aliança Circunstancial: Portugal y os Estados Unidos nos Anos 1950*. (Tesis doctoral s.p.) ISCTE & IUL Lisboa.

MARAGKOU, KONSTANTINA (2009): «Cold War in the Aegean. Favouritism in NATO's Southeastern flank: The case of the Greek Colones, 1967-1974», *Cold War History,* 9, n.º 3, pp. 347-366.

MARQUINA, ANTONIO (1986): *España en la política de seguridad occidental 1939-1989*. Madrid, Ejército.

MARTÍN GARCÍA, ÓSCAR (2011): «Walking on Eggs. La diplomacia pública de los Estados Unidos y la protesta estudiantil en España, 1963-1969», *Historia del Presente,* 17, pp. 27-40.

——— y RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, FRANCISCO J. (2013): «¿Seducidos por el inglés? Diplomacia pública angloamericana y difusión de la lengua inglesa en España, 1959-1975», *Historia y Política*, 29, pp. 301-330.

MARTINS, FERNANDO (2006): «É evidentemente muito embaraçoso tomar posição.» Portugal e a crise do Suez de 1956, *Relaçoes Internacionais* 12, pp. 99-118.

MARCOS, DANIEL (2007): *Salazar e De Gaulle: a França e a Questão Colonial Portuguesa (1958-1968)*. Lisboa, MNE-ID.

MAXWELL, KENNETH (2003): «The United States and the Portuguese Decolonization (1974-1976)». Working paper n.º 2, Lisboa, IPRI.

MILLER, JAMES EDWARD (2009): *The United States and the making of modern Greece: history and power, 1950-1974*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.

MINSTY, KAETEN (2014): *The United States, Italy and the Origins of Cold War. 1945-1950*. Cambridge, Cambridge, University Press.

MONTERO, JOSÉ ANTONIO (2009): «Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)», *Ayer,* n.º 75, pp. 63-95.

MORADIELLOS, ENRIQUE (1999): «Postdam: el Franquismo en entredicho», en *Claves de razón práctica,* n.º 92, pp. 54-60.

MUÑOZ SÁNCHEZ, ANTONIO (2005): «La social-democracia alemana y el Estado Novo (1961-1974)», *Portuguese Studies Review*, 13, pp. 477-503.

NEHNIG, HOLGER (2004): «'Westernization': A New Paradigm for Interpreting West European History in a Cold War Context», *Cold War History*, n.º 2, pp. 175-91.

NEVES, JOÃO L. CÉSAR DAS (1994): «O crescimento económico português no pós-guerrra: um quadro global», *Análise Social* XXIX (128), pp. 1005-1034.

NIÑO RODRÍGUEZ, ANTONIO (2012): «Los dilemas de la propaganda americana en la España franquista», en NIÑO, A. y MONTERO, J.A. (eds.): *Guerra Fría y Propaganda. Estados Unidos y su cruzada cultural en Europa y América Latina*. Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 155-196.

NOGUEIRA, FRANCO (1986): *Um Político confessa-se (Diário: 1960-1968)*, Lisboa, Civilização.

OLIVEIRA, PEDRO (2007): *Os Despojos da Aliança. A Gra-Bretanha e a questão colinal portuguesa 1945-1975*. Lisboa Ediçoes Tinta-da-China.

——— (2002): «Uma mão cheia de nada? A política externa do Marcelismo» *Penélope,* 26, pp. 93-122.

——— y NORRIE MACQUEEN (2010): «"Grocer meets Butcher": Marcello Caetano's London visit of 1973 and the last days of Portugal's Estado Novo», *Cold War History*, Vol. 10, 1, pp. 29-50.

ÖZCAN, FERIDUN CEMIL (2003): «U.S. Aid and Turkish macroeconomic policy: a narration of the aid bargain process in the 1946 -1958 period», *The Turkish Yearbook of International Relations,* Vol. 34, pp. 119-136.

PALACIOS CEREZALES, DIEGO (2011): *A culatazos. Protesta popular y orden público en el Portugal contemporáneo*. Madrid. Genueve.

PARDO, ROSA (2007): «La política norteamericana de Castiella» en OREJA, M. y SÁNCHEZ MANTERO, R. (eds.): *Entre la Historia y la Memoria. Fernando María Castiella y la Política Exterior de España, 1957*-1969. Madrid. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pp. 309-381.

——— (2005) «Las relaciones hispano-norteamericanas en el tardofranquismo 1969-1975», *Historia del presente,* n.º 6, pp. 11-42.

——— (2013): «Salazarismo y franquismo: sobrevivir en Occidente (1945-1955)», *Espacio, Tiempo y Forma,* Serie V, t. 25, pp. 67-88.

PEDALIU, EFFIE (2014): «Fault Lines in the Post-War Mediterranean and the `Birth of Southern Europe', 1945-1979» en CALANDRI y otros, *op. cit.*, pp. 15-32.

PELT, MOGENS (2006): *Tying Greece to the West: US-West German-Greek Relations 1949-74*. Museum Tusculanum Press University of Copenhagen.

PIEPER, J.E. y LANZA, FABIO (eds.) (2012): *De-Centering Cold War History: Local and Global Change*. Londres, Routhledge.

PINTO, ANTONIO COSTA (2002): «From Africa to Europe: Portugal and European Integration» en A. COSTA PINTO y N. S. TEIXEIRA (eds.): *Southern Europe and the Making of the European Union*. New York, Columbia Un. Press.

POWEL, CHARLES (2011): *El amigo americano. España y Estados Unidos de la dictadura a la democracia*, Madrid, Galaxia Gutenberg.

PUIG, NURIA (2005): «La ayuda económica de Estados Unidos y la *americanización* de los empresarios españoles», en DELGADO, L.- ELIZALDE, M. D. (eds): *España y Estados Unidos en el siglo XX*. Madrid, CSIC, pp. 181-205.

——— y ÁLVARO, ADORACIÓN (2002): «Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles: un estudio preliminar», *Historia del Presente*, 1, pp. 8-29.

——— (2004): «La guerra fría y los empresarios españoles. La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España, 1950-1975», *Revista de Historia Económica*, 22/2, pp. 387-424.

RODRIGUES, LUÍS NUNO (2002): *Salazar e Kennedy: A crise de uma aliança. As relações luso-americanas entre 1961 e 1963,* Lisboa, Editorial Notícias.

——— (2003): «O Acordo Luso-Americano dos Açores de 1944». Lisboa, IPRI.

——— (2005): *No coraçâo do Atlântico. Os Estados Unidos e os Açores 1939-1948*. Lisboa, Prefácio, 2005

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, FRANCISCO J. (2010): *Antídoto contra el antiamericanismo: American Studies en España, 1945-1969*, Valencia, PUV.

ROSAS, FERNANDO ED. (1998): *O Estado Novo. Historia de Portugal,* vol.VII. Lisboa Estampa.

ROLLO, MARIA FERNANDA (2007): *Portugal e a Reconstrução Económica do Pós-Guerra. O Plano Marshall e a economia portuguesa dos anos 50*. Lisboa, Instituto Diplomático.

——— (2003): *Portugal e o Plano Marshall*. Lisboa, Editorial Estampa.

——— (1998): «Salazar e a construção europeia», *Pénélope*, 18, pp. 51-76.

SÁ, TIAGO M. DE (2004): *Os Americanos na revolução portuguesa (1974-1976)*. Lisboa, Noticias.

SÁNCHEZ CERVELLÓ, JOSÉ (1995): *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1975)*. Madrid, Nerea.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, E. A. (2006): *Rumbo al sur. Francia y la España del desarrollo, 1958- 1969*, CSIC, Madrid.

SANTOS, PEDRO MANUEL (2009): «Portugal e a NATO: A Política colonial do Estado Novo e os Aliados (1961-1968)», *Relações Internacionais*, 21, pp. 45-66.

SANZ DÍAZ, CARLOS (2005): *España y la República Federal de Alemania (1949-1966)*. Tesis doctoral s.p., Univ.Complutense, Madrid.

SEIDI, SÜLEYMAN (2006): «Making a Cold War in the Near East: Turkey and the origins of the Cold War, 1945-1947», en *Diplomacy and Statecraft,* 17, pp.113-141.

SCHMITZ, DAVID F. (2006): *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1985*. Cambridge University Press.

SCHNEIDMAN, WITNEY W. (2004): *Engaging Africa: Washington and the Fall of Portugal's Colonial Empire*. New York, United Press of America.

SILVA, A.E. DUARTE (1995): «O litígio entre Portugal e a ONU (1960-1974)» en *Análise Social,* vol. XXX, n.º 130, 1995, pp.5-50.

SURI, JEREMI (2005): *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Detente*. Harvard University Press.

TEIXEIRA, NUNO S. (1995): «Portugal e a NATO: 1949-1989», *Análise Social*, XXX, 133, pp. 803-818.

——— (1993): «Da Neutralidade ao Alinhamento: Portugal na Fundação do Pacto do Atlântico», *Análise Social*, vol. XXVIII, 120 (1993), pp. 55-80.

TELO, ANTÓNIO JOSÉ: (1993): *Os Açores e o controlo do Atlântico (1898/1948)*. Lisboa, Edições Asa.

——— ((1995): «Portugal e a NATO: dos Pirenéus a Angola», *Analise Social*, vol. XXX, 134, pp. 947-973.

——— (1996): *Portugal e a NATO: O reencontro do tradição Atlântica*. Lisboa, Ediçôes Cosmos.

——— (2000b): «Portugal y la integración europea, 1945-1974» en *Ayer*, n.º 37, pp. 287-319.

——— (2007): «De Marcelo Caetano ao Portugal democrático as relações internacionais da transiçâo», en *Espacio Tiempo y Forma,* Serie V, 19, pp. 247-285.

TELO, ANTÓNIO J. y TORRE, HIPÓLITO (2003): *Portugal y España en los sistemas internacionales contemporáneos*. Mérida, E.R.E.

TERMIS, FERNANDO (2005): *Renunciando a todo. El régimen franquista y los EE.UU. desde 1945 a 1963*. Madrid, Biblioteca Nueva.

TISCAR SANTIAGO, MARÍA JOSÉ (2013): *Diplomacia Peninsular e Operaçoes Secretas na Guerra Colonial*. Lisboa, Colibri.

TORRE, HIPÓLITO (2006): *Portugal en el exterior (1807-1974). Intereses y política internacionales*. Madrid, UNED.

——— (2010): *O Estado Novo de Salazar*. Lisboa, Texto 57-63

USLU, NASUH (2003): *The Turkish-American Relationship Between 1947 and 2002: The history of a Distinctive Alliance*. Hauppauge, N.Y., Nova Science.

VIÑAS, ÁNGEL (2003): *En las garras del águila. Los pactos con EE.UU. de F. Franco a F. González, 1945-1995*. Barcelona, Crítica, 2003.

WESTAD, ODD ARNED (2005): *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge University Press.